

Gillian Bradshaw

Púrpura imperial



novela histórica

Lectulandia

Desde la antigua Hispania hasta los territorios más ricos de Italia y Siria, con el Mediterráneo como mar interior, el Imperio Bizantino domina el mundo civilizado hasta los confines del norte, donde los hunos desafían las gloriosas conquistas del general Belisario. Sin embargo, en los palacios de Constantinopla son muchos los que consideran al emperador Teodosio una persona débil, incapaz y demasiado tolerante ante la disidencia religiosa y los enemigos bárbaros. Y mientras en la corte aumentan las intrigas políticas, en Tiro, el antiguo centro comercial del mundo cartaginés, la esclava Demetrias, la más diestra de las tejedoras de seda del imperio, ha recibido la orden de confeccionar un manto de color púrpura para uso exclusivo del emperador. Pero al cumplir su cometido, la humilde artesana se ve inmersa en una conspiración para derrocar a Teodosio. Así pues, el destino de Demetrias quedará íntimamente ligado al devenir de un imperio socavado por la ambición de quienes juraron defenderlo.

Lectulandia

Gillian Bradshaw

Púrpura imperial

Bizancio - 3

ePub r1.3

adruki 16.11.2014

Título original: *Imperial Purple*
Gillian Bradshaw, 1988
Traducción: Diana Trujillo

Editor digital: adruki
Corrección de erratas: kraken61
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Nancy, un proyecto que ya se mueve.

I

Cuando llegó el capataz a buscarla, estaba tejiendo una imagen en la que aparecía Cristo devolviéndole la vista a un ciego.

Era una de las seis imágenes encargadas al taller imperial de seda de Tiro, destinadas a adornar las cortinas de las habitaciones privadas del emperador. En el encargo se habían especificado los dibujos: seis escenas del Evangelio, tejidas en seda por las mejores trabajadoras del taller, que irían en las cortinas de seda púrpura estampadas en oro. Filotimos, capataz del taller de seda de su sagrada majestad, se había detenido a examinar el trabajo de la tejedora Demetria, a la que había ido a buscar para llevarla ante su superior. El tapiz era un círculo de tela de unos dos palmos de diámetro, suspendido en la urdimbre de seda púrpura que cubría el alto telar vertical, y tejido sin costuras sobre la misma tela de la cortina. Cubría unas tres cuartas partes del dibujo hecho por el mismo Filotimos. Hacía casi dos meses que Demetria trabajaba en esta imagen y ya estaba en los ojos de las figuras. La mano de Cristo aparecía en el cielo azul, por encima de la cara del mendigo; los ojos recién nacidos a la luz la mirarían con asombro.

Demetria ató la seda azafrán claro de la carne y, con cuidado, buscó un hilo de oro en la mesa baja que tenía a su lado. Sonriendo, enhebró la aguja de tapiz y con esmero pinchó con un hilo de oro puro el centro del ojo del mendigo, cruzando sólo tres de los miles de hilos de la urdimbre antes de atarlo. En seguida buscó la aguja ya enhebrada con hilo negro. Cuando el cuadro estuviera terminado el oro sería casi invisible, pero los ojos brillarían como si estuvieran vivos. El capataz dejó escapar el aire en un suspiro silencioso. Había envejecido en el taller y no había nada en la tierra que le causara tanto placer como un buen tapiz. «Otra tejedora habría hecho todo el ojo con hilo de oro —pensó—, y le habría añadido perlas. Pero Demetria consigue más con menos derroche. Sólo Dios sabe quién terminará la imagen si el procurador le encarga el otro "servicio urgente". Tal vez pueda dejarlo hasta que termine el otro trabajo.»

Demetria volvió a coger la aguja con el hilo color azafrán. Si había percibido la presencia del capataz a sus espaldas no lo demostró. Él permaneció en pie, reacio a perturbar un trabajo tan excelente. En el telar contiguo, Laodiki, la madre de Demetria, cantaba mientras terminaba la parte más sencilla del segmento anterior de la cortina, y bajaba el mazo del peine del telar con un sonido musical, al unísono con las otras dos mujeres de la habitación. Demetria no cantaba: tejer un tapiz requería demasiada concentración. Era una mujer pequeña y pulcra que empezaba a redondearse, llevaba la túnica celeste anudada en el pecho y trabajaba inclinada hacia delante con el entrecejo fruncido; la aguja brillaba en su mano hábil y rápida. Hacía calor y la túnica tenía manchas de sudor; la escasa luz del sol que se filtraba por las altas ventanas del taller hacía resaltar el dorado de sus espesos cabellos castaños, recogidos en la nuca, y de sus vividos ojos verdes que contrastaban con la palidez de

su rostro. «Una mujer muy hermosa —pensó el capataz apenado—. Espero que no sea ése el motivo por el cual el procurador quiere verla; todo el mundo sabe que es una mujer casada, tan casada como puede estarlo una esclava del Estado. Bueno, a mí me han ordenado que la lleve y eso debo hacer.»

—Demetria —dijo en voz alta. La mujer vaciló, pero en seguida clavó la aguja con cuidado en la tela antes de volverse, intrigada, para mirarlo con las manos cruzadas sobre el regazo. Filotimos aprobó la respetuosa atención y le hizo sentir más pena—. Su eminencia el procurador desea verte de inmediato —dijo de prisa para terminar pronto.

Ella abrió los ojos y de pronto sus manos cruzadas se apretaron. En el telar de al lado, Laodiki dejó de cantar y de tejer y los miró alarmada. Cuando ella se detuvo las otras la imitaron, el sonido del mazo sobre el peine cesó y todas las mujeres y chicas del lugar se volvieron para mirar. Filotimos se encogió. Casi todas las tejedoras habían crecido en el taller, al igual que él. No les resultaba difícil recordar cuando Demetria, a los dieciséis años, había recibido una llamada similar de otro procurador. Entonces no había habido simulación alguna de que tuviera que ver con su oficio, pero en aquel entonces no estaba casada. Las mujeres casadas, pensaron las tejedoras con tanta claridad como si estuvieran gritando, deberían estar a salvo, incluso de los procuradores. Llamar a una mujer casada era una inmensa crueldad. No haría más que acarrearle problemas.

—Dice que ha recibido un encargo urgente —dijo Filotimos tratando de tranquilizarlas, a ellas y a sí mismo. Era desacostumbrado, todos lo sabían, que un procurador llamara a una tejedora en especial, ni siquiera por un encargo urgente, pero tampoco era impensable. Después de todo, los clientes a menudo pedían un dibujo específico para un tapiz y, si el cliente era lo suficientemente importante, el mismo procurador podía explicar a una de sus trabajadoras más cualificadas qué era exactamente lo que querían.

Demetria aflojó algo la tensión de las manos. Miró las tres cuartas partes ya terminadas del dibujo, lo tocó con delicadeza, suspiró y se levantó.

—¿Dijo «de inmediato»? — le preguntó con esa voz baja y sin altibajos que a él siempre le había parecido tan atractiva y que le daba una impresión más real de ella que la belleza suave y delicada de su rostro. Era la voz de quien cuida las palabras: reservada, eligiendo cuándo hablar y cuándo no, y diciendo sólo lo necesario. Realmente era una mujer que siempre pensaba antes de actuar. «Gran virtud para una tejedora —pensó Filotimos aún con la calidez de su afecto por ella—, pues un momento de descuido puede suponer la pérdida del trabajo de un mes y tener que empezar de nuevo.»

El capataz asintió. Demetria dirigió de nuevo la vista a su trabajo y se quedó mirándolo un momento antes de coger el manto de lana de color rosa que había dejado a un lado cuando se había sentado a trabajar. Faltaba una hora para el mediodía y el sol caía sobre las calles de piedra que devolvían el calor como si se

tratara de un horno, pero Demetria se envolvió en el manto con esmero, cubriéndose bien la cabeza con él y echándose un extremo por encima de un hombro de manera que quedaba tapada del mentón a los pies. Filotimos ocultó una sonrisa: Demetria se guardaría de darle ideas al procurador, si es que éste no las tenía ya. Hizo una inclinación de cabeza a las otras trabajadoras, saludó a su madre y salió rápidamente del recinto seguida de Filotimos. Al cerrarse tras ellos la puerta del final del salón, el tintineo de los mazos se reinició, pero no la canción.

La calle apestaba a marisco podrido, madera quemada, azufre y orina: el hedor de las tintorerías que fabricaban el famoso tinte púrpura de Tiro. Ni Demetria ni Filotimos fruncieron la nariz. Los nativos de Tiro aceptaban el olor sin cuestionárselo; para ellos la púrpura era aquel olor, más que el color, y la púrpura era fuente de riquezas y de fama, el tinte de los emperadores, el color del poder. Era sagrada, única; estaba por encima del nivel de la gente común: un hombre normal y corriente que se atreviera a usarla sería condenado a muerte. A los senadores se les permitía una estrecha franja vertical para adornar las togas, y los más encumbrados ministros podían usar una ancha franja horizontal. Sólo la Iglesia y el emperador podían usarla libremente. Hasta las imitaciones de la púrpura verdadera, tintes vegetales que se desleían rápidamente, inmensamente populares y muy conocidos, eran consideradas sospechosas por la ley. Trabajar con la púrpura real, a pesar del hedor, no podía ser causa más que de orgullo.

Demetria se detuvo en la esquina del taller, entre aquel espantoso olor, y miró hacia el puerto egipcio, adonde la flota pesquera de la fábrica llevaba los moluscos con los cuales se hacía el tinte. El agua era de un azul brillante y resplandecía bajo el caluroso sol de agosto. Había un buque mercante anclado en el muelle, inmóvil, y algunas barcas en la playa de guijarros. Demetria los miró con detenimiento y luego deslizó la mirada por el agua resplandeciente antes de continuar andando. Filotimos, aliviado como ella, también siguió: el esposo de Demetria era pescador de púrpura, su barca azul y blanca no estaba entre las que se encontraban en la playa. «Mejor para él, si lo que el procurador tiene en mente es algo impropio —pensó Filotimos—. Puede que los pescadores de púrpura vivan mejor que los demás esclavos del Estado, incluso que la mayoría de los hombres libres, pero un esclavo del Estado no puede hacer frente a un procurador imperial; en estos casos, a lo más que puede aspirar un esposo es a no enterarse de nada.»

Los nativos de Tiro y los trabajadores de la púrpura tal vez no se quejaban del olor de ésta, pero los procuradores designados por el emperador para fiscalizar los talleres, la flota y las tintorerías, solían ser extranjeros. El despacho del procurador quedaba lejos del puerto y en sentido contrario a la dirección del viento. Filotimos y Demetria fueron hacia la izquierda de la ciudad por la gran calle Euricoro, que llevaba a la prefectura pretorial, en el extremo sudoccidental del promontorio rocoso. La calle estaba casi vacía y los tenderos comenzaban a retirar sus mercancías del sol, apilando las cestas de melocotones y de higos, los blancos quesos redondos o los toneles de

pescado, para llevarlos hacia las oscuras cavernas de sus tiendas. Junto a las fuentes públicas había camellos rumiando arrodillados en el polvo, y algunos asnos y mendigos descansaban inmóviles a la sombra.

Demetria y Filotimos caminaban rápido a pesar del calor del sol; en seguida, la imponente fachada de la prefectura que se alzaba en medio de una plazoleta al final de la calle, apareció ante ellos. Demetria se paró en seco y permaneció un momento tocándose el manto. El borde de lana estaba decorado con un dibujo bordado en relieve con seda: flores enlazadas de matices rojizos, azul oscuro y verde, con un delicado toque dorado en el centro de cada capullo. Era obra suya, y sus dedos, calientes y tensos, sentían el relieve de la seda fresco y familiar. Tras un momento se encogió de hombros, sonrió a su capataz como disculpándose, y permitió que la precediera hacia las sombras, detrás de las columnas de mármol de El Cairo que adornaban el pórtico.

Filotimos se detuvo ante la puerta principal a mirar una estatua nueva que habían colocado a la izquierda de la entrada.

Desde que tenía memoria, las estatuas del emperador Teodosio II y de su hermana, la augusta Pulqueria, habían permanecido a derecha e izquierda de la entrada de la prefectura, ambas de mármol pintado y elevadas sobre columnas de pórfido. Hasta hacía seis años, la estatua de la esposa de Teodosio, Eudoxia, había estado junto a la de su esposo, pero había caído en desgracia, había sido despojada de sus honores y exiliada a Jerusalén; la gente comentaba abiertamente que era sólo cuestión de tiempo el que la estatua de Pulqueria también desapareciera. La nueva estatua estaba tan cerca de la de Pulqueria que parecía que en cualquier momento la tirarían de un empujón: era la figura de un hombre esculpida en mármol, con el manto de piedra pintado con la ancha franja púrpura del orden patricio, con botas y yelmo, como un general, y que sostenía la maqueta de un castillo en la mano. Filotimos dudó, pero se acercó a leer la inscripción del pedestal: «El Consejo y el Pueblo de la muy ilustre ciudad de los tirios honran al nobilísimo Nomos, dos veces cónsul, maestro de oficios de su sagrada majestad». Frunció el entrecejo. Se decía que Nomos también había caído en desgracia.

Demetria hizo lo mismo que su capataz (a diferencia de muchas de las tejedoras sabía leer, aunque despacio), frunció el entrecejo como Filotimos y levantó la cabeza para mirar el rostro esculpido. No era un buen retrato: los ojos, infantilmente pintados, miraban sin expresión hacia la nada; no había el menor rastro de la personalidad del hombre en la piedra.

—¿Por qué Nomos? —preguntó.

—Sí, ¿por qué? —respondió Filotimos, y suspiró. «Ah, si el emperador ordenara su imperio», pensó, aunque no se animó a decirlo. Tiro estaba muy lejos de la corte imperial de Constantinopla, pero los talleres y su personal eran propiedad del Estado y estaban controlados a través de sus oficinas. Los trabajadores se regodeaban ávidamente con los chismes sobre los acontecimientos de la capital, pero opinar al

respecto podía ser peligroso. Hasta Filotimos era un esclavo propiedad del Estado, y éste podía castigar la deslealtad. Sin embargo, todo el mundo sabía que el emperador no pondría orden en el gobierno; en realidad, el emperador era incapaz de poner orden en nada. Era un hombre dulce y benévolo, tan bondadoso que jamás en su vida había hecho uso de la pena de muerte; un devoto cristiano generoso con los pobres, que odiaba la guerra y la violencia y amaba la paz; un hombre reflexivo, con temperamento artístico, fundador de una universidad y protector magnífico; un hombre admirado por la castidad y la virtud de su vida privada. Tenía todo lo que debía tener un emperador, excepto el menor rastro de habilidad para gobernar. Era incapaz de seguir los asuntos de Estado y de comprender los problemas de gobierno, firmaba a ciegas cualquier documento que sus consejeros le pusieran delante: desde su proclamación, el imperio había estado gobernado por quien le controlaba. Durante un tiempo, «el nobilísimo Nomos» había sido particularmente prominente, pero ahora Nomos era un ciudadano común, aunque había rumores de que no estaba del todo apartado, sino negociando con el gran chambelán del emperador un cargo más alto. «¿Será por eso que tiene una nueva estatua?— se preguntó Filotimos. —¿Una promoción inminente? Pero ¿por qué "nobilísimo"? Por lo general los únicos con derecho a ese título son los parientes del emperador.»

Filotimos movió la cabeza, miró a Demetria y se encogió de hombros.

Demetria sonrió y asintió señalando la estatua de Nomos.

—Quizá debemos tejerle el manto púrpura corto —sugirió. Era una prenda otorgada tradicionalmente al primer ministro imperial, el prefecto pretorio.

—Tal vez —dijo Filotimos despacio, pensándoselo.

Tenía sentido. El procurador estaría impaciente por tener una túnica para Nomos; si los rumores eran ciertos, era a él a quien debía su nombramiento. El procurador era un pagano declarado, circunstancia que le hacía acreedor de un considerable respeto entre los jóvenes de clase alta, que aún admiraban la religión tradicional en la que casi nadie creía seriamente. Pero, por otro lado, el paganismo era un gran obstáculo para promocionarse; en realidad, un obstáculo insalvable a menos que fuera acompañado del apoyo de alguien poderoso, preferentemente cristiano, como Nomos.

—Lo averiguaremos —dijo Filotimos, y añadió mientras entraban en la prefectura —: Dicen que Nomos es tradicionalista, se supone que prefiere las escenas mitológicas a las bíblicas.

—Sería un cambio —observó Demetria siguiéndole. La sensación de pánico, esa tensión seca y turbulenta que se había apoderado de ella con el anuncio de la llamada, comenzó a disminuir. El procurador también podía tener una razón coherente y decente para haberla mandado a llamar—. Hace seis años que no tejo una escena mitológica.

—Su sagrada majestad es muy piadoso —asintió Filotimos suspirando. Él también estaba cansándose un poco de la piedad. «Bajo Eudoxia— recordó con nostalgia, —hacíamos un poco de todo.»

El despacho del procurador estaba en el ala sur de la prefectura, en el segundo piso. El secretario los hizo entrar en seguida. El procurador, Marco Acilio Heraclas, estaba indolentemente sentado ante su escritorio, leyendo un libro en voz baja. La ventana que estaba a sus espaldas permanecía abierta para que entrara la brisa del mar y, como estaba orientada hacia el este, ofrecía una buena vista del puerto egipcio. Las paredes estaban decoradas con frescos de barcas y animales marinos, entre los que predominaba el múrice del que se obtenía la púrpura. Heraclas era un joven de poco más de veinte años, de cabellos castaños, ojos oscuros y sin barba; vestía una espléndida túnica y un manto de seda cuyos bordes y medallones decorativos estaban trabajados en oro. Era, como le gustaba alardear, uno de los Glabrones Acilios, una de las familias senatoriales más distinguida de todo el imperio. Hacía exactamente diez meses que estaba en la ciudad y se esperaba que permaneciera como máximo ocho más. El puesto de procurador de los talleres imperiales de Tiro era un paso útil para una carrera en el senado, ya que suponía experiencia administrativa, buen salario, buenos contactos y buenas gratificaciones; como todos los nombramientos imperiales era estrictamente temporal. El control real de los talleres quedaba en manos de los esclavos estatales.

Filotimos esperaba junto a Demetria a que el procurador levantara la vista del libro. Por lo general, las relaciones entre el procurador y el capataz de un taller eran formales: amable condescendencia de una parte, y obediencia y deferencia, sin servilismo, por la otra. Pero Heraclas era indiferente y arrogante. Había estado tan sólo un par de veces en los talleres y había dejado todo el papeleo a los capataces y a su secretario, «como si yo fuera esclavo suyo y no del emperador», había pensado Filotimos irritado. Cuando al fin el rostro joven del procurador se apartó del libro, hizo una profunda reverencia.

—La tejedora Demetria, como solicitaste, eminencia.

Demetria se levantó el manto para cubrirse el rostro y se inclinó.

—Ah —dijo Heraclas dejando el libro. Se enderezó y se apoyó sobre el escritorio—. Muy bien Filotimos, puedes irte.

Filotimos sintió una punzada de alarma; había esperado poder quedarse en el despacho para acompañar a Demetria al taller.

—¿Irme, eminencia? —preguntó vacilante.

Heraclas le despidió con un ademán.

—Vuelve a tu trabajo. ¡Que esas mujeres cumplan con sus tareas, vamos! Estoy seguro de que... Demetria... sabrá encontrar el camino de vuelta.

Filotimos dudó, consciente de que Demetria estaba preocupada. «Desgraciado», pensó sorprendiéndose ante su vehemencia.

—Esperaba, señor —dijo con cautela—, que pudieras antes darme la autorización para las provisiones que la tejedora necesitará para el encargo.

—Ella puede pedirte lo que necesite, ¿no? Yo no sé cómo funcionan los telares ni qué precisáis para ellos. Vete. El encargo es secreto, además de urgente, y estás

molestando.

Filotimos, tenso, siguió inmóvil un momento. Demetria ni decía nada ni lo miraba. Lenta y rígidamente, el capataz se inclinó y salió de la habitación.

«Dios Nuestro Señor, espero que no la moleste —pensó mientras caminaba lentamente por la prefectura—. Es mi mejor tejedora: rápida, inteligente, sutil, con un impecable sentido del color, cuidadosa, jamás comete un error en el tejido, jamás un borde mal rematado o un hilo mal pasado, nunca está de malhumor y, además de todo eso, no hay chica más hermosa en toda la ciudad. Y tener que dejarla con ese mocoso idiota, con ese procurador que ni siquiera se ha tomado la molestia de aprender lo suficiente sobre tejidos para hacer bien su trabajo. ¡Dios Nuestro Señor!»

Trató de no acordarse de cuando Demetria tenía dieciséis años, cuando la habían llamado, y agarrada a su madre lloraba desesperada.

«Pero el procurador representa al Estado —se dijo a sí mismo sintiéndose desdichado—, y nosotros somos esclavos del Estado, tanto ella como yo. No hay salida: sencillamente debemos aceptarlo y conformarnos en la medida de lo posible. Por otra parte, tal vez sólo quiera encargarle una túnica púrpura corta y no otra cosa. Bien podría ser eso. Ojalá sea así, por ella.»

A solas con el procurador, Demetria permaneció con la cabeza gacha, aún agarrada al manto rosa para taparse la cara; le recordaba al otro procurador, Flavio Pánfilo era su nombre. Sentía la mejilla caliente en los dedos y un nudo en la garganta. Por debajo del manto, la túnica estaba húmeda por el sudor y se le pegaba a la espalda; le dolían las rodillas del esfuerzo que hacía para que no le temblaran. Pánfilo era mayor que este hombre, aunque no mucho. Más blanco y blando, con aquellas manos húmedas que la tocaban; la boca caliente y unos ojos que, aunque la habían seguido, observado y saboreado, en realidad no la habían visto jamás. «Hace ocho años que se fue de Tiro —se dijo Demetria enfadada—, hace ocho años; estás casada, tienes un hijo: olvídale. Ay, querido Señor Jesucristo, san Tiranio de Tiro, María Santísima, que éste no me desee.»

—Sí... —dijo el procurador paseando los ojos por la figura pequeña y amorfa envuelta en un manto rosa que tenía enfrente—. Demetria, ¿no?

La figura asintió levemente y él la miró irritado, tratando de encontrarle la mirada.

—Eres la mejor tejedora, ¿no es así? —preguntó.

—Eso dicen algunos, reverencia —replicó ella con cautela. «No le daré ninguna excusa para que me considere especial»—. Otros prefieren a María *la Roja*, a Teoktiste o a Porfiria. Todas somos trabajadoras capacitadas, señor, pero con estilos diferentes. Es cuestión de gustos, beneficencia. —Mantén los ojos clavados en el suelo.

Él resopló más irritado.

—Pero tú tejiste el manto que su sagrada majestad envió de regalo al rey de los hunos el año pasado, ¿no? Y el mantel del altar para la iglesia de la Santa Virgen en

Éfeso.

—Parte del mantel del altar, excelencia —le corrigió ella con humildad—. Fuimos seis las que trabajamos en él.

—Bien, pero tú eres una de las mejores tejedoras de la ciudad. — A la irritación se sumaba la impaciencia. «Estas trabajadoras parecen medio tontas cuando las sacas de sus telares —pensó—. ¿Por qué no me mira?»

—Eso dicen, reverencia —admitió Demetria a pesar suyo—. En seda, al menos. No puedo hablar de las tejedoras de lana.

—Lo que quiero debe ser tejido en seda —afirmó Heraclas—. Y debe hacerlo la mejor de la ciudad. Bien, una de las mejores tejedoras. Pero me gustó el estilo del manto que le mandaron al rey de los hunos. Por eso pregunté por quien lo había hecho.

Demetria se atrevió a levantar la vista. Al parecer no había ningún doble significado en la afirmación.

—¿Deseas un encargo especial, nobleza? —preguntó conteniendo un suspiro de alivio.

—¿Para qué te habría mandado a buscar, si no? —exclamó Heraclas—. Quiero que hagas un manto, un manto púrpura, un paludamentum, para enviar a Constantinopla. De dos brazos y un palmo de largo, con una cenefa en el borde inferior de algo menos de un palmo, decorado con escenas de la elección de Hércules y de la Victoria coronando a Alejandro, y los hombros trabajados en oro.

—¡Ah! —suspiró agachando la cabeza. «¿Para qué otra cosa iba a llamarme?— se preguntó mientras el intenso alivio le provocaba ganas de reír. —¿Para qué, por todos los cielos, me iba a querer? Si quiere una mujer, puede elegir entre maravillosas cortesanas; no necesita llamar a jóvenes madres cansadas que trabajan en su taller. Santa María, bendito san Tiranio, gracias. Un paludamentum, un manto de emperador; con una cenefa de algo menos de un palmo en el borde inferior, así costará tiempo. La elección de Hércules.»

Fue al imaginarse el manto cuando, sorprendida, se dio cuenta. El piadoso emperador Teodosio encargaba sólo escenas bíblicas, y sus mantos eran medio palmo más cortos. No era para él, entonces.

Que cualquiera que no fuera un augusto poseyera semejante manto suponía traición. Hacer un paludamentum usando la púrpura sagrada para un usurpador, incluso hacerlo inocentemente por orden del procurador, era sacrilegio y traición.

—Y debes mantenerlo en secreto —continuaba Heraclas—. Es... una sorpresa. No quiero que todo el que venga a Tiro de visita desee verlo, y no quiero que lo comentes con tus amigos ni que divulgues su descripción por todo el mercado. Puedes tejerlo en una habitación del taller que pueda cerrarse con llave. Si se filtran noticias del manto serás castigada, pero si no le dices nada a nadie te recompensaré.

Demetria tragó saliva y el miedo volvió, ahora duplicado.

—Eminencia, excúsame, pero el taller no tiene habitaciones de ese tipo —dijo

deprisa, tratando desesperadamente de pensar en alguna buena razón para que no le dieran el encargo.

—Entonces que alguien lleve un telar a tu casa. Supongo que vives cerca del taller.

—Sí, eminencia, pero...

—¿Pero?

—Pero un telar tan grande... en un lugar tan pequeño... Es una sola habitación, eminencia, y tengo un hijo, podría ensuciarse o romperse. No podría hacerlo en mi casa.

—¡Entonces dile a Filotimos que se ocupe de conseguirte un lugar en cualquier otro sitio! ¡Eso seguramente puede hacerse! ¿Cuánto tiempo tardarás?

Demetria se pasó la lengua por los labios. «Tal vez Nomos, o quien sea el destinatario, va a recibir el título de augusto públicamente —pensó—. Su sagrada majestad no tiene herederos; deberá elegir a alguien que comparta la púrpura con él y herede la autoridad a su muerte. Nomos sería la persona ideal: es noble de nacimiento y tiene rango senatorial y experiencia tanto en el ejército como en las oficinas sagradas. Nadie objetaría la elección. Y puede que quieran mantener todo en secreto hasta que estén listos para anunciarlo al imperio.

»Tal vez Nomos piense que legítimamente puede usar la púrpura y quiere tenerla lista para cuando se consumen sus pretensiones.

»¿Y si no es legítimo? ¿Y si Nomos, o quienquiera que sea, tiene la intención de usurpar el trono? ¿Y si alguien sospecha, investiga y me descubren tejiendo el manto en secreto?»

Cerró los ojos tratando de apartar la imagen de la tortura y de la muerte.

«Si es legítimo e insisto, me lo dirá. Si debo tejer en secreto, bien puede decirme la razón.»

—Eminencia —susurró, temerosa de preguntar pero más aún de lo que podía suceder si no lo hacía—, ¿para quién es el manto?

Él miró el bulto rosa con asombro y, por un momento, con miedo. Luego exclamó:

—¡Para el emperador, claro! ¿Crees que puedo ser culpable de traición? ¡Trata a tus superiores con más respeto, mujer!

Respeto o serás castigada por ello. El procurador tenía autoridad para ordenar que un esclavo público fuera azotado por insolencia o marcado por desobediencia. Muerta de miedo, tocó el borde de su manto y sintió las flores lisas y frescas bajo los dedos; lo apretó, tratando de quedarse con algo de aquella frescura. El peso caliente de la tela le resbaló por el pelo y la brisa de la ventana le secó el sudor del cuello.

—Por favor, honorable, no es mi intención faltarte al respeto —dijo, logrando de alguna manera mantener la voz serena—. Pero no tiene la medida que corresponde a su sagrada majestad, ni tampoco la forma indicada. Yo... —Vio que el miedo ensombrecía el rostro al procurador durante unos instantes; antes de que su expresión

fuera de ira se detuvo, parpadeando con tristeza.

La miró con rabia. Ahora la mujer le sostenía la mirada y era evidente que no era tonta, a pesar de su actitud anterior. «Muy aguda —admitió—, es más joven de lo que parecía y espera sin duda que tenga piedad de sus hermosos ojos verdes.» Él había esperado que la tejedora no hiciera ninguna pregunta; no se le había ocurrido que pudiera conocer las medidas del manto del emperador. Pero claro, los mantos siempre habían sido confeccionados en Tiro. Probablemente lo supieran todos en el taller. «Y sin embargo —pensó—, esto es una insolencia descarada; me cuestiona cuando su obligación es hacer lo que el Estado, al que yo represento, le ordena. Si fuera mía la haría azotar. Tal vez lo haga, después de todo. No, eso llamaría demasiado la atención sobre el asunto, y seguimos necesitando la mayor de las reservas.»

—Te digo que es para el emperador —afirmó viendo una salida—. ¿Quieres acusarme de embustero?

Demetria bajó la mirada. Tenía la boca seca y las piernas flojas. «Es una traición —pensó aturdida—. Si no se hubiera asustado, si hubiera admitido para quién era, podría haber sido legal. Pero negarlo categóricamente... ha de ser una traición. Ay, Señor, si me atrapan haciéndolo me matarán.»

—¿Bien? —preguntó Heraclas—. ¡Habla! Te permito hablar. Te permito, incluso, que repitas tu acusación al prefecto, que es más de lo que debo hacer. Pero yo en tu lugar me lo pensaría dos veces antes de acusarme ante mis superiores, mujer. Tengo derecho a tu obediencia y a tu respeto, y si me desafías y ofendes desvergonzadamente con tus afirmaciones triviales y frívolas, también tengo derecho a obligarte a obedecer haciéndote azotar hasta que estés más muerta que viva.

Ella volvió a levantar los ojos y se encontró con los del procurador, que se clavaron en los suyos con furia; se apresuró a bajarlos, temerosa de ofenderlo con la insolencia de una mirada directa. Los sellos oficiales relucían en su mano, la seda de su túnica susurraba y el pesado brocado del borde brillaba. En la parte interior de éste estaba la estrecha franja púrpura, la divisa de su riqueza y de su nobleza. La mirada de Demetria se detuvo un momento en ella y luego se posó mansamente en la tapa del escritorio. «No puedo acusarlo —reflexionó desolada—. El prefecto ha de ser parte de esto, de lo contrario no me habría ofrecido que hablara con él. No tengo a nadie a quien recurrir; sencillamente me castigarían y terminaría tejiendo el manto de todas maneras. Y si digo algo, nadie me creerá. Una esclava no puede acusar a su amo. Debo obedecerle, a pesar del riesgo, o sufrir el castigo que se le ocurra.»

Hizo una lenta reverencia.

—No sería apropiado que tu esclava te acusase de nada —susurró—. Te obedeceré.

Los párpados de Heraclas se entornaron sobre los ojos oscuros.

—Bien —dijo, y volvió a recostarse en el asiento. «Después de todo, esta mujer sabe cuál es su lugar— pensó, —aunque no me gusta nada que haya comprendido tan rápidamente lo que estamos tramando. Se lo mencionaré a él en la carta»—. Habla

con Filotimos en seguida para que te proporcione un lugar privado donde trabajar y los materiales que necesites, y empieza lo antes posible.

Ella permaneció quieta un momento, con la cabeza baja y los dedos inmóviles sobre las curvas de las flores de seda. Había aceptado el riesgo, y el miedo, ahora menor, estaba tapado por otro sentimiento, un sentimiento duro, grande y amargo, que ella conocía pero se negaba a reconocer o nombrar.

—¿Te hago una lista de lo que necesitaré? —preguntó con calma—. Para que me autorices...

—Pídeselo a Filotimos —respondió él con ligereza—, y que él hable conmigo si tiene alguna consulta que hacerme. ¿Cuánto tiempo tardarás?

«No habrá nada por escrito —pensó ella sin sorprenderse—. Si llega a saberse, él negará todo conocimiento del asunto. Pero yo no podré ocultarlo. Ay, Señor. El adulterio habría sido preferible.»

«Casi. El adulterio habría sido una auténtica humillación, aquí y ahora. Pero si hago lo que me pide y lo termino rápida y discretamente, estaré fuera de peligro. O la traición triunfará, y entonces no tendré por qué preocuparme, o fracasará, en cuyo caso no se ocuparán de la esclava que tejió el manto porque tendrán al traidor en persona. Quieren mantenerlo en secreto; si los atrapan, será cuando los planes estén más avanzados.»

—De cinco a seis meses, señor —le dijo.

—¿Tanto? ¿No se puede hacer más rápido?

—Tejer un tapiz es un trabajo lento, y la seda es muy fina. Podríamos hacerlo en un telar de arrastre, con un dibujo repetido, en lugar de bordar un tapiz. De esa forma podríamos terminarlo en tres meses.

El procurador reflexionó.

—El telar de arrastre lo manejan dos personas, ¿no? Además está ocupado con algo en lo que están trabajando. Y necesitarían mi autorización para desmontarlo. No, entonces no. Pero... seis meses.

—Puede agilizarse un poco, señor. Si en lugar de confeccionarse de una pieza se hace con dos tapices, se tardaría entre cuatro meses y medio y cinco.

—¿Dos piezas? Muy bien, pero que no sean pequeñas. El manto debe ser tan bueno como los del emperador, quiero decir, como los que ya tiene el emperador. Cinco meses, entonces, como máximo. Ve y empieza ahora mismo.

—Sí, eminencia. —Con impotencia, le hizo una inclinación y salió de la habitación.

Se detuvo en el pórtico de la prefectura y volvió a mirar la estatua de Nomos. Ésta seguía sonriendo blandamente hacia la nada, con sus brillantes ojos azules. «¿Será para él o para otra persona? —se preguntó ella—. No importa. Si fracasa nunca pensará en una esclava a la que mataron por tejer un manto, de manera que ¿por qué voy yo a preocuparme por saber más de él que él de mí? Ay, Señor.»

La otra emoción le subió a la garganta y se tuvo que morder la lengua para

contenerse. Una mezcla de humillación, vergüenza y rabia, que hacía ya ocho años que la acompañaba, y que era totalmente inútil para otra cosa que no fuera provocarle más pena. No había posibilidad de escapar de aquella orden; no había seguridad en nada que no fuera la veloz obediencia y el silencio. Desafiarla no tenía sentido y sería peligroso. Y sin embargo, se descubrió temblando de ira; quería gritar, quería romper en llanto. Se sentía sofocada por un odio violento hacia Nomos, hacia Heraclas y, sobre todo, hacia ella misma, por consentir que la utilizaran.

«Debo hacerlo rápido —se dijo—, lo más rápido posible para ser libre otra vez.» Una vez más se echó el manto sobre la cabeza y respiró hondo, temblando, y entonces emprendió el regreso al taller, con paso vivo y llena de ira.

Filotimos estaba sentado ante su escritorio, situado en la parte trasera del taller, cuando ella volvió. Demetria le dijo que el procurador quería que tejiera un manto como regalo sorpresa para el emperador, y que nadie debía verlo hasta que estuviera terminado.

—Quiere que trabaje en un lugar privado —dijo.

Él la miró perplejo. Su voz era, como siempre, tranquila y serena, pero mirándola a la cara se veía algo más: estaba tensa, rígida y muy pálida. Frunció el entrecejo furioso. «Desgraciado —volvió a pensar—, hijo del demonio.»

—Si es un regalo personal lo pagaré, ¿no? —dijo—. No saldrá de los fondos del Estado.

—No me dijo nada. No quiso firmar ninguna autorización.

—No puede hacerle un regalo al emperador y hacer que el mismo emperador lo pague. Te daré la seda y el oro, y mañana le entregaré la factura.

Filotimos cogió su libro de cuentas y apuntó los débitos por seda y oro, aproximadamente una vez y media más de lo que necesitaría; le provocó un considerable placer comprobar a cuánto ascendía la factura. Todo lo que sobraba cuando se terminaba un encargo pertenecía, por tradición, a la tejedora, aunque por lo general se daba algo al capataz por el favor. Todas las mujeres del taller ganaban algo de dinero con estos restos; tejían ropas u otros artículos para su uso o para venderlos. Incluso la púrpura, que no podían venderla en el mercado, podía cambiarse por lana al capataz del taller, que la revendía a las sederías obteniendo un beneficio. Con esta cantidad de seda Demetria ganaría mucho. «Que Heraclas pague por su capricho —pensó Filotimos—, y que quien salga ganando sea Demetria. Aunque dudo que ella considere que valga la pena, aunque ganara diez veces más. ¿Qué habrá sucedido después de que me fuera? No creo que se le haya abalanzado en el despacho... y tal vez ella pudiera quitárselo de encima, incluso en ese "lugar privado", donde sin duda él piensa visitarla. Pero se lo pondré difícil.»

—En cuanto al lugar privado, hay un cobertizo detrás de las tintorerías —sugirió sonriendo maliciosamente—. Apesta, por supuesto, pero tiene buena sombra y es amplio. ¿Hago que te lo limpien?

Demetria lo miró sorprendida y sólo entonces se dio cuenta de lo que él estaba

pensando. «¿Por qué no? —reflexionó—. Si me obligan a involucrarme en el secreto, al menos debo tratar de preservarlo. Que piensen que Heraclas me persigue y, cuando no venga, que crean que es el hedor de las tintorerías lo que se lo impide.»

—Sí —dijo devolviendo la sonrisa—. Gracias.

Filotimos escribió una nota para los capataces de la tintorería, indicándoles que pusieran en condiciones el cobertizo donde se limpiaban los moluscos para colocar en él un telar extra durante un tiempo. Demetria llevó la nota y luego fue a ver el cobertizo. Era una construcción pequeña, de troncos de cedro sin desbistar y con techo de paja. Tenía dos ventanas con los postigos cerrados y una puerta con un gran cerrojo; el lugar estaba lleno de barriles de conchas de buccino. El calor era intenso por haber estado mucho tiempo cerrado, el hedor de la púrpura era tan denso que parecía verse, y el aire se notaba pegajoso en el paladar. Demetria intentó imaginarse a Heraclas visitándola, se imaginó al procurador desvistiéndose entre los barriles y buscando, molesto y sin respirar por la nariz, un lugar donde colgar su ropa; ante la imagen sonrió. Ya un poco más animada, comenzó a planear cómo instalar el telar, marcando las medidas en la pared de madera con un pedazo de tiza. Llegaron dos tintoreros a limpiar el cobertizo y bromearon sobre el olor. Demetria rió y les devolvió las bromas. Eran hombres rudos, pero de confianza. Sabían quién era: su padre, muerto hacía ya mucho, había sido uno de ellos, y su esposo era conocido y respetado. Podía confiar en ellos si necesitaba ayuda y en que no interferirían ni meterían la nariz donde no les importaba. Cuando terminó de calcular la forma de la urdimbre, el cobertizo estaba barrido y fregado con agua marina y los tintoreros iban en busca del telar.

Era el final de la tarde y las tintorerías estaban cerrando cuando su madre vino a buscarla. Demetria estaba en el despacho del taller, haciendo los dibujos para las piezas del tapiz: la elección de Hércules y la Victoria coronando a Alejandro. Ocultó rápidamente los bocetos cuando Laodiki entró en la habitación.

—¡Estás aquí! —dijo sonriendo junto a la puerta. Laodiki era una mujer regordeta, compuesta y tan jovial que ni su hija recordaba haberla visto enfadada—. Querida, tienes que irte a casa. ¡Simeón y el niño deben de haber vuelto hace horas!

Demetria asintió, enrolló los bosquejos cuidadosamente, los ató con las hebras de seda con las que había estado eligiendo colores, y se enganchó el rollo en el cinturón. Si iba a confiar en alguien, no sería en su madre. Laodiki era la última persona a quien podría contarle un secreto. No sabía mentir ni mantener la boca cerrada. Demetria le dirigió una sonrisa llena de afecto y las dos mujeres emprendieron el camino hacia sus casas.

Como muchas de las trabajadoras del taller, Demetria y Laodiki vivían en una gran casa de vecinos situada al final del puerto egipcio, y se fueron caminando despacio por la orilla del mar. La ciudad estaba otra vez viva, ahora que el sol se había ido, y el puerto estaba lleno de gente. Las pescaderas voceaban ofreciendo marisco o mújol junto a las barcas; había pulpos y calamares asándose, colgados

sobre hogueras de carbón, y los vendedores de agua y de vino deambulaban entre la multitud haciendo tintinear las copas. Hacia poniente, el cielo aún estaba rojo, pintando de negro la piedra de la ciudadela, pero las suaves estrellas del verano ya habían aparecido por el este y la media luna estaba en lo alto y comenzaba a dar luz.

—Querida —comenzó a decir Laodiki con vacilación cuando estuvieron cerca de la casa—, ¿el procurador... no quiere...?

—Quiere que teja un manto —dijo Demetria—. Si quiere algo más que eso, no es asunto mío darme por aludida.

—Así se habla —dijo Laodiki, pero no pareció muy tranquilizada—. ¿Te parece... es decir... crees que podrás...?

Demetria no dijo nada por un momento.

—No tendré que acostarme con él —respondió por fin.

Laodiki suspiró aliviada.

—¡Gracias a Dios! Bien, trabaja en ese manto entonces, y confía en que las tintorerías lo mantengan alejado de ti. ¿Qué vas a decirle a Simeón?

Demetria apartó la mirada hacia la playa de guijarros y las barcas varadas en ella. Ahora estaba allí: una barca de casi cinco brazos con aparejo latino, con el casco de cedro pintado de azul y blanco, y el palo de popa tallado con forma de mujer sosteniendo un pájaro que volaba en el crepúsculo granate. La barca de Simeón estaba en la playa; él estaría en casa, esperando.

—No lo sé —dijo—. Tal vez espere a que me pregunte.

Lentamente entraron en la casa.

Era un gran edificio de tres pisos de altura, bastante cómodo. Una fuente pública en la parte que daba a tierra proporcionaba agua limpia, y las cloacas corrían hacia el puerto y desembocaban en el mar. La habitación de Demetria estaba en la planta baja, una situación privilegiada; la de Laodiki estaba dos pisos más arriba. Se detuvieron al pie de la escalera y se miraron.

—Bien —dijo Laodiki—, es un buen esposo; no te pegará por algo que no es culpa tuya. Buenas noches, querida.

Demetria le dio un beso y esperó un momento mientras su madre subía resoplando la empinada escalera, luego se volvió y entró en su casa.

Como le había dicho al procurador, era sólo una habitación lo suficientemente grande para poder dividirla con mamparas; ya había un telar allí, que Demetria usaba para tejer ropa para la familia. La ventana era de cristal (cristal de mala calidad, tal vez, pero mejor que el asta) y la superficie bajo ésta estaba embaldosada, y había un hogar de ladrillo en un extremo de la vivienda para que no hiciera demasiado calor. Simeón ya había encendido un fuego de carbón y estaba sentado en el diván que también hacía las veces de cama, remendando una trampa para múrices a la luz de una lámpara de aceite de doble mecha. El hijo de ambos, Melecio (a quien sus padres llamaban Meli, «miel»), estaba sentado en el suelo, tratando de tallar un pedazo de madera de arrastre con el cuchillo de mango de asta que le había regalado su padre

hacía un mes, y que él valoraba más que cualquier otra posesión terrenal. Melecio salía en la barca con Simeón desde los cuatro años. Ahora, a los cinco, sabía nadar, poner una trampa para múrices, arrojar un sedal, cargar y recoger las velas, y podía pilotar la barca en mar abierto si el viento no era muy fuerte y si no era demasiado importante mantener el rumbo recto. Estaba muy unido a su padre, hasta el punto de que su madre a menudo parecía poco importante.

—Llegas tarde —dijo Simeón levantando la mirada de su trabajo cuando se abrió la puerta. Era un hombre delgado y musculoso, muy bronceado. Tenía el cabello negro, incluso a pleno sol, con pequeños rizos; hasta su barba corta era rizada. Los ojos castaños parecían extrañamente claros en su rostro moreno.

—El procurador me hizo un encargo urgente —respondió Demetria—. Probablemente llegue tarde todos los días hasta que lo termine.

—¡Hijo de puta! —Simeón tiró la trampa de múrices en un rincón y se levantó—. Si administrara bien el taller, el encargo no sería tan urgente. —Se aproximó a su esposa, la abrazó y la besó con fuerza—. Bien, supongo que no hay nada que hacer. He pescado un mújol esta tarde, si quieres cocinarlo. —Hacerse la comida, por hambriento que estuviera, no era digno de él.

—¡Vimos al delfín otra vez! —anunció Melecio, que fue a abrazar a su madre por las caderas, que era la parte más alta a la que llegaba. Frunció la nariz—. Hueles a púrpura —dijo acusador.

Demetria se inclinó para darle un beso en la cabeza. Melecio era casi tan moreno como su padre, pero tenía el cabello más claro, del color del bronce cuando le daba el sol, aunque parecía más oscuro a la luz de la lámpara, e igualmente rizado.

—¡Habéis visto al delfín! —exclamó ella sin responder a la acusación. Dejó el manto en el diván y se acercó al fuego seguida del muchacho. Simeón había limpiado el pescado, que estaba ya preparado en la sartén. Junto al fuego había un cubo con agua que Melecio había traído de la fuente pública—. ¿Has nadado con él? Sabes a sal.

—Lo intenté por encima —dijo Melecio—, pero no me dejaba acercarme mucho. Quiero domesticarlo y poder subirme a su lomo, como Arión en el cuento.

—Entonces tienes que darle de comer. —Demetria puso aceite en la sartén de bronce y la colocó en la parrilla—. ¿Por qué no le pides a tu padre un poco de carnada para darle?

Simeón rió.

—Hoy se ha comido la mitad. No entusiasmes a la criatura porque no nos quedará carnada para pescar y no habrá nada para comer, ni para nosotros ni para el delfín.

Demetria sonrió mientras le daba la vuelta al mújol, que chisporroteaba en la sartén. Lo sazonó con pimienta y orégano. Buscó en la cesta de mimbre y encontró dátiles, avellanas y menta un poco marchita; lo puso todo en un mortero y comenzó a machacarlo.

—Pero ¿pescasteis algo más que el mújol con lo que dejó el delfín?

No le hacía falta mirar a Simeón para verlo desperezarse y mover los músculos, cómodamente tendido en el diván.

—Pesqué cinco mújoles y algunas sepias. Se lo di todo a Daniel para que lo vendiera en el puerto. Dios es bondadoso.

Así como una tejedora podía ganar dinero vendiendo los restos de un encargo, de la misma manera a un pescador de múrice se le permitía vender lo que pescara, una vez que hubiera entregado al Estado los moluscos que producían la púrpura. La fábrica daba una generosa ración de alimento a todos sus esclavos y les permitía vivir sin pagar alquiler en las casas de su propiedad. Comparado con un pescador libre, un pescador de púrpura era rico; no tenía necesidad de preocuparse por el presente ni temer al futuro. Si la pesca era buena tenía dinero para gastar en lo que quisiera; si era mala, no pasaba hambre. Dios era bondadoso.

«Pero una tejedora libre —pensó Demetria aplastando con violencia los dátiles y las avellanas contra el mortero—, una tejedora libre no tendría que tejer mantos ilegales en contra de sus deseos. Si hubiera sido libre tal vez no habría tenido que dormir con Flavio Pánfilo.»

Añadió un poco de miel y vinagre al mortero, con una pizca de díctamo y volcó la mezcla espesa sobre el pescado. Tal vez. Pero ella siempre había sospechado que esas cosas les pasaban tanto a las libres como a las esclavas; que de las tejedoras libres nacidas pobres abusaban a veces asquerosamente los patronos ricos, y que también soportaban la humillación con silenciosa impotencia. Cogió la sartén chisporroteante y la dejó en la mesa junto al diván, luego llevó el vino, una jarra de agua del cubo y las tazas. La hogaza de pan de la noche ya estaba en la mesa a medio comer: a los otros dos la espera se les había hecho difícil. De lo que quedaba, Simeón partió el pedazo más grande y se lo dio a Demetria, que estaba sentada junto a él en el diván. Sonreía y sus dientes blancos brillaban a la luz de la lámpara. Ella lo cogió y apiló un poco de pescado en el pan, ahuecándolo para que no se escapara la salsa. Melecio se subió al diván entre sus padres y se sirvió.

—No tenemos verduras —se quejó Simeón sirviendo vino para su familia y para él.

—No he tenido tiempo de comprar —respondió Demetria con la boca llena—. He venido directamente a casa, ni siquiera he podido comer.

Melecio le olfateó la túnica a su madre y volvió a fruncir la nariz.

—Hueles a púrpura.

Ella sonrió y le revolvió el cabello.

—He estado trabajando en las tintorerías. Sois tú y tu padre los que pescáis esos bichos. No tendrías que quejarte del olor.

—Pero no tienen ese olor tan malo cuando los pescamos —rezongó Meli.

—¿En las tintorerías? —La mano de Simeón se quedó quieta sobre la jarra—. ¿Por qué?

—Porque allí voy a tejer ese nuevo encargo. El procurador no quiere que lo vea

nadie hasta que esté terminado, ya sabes cómo es la gente dentro y fuera del taller. — Demetria no miró a su esposo.

Simeón gruñó y le añadió agua al vino.

—¿Cuál es ese encargo nuevo?

Demetria cogió su taza e inclinó la cabeza dando las gracias sin apartar la mirada de la comida.

—Un manto. El procurador lo quiere como regalo sorpresa para alguien y quiere mantenerlo en secreto.

Simeón volvió a gruñir.

—¿Durante cuánto tiempo tendrás que trabajar hasta tarde?

—Hasta que lo termine. Trataré de terminarlo para Navidad.

—¡Puf! ¿Filotimos no podía haberle asignado el trabajo a otra? ¿A alguien que no tenga familia?

Demetria guardó silencio un momento. Había esperado que su esposo no le hiciera preguntas incómodas, al menos por ahora, no aquella noche en que ella estaba cansada y enfadada por el mismo motivo. De todos modos, se enteraría de que no había sido Filotimos quien le había asignado el trabajo, y de que la habían llevado a la prefectura y la habían dejado a solas con el procurador. Las trabajadoras no hablarían de otra cosa por la mañana; si Demetria intentaba ocultárselo a su esposo, sospecharía de ella. De pronto sintió que se le cerraba la garganta de rabia hasta el punto de casi no poder tragar y se quedó mirando el borde desportillado de su taza de vino. «Soy dos veces esclava —pensó—, al ser esclava y esposa. Nací esclava, pero ¿por qué Simeón tiene que tener derechos sobre mí? Si cree que el procurador quiere dormir conmigo, lo tomará más como un insulto hacia él que como una injuria hacia mí.»

—El procurador pidió específicamente que lo hiciera yo —dijo ella con aire sombrío—. Quería que lo hiciera la tejedora que tejió aquel manto que le regalaron al rey de los hunos el año pasado. Me mandó llamar y me lo dijo él mismo.

Simeón la miró un momento y luego frunció el entrecejo. No dijo nada más; siguió comiendo su pescado en silencio. Melecio miró a sus padres, intrigado, sin saber qué sucedía pero percibiendo la ira de ambos.

—Vete a la cama, Meli —dijo Demetria cuando terminaron de comer—. Mañana podrás buscar a tu delfín.

Melecio no hizo las objeciones de costumbre sino que se fue de inmediato al rincón donde estaba la tarima con ruedas que le hacía las veces de cama; se desvistió y se tendió en el colchón de paja. Pero justo antes de apoyar la cabeza se acordó de su cuchillo, se levantó de un salto, lo encontró, lo envainó y lo puso debajo de la almohada antes de volver a acostarse.

Demetria sonrió y se arrodilló junto a la cama.

—Ten cuidado y no te cortes —le advirtió, y cubrió al niño con su manto de lino ligero.

El niño asintió y la miró sin sonreír.

—¿El procurador es malo? —preguntó.

—¿Por qué dices eso? —respondió ella tras un incómodo silencio.

—Papá está enfadado porque habló contigo.

—Sí, así es. Papá no quiere que yo trabaje hasta tarde. Pero no te preocupes, criatura no será por mucho tiempo.

—¿Tendrás tiempo de hacerme un manto con delfines?

—No lo sé. Si no puedo, te compraré una barca pequeña, ¿qué te parece?

—¡Un trirreme! —dijo el muchacho; era mucho mejor que un manto—. Como el que vimos en el mercado el día de San Tiranio.

—Ya veremos —le dijo ella—. Ahora duérmete, mi amor. —Le dio un beso al niño, se incorporó y fue a lavar los platos.

Simeón la observaba, aún ceñudo. Ella sabía que hablaría cuando estuvieran en la cama y Meli se hubiera dormido. Querría hablarle del procurador y después hacer el amor. Demetria tensó los hombros intentando protegerse de la mirada de su esposo. Súbita y violentamente, sintió la solidez de su cuerpo, la intensa privacidad que Simeón invadiría. Pánfilo le había hecho sentir asco de los hombres y de sus manos pesadas; durante los seis años de matrimonio esa sensación había ido desapareciendo, pero ahora había vuelto. Alargó el lavado todo lo que pudo. Cuando al fin terminó, vio que Simeón seguía mirándola con curiosidad y preocupación, pero al menos había dejado de fruncir el entrecejo. Ella apartó la mirada rápidamente y levantó el cubo de agua sucia.

—Voy a traer agua para mañana —dijo, y salió.

Fuera hacía más fresco y la gente había desaparecido. Las estrellas doradas brillaban en el agua negra del puerto, la luna se reflejaba en las olas y las ventanas de Tiro resplandecían llenas de luces. Las olas bisbiseaban contra los guijarros de la playa, un golpe de viento agitó las palmeras datileras junto a la fuente. Del edificio llegaba el sonido apagado de voces y risas; calle abajo alguien tocaba un laúd y cantaba plañideramente.

Demetria tiró el agua sucia en la vid que había junto a la puerta y caminó hacia la fuente. El agua borboteó mansamente dentro del cubo; ella puso las muñecas calientes debajo del agua fría, sintiendo que el dolor se le extendía a los músculos tensos. Contempló el agua, clara y resplandeciente bajo la luz de la luna, en el cuenco formado por sus palmas, hasta que se escurrió entre sus dedos.

«Son mis manos —pensó mirándoselas—. Sin embargo, el Estado y el mismo Heraclas pueden dirigirlas como quieran.» Flexionó los dedos mientras observaba el agua que se escurría entre ellos. La seda también podía fluir, cambiar con el movimiento de un dedo, terminar convirtiéndose en cualquier dibujo que ella quisiera. Había nacido a la sombra de un telar y sus primeros juguetes habían sido husos; no recordaba haber aprendido a tejer. A los once años ya le permitían ayudar con el telar de arrastre del taller; a hacer tejido plano a los doce; dibujos a los

dieciséis, y tapices, lo más sutil y delicado del arte de las tejedoras, a los diecisiete. Las telas tejidas de Tiro eran la envidia del mundo y ella era una de las mejores tejedoras de la ciudad: nunca había sentido otra cosa que orgullo por su trabajo. A menudo se había lamentado de la belleza de su rostro, que atraía tanta atención no deseada, pero nunca se había lamentado de sus hábiles manos. Y no podía lamentarse ahora, aunque estaban poniendo su vida en peligro.

«Y sin embargo —pensó—, ¿cómo puede nadie más que yo ser dueño de mis manos?» Por un momento, toda la estructura del mundo (el taller, las leyes, las jerarquías de la administración imperial) le pareció falsa e irreal. Las manos eran suyas; sólo ella podía sentir el frío del agua o el dolor en las muñecas, ¿cómo podía otra persona reclamarlas? Entonces, de la misma manera, el dibujo volvió a encajar, la estructura era real, y fueron su asombro y sus reflexiones los que parecieron irreales. Claro que el Estado podía ser su dueño; todo el mundo estaba controlado de una manera u otra, formando parte del tejido del mundo, una hebra tejida entre multitud de otras. El Estado la había educado y capacitado y ella de todas maneras, no tenía otra opción que obedecer.

El cubo rebosaba; lo apartó y llevó el agua a su casa. En la puerta del edificio se detuvo. Se quedó un momento quieta, mirando el puerto, hasta que dejó el cubo en el suelo y apoyó la cabeza en la piedra fría del umbral. Sentía calor debajo de la túnica; se sentía pringosa, con el sudor seco y el hedor de la púrpura. Recordó a Flavio Pánfilo con la antigua mezcla de vergüenza y asco; recordó los ojos oscuros y satisfechos de Heraclas apartándose de ella.

Oyó abrirse una puerta dentro del edificio. Simeón apareció en silencio detrás de ella y le apoyó una mano, suave y ligera, en el hombro. Ella no se volvió.

—No es culpa tuya que quiera acostarse contigo —dijo Simeón en voz baja—. Ya lo sé. No es contigo con quien me enfado. —Ella movió la cabeza aún apoyada en la pared.

—Por favor —dijo él—. Cuéntame lo que ha pasado.

—No quiere acostarse conmigo —dijo ella cansada—. Puedes quedarte tranquilo.

Él le apartó el cabello de la nuca. Bajo las manos de su esposo, los músculos de Demetria estaban tensos («duros como las drizas de un barco con todas las velas desplegadas», pensó él). La mezcla de ternura y pena que lo ahogó era ya algo conocido, se sentía invadido por la resignación. Sabía que ella no volvería la cabeza para responder a su caricia, y sabía que su mirada no encontraría la suya y se suavizaría. Era una esposa buena y obediente, a veces incluso afectuosa; no tenía derecho a exigir que lo amara.

—Sé que no es culpa tuya —repitió—. Virgen Santísima, me costó mucho tiempo convencerte de que no era vergonzoso que yo te tocara; sé que jamás desearías a ese hombre, por mucho que te ofrezca. Si quieres iré a verle.

Ella volvió la cabeza, pero su mirada era despectiva.

—¿Qué harías? —preguntó cortante—. ¿Pegarle? ¿Al procurador, a su eminencia

Marco Acilio Heraclas? ¿Piensas que te permitirían acercarte a él? Incluso aunque te lo permitieran, ¿qué crees que te ocurriría después? No quiero un esposo azotado casi hasta la muerte.

—No se atrevería —dijo Simeón igual de cortante—. No soy su esclavo y mi capataz todavía tiene algo de influencia en la ciudad, gracias a Dios. Pero no, no le pegaría. Sencillamente hablaría con él, encontraría alguna excusa para conseguir que me recibiera. Le demostraría que tienes un esposo que cree que vale la pena defenderte. Eso lo ahuyentaría.

Ella movió la cabeza violentamente y se volvió otra vez.

—¿Por qué un procurador iba a preocuparse por una esclava del taller? Además, te he dicho que no quiere acostarse conmigo. Eso es lo que pensarán todos, por supuesto, y eso es lo que yo temía cuando me mandó llamar. Admito que me perturbó, me ha recordado a... a Pánfilo. Pero no era eso lo que quería.

Él permaneció detrás de ella, con la mano aún en su hombro.

—¿Qué quería, entonces? —preguntó inseguro.

—Te lo he dicho. Quería que tejiera un manto.

Él se adelantó y se puso junto a ella, le pasó un dedo por la mejilla y la cogió del mentón, obligándola a mirarlo.

—Hay algo raro —dijo sin expresión, tratando de leer algo en su cara—. Dime qué es.

Ella se soltó.

—Te lo he dicho. Me ha recordado a Pánfilo, y me ha hecho pensar... —Se detuvo. Simeón la había cogido por los hombros. No la movió ni hizo ademán de besarla, simplemente la miraba a los ojos. La media luna le iluminaba la cara, le realzaba las líneas de la boca de manera clara y precisas, en negro y blanco, y le relucía en los ojos bajo los rizados cabellos negros—. Está bien —dijo con amargura tras un momento de silencio—. El manto es un paludamentum, un manto de emperador. Púrpura imperial con dos tapices mostrando la elección de Hércules y la Victoria coronando a Alejandro. Y su sagrada majestad jamás, hasta donde puede recordar cualquiera en el taller, ha pedido escenas que no fueran bíblicas. Más aún, este manto es medio palmo más largo. Pero el procurador insiste en que es para el emperador. Cuando me atreví a cuestionarlo se enfadó y se asustó, y me hizo callar de inmediato. ¿Te das cuenta?

Los dedos se apretaron en sus hombros.

—Tenemos que denunciarlo —dijo él tras un largo silencio.

—¡No seas absurdo! ¿Denunciarlo a quién?

—Al prefecto. Acusarlo de traición.

—El prefecto está involucrado. Me ofreció hablar con él. Se dice que son amigos y que los dos deben sus puestos al mismo superior. Pero aunque no fuera así, si lo denuncio y me creen, probablemente me torturen para asegurarse de que les digo todo lo que sé; y si no me creen, el procurador me hará azotar por traicionarlo y de todas

maneras tendré que tejer el manto porque él no se arriesgará a que otra le acuse de lo mismo. No, no tengo más opción que hacer lo que se me ha ordenado.

Él negó con la cabeza.

—No puedes... Si llega a saberse...

—Si llega a saberse, si me descubren tejiendo ese manto, me pondrán en el potro de tormento hasta haberme arrancado todos los huesos de las articulaciones y me azotarán hasta que no me quede un palmo de piel y luego, si son misericordiosos y están seguros de que no sé más de lo que ya les haya dicho, me matarán. ¡No debe saberlo nadie! Tiene que ser un absoluto secreto. Y tengo que empezarlo rápido y terminarlo lo antes posible.

Se apartó con impaciencia de la puerta y cogió el cubo de agua.

—¡No puedes hacerlo! El riesgo es demasiado grande, él no tiene derecho a hacerte eso por un plan miserable. ¡Tienes que negarte!

—¡No tenemos opción! —dijo ella mirándolo con vehemencia—. ¡Él es más fuerte que nosotros! ¡Es el amo, con todo el derecho del mundo, según la ley, a ordenar a los esclavos lo que le plazca! —Se volvió y caminó rápidamente hacia la casa.

Simeón se quedó un rato observándola; luego se volvió y miró el puerto. Alcanzaba a ver la silueta de su barca, una sombra en los guijarros oscuros al borde del mar reluciente y borracho de luz de luna. Tuvo un repentino impulso de ir hacia ella, de sacarla hacia aquel campo de luz, lejos de la tierra pesada y traicionera. Pero toda barca que salía debía volver, a menos que se hundiera, y el impulso murió apenas nacido. Se sentó en el umbral, apoyó la cara caliente en las manos manchadas de púrpura y trató de pensar. Era difícil porque estaba confundido y furioso.

«Esos procuradores creen que son dueños del mundo —se dijo a sí mismo acaloradamente—. Piensan que pueden hacer lo que quieran y ordenarnos lo que se les ocurra. El otro, Pánfilo, le arrebató la virginidad como si estuviera en su derecho, como si cualquier trabajadora joven y hermosa del taller fuera para su uso personal. Y yo me quedé con una esposa hermosa que odia que la toque cualquier hombre, incluido yo. Y ahora Heraclas quiere que arriesgue la vida por la traición que planea. No voy a permitirlo; de alguna manera se lo impediré, aunque tenga que arriesgar mi vida para hacerlo.»

«Él es el amo», había dicho Demetria. «Pero no mi amo —pensó Simeón furioso—, ni tampoco el de mi esposa. Nuestro dueño es el emperador, que es dueño del mundo entero; y si ese procurador, ese Heraclas, se rebela contra su amo, a partir de ese momento queda más abajo que nosotros. Señor de los Cielos, no tiene ningún derecho, ¡ninguno! ¡Lo haré arrepentirse de lo que ha hecho!»

«¿Por qué un procurador iba a preocuparse por una esclava del taller? —había preguntado Demetria—. Ella es mujer y cede. Así como cedió con el otro. No queriéndolo, odiándolo, pero aceptando el servilismo como su destino. Que Dios me destruya si hago lo mismo, si inclino la cabeza y digo: "Señor, soy tu esclavo". Si su

plan es darle a su superior un manto púrpura, ha de haber otros hombres, también con planes, y alguno de ellos puede hacer gustoso un trato conmigo. Lo único que necesito saber es para quién es el manto, y si lo averiguo sabré con quién combatirlo. Ella ha de tener alguna idea de quién lo quiere. Una vez que lo sepa, puedo ir a ver a alguno de sus enemigos, puedo obtener una promesa de protección para ella, para nosotros, entonces Heraclas...»

Sonrió imaginándose a Heraclas atado y exhibido por las calles como traidor. Se levantó, movió la cabeza y volvió a la casa.

La luz de la luna traspasaba la ventana y arrojaba una suave luz en la habitación, la suficiente para que pudiera ver a Demetria acostada de espaldas a él en el diván. Se acercó unos pasos y la miró: ella tenía los ojos cerrados y no se movió, aunque él estaba seguro de que no dormía. Su cabello parecía oscuro en la semipenumbra, cayéndole abundante sobre el cuello y los hombros desnudos; una mano se agarraba a la almohada, junto a la cara, como tratando de alejar el peso de la noche. Su ira se disipó de pronto y permaneció inmóvil, mirándola con un nudo en la garganta. «Son tan poderosos —pensó—. Cómo no va a tener miedo Demetria. Yo también lo tengo.»

Se sentó en el diván: ella seguía sin moverse. No la molestaría; no quería la resignación forzada de su aceptación. «Si confiaras en mí —pensó apenado—. Si pudiéramos pelear juntos contra ellos ganaríamos. Lo sé. Si pudieras...»

Suspiró, se quitó las sandalias y se tendió junto a ella en silencio.

II

Simeón durmió mal aquella noche. Durante largas horas su cabeza buscó incansablemente pretendientes al trono y posibles protectores entre los fragmentos de chismes políticos oídos a medias y sin interés. El sueño le llegó imperceptiblemente, sumiéndole en un duermevela inquieto. Yació despierto, dolorosamente consciente de que Demetria le daba la espalda, mirando el dibujo que hacía la luz de la luna a través de la ventana y oyendo el susurro de las olas en la playa. Durmió y soñó que estaba en su barca pesquera, la *Procne*, navegando en la noche. El remo se sacudía inestable en su mano, como presa de corrientes en un mar tumultuoso; estaba tan oscuro que no veía los lados de la barca, pero las velas se agitaban bajo los golpes de un fuerte viento y a su alrededor se oía el ruido de las olas rompiendo. Se dio cuenta de que pilotaba la barca por un estrecho canal bordeado de rocas. El terror le paralizó y se quedó mirando fijamente en la oscuridad; la espuma salada se le congelaba en las mejillas. De pronto el ruido de las olas se acalló y en el silencio oyó a Demetria que gritaba de dolor. Al levantarse de un salto dando un alarido, se le rompió el remo; la barca escoró, él cayó al mar amargo y entonces despertó.

Se incorporó temblando apoyándose en los codos. Ahora la luna estaba baja y la habitación a oscuras. Tanteó el otro lado del diván y no encontró a nadie: Demetria se había ido. Se echó hacia atrás, como si de verdad hubiera caído al mar, y se obligó a permanecer tumbado un rato más. De la calle le llegaron los primeros ruidos del día: el canto de un gallo; unos niños que iban a la fuente a buscar agua y que pasaron bajo la ventana; el ladrido de un perro; y un vendedor que en algún lugar, con la voz ronca por el sueño, comenzaba a vocear: ¡pan tierno! Simeón exhaló un largo y tembloroso suspiro: ya era casi de día, Demetria se habría levantado para encender el fuego o para recoger la ración diaria de pan.

—¿Demetria? —llamó suavemente en la oscuridad.

Pero fue Melecio quien le respondió medio dormido.

—Creo que ha salido hace muy poco. Yo me he despertado cuando se cerraba la puerta.

Simeón apoyó la cara en el brazo. El desastre, si iba a alcanzarlos, todavía estaba lejos. «Conseguiré protección —se dijo a sí mismo con determinación—; no voy a permitir que suceda nada.»

La puerta se abrió y entró el aroma del pan tierno y con él Demetria llevando una lámpara. La luz suave le daba a su piel clara un matiz dorado y le prestaba calidez al manto rosa, y las hogazas de pan que traía debajo del brazo olían a paraíso. Simeón sintió que el corazón se le paraba en el pecho por un momento: después de su sueño y de la oscuridad, ella aparecía tan necesaria como el día, como el pan que traía. Pero el rostro de Demetria estaba serio; su esposa se movía con rapidez, y bruscamente dejó el pan, encendió la lámpara de la casa y apagó la que traía, armándose contra él con viva eficiencia. Simeón suspiró, se desesperó y se levantó.

Después de desayunar, Simeón le dio a Melecio unas monedas de bronce.

—Toma esto y ve a comprar un poco de aceite para la lámpara e incienso del diácono Juan —le ordenó—. Anoche tuve una pesadilla, soñé con un naufragio. Te esperaré en el altar de San Pedro después de revisar la *Procne*.

Con los ojos muy abiertos, Melecio cogió el dinero. Si bien, como todo el mundo sabía, había sueños verdaderos y sueños falsos, cualquier persona sensata se los tomaba todos en serio, y nada podía ser peor augurio para un pescador que soñar con un naufragio. Era obviamente necesario rezar y asegurarse la protección de los santos antes de sacar la barca. San Pedro tenía un altar en los muelles del puerto para que los pescadores de Tiro pudieran orar. Melecio asintió con la cabeza y, obediente, salió corriendo a comprar el incienso.

Simeón lo observó irse. Aunque sus intenciones de invocar la ayuda divina eran serias, estaba seguro de que su sueño no había sido el augurio de un naufragio real; san Pedro no sería el mejor santo a quien recurrir. Pero quería que Melecio no se enterase de su problema. Miró a Demetria, que ya estaba poniéndose el manto sobre los hombros, preparándose para ir a trabajar.

—¿Vienes conmigo hasta la barca? —le preguntó él en voz baja.

Ella vaciló con un mohín amargo. «¿De qué sirve volver a lo mismo? —se preguntó cansada—. Ojalá no le hubiera dicho nada anoche.»

Pero desafiarlo tampoco serviría de nada y la obediencia era el primer deber de una esposa. Asintió, recogió una cesta con la comida de Simeón y Melecio y otra con la suya, apagó la lámpara de un soplido y salió con su esposo.

En el horizonte, hacia el oriente y por encima de las montañas, empezaba a aparecer un resplandor entre rosa y salmón, aunque las estrellas todavía brillaban por encima de la ciudadela, hacia poniente. El puerto estaba otra vez lleno de gente y los dos atravesaron el bullicio en silencio. Frente a la barca, Simeón saltó del muro a la playa haciendo crujir los guijarros y Demetria lo siguió con desgana. Una vez lejos de la multitud reinaba el silencio; el mar estaba casi en calma, y rompía en diminutos remolinos traslúcidos que susurraban contra las piedras. La *Procne* estaba mitad dentro del agua y mitad fuera, elevando el palo de popa tallado con forma de mujer con una mano levantada llevando una golondrina. Como muchas de las barcas de pescadores de púrpura, el nombre estaba relacionado con el comercio de telas: Procne, quien según la leyenda había sido transformada en golondrina, había sido una famosa tejedora. A la luz del día la figura de la popa era rígida y de colores chillones, pero a la luz pálida del amanecer parecía viva. Simeón le palmeó el hombro de madera con cariño cuando se agachó para guardar la cesta con la comida bajo el banco de popa; luego saltó a la playa junto a su esposa.

—El manto... —dijo en voz baja, en un tono casi indiferente, aunque ella sabía que el paseo hasta allí había sido para evitar el peligro de que alguien alcanzara a oír aunque fuera un susurro—. ¿Para quién es?

Ella se apartó y se agarró a la barca.

—¿Cómo puedo saberlo? —preguntó con amargura—. Te dije que me contó que era para el emperador. Como te puedes imaginar, no me va a confesar sus secretos.

—Pero tú has de tener alguna sospecha.

Demetria lo miró enfadada. Simeón permaneció quieto junto a la barca y el sol naciente, a la espalda de ella, iluminaba con claridad el rostro de su esposo. Tenía la misma mirada mansa y seria de la noche anterior. Ella se mordió el labio. «¿Por qué tiene que saberlo? —se preguntó—. ¿De qué serviría? ¿Y por qué se lo he contado? ¿Porque obedecer es mi deber de esposa y odio estar en falta? Pero ¡es peligroso hablar de esto, peligroso incluso pensar en ello! Habría sido mucho mejor simular que creía lo que me dijeron y decir que era para el emperador.»

—Tengo una idea —dijo serena—, pero no puedo estar segura. ¿Qué esperas ganar sabiéndolo?

—Tenemos que tomar medidas para protegernos —respondió él muy serio—. Hemos que tener a alguien a quien recurrir por si algo sale mal. Si sabemos para quién es, sabremos a quién apelar.

Ella lo miró por un momento, incrédula, y luego apartó la mano de la barca.

—¡No podemos recurrir a nadie! —exclamó con violencia—. ¡Cualquiera que sepa algo representa un peligro para nosotros, cualquiera! ¡No debe saberlo nadie!

—Pero ¿y si llega a saberse? —insistió él impaciente—. Estos traidores siempre tienen enemigos; siempre hay espías y falsos amigos. ¿Crees probable que al gran chambelán Crisafio se le escape una conspiración contra su señor?

Demetria se encogió y apartó la mirada. Si Nomos había tenido un poder importante en el Estado, el gran chambelán Crisafio tenía el mayor de todos. Se susurraba que controlaba completamente al emperador; que había orquestado la caída en desgracia de la esposa de éste y el retiro de su hermana; que había destruido a varios cientos más, obispos y nobles, por codicia o por temor a un rival, mediante multitud de engaños y corrupciones; y que gobernaba solo por medio de un ejército de espías. Como todos los chambelanes imperiales era un eunuco, originariamente un esclavo importado de Persia; y era profundamente odiado. Pero también era muy temido, y ninguno de los que susurraban estas cosas osaba jamás levantar la voz.

—Necesitamos protección —dijo Simeón cortante—. No podemos sentarnos a esperar y orar para que nadie se entere; tenemos que librarnos de todo este asunto, ¡lo antes posible!

—¡Nuestro Señor de los Cielos! —Ella lo miró con ira apretando los dientes—. ¿Tú crees que yo no quiero verme libre de esto? ¡No puedo! Si vas corriendo a ver a algún poderoso en busca de protección, nos traicionará a ambos en cuanto le convenga. No significaríamos nada para él; ¿por qué iba a mantener la palabra que nos diera? Pero aunque lo hiciera, aunque intentara protegernos, el hecho mismo de que alguien más lo supiera triplicaría el peligro de que me descubran. Por favor, quítate esa idea de la cabeza.

—¡No quiero que te maten! ¿Pretendes que me quede de brazos cruzados

observando cómo te destruyen? Tenemos que protegernos. Y no somos tan insignificantes como tú dices; no somos impotentes. Mi capataz estuvo en el consejo de la ciudad...

—Y lo echaron el año pasado argumentando que era un esclavo.

—¡Todavía es respetado en la ciudad! El consejo podría darnos protección, y nos la daría si él la solicita. Y podríamos pedir asilo al obispo...

—El nuevo obispo ni siquiera sabe quiénes somos, no sabe ni quiere saber nada que pueda ofender a sus amigos de la corte. El consejo no puede protegernos del prefecto. Y el procurador puede ordenar que azoten a cualquiera, incluso a tu capataz, por desobediencia. ¡Por favor, por favor, créeme! ¡No tenemos opción!

La miró con las mandíbulas apretadas y los ojos resplandecientes por la ira.

—Te han obligado a exponerte al peligro, actuemos o no —dijo mordiendo cada palabra—. Podemos escoger: aceptar como esclavos o luchar.

Ella bajó la mirada. «No podemos luchar —pensó sofocada por la antigua mezcla de vergüenza y rabia—. Tenemos que aceptar la situación como lo que somos: esclavos. Las fuerzas que ordenaron esto, al igual que las otras fuerzas, las que pueden detenerlo, dominan el mundo, y cualquiera de las dos nos aplastaría sin darse cuenta siquiera. Y es una idiotez negarlo, Simeón, una idiotez inmensa, perversa, necia y ciega.»

Pero no le dijo nada de aquello.

—Es Nomos quien quiere el manto —respondió, en cambio, deliberadamente, volviendo a levantar la mirada—. Creo que el peligro no será tan grande si se guarda el secreto. Él fue el maestro de oficios hasta el año pasado. Era jefe de los espías del gran chambelán, lo sabe todo: los hombres y los métodos.

Hubo un silencio. Las olas susurraban contra los guijarros, y la primera brisa de la mañana le revolvió el cabello a Demetria. Detrás de ella el alba avanzaba.

—Así que crees que es Nomos —dijo Simeón al fin.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo. Oí que se había peleado con el gran chambelán. Se comenta que le gustan las escenas mitológicas, aunque la elección del tema pudo haber sido de Heraclas. Pero dicen que él fue el responsable de los nombramientos del procurador y del prefecto. Y hay una nueva estatua suya en la prefectura que lo llama «nobilísimo». Si es él, no creo que lo descubran hasta mucho más tarde, si es que lo descubren. Pero no lo sé a ciencia cierta, por supuesto. No puedo saberlo. De lo único de lo que estoy convencida —le clavó los ojos con una mirada amarga e intensa—, es de que mi seguridad radica en hacer mi tarea en secreto y rápidamente.

Simeón bajó la cabeza y se mordió la lengua para no hablar. ¿La mayor esperanza de seguridad radicaba en una obediencia servil al procurador? La perspectiva le ponía enfermo. ¿Era aquello esperanza de algo? Aunque fuera Nomos quien había pedido el manto, ¿podían confiar en que no sería descubierto? Había sido maestro de oficios, pero una persona que simplemente «había sido» poderosa y ya no lo era, bien podía

estar muerta. Las emperatrices también habían sido poderosas y, ¿dónde estaban ahora? No, él seguía tan convencido como siempre de que lo único que podían hacer era buscar la protección de algún poderoso enemigo de Nomos, revelar la conspiración y asegurarse de quedar bien lejos del desastre.

Pero no la había convencido y, al ver su expresión triste y decidida, supo que no podría persuadirla. Más palabras llevarían sólo a más ira, un lento veneno entre los dos. Después de un largo silencio, se encogió de hombros y dijo despacio:

—Está bien.

Ella bajó los ojos y permaneció quieta, con las mejillas coloradas. Por un momento él creyó que iba a añadir algo, una disculpa o un agradecimiento, pero al final sólo murmuró a la defensiva:

—Es mejor así.

Se echó el manto por encima del hombro y comenzó a andar hacia el muro del puerto. Simeón se sentó en la borda de la barca mirándola con desolación. Si lo hacía, si buscaba a alguien para que fuera su aliado, debería ser sin contarle nada a su esposa.

Cuando Demetria subió por el muro hacia la calle del Puerto, oyó gritar su nombre, se detuvo y miró hacia la casa de vecinos. La figura breve y redonda de su madre avanzaba hacia ella sonriendo entre la multitud. Demetria se obligó a sonreírle y esperó a que Laodiki llegara a ella.

—Salud y alegría, querida —dijo Laodiki acercándose a su hija—. Hace una mañana preciosa. Pero criatura, estás de malhumor. ¿Qué te pasa?

Demetria se mordió el labio, molesta de que se le notara el enfado. Se colocó el manto y comenzó a andar hacia el taller, lentamente, porque Laodiki siempre caminaba despacio y no había manera de hacerla ir deprisa.

—Simeón está enfadado porque el procurador me ha dado ese encargo particular —dijo con amargura—, y quiere ir a ver personalmente a su eminencia Acilio Heraclas para quejarse.

Laodiki rió.

—¡Virgen Santísima! Está convencido de que no es menos que nadie en el imperio, ¿no? ¿No le has dicho que no tiene por qué preocuparse, que puedes evitar acostarte con ese hombre sin necesidad de que él haga nada?

Demetria asintió.

—Lo ha aceptado.

—Entonces, no entiendo por qué estás tan enfadada —dijo Laodiki satisfecha.

—¡Porque es tonto por haberlo pensado! ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué le hace creer que el procurador iba a prestar la menor atención a uno de sus trabajadores, a un esclavo?

—Bien... pero no somos verdaderos esclavos, ¿no?

—Eso no es lo que decía la abuela.

La abuela de Demetria, muerta hacía nueve años, había sido una goda nacida

libre, capturada en las guerras del emperador Teodosio el Grande y comprada por un procurador ya olvidado, aparentemente para que tejiera para el taller pero, en realidad, por lujuria. Hermosa, salvaje y dominadora, había tratado a su hija y a su nieta con desdén. «Esclavas hasta la muerte», les decía, y había insistido en que la atendieran como si aún fuera la noble bárbara que había sido en su pueblo. Demetria se había alegrado de su muerte, aunque se avergonzaba profundamente de su alegría.

Laodiki se persignó, como siempre hacía cuando se nombraba a un muerto.

—Ah, bueno, pero ya sabes cómo era tu abuela... nunca se adaptó a Tiro y nunca terminó de entender cómo eran las cosas en realidad entre los romanos. Hay un mundo entre nosotros y los esclavos comunes, y tú lo sabes tan bien como yo, pero ella, pobrecita, nunca pudo creerlo. La impresión de ser comprada y vendida, yo lo he dicho siempre, tuvo que haber sido espantosa para ella, nunca se recuperó. Pero, en realidad, nosotros somos esclavos sólo de nombre. No hay mucha diferencia entre nosotros y los militares, por ejemplo: los soldados reciben raciones, igual que nosotros, y no mucho mejores, y no pueden ganar nada extra, pobres. Mira, quizá Simeón no fue tan tonto al pensar en quejarse al procurador. Su padre estaba en el consejo de la ciudad el año en que murió, y su capataz...

—Lo echaron el año pasado. Me lo recordó. Barak fue expulsado por esclavo, pero aunque estuviera en el consejo, ¿cuál sería la diferencia? Una persona como Acilio Heraclas no le prestaría más atención a él que a Simeón.

—Otro procurador más cauteloso tendría cuidado de no insultar a un pescador de púrpura importante, consejero de la ciudad o no. Pero éste... estoy de acuerdo, no serviría de nada que Simeón fuera a hablar con él, sólo le ofendería. Pero eso no es porque seamos esclavos; en las mismas circunstancias, se ofendería igual si el que se dirigiera a él fuera un pequeño mercader o un banquero. ¡No sirve de nada pedirles respeto a los poderosos!

Demetria caminó unos pasos en silencio.

—Un mercader o un banquero estarían casados legalmente —dijo por fin—. Las circunstancias no serían en absoluto las mismas. Podrían demandarlo por adulterio.

—Tú y Simeón estáis casados. Todo el mundo lo sabe, el obispo os bendijo.

—Eso no cuenta para la ley. Los esclavos no pueden casarse, así que no pueden cometer adulterio. No es lo mismo. Nosotros somos... menos... que los nacidos libres.

Laodiki negó con la cabeza.

—Querida, no deberías prestarle atención a lo que decía tu abuela; te lo he dicho siempre.

—Somos menos capaces de defendernos —le dijo Demetria sin perder la calma—. Tú lo sabes. No tenemos derechos, ni nadie a quién recurrir si somos perjudicados. Y en nuestros corazones no lo olvidamos. La abuela se acostó con el procurador y con otros dos o tres después de éste; yo me prometí a mí misma que no me acostaría con Pánfilo, y cuando llegó el momento me entregué sin luchar.

Laodiki le tocó el brazo; Demetria levantó la mirada y se encontró con un miedo profundo en los ojos de su madre.

—Me dijiste que esta vez podrías evitarlo —susurró Laodiki.

Demetria suspiró.

—Sí. Puedo escurrirme y evitar acostarme con Heraclas. Pero... —de pronto toda la ira afloró en su garganta—, pero me gustaría poder decirle personalmente que se vaya al infierno.

—¡Niña! —exclamó Laodiki aliviada y divertida otra vez—. ¡Eres tan tonta como Simeón!

—¡Pero tengo la prudencia de no hacerlo! —respondió Demetria—. Él no.

Habían llegado a las puertas de las tintorerías y Demetria se detuvo. Logró sonreír a su madre, aunque con un deje de amargura.

—No me esperes esta noche —le dijo—. Voy a montar el telar y tendré que trabajar hasta tarde. Vete a casa cuando cierre el taller.

Laodiki asintió.

—¿Quieres que te haga las compras camino de casa?

—Sí, por favor. No tuvimos verdura anoche y Simeón se disgustó. Te pagaré cuando vuelva. —Le dio un beso en la mejilla y entró en las tintorerías, armándose de valor para montar en el telar la urdimbre de la traición y de la muerte.

• • •

Tardó todo aquel día y parte del siguiente en suspender la urdimbre del telar. Cuando terminó de hacerlo, Demetria volvió a la prefectura y solicitó ver al procurador.

Fue recibida de inmediato. Esta vez Heraclas estaba escribiendo una carta. Levantó la mirada cuando entró Demetria con su secretario, asintió levemente y siguió escribiendo. El secretario salió del recinto y Demetria permaneció cerca de la puerta, sosteniendo con ambas manos el rollo con los dibujos para el tapiz.

A Heraclas la carta le estaba resultando difícil. Su superior le había encargado públicamente una alfombra de lana de sus talleres y, en privado, le había dado instrucciones a su procurador de que hablara de ésta cuando le informara sobre el encargo secreto. Heraclas entendía la necesidad de esta precaución, pero le resultaba difícil evitar que el sentido de la importancia de lo que estaba haciendo se transmitiera a su pluma. El breve informe necesario —«He transmitido tu encargo, eminencia, a una hábil tejedora y el trabajo está en marcha»— le parecía demasiado desnudo, demasiado trivial para el plan temerario y peligroso en el que había comprometido su ilustre nombre. Había ensayado varias misivas graciosas y ambiguas, llenas de intencionadas alusiones literarias, pero al leerlas había sentido un escalofrío de temor y se había apresurado a destruirlas. «Espías», recordó, y evocó con la claridad de una pesadilla el laberinto de pasillos del Gran Palacio de

Constantinopla y las sedas susurrantes de los funcionarios que lo poblaban, todos ansiosos por complacer al gran chambelán Crisafio, el enemigo de su superior. Mordió el extremo de la pluma y miró el nuevo borrador de la carta. Saludos formales, deseos de buena salud para su superior, bien: «Por lo que respecta a la alfombra que tuviste la gentileza de solicitar, eminencia, tengo el sumo agrado de informarte que el trabajo ha sido confiado a una hábil trabajadora y que ya está en marcha. Espero enviároslo antes de Navidad».

Una evaluación muy somera. Y no decía nada de sus dudas sobre la tejedora. Volvió a levantar la cabeza para mirarla, envuelta en su manto, informe y humilde. ¿Era necesario decir algo? Después de todo, la mujer había aceptado obedecer, no le dejaría en buen lugar confesar que no podía controlar a los esclavos de su taller. Muy bien, omitiría ese punto. ¿Qué podía añadir sin peligro?

Nada. Con desgana, todavía descontento con el tono sobrio y sencillo de la comunicación, escribió otra línea de saludos formales. Luego se reclinó en la silla y secó la pluma. Le hizo una seña a la tejedora indicándole que podía acercarse.

—¿Y? —preguntó—. ¿Ya has empezado?

Ella volvió a inclinarse.

—Estoy lista para comenzar, eminencia. Quería estar segura de que tu discernimiento aprobaba los dibujos.

—¡Muy bien! —Dejó la pluma y sonrió inclinándose sobre el escritorio—. ¿Son éstos? Déjame verlos.

Ella aflojó el lazo de seda que ataba el rollo y se lo acercó alargando el brazo. Él lo cogió y lo desenrolló.

Demetria permaneció apartada y con las manos cruzadas. A pesar de todo, había disfrutado preparando el manto. Normalmente era una tarea reservada a Filotimos o a otro de los capataces, a ella le correspondía simplemente tejer según sus dibujos, a lo sumo elegir los colores. Esta vez los motivos eran suyos, los había basado en otros de Filotimos, cierto, pero los había dibujado principalmente para sentir placer cuando los tejiera. Alejandro aparecía con su armadura, con la espada en la mano, encima de la figura postrada del rey vencido. La Victoria, vestida y alada, se inclinaba para ponerle la corona de laurel en la cabeza. El héroe Hércules, con la clava al hombro y la piel de león cubriéndole la portentosa cabeza, haciendo caso omiso de las sonrientes lisonjas y del fácil camino del Vicio, estaba a punto de coger la mano de la Virtud y de seguir el estrecho camino de montaña que ésta le indicaba.

Heraclas sonrió y alisó el papiro.

—Sí... ¿y estas figuras quedarán enfrentadas? ¿Una en cada punta de la parte delantera del manto?

—No exactamente en la esquina, señor. He pensado que te gustaría una franja con abejas en el borde inferior, en oro, y un dibujo de volutas, también en oro muy fino, en el borde vertical. Te he hecho una muestra debajo de las imágenes.

—Ajá, ya veo. ¿Y el oro de los hombros?

—He pensado en ello, señor. Un sencillito dibujo circular quedaría bien, con un motivo de volutas repetido. Lo he dibujado en la parte trasera de la imagen de Hércules.

—Sí... sí, quedará muy bien. —Lo miró rápidamente y lo volvió para observar los dibujos de tapiz—. ¿Y éste es el tamaño real de las figuras? —Cada imagen era de, aproximadamente, un palmo y medio de altura.

—Sí, señor. Si las apruebas, son las imágenes que usaré como base para el tapiz. En cuanto a los colores, aquí tengo las sedas... —Demetria avanzó el último paso hacia el escritorio y le tendió la madeja de hebras—. El oro lo conoces, por supuesto; ése es el púrpura para el manto... —Puso sobre el dibujo una hebra de seda que resaltaba sobre el amarillo del papiro: la púrpura tiria teñida dos veces, peso por peso más cara que el oro—. La armadura de Alejandro también estará tejida en oro, a excepción de su manto, que será escarlata, y azafrán para el cabello. —Dejaba caer hebra sobre hebra, que resplandecían sobre el papiro: negro de bellota de roble, rojo de quermes y el rosa de raíz de rubia; azafrán brillante y oscuro; retama de tintorero e índigo; los verdes teñidos dos veces y los castaños de nogal. Las imágenes ya estaban tejidas en su mente, sonrió viendo las laderas de las montañas salpicadas de verde y de castaños ante Hércules, el blanco del vestido de la Victoria con reflejos azules, resaltado por el contraste de las puntas negras de las alas.

Heraclas miró la seda y los dibujos y volvió a sonreír, esta vez con complacencia. «Será un manto magnífico —pensó contento—; quedará satisfecho. Y ese Alejandro, triunfando sobre un rey con manto púrpura, ¡qué apropiado!»

Pero fue sobre Hércules que hizo un comentario.

—Me pareció una figura apropiada siendo un regalo mío —dijo señalándolo—. ¡Un Hércules de parte de Heraclas! —Lanzó una risa divertida.

—Sin duda le evocará al dador de tan principesco obsequio —dijo Demetria en voz baja. «Está muy satisfecho», pensó orgullosa de su trabajo.

Heraclas asintió con gracia.

—Un obsequio principesco —repitió. «A un precio principesco— pensó para sí mismo con menos placer. Filotimos le había enviado la factura. —Pero vale la pena. Me recordará cuando esté en el poder. Me equivoqué al preocuparme por la tejedora, no dará problemas. Y es guapa, además. ¿De dónde habrá sacado ese color? No es común aquí en Tiro. Probablemente sea en parte goda.»

Le dirigió una sonrisa condescendiente.

—¿Tienes un lugar discreto para trabajar?

—Sí, excelencia. —Ella comenzó a recoger la seda. La luz de la ventana jugueteó con su cabello, y sus ojos, fijos en las hebras, quedaban ocultos por sus largas pestañas. Su expresión era benévola, satisfecha: tenía trabajo esperándola—. Un cobertizo de las tintorerías. La puerta puede cerrarse por dentro con pestillo, señor; no hay peligro de que entren personas ajenas y vean el trabajo antes de que esté terminado. Filotimos ha hecho colocar el telar allí y ya lo he montado. Sólo esperaba

tu aprobación para comenzar a tejer, eminencia.

—¡Excelente! —La cogió por la muñeca y le apoyó la mano en el escritorio. Ella lo miró rápidamente, sin moverla, pero sus ojos se volvieron brillantes y duros. Él volvió a sonreír perezosamente. La perspectiva del manto terminado y entregado a su superior lo llenaba de una excitación fascinante, pero la necesidad de esperar cinco meses para aquello le resultaba tediosa. «Pero creo, querida mía, que tú podrías divertirme un rato»—. Entonces puedes comenzar de inmediato —le dijo—. Espero que no le hayas dicho a nadie lo que vas a hacer.

—A nadie, señor —dijo ella inmediatamente. «Ojalá fuera así— pensó, —ojalá no le hubiera dicho nada a Simeón. Aunque ahora parece resignado. ¿Por qué no me suelta este hombre? ¿Quiere asustarme para que no hable o...?»

—Te has portado bien —dijo Heraclas, y le acarició el brazo poniéndole la carne de gallina. Se echó hacia atrás, tirando de la mano todo lo que se atrevió. Él se lo permitió pero no la soltó, divertido.

—Mi esposo, señor, sospecha —le dijo esperando que eso fuera suficiente—. Es un hombre bastante celoso; no le gusta que me hayas elegido a mí.

Él levantó las cejas y exhaló el aire por la nariz, despacio, soltando en parte un bufido y en parte un suspiro.

—¿Tu esposo? —dijo—. Vamos mujer, las esclavas no tienen esposos.

—Tal vez no de acuerdo con la ley, señor, pero la costumbre tiene su peso, y mi esposo es tan capaz de ser celoso como cualquier hombre libre.

Él rió y le soltó el brazo.

—Si tu celoso esposo te pega, ven a verme. Yo lo arreglaré ¿eh? Toma, llévate tus sedas.

Ella vaciló; luego cogió rápidamente las hebras y las enrolló formando una madeja. Heraclas la observaba sentado en su silla, sonriendo. Ella volvió a detenerse; cuando comenzó a recoger los dibujos y él volvió a cogerla de la muñeca, pero esta vez la atrajo hacia sí, la besó y la acarició. Por un instante ella no se movió, paralizada por la antigua vergüenza. Pero en seguida forcejeó. «No —pensó—; voy a tejer el manto, pero no tengo por qué aguantar esto.»

—¡Por Apolo! Mujer, no te asustes. No te haré daño. —Heraclas volvió a reír y le cogió la otra muñeca acercándola, de manera que ella tuvo que sentarse en el escritorio frente a él, le soltó una de las manos para cogerla de la barbilla—. Eres guapa, ¿lo sabías? No te preocupes por los celos de tu esposo. Sé como controlar a los esclavos. ¿De dónde te vienen esos ojos tan verdes?

Por un momento no dijo nada, ahogada por la ira y la humillación. «No —se repitió a sí misma—, puedo salir de esto.»

—Excelencia —susurró—, por favor, déjame ir.

Le dio una palmada en la mejilla.

—Vamos, querida, te dije que no te haría daño. No tengas miedo. Así que estás trabajando en las tintorerías, no es un lugar muy agradable para alguien tan dulce.

Haremos que lleven el telar a algún lugar que te sea más cómodo... Puedo conseguirte una habitación en la ciudad, donde...

—Te dije, excelencia, que aquí la costumbre tiene su peso —dijo ella en voz baja pero firme— y se debe respetar, ¿no? ¿Crees que a Nomos le gustará el manto?

La soltó como si se hubiera quemado. Ella se apartó del escritorio, cogió los dibujos a toda prisa y se retiró a una distancia segura.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Heraclas levantándose—. ¿Con quién has estado hablando? —Se sentía enfermo de pánico. Si lo sabía una esclava del taller, lo sabría todo el mundo; entonces lo atraparían y moriría. Nunca se le había ocurrido que su historia y sus alianzas políticas fueran la comidilla del taller, ni que los esclavos pudieran razonar.

Demetria bajó la cabeza humildemente, aunque el corazón le latía con fuerza, al mismo tiempo que le daban ganas de reírse.

—Puesto que, evidentemente, el manto no iba destinado a su sagrada majestad, señor, supuse que debía de ser para tu superior —dijo en voz baja—. En el taller sabemos a quién debemos tu presencia aquí. Lamento si he dicho algo inapropiado.

—¡Te dije que el manto era para el emperador! —susurró Heraclas—. Nomos... pidió una alfombra. No un manto, sino una alfombra.

Ella levantó los ojos y se encontró con los de él; la expresión complaciente y aburrida de Heraclas había desaparecido por completo, ahora tenía el aspecto de un hombre joven y aterrorizado. Ella sintió como se ruborizaba por el calor del triunfo. «Bien —pensó—. Se da cuenta de que no puede involucrarme en un acto de alta traición y después meterme en su cama para divertirse un rato. Puedo ser un instrumento, pero las herramientas utilizadas para tareas peligrosas han de tratarse con respeto; si se dan la vuelta, pueden cortar la mano que las usa.»

—Si tú lo dices, señor... —respondió con serenidad—. Como te dije la última vez, no sería apropiado que una esclava te acusara de nada. Comprendo mi posición, como espero que tú comprendas la mía.

Él tragó saliva y volvió a sentarse al escritorio mirándola indeciso.

—De modo que no has dicho...

—Nada a nadie de este asunto, señor.

Él se pasó nervioso las manos húmedas por los muslos.

—El manto es para el emperador. Ya te lo dije.

Ella sonrió.

—Qué tonta; lo había olvidado. Comenzaré inmediatamente el manto para el emperador.

Hizo una pronunciada inclinación y salió de la habitación.

Heraclas permaneció inmóvil, sentado al escritorio durante un buen rato, helado a pesar del calor de la mañana. Por la ventana abierta entraba el triste pregón de un vendedor ambulante; la brisa del mar agitaba los papeles que había sobre la mesa. Incluso a tanta distancia del puerto se percibía un leve olor a púrpura. «Odio esta

ciudad apestosa —pensó con vehemencia—. Me alegraré mucho cuando llegue el momento de irme. Pero ¿habrá algo para mí después?»

Se estremeció, recordando su única reunión con el gran chambelán Crisafio. Había sido justo antes de su audiencia con el emperador y su nombramiento oficial como procurador. El eunuco lo había recibido en un lujoso despacho en el corazón mismo del palacio imperial y le había dado instrucciones sobre el protocolo adecuado. Crisafio había resultado ser inesperadamente joven y bien parecido, de modales suaves y ligeramente afeminado como todos los eunucos, pero incuestionablemente elegante. De las puntas doradas de las sandalias a sus cabellos rubio oscuro, cuidadosamente peinados, era la imagen de la gracia, el donaire y el buen gusto. Estaba sentado ante su escritorio, sonriendo desdeñosamente, cuando hicieron entrar a Heraclas, que se inclinó casi hasta el suelo ante él. Después hizo algún comentario sobre cómo deseaba vivir de una manera que hiciera honor a sus ilustres antepasados, ante lo cual Crisafio disimuló una sonrisa detrás de una mano larga y bien cuidada. Después de la audiencia, y de pedirle una gratificación por haberla concertado —«¡una libra de oro!», recordó indignado—, había hecho referencia, de pasada, a las numerosas indiscreciones del padre de Heraclas y le había dado a entender, de una manera delicadísima, que podía encontrar fácilmente a varios jóvenes que compartían los mismos «ilustres antepasados».

«¡Esclavo miserable!», pensó Heraclas. Sus antepasados limpiaban letrinas para los persas, y él mismo había sido vendido al mejor postor en el mercado de Constantinopla, pero allí estaba, controlando el Estado, y haciendo que un Acilio descendiente de cien cónsules inclinara la cabeza. No le gustaba admitir, ni siquiera ante sí mismo, que temía al eunuco, que el alcance de la información que tenía el gran chambelán sobre él lo había asombrado, y que la sola idea de que aquellos ojos arrogantes y desdeñosos revisaran los informes de los talleres de Tiro lo aterraba. En especial cuando una tejedora, una mera esclava, podía adivinar con tanta facilidad no sólo el hecho de que se estuviera planeando una traición, sino el nombre del responsable.

Dio una palmada para llamar a su secretario.

—Envía un corredor con un mensaje al despacho del prefecto —le ordenó—. Dile que ha surgido algo, y pregúntale si puedo verlo esta mañana.

Media hora más tarde el prefecto Marcelo Filipo, gobernador de Siria-Fenicia, aparecía en persona en el despacho del procurador.

No tenía por qué ir. Era superior a Heraclas y podría haber sido él quien llamara al procurador, pero eso le habría hecho perder más tiempo que esta visita informal, y el tiempo era precioso. Filipo era mayor que Heraclas: un hombre robusto de poco más de treinta años, con la sombra de la barba permanentemente en la barbilla y gruesos cabellos negros. Su familia, aunque menos antigua que los Acilios, era incluso más poderosa, y nunca habían demostrado mucha consideración por las ceremonias.

—¿Qué pasa? —preguntó bruscamente en cuanto se cerró la puerta a sus espaldas.

Heraclas, que se había levantado para estrecharle la mano, volvió a sentarse y a mirar el papel que había sobre la mesa.

—Es... es... este asunto —dijo vacilante—. Está en marcha, pero...

—¿Pero? — preguntó Filipo impaciente. No le gustaba Heraclas. «Un hombre débil, indigno de confianza —pensó duramente, evaluando el aire nervioso del otro con ojo cínico—. Ahora está arrepentido de su compromiso. Se unió a nosotros únicamente porque sabe que jamás llegará a ninguna parte en el gobierno sin el apoyo de su excelencia, y porque el gran chambelán ofende su vanidad. Jamás será más que un aficionado en los asuntos de Estado. La vanidad no es suficiente para una carrera política: se necesita estómago y trabajar mucho. Aunque fuera un creyente ortodoxo de la verdadera fe y no un seguidor de ese paganismo ridículo, tampoco gobernaría en ningún lugar de importancia. Pero tendré que soportarlo en aras de la causa: le diré lo que haga falta para tranquilizarlo.»

—Creo que la tejedora ha adivinado algo —admitió Heraclas con aire desdichado y en voz baja—. ¿Crees que será seguro continuar?

Filipo lo miró sin poder creer lo que oía.

—¿Que la tejedora ha adivinado algo? ¿Qué ha adivinado? ¿Cómo? — «Apuesto diez a uno a que es joven y hermosa —pensó asqueado—, y éste se lo ha contado todo para demostrarle lo importante que es. ¡Idiota!»

Heraclas hizo un movimiento de impotencia con las manos.

—Conocía las medidas del manto que usa el emperador y sabía quién es mi superior, me preguntó si creía que le gustaría el manto. Yo no supe qué contestarle.

—¿Le dijiste que guardara el secreto?

—¡Por supuesto! La amenacé y me aseguré de que entendiera que no serviría de nada que se quejara a ti. Claro que no admití nada. Le dije que era para el emperador. Pero jamás se me había ocurrido que pudiera adivinarlo.

Filipo se encogió de hombros. Se había asustado por un momento, pero al parecer la alarma era innecesaria.

—Bien, siempre que ella entienda la situación, qué importa que lo sepa o no. Si la descubren será castigada por nosotros y torturada por las autoridades; si es lo suficientemente inteligente para darse cuenta de nuestro asunto por el tamaño de un manto y unos chismes que oyó en el taller, entonces también lo será para saber esto. Si ella no hubiera adivinado para quién es el manto, lo habría deducido cualquiera que la hubiera interrogado; no corremos más peligro que antes por esa mujer.

—Pero... ¿pero cómo se dio cuenta de que se trataba de su excelencia?

—No creo que te sorprenda saber que los trabajadores de tu taller saben quién te nombró, ¿verdad? Mi querido amigo, si supones que los esclavos domésticos lo saben todo de los asuntos de tu casa, entonces debes esperar que los esclavos estatales lo sepan todo del taller. Hablan entre ellos, averiguan cualquier cosa y descubren todo

secreto que no esté codificado y encerrado en una caja. Por eso debes seguir las precauciones que recomendó su excelencia. Las has seguido, ¿no?

Heraclas volvió a mirar la inocua carta que había sobre el escritorio.

—Ah, sí, pero... es peligroso, ¿no? Yo creía...

«Creías que podías no ensuciarte las manos y que nadie podría acusarte de nada, aunque nos atraparan a todos los demás —pensó Filipo despectivamente—. Y ahora resulta que, al parecer, hasta una esclava se da cuenta cuando un Acilio es culpable.»

—Hay cierto peligro —dijo con voz serena—. Pero si somos cuidadosos y, especialmente, si actuamos con rapidez, el riesgo es mínimo. Lo importante es mantener la calma y recordar por lo que estamos trabajando. —Heraclas seguía dubitativo y el prefecto continuó en un susurro urgente—. Tú sabes tan bien como yo que ninguno de los dos puede esperar nada sin su excelencia. Esa serpiente dorada de Crisafio tiene el dominio absoluto de palacio, y ese pelele inútil que viste la púrpura jamás se deshará de su chambelán; nadie puede acercarse al emperador ni siquiera para una queja. Crisafio se ha enemistado con su excelencia, ¿sabes lo que eso significa, para él y para todos los que ascendimos por su influencia? Que donde antes tuvimos ayuda y privilegios tendremos ahora que enfrentarnos a la maldad y el olvido: impuestos de los que nunca habíamos oído hablar, exigencias de un soborno tras otro, problemas en los tribunales, requisitorias injustas... Todo lo que el gran chambelán guarda para sus enemigos.

Filipo se ponía más y más vehemente, aunque no elevaba la voz por encima de un susurro.

—¡Piensa en lo que ha hecho ese esclavo persa con nuestro noble y antiguo imperio! No puede confiar en los generales y no se atreve a darles ni hombres ni poder; así que tenemos que quedarnos aquí sentados, imponiéndoles impuesto tras impuesto a nuestras pobres provincias para pagar otra vergonzosa paz con los hunos. ¡Les hemos dado toda la diócesis de Tracia en bandeja! Y esos piratas vándalos suben a millares de África hasta Grecia y, ¡nosotros no hacemos nada para detenerlos! ¡No, el gran chambelán no puede confiar en un militar de calidad, y se ha vuelto contra el mejor hombre de su gobierno, el único que podría haber detenido esa marea! ¿Por qué, entonces, nuestro superior, un hombre que tendría que haber nacido en la edad de oro, cuando Roma era grande, un hombre de auténtica cultura y nobleza, no va a quitarles al pelele y a su esclavo el poder del que han abusado? ¿Y por qué no va a triunfar en esta empresa? Sabe mejor que Crisafio cómo se dirigen las sagradas oficinas, cómo se lleva con seguridad un asunto como éste. Una vez que use la púrpura, ¿qué podemos esperar nosotros, sus amigos y seguidores? Es un gran hombre, y leal con los que le son leales.

El mismo Heraclas había expresado idénticos sentimientos en ocasiones anteriores; sus dudas se desvanecieron al oírlos y asintió vigorosamente.

—¡Tienes razón! —exclamó—. Tenemos mucho que ganar y razones para confiar en la victoria.

Demetria volvió de las tintorerías después de oscurecer, agotada, con la espalda y los brazos doloridos por los cientos de pequeños ajustes que les había hecho a las mallas, las correas y los palos de tensión del telar, pero sonreía satisfecha. Al llegar a su casa se encontró con que su madre había preparado una sopa de pescado para la familia y sólo tuvo que sentarse con los otros a compartir la cena.

—Pareces contenta —dijo Laodiki, levantándose de su lugar en el diván y alcanzándole a su hija un cuenco con sopa.

Demetria asintió.

—He tenido otra reunión con el procurador para que juzgue mis dibujos. Me ofreció buscarme una habitación privada en la ciudad para trabajar.

Laodiki se alarmó, pero evaluando rápidamente la sonrisa de Demetria, dijo expectante:

—Pero te las arreglaste para rechazar el ofrecimiento.

Demetria volvió a sonreír.

—Lo convencí de que no podría trabajar en otro lugar que no fueran las tintorerías. Pareció muy contrariado.

Laodiki rió encantada.

—Ésta es mi niña. —Le dirigió una espléndida sonrisa a Simeón que se limitó a fruncir el entrecejo y a tomar su sopa en silencio.

—¿Qué quería en realidad? —preguntó Simeón cuando él y Demetria estuvieron juntos en la cama. Melecio dormía y Laodiki hacía rato que se había ido a su habitación de arriba.

Demetria se incorporó, apoyándose en los codos, y lo miró. No era más que una sombra y un resplandor de ojos en la penumbra. «Esto lo tranquilizará —pensó contenta—. No sólo le he dejado bien claro a Heraclas que no puede acostarse conmigo, sino que además ahora sé que todo el plan es sumamente seguro.»

—Me ofreció exactamente lo que le dije a mi madre —respondió, en un susurro—. Una habitación privada en la ciudad, por razones obvias. Cuando vi que no aceptaba ser rechazado le pregunté si pensaba que a Nomos le gustaría el manto. Casi se muere de miedo. Es Nomos. Fue casi como si lo hubiera admitido. —Sonrió otra vez para sí misma recordando el pánico del procurador. Parecía que, de alguna manera, eliminaba su humillación. El trabajo seguía siendo peligroso y exigiría un gran esfuerzo terminarlo a tiempo, pero con ese tipo de problemas ella podía entenderse. En especial porque el resultado final sería hermoso. «Y lo será— pensó, volviendo a imaginárselo. —Será lo mejor que haya hecho nunca.»

—¿Lo admitió? —repitió Simeón vacilante.

—Quiso saber quién me lo había dicho. Así que ya ves, el plan involucra al hombre con más posibilidades de éxito. El riesgo no será demasiado, ¡si puedo terminar el manto deprisa!

Simeón gruñó, apoyó el mentón en las manos y se puso a pensar.

—¿Qué van a hacer? —preguntó tras un momento—. ¿Van a... matar al

emperador? —La pregunta lo asustó incluso mientras la formulaba. Hacía realidad una posibilidad que antes había sido sólo una pesadilla vaga y remota, como un terremoto en otra ciudad.

Demetria se puso de lado y lo miró, desaparecido ya su momento de felicidad.

—¿Cómo puedo saberlo? —preguntó en un susurro lleno de ira—. Si él fuera lo bastante idiota para decirme algo a mí, entonces sí que tendría razones para preocuparme.

—Pero... —comenzó a decir Simeón, pero se interrumpió, aún asustado y confundido por su pregunta. Ellos (Nomos, Heraclas, el prefecto y sus amigos), ¿matarían al emperador? La persona que había usado la púrpura desde el día de su nacimiento, que había sido aclamada augusto en el bautismo, en cuyo nombre se había gobernado el mundo desde que Simeón tenía memoria; el hijo de Arcadio, el nieto de Teodosio el Grande, el heredero de Constantino y, por encima de todo, ¡el vicerregente elegido de Cristo en la tierra! Ningún emperador en la historia del mundo había muerto de muerte violenta. Simeón no sentía nada especial por Teodosio II, que para él era sólo una estatua en la prefectura y el nombre que prologaba las comunicaciones oficiales; tenía la vaga conciencia de que Teodosio no gobernaba bien, pero le parecía una violación casi de la naturaleza misma que matasen al sagrado augusto por culpa de unos ambiciosos. Y la mujer que estaba a su lado, cuyo calor él sentía en la oscuridad, a quien amaba, había sido atrapada por aquella conspiración contra todo el orden establecido y obligada a servir a sus propósitos. Por un momento tuvo miedo de tocarla.

Demetria apoyó la cabeza en el diván. Durante el día había conseguido olvidar la inmensidad del asunto en el que estaba involucrada, pero ahora Simeón se lo había recordado.

—No creo que lo maten —susurró vacilante, más para sí misma que para su esposo—. Creo que sólo lo obligarán a deshacerse de su gran chambelán y a adoptar a Nomos como su colegario. Matarlo... es demasiado. ¿Quién querría hacerlo? Nadie seguiría a un usurpador que hubiera destruido la casa de Teodosio.

«Pero nadie confiaría en una casa de Teodosio libre de cautiverio y de oposición —pensó Simeón—. Sería un enemigo demasiado poderoso y peligroso. Además, ni siquiera un emperador tan apacible como Teodosio perdonaría a Nomos por arrebatarse la púrpura: Nomos tendría que matarlo por su seguridad. Pero entonces, su asesino sólo encontraría oposición cuando intentara aspirar al trono. Probablemente habría otros pretendientes y se desencadenaría una guerra civil.» Se obligó a quedarse quieto, pero el miedo crecía dentro de él; en su mente apareció una imagen atormentada de la estatua del pórtico de la prefectura, destrozada y manando sangre, y de la prefectura misma en ruinas. Algo que comenzara de manera tan terrible no podía terminar en paz: un homicidio llevaría a la guerra civil, a la invasión de los bárbaros, a las epidemias, al hambre y a la muerte.

—¡Dios Nuestro Señor! —murmuró—. No podemos... —se interrumpió.

—¿No podemos qué? —preguntó Demetria.

—No podemos quedarnos aquí sentados observando como todos... se matan... ¡Debemos impedirlo!

—No podemos hacer nada —susurró ella—. Los poderosos siempre arreglan las cosas entre ellos y la gente común como nosotros siempre acepta los resultados; la única diferencia es que esta vez nosotros sabemos algo de antemano, un fragmento de su secreto. Lo que en realidad van a hacer... no puedo creer que vayan a matar a... excepto, tal vez, al gran chambelán. Todo el mundo lo odia. Pero, de todas maneras, nosotros no tenemos elección.

Demetria apretó la cabeza contra el diván, cerró los ojos y trató de respirar tranquila. En la oscuridad, detrás de sus párpados veía el telar que había montado aquel mismo día y detrás, macizo e imponente, un muro de agua a punto de caer sobre ella. Apartó la imagen. No podía permitirse el lujo de pensar en los riesgos. Debía descansar; tenía mucho trabajo para el día siguiente. «Y será hermoso», pensó consolándose.

Simeón también estaba inmóvil, mordiéndose los nudillos y tratando de no pensar en el desastre. «Lo impediré de alguna manera —se prometió a sí mismo—. Averiguaré a quién puedo recurrir con seguridad, conseguiré una promesa de protección de quien sea y después descubriré todo el asunto. De lo contrario seguro que sufriremos, triunfe o no la conspiración.»

Pocas semanas más tarde, Simeón hablaba de política en una taberna del puerto que se llamaba Isis. Era un edificio sencillo de dos pisos —en el de arriba se servía comida y en el de abajo bebida—, situado cerca de la punta oriental del puerto egipcio. Tenía el suelo de tierra batida y las paredes de yeso pintadas con cocodrilos e ibis de colores chillones, pero estaba limpia, servían buen vino y era muy concurrida por los trabajadores del taller más acomodados, en especial por los capataces, que solían pasar por allí a tomar algo antes de volver a su casa por la tarde. Era el atardecer y la taberna estaba llena de gente.

—¿Entonces? —preguntó Simeón, muy jovial, a Filotimos—. ¿Crees que Nomos está el primero en la lista para el manto púrpura corto?

Filotimos frunció el entrecejo sin apartar la mirada de su copa de vino blanco egipcio, muy aguado. Últimamente Simeón iba mucho por la taberna y se interesaba, inusitadamente, por la política. «Claro —admitió Filotimos—, su esposa ha estado trabajando hasta tarde; el hombre tiene motivos para pasar un rato bebiendo.» Pero, por alguna razón, se sintió vagamente incómodo.

—¿Qué has hecho con tu hijo? —le preguntó sin hacer caso de la pregunta de Simeón.

—Está en casa con la abuela —respondió Simeón sin perder la jovialidad—. Pero ¿quién crees que será nuestro próximo prefecto pretorio? ¿Nomos?

Filotimos pensó cuidadosamente y comenzó a hablar, pero en seguida se arrepintió.

—¡Sólo Dios lo sabe! —dijo, y alzó los ojos al cielo con aire piadoso.

—Seguro que Crisafio también lo sabe —intercedió Daniel, capataz del taller de lana, que había conseguido oír la conversación y venía entusiasmado a unirse a ella. Era más joven que Filotimos y carecía de la excesiva cautela del capataz. Nada le gustaba más que los chismes políticos; era famoso no sólo por haberlo oído todo sino también por contarlo. Filotimos frunció el entrecejo al verlo aparecer, pero Simeón lo recibió con una amplia sonrisa y le hizo un sitio en el banco—. Nomos está fuera de la carrera —anunció Daniel al tiempo que se sentaba a horcajadas en el banco—. Tuvo una pelea con el ilustrísimo gran chambelán del emperador, Crisafio, y ya sabéis lo que eso significa. Yo apuesto por Anatolio.

—Todo el mundo dice que Nomos se peleó con Crisafio —dijo Simeón irritado—, pero nadie parece saber nada al respecto. No creo que en realidad haya pasado nada.

—¡Ah, sí que ha pasado! Me enteré anteayer, me lo contó mi amigo Agatón; trabaja en la prefectura como amanuense del despacho del asesor, y lo oyó de labios del secretario del prefecto, que lo leyó en una carta que el mismo Nomos le envió a su superior. El nuevo prefecto Filipo fue nombrado por Nomos, como sabéis. Por eso han puesto esa estatua de Nomos en la prefectura, ¿la habéis visto? Está pegada a la de Pulqueria y tiene una inscripción que lo llama «nobilísimo». No, aquella carta decía que Nomos se enemistó con Crisafio después de que éste se pelease con Zenón, el amigo de Nomos.

—¿Y por qué Zenón se peleó con Crisafio? —preguntó Simeón ceñudo—. Le debe a él toda su carrera. ¡De no haber sido por Crisafio, seguiría siendo un ladrón en las montañas Isaurias!

—¡Calla! —exclamó Filotimos horrorizado—. No es manera de hablar del jefe de la guardia de palacio.

Simeón se encogió de hombros. Daniel sonrió y comenzó a contar su chisme. Era de primera y estaba orgulloso de él.

—Zenón tiene un amigo llamado Rufo que estaba comprometido con una noble, una heredera con todas las de la ley. Pero entonces el rey de los hunos le envió un mensaje al emperador; al parecer su secretario latino quería casarse con una mujer adinerada, y el emperador debía conseguirle una. Bien, un deseo de Atila es una orden para Crisafio.

—¡Silencio! —volvió a reclamar Filotimos.

—Crisafio miró a su alrededor y encontró a la misma heredera con la que estaba comprometido el amigo de Zenón, y le prometió a Atila enviársela en cuanto pudiera. A la mujer no le gustó la idea de ser la esposa del secretario de un huno, así que se fugó a sus tierras en Frigia, a su castillo más inaccesible, y se encerró en él. «Bien, Zenón, amigo mío, ve a buscarla y tráela», fueron las órdenes de Crisafio. Zenón fue a las tierras de la mujer con un grupo de guardias reales, la sacó de allí y la obligó a casarse con su amigo Rufo. Crisafio se puso furioso. No podía deshacer la boda, pero

confiscó todas las propiedades de la mujer para la corona, y Rufo se encontró con que, en lugar de una esposa rica, tenía una esposa pobre. Zenón, enfadado, fue a quejarse a Crisafio; éste lo echó de su casa y le ordenó respetar a su amo en el futuro. Zenón juró que jamás tendría nada que ver con «eunucos que no hacen más que lamerles las botas a bárbaros vestidos con pieles malolientes». Nomos trató de tranquilizarlo, le hizo ver que él había desbaratado uno de los planes de Crisafio y consiguió convencerlo de que le pidiera perdón si éste lo mandaba a buscar de una manera educada. Entonces, muy satisfecho de su intervención, Nomos fue a ver a Crisafio y le contó cómo estaban las cosas con Zenón. En lugar de darle las gracias, Crisafio se enfadó con Nomos, lo llamó «perro sin dueño» y le advirtió que no apoyara «a ese sinvergüenza isauriano» si quería volver a tener algún cargo de Estado. Nomos se sintió muy ofendido y se fue resoplando y diciendo que apoyaría a quien le diera la gana.

—¡Cállate! —volvió a decir Filotimos asustado por la repetición de semejantes palabras—. Estoy seguro, Daniel, de que una historia tan... impropia... no es cierta.

Daniel sonrió, bebió un sorbo de vino y le hizo un guiño a Simeón.

—Eso decía la carta que vio el secretario del prefecto.

—¿Nomos y Zenón son buenos amigos? —preguntó Simeón con interés—. Yo creía que entre los dos reunían tanto poder que ni siquiera Crisafio se atrevería a ofenderlos. Después de todo, Zenón controla el ejército y Nomos puede apoyarse en las oficinas sagradas.

—Pero Crisafio controla al emperador —dijo Daniel—, y eso quiere decir que puede nombrar nuevos maestros de oficios y de armas cuando lo desee. Aunque los buenos generales escasean estos días, por eso Crisafio ha dejado a Zenón en su lugar, al menos por el momento.

«De manera que la solución obvia para Nomos —pensó Simeón satisfecho— es deshacerse del emperador.»

Suspiró. Era más difícil de lo que pensaba encontrar a un enemigo de Nomos con quien aliarse. En Tiro no había nadie en quien se pudiera confiar para obtener protección, y ¿cómo podría él solicitar algo tan peligroso en una carta dirigida a un hombre que se encontraba a mil millas de distancia, en Constantinopla? Y con Demetria, que hacía las cosas más difíciles. Ahora estaba trabajando mucho en el manto y no parecía sólo resignada, sino contenta. «El trabajo la seduce —pensó—. Dios sabe que lo ama mucho más de lo que nunca me amó a mí.»

—¿Qué otros generales tenemos? —le preguntó Simeón a Daniel—. ¿Qué hay de Aspar, por ejemplo? ¿Tú crees que un hombre como Aspar estaría dispuesto a recibir órdenes de Crisafio? Aún es leal a la augusta Pulqueria y ha estado despotricando desde que la apartaron del poder hace ocho años.

Filotimos asintió olvidando toda cautela.

—Si tuviéramos a Aspar como jefe del ejército —dijo con nostalgia—, no tendríamos que asolar el país para recaudar sobornos para los hunos. Guiaría a

nuestros ejércitos y vencería a esos salvajes. Y si Quiro de Panópolis fuera otra vez prefecto pretorio, ¡ah! —Bebió el vino guardándolo en la boca un momento y saboreándolo junto con el recuerdo de Quiro de Panópolis—. Una vez pidió una alfombra, seis brazos por cuatro y medio de pura seda, representando los amores de Zeus; él mismo había escogido los dibujos, era exquisita; sencillamente no puedo describir lo magnífica que quedó terminada. Se la regaló a la emperatriz Eudoxia. ¡Esa mujer sí sabía ser una augusta! Estoy seguro de que nunca hizo nada impropio de su posición, que las sospechas contra su virtud fueron... —Se interrumpió antes de decir «un invento» y miró su vino con pena. Había sido Crisafio quien había hecho caer en desgracia a Eudoxia bajo sospecha de adulterio, y sería imprudente acusar a Crisafio de mentiroso.

A Simeón no le interesaban el ex prefecto pretorio y actual obispo, Quiro de Panópolis, ni la ex emperatriz Eudoxia; ambos estaban ahora demasiado alejados del poder para ofrecer ninguna esperanza contra Nomos y Zenón. Pero el general Aspar era harina de otro costal. Era cierto que no había dirigido ningún ejército desde que su protectora, Pulqueria, había sido obligada a retirarse hacía ocho años, aunque aún tenía una influencia considerable. Aunque estaba emparentado con los clanes reales de los godos y los alanos, había nacido en Constantinopla. Poseía grandes propiedades en Asia y otras en Oriente, algunas en las cercanías de Tiro. Había sido jefe supremo en Italia, África, Tracia y en Oriente y, si bien no había salido siempre victorioso, al menos se había ganado el respeto de los enemigos de los romanos. Además de la lealtad de muchas de sus tropas regulares, poseía un pequeño ejército privado de guardias que todavía mantenía de su bolsillo. Y tenía muchas razones para querer destruir a su sucesor, Zenón, aunque no fuera más que para recuperar su antiguo puesto.

—Si Crisafio se ha enemistado con Zenón —sugirió Simeón tentativamente—, tal vez pueda volver a nombrar a Aspar, después de todo. ¿Podría negociar con él!

Daniel pareció dudar.

—Aunque Crisafio estuviera dispuesto a negociar, no creo que Aspar accediera. Dicen que es un hombre orgulloso.

—Pero leal a la casa de Teodosio —dijo Simeón—. Estaría dispuesto a servir al emperador, aunque tenga problemas con Crisafio.

—Eso es cierto —dijo Daniel—. No lo sé, tal vez tengas razón. —Hizo una pausa, bebió un sorbo de vino y añadió—: Su representante visitará Tiro dentro de un par de meses; tal vez entonces nos enteremos de algo.

Simeón contuvo el aliento.

—¿El representante de Aspar? ¿Dónde te has enterado de eso?

—Agatón otra vez. Hay un problema con los impuestos sobre las propiedades del general en las montañas, su representante y el administrador estatal han estado escribiendo al jefe de Agatón. El representante dijo que estará aquí a finales de octubre y que entonces arreglará las cosas con el prefecto. ¿Por qué te entusiasma

tanto la idea?

—Me gustaría que Aspar fuera reincorporado. —Simeón terminó su vino de un trago—. ¡Salud! Creo que mi esposa está a punto de llegar a casa. Me voy a por mi cena.

—¿Tu esposa se ha podido deshacer del procurador? —preguntó Daniel antes de que Simeón se levantara.

Simeón se encogió de hombros.

—Creo que sí.

Filotimos lanzó una carcajada.

—Me contó que él le sugirió trasladar el telar a una habitación en la ciudad, pero que ella se las arregló para convencerlo de que hacerlo ahora estropearía la urdimbre. Fue a visitarla la semana pasada, para ver cómo iba el tejido, dijo. Yo les pedí a los chicos de las tintorerías que limpiaran uno de los depósitos de tinte durante la visita; el procurador Heraclas salió un momento después con un frasco de perfume pegado a la nariz y verde por la descomposición. —Filotimos sonrió con picardía.

Simeón le devolvió la sonrisa y dijo:

—Gracias.

Filotimos extendió las manos.

—Tu esposa es una buena mujer —dijo Daniel con un deje de envidia en la voz. Tiempo atrás él había querido casarse con ella—. Hay muchas mujeres que harían un arreglo con el procurador y no dirían nada. Demetria es hermosa y casta, eres un hombre afortunado.

—Sí —admitió Simeón después de un silencio—. Bien, ¡salud!

«Un hombre afortunado —pensó Simeón mientras recorría el breve trayecto hasta su casa—. Sí, he de serlo. ¡Ay, Demetria!»

Recordó, con la antigua punzada de dolor, la mañana en que se había enamorado de ella. Ocurrió pocas semanas después de aquel día en que su padre y su hermano menor habían llevado la barca bordeando la costa con rumbo al sur, los había sorprendido un viento muy fuerte y no habían conseguido encontrarlos; él había ido a dar una larga caminata tierra adentro, pues quería estar solo y lejos del mar. Tenía diecisiete años. Le había costado más tiempo del previsto pasar los suburbios de Tiro y, cuando llegó a los campos deshabitados, ya estaba cansado y decidió volverse, enfadado y desalentado, dando patadas a las piedras sueltas del camino. Volvía por el camino alto que llevaba de la Ciudad Vieja de Tiro, en tierra firme, a la ciudadela y a los puertos, cuando vio a una muchacha sentada en la muralla frente al mar, mirando el agua bajo ella. La reconoció; era una de las tejedoras del taller, la hija de Demetrio el tintorero: su primer instinto fue evitarla, como habría hecho con cualquiera a quien conociera. Pero la manera en la que ella estaba sentada, mirando el mar tan intensamente, le llamó la atención. En lugar de cruzar la calle y pasar de largo se detuvo a su lado y, curioso, siguió su mirada hacia el mar. Las olas estaban mansas aquel día. Lamían suavemente las piedras que formaban su camino, claras y de un

color azul verdoso. Algunos peces despedían destellos plateados a través del agua y un pulpo moteado, de color castaño rojizo, se agarraba a una roca que parecía verde por las algas.

—¿Qué miras? —le preguntó, y la muchacha, sonriendo levemente, le señaló el pulpo. Él volvió a mirarlo; no le parecía nada extraño.

—¿De qué color es? —preguntó. Él dejó de observar el pulpo y la miró a ella. Sus ojos permanecían clavados en el molusco; tenía el cabello color miel sujeto en una espesa trenza que le caía por la espalda y creaba en el agua un reflejo vacilante sobre su rostro quieto. Tenía quince años; de pronto él se dio cuenta de que era hermosa.

—No lo sé. Rojo —dijo él torpemente sintiendo una súbita punzada de soledad. Un mes antes habría hablado con su hermano sobre una muchacha tan bonita.

Ella asintió impaciente.

—Pero ¿de qué color? ¿Quermes? ¿Buccino? ¿Raíz de rubia? ¿Alumbre? ¿Henna? Tengo que hacer un dibujo de pulpos en una alfombra y no sé qué tinte usar. —Cogió una piedra del muro y se la tiró al pulpo; la piedra se hundió en las aguas profundas.

—Ah —dijo Simeón mirando otra vez el molusco—. Qué dilema.

—Ninguno de los tintes es exacto. —Ella dejó de contemplar el pulpo, se levantó, sacudió su manto y volvió a mirar el agua—. Ninguno es nunca del mismo color que el mundo. No hay ningún tinte del color del mar.

Él miró el mar, viendo que la luz entraba en las claras olas convirtiéndose en azul, luego en verde, y volviéndose luego más oscura antes de perderse en la masa ilimitada de agua.

—No tiene fin —dijo apenado. Nunca encontraron el cuerpo de su padre: desapareció en aquella vastedad sin dejar rastro.

Ella no hizo ningún comentario sobre aquello; ni condolencias, ni dolorosos recuerdos. Como si se hubiera olvidado de quién era hijo o, tal vez, sencillamente estaba absorta en el problema de la tintura. Pero su silencio era reconfortante.

—No —dijo ella en voz baja—, como el cielo. Y las alfombras son planas. Bien, entonces trataré de ver el efecto del contraste. —Y permaneció un rato mirando el mar, absorbiendo la imagen del pulpo castaño rojizo sobre la piedra verde. La silueta de la muchacha que se recortaba contra el agua le pareció, de pronto, perfecta, tan precisa en su concentrada quietud como un pájaro balanceado por el viento. Estaba allí, humana y graciosa.

—¿Cómo te llamas? —farfulló él.

Demetria, le había dicho ella abstraída. Volvieron caminando juntos al puerto egipcio, él contándole cosas de su barca y de los colores de los peces que pescaba. Ella parecía escucharlo con atención, aunque mucho más tarde él pensó que probablemente estuviera pensando en tintes. Aquel atardecer se dio cuenta de que podía recordar exactamente su postura, lo que había dicho y en que tono lo había hecho y, por encima de todo, la serenidad de su rostro. Se había enamorado antes de

muchachas bonitas, y se enamoró de una o dos después, pero el recuerdo de aquella serenidad persistía y lo perseguía. Había pensado, después de ese primer encuentro y en muchas, muchas ocasiones posteriores, que el hombre que poseyera aquella serenidad para sí tendría todo lo que el amor de una mujer podía ofrecer.

Ahora pensaba en ella como la había visto últimamente: caminando soñadora por la casa, con los ojos suavizados por la felicidad, absorta en el manto que la esperaba en las tintorerías. Cuando la desposó y descubrió que su pasión era recibida sólo con obediente aceptación, pensó que tal vez la serenidad había acabado a manos de Pánfilo, o que nunca había existido. Pero había vuelto a verla, la había visto ya varias veces, pero siempre como consecuencia de alguno de sus proyectos de trabajo. Nunca por él.

Ella le había dicho en cierta ocasión, poco después del nacimiento de Melecio, que se había casado con él porque estaba cansada de las atenciones de procuradores y capataces. «Y tú eras el hombre que menos me desagradaba», le había dicho. Lo había hecho en tono de broma, creyendo estar haciéndole un cumplido. «Tal vez fuera así —pensó—. Podría haberse casado con Daniel o con cualquier otro entre la media docena de pretendientes que tenía. Pero me eligió a mí, me hizo saber que si yo le hablaba ella me escucharía. Por eso no perdí el tiempo y ahora soy un "hombre afortunado". Y no me arrepiento; Dios no permita que nunca tenga otra esposa que ella. Pero ser simplemente el que menos le desagradaba, cuando yo...

»No tengo por qué quejarme. Ah, quiero otro hijo y ella todavía no; usa esponjas y medicinas y qué sé yo para impedirlo, pero me dice lo que está haciendo. Si quisiera obligarla podría prohibírselo. No tengo razones para quejarme. Las Escrituras me ordenan amarla, pero a ella sólo le dicen que me obedezca. Y me obedece. Nadie puede decir que no es obediente, que falla en alguna de sus obligaciones. Y no tiene ninguna obligación de amarme, simplemente porque yo lo haga.»

Movió la cabeza y entró en el edificio. A través de la puerta cerrada de su casa oyó la voz de su esposa preguntándole a Melecio por su encuentro diario con el delfín, sintió el olor del carbón en el fuego y el del guiso de pulpo que se estaba cocinando.

«Pero ¿no es feliz conmigo? —se preguntó con una mano en la puerta—. ¿Es tan feliz como podría haberlo sido con cualquier otro hombre? No le desagrado y quiere al niño. Tal vez, con el tiempo... si tenemos tiempo, si no la atrapan en este asunto, la torturan y la destruyen. Ay, Dios mío, qué haría yo si...

»El representante de Aspar estará aquí en octubre. Es mucho esperar, pero vale la pena: para ella el período más peligroso serán los dos últimos meses, cuando el manto y la conspiración estén casi concluidos, cuando sea obvio que no es para el emperador. Octubre. Iré a ver a ese hombre en cuanto llegue y Acilio Heraclas aprenderá que, esclavo o no, no permitiré que utilice a mi esposa como instrumento de nada.»

III

Fue el veintitrés de octubre cuando Flavio Marciano, el hombre de confianza del general Aspar, llegó a Tiro. Venía con el administrador del general y su escolta privada de las propiedades situadas en las montañas sirias; había hecho el viaje en dos días. Era ya la última hora de la tarde cuando entró en la ciudad, así que se dirigió directamente a la casa que Aspar había comprado en Tiro junto con los viñedos de las montañas. La casa estaba en la Ciudad Vieja, aquella parte de la población que estaba más hacia el interior, delante del promontorio rocoso de la ciudadela. Era un bonito edificio, pero se encontraba en muy mal estado: el revoque de las paredes se había caído por varios sitios y las baldosas de la fuente y del suelo estaban rajadas; algunas de las ventanas rotas; la pintura desvaída y las habitaciones con olor a cerrado y a humedad. El mayordomo encargado de cuidarla se frotaba las manos preocupado, mientras hacía pasar a Marciano y al administrador al comedor. Éste, que era un esclavo y había sido vendido, como la casa, con el resto de las propiedades, miró con furia al nervioso mayordomo y luego, desolado, a Marciano.

—Te presento mis disculpas, señor. En nombre de todo el personal, discúlpame —dijo—. No ha venido nadie por aquí desde que murió el antiguo amo, que Dios le tenga en su gloria. Envié un mensaje para indicarle a este tonto que hiciera limpiar la casa, señoría...

—¡Ay, señor! —exclamó el mayordomo sin dejar de frotarse las manos—. Tu mensajero no llegó hasta ayer. Hice lo que pude pero sólo somos tres aquí, y...

—Está bien —dijo Marciano firme—. Entiendo que no ha habido dinero y que no valía la pena mantener habitable una casa para un amo que vive en Constantinopla, quédate tranquilo. Mis hombres están acostumbrados a cosas mucho peores. ¿Hay espacio suficiente para todos los caballos?

El administrador y el mayordomo se miraron e intercambiaron miradas acusadoras.

—¿Cuántos caballos? —osó preguntar por fin el mayordomo.

—Ciento veinticinco caballos y veinte mulas —dijo Marciano sonriendo—. Y cien hombres.

El mayordomo parecía desolado. El administrador lo miró como diciendo: «¡Te advertí que habría caballos!».

—Si no pueden quedarse todos aquí, arregladlo para que puedan instalarse en algún otro lugar —sugirió Marciano—. Alguna posada cercana, o como huéspedes de otros caballeros amigos de su excelencia el general.

—Sí, señor... Veré qué puedo hacer —dijo el mayordomo y, con una reverencia, se fue. En la puerta, vaciló y preguntó—: ¿Quieres un poco de vino para limpiarte la garganta del polvo del camino, eminencia?

—Gracias —dijo Marciano asintiendo—. Y ocúpate de llevarle también a mis hombres. —Se sentó en el diván y comenzó a desabrocharse el cinto de la espada.

—No entiendo por qué necesitabas cien jinetes para una visita a Tiro —dijo el administrador quejándose, mientras se sentaba en el diván de enfrente y apoyaba en las rodillas el paquete de documentos que había venido protegiendo cuidadosamente durante todo el camino. Normalmente se habría negado con orgullo a sentarse en presencia del representante de su amo, pero no estaba acostumbrado a largas cabalgatas y le dolían todos los huesos.

Marciano hizo un ademán ignorando el comentario y puso la espada en la mesa. Se quitó la capucha de cuero que había usado durante el camino y se frotó las sienes. Tenía sesenta años, pero el viaje no parecía pasarle factura. Era un hombre cuadrado, macizo, musculoso; el cabello gris y lacio le caía sobre la frente, húmedo por el sudor, pero su rostro fuerte y autoritario estaba tan alerta como siempre.

—Bandidos —dijo lacónico—. Temía que pudiéramos encontrarnos con algunos isaurios en el cruce del Taurus.

—Los isaurios nunca llegan tan al sur —dijo el administrador—. Podrías haber dejado a tus hombres en la propiedad.

Marciano rió.

—Amigo mío, es mejor traer tropas aunque no sean necesarias a dejarlas en casa y descubrir que sí lo son. Además, ¿qué harían en la propiedad?

El administrador inclinó la cabeza con humildad, admitiendo para sí mismo que se alegraba de que los soldados no anduvieran merodeando por su propiedad sin nadie que los vigilara. Siempre pensaba en la propiedad como suya; el dueño anterior había vivido casi siempre en Tiro, y Aspar ni siquiera la había visitado. No le gustaban mucho los soldados y los hombres de Marciano, si bien debía admitir que estaban bien disciplinados, le parecían un temible grupo de salvajes. Eran hombres enormes, de cabellos claros y barbas rizadas, con armaduras y armados hasta los dientes. Todo el camino desde las montañas se lo habían pasado o cantando a gritos canciones en godo o tracio, o riéndose escandalosamente de bromas incomprensibles, o aterrorizando a la gente del campo simplemente con su apariencia. Y lo que era peor, la mayoría de ellos, y eso se veía a las claras, eran herejes arrianos. Si pasaban por una iglesia no se persignaban, y pasaban al galope junto a sacerdotes e, incluso, monjes sin ni siquiera hacer una inclinación de cabeza, dejando a los hombres santos tosiendo como consecuencia del polvo levantado por los cascos de los caballos. Aunque Marciano, admitió el administrador, era un amo aceptable. Un extranjero tracio, desgraciadamente, y militar, pero un caballero, senador y cristiano ortodoxo. Aunque tenía la desconcertante costumbre de adivinar lo que uno pensaba.

Apareció el mayordomo con una jarra de vino aguado y dos copones de plata. Se inclinó, sirvió a Marciano y luego llenó la copa del administrador, dirigiéndole a su superior una mirada implorante. El administrador bebió un sorbo de vino. Era el tinto de su propiedad y reconoció la cosecha; el líquido bajó por su garganta, afrutado y fuerte, lavando el sabor a polvo. El administrador se aplacó y le sonrió al mayordomo. Éste, aliviado, fue a ocuparse del alojamiento de los hombres.

«¿Cómo vamos a arreglárnoslas para atenderlos a todos? —se preguntó el administrador—. ¡Cien jinetes! Aunque duerman en el henal, tendremos que pagar para que al menos veinte de ellos se alojen en otro lugar. Y los caballos, Dios mío, ¿dónde pondremos todos esos caballos?»

—¡Anímate! —dijo Marciano sonriendo divertido a su compañero—. Probablemente podamos terminar mañana nuestro asunto con el prefecto. Dejamos un día extra para que descansen los caballos y otro para cualquier asunto adicional que pueda surgir, y nos vamos. Podremos pagar la cuenta de los hombres en la taberna de estos días. —Vacío la copa de vino y se sirvió otra—. Ya que estamos aquí —añadió—, los hombres pueden hacer algunas reparaciones en la casa. En seguida daré la orden. Sí, Paulo, ¿qué pasa? —La última frase iba dirigida a su secretario, que acababa de entrar en la habitación.

—Con tu permiso, eminencia; hay un hombre que solicita audiencia contigo —dijo el secretario en tono de excusa—. ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos, señor, y cuándo puedo decirle que venga?

Marciano bostezó y se frotó la cara.

—¿Un hombre? —preguntó—. ¿Qué clase de hombre? ¿Viene de parte del prefecto?

Paulo se encogió de hombros.

—No. Se lo he preguntado. Diría que es comerciante o algo así, y próspero. No ha querido darme su nombre ni decirme qué asunto le trae por aquí, sólo ha dicho que creía que sería de interés para ti, excelencia. ¿Le digo que estás demasiado ocupado y que no puedes ver a nadie?

Marciano negó con la cabeza.

—No. Le veré ahora, hazlo pasar. Y si viene alguien más, di que pienso quedarme sólo uno o dos días, de manera que puedes citarlos mañana a última hora o pasado mañana. —Paulo se inclinó y salió mientras Marciano añadía sonriendo al administrador—: ¡Si quiere vendernos ventanas o baldosas nuevas, bienvenido!

En seguida reapareció el secretario llevando a Simeón. Paulo hizo una inclinación y se fue a hablar con el mayordomo del alojamiento de los hombres.

Simeón no había esperado ser recibido aquel mismo día por el representante de Aspar. Se había puesto sus mejores ropas para impresionar a los sirvientes y obtener una audiencia lo más pronto posible con el gran hombre, pero no se sentía preparado para el encuentro. El montón de soldados que vio bebiendo en el patio le había dado ánimos, pero el breve trayecto por los oscuros pasillos de la inmensa casa destartalada y sucia, había sido lo bastante largo para llenarlo de terror. Miró a su alrededor, al comedor, concentrándose desesperado en lo que le rodeaba para tener el miedo a raya. Una alfombra raída de manufactura local, rojo oscuro y dorado sucio; una raja en el revoque de una pared; una pintura oscura y sucia con una escena de caza; la mesa de cedro con la espada y las copas; los dos hombres. Hizo una pronunciada inclinación ante ambos.

Marciano a su vez estudiaba a Simeón con la rápida inteligencia con la que observaba a todos los que tenían trato con él. La impresión que recibió fue la de un hombre vigoroso y de alguna importancia. Simeón se había arreglado la barba al enterarse de la llegada del representante de Aspar y se había peinado el cabello y frotado las manchas de púrpura de los dedos. Vestía el manto que le había dado Demetria como regalo de boda: lana teñida de escarlata con un dibujo espiral de golondrinas azules en los bordes; dos círculos de seda en los hombros mostraban una barca en azul y blanco sobre un mar verde. Su reverencia fue de un respeto que no tenía nada que ver con la sumisión. Vaciló un momento preguntándose a cuál de los dos hombres que tenía enfrente debía dirigirse.

«¿Un comerciante próspero? —pensó Marciano—. Tal vez. Con tienda propia y algunos empleados. Me considera su superior, pero espera ser recibido. Oscuro como un egipcio, trabaja al aire libre. ¿Qué será... maestro albañil? Tal vez, o ¿criador de caballos? Qué aspecto tan saludable, sería un buen soldado. A juzgar por la ropa tiene dinero. A un soldado ese manto le costaría por lo menos tres años de salario. Pero está asustado; es decidido y lo disimula bien, pero está asustado, ¿por qué?»

—¿Eminencia? —preguntó Simeón dirigiéndose a Marciano.

Marciano sonrió y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Soy Flavio Marciano, domesticus del distinguidísimo Aspar. ¿Qué asunto te trae, amigo?

Simeón miró a Marciano, se dio cuenta de que esto podría parecer grosero y dirigió la mirada a la mesa.

—Eminencia —dijo despacio—, yo... Hay un asunto muy serio que considero que debes saber. No era mi intención molestarte el día de tu llegada, ya que imagino que estarás cansado del viaje. Sólo quería pedir audiencia...

—Si estuviera demasiado cansado para recibirte ahora le habría dicho a mi secretario que te diera audiencia para otro día —dijo Marciano paciente—. Vamos, hombre, ¿de qué se trata? —«No está acostumbrado a tener miedo; así pues, no es un albañil ni un constructor de ventanas. ¿Quién será?»

Simeón miró incómodo al administrador.

—Tengo cierta información, distinción —dijo—, cierta... información política de la que dependen vidas humanas. ¿Este caballero...?

Marciano lo miró fijamente un momento tamborileando despacio con un dedo sobre la mesa. «Un delator —pensó con un deje de decepción—. Bien, bien. No lo habría adivinado a juzgar por su aspecto. Pero bien, estando las cosas como están, debo obtener información de donde sea. En especial si de ella "dependen vidas humanas".»

—¿Qué tipo de información? —preguntó.

Simeón se ruborizó y tragó saliva.

De pronto se sintió un idiota por estar allí. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Un secreto; para protegerlo los conspiradores están dispuestos a matar —dijo con voz serena—, y puede ser de gran importancia para el Estado y de gran utilidad para tu superior, el distinguidísimo Aspar. Pero preferiría hablar contigo en privado, excelencia.

Marciano volvió a mirarlo y luego se dirigió al administrador.

—Señor —dijo cortés—, por favor déjanos solos un momento, y dile a Paulo que no deseo ser interrumpido.

El administrador se levantó sobre sus piernas doloridas, hizo una inclinación algo tambaleante y, no sin antes dirigirle a Simeón una mirada de desaprobación, salió de la habitación.

Marciano se levantó, cogió el cinto con la espada de la mesa y la desenvainó. Simeón dio un paso atrás, pero Marciano simplemente volvió a poner la espada en la mesa, aunque no apartó los ojos de la empuñadura.

—Ahora —dijo con suavidad—, estamos solos. Aunque es justo que te advierta que soy leal sirviente de su sagrada majestad, el emperador Teodosio, y no quiero oír nada sobre conspiraciones.

Simeón contuvo el aliento.

—Quiero evitar una traición contra el emperador —dijo bruscamente—. Es una de las razones por las que he venido.

Marciano entrecerró ligeramente los ojos y se sentó. Mantuvo una expresión serena, pero sentía el frío cosquilleo de la emoción. «¡Traición al emperador, por un enemigo de Aspar! Puede no ser cierto —se dijo—. Pero tengo la sensación...»

—Habla, entonces —le dijo a Simeón sereno—. ¿Cuál es tu nombre?

Simeón volvió a dudar. Aunque tenía miedo de las posibles consecuencias de la traición de Nomos, su primera preocupación seguía siendo la seguridad de su familia. Estaba decidido a no revelar nada, ni siquiera su nombre, sin una garantía de que Demetria no sería perjudicada; quería una promesa en tales términos, si era posible por escrito, para que él pudiera interponer algún recurso si su aliado lo traicionaba.

—Antes de hablar, señor, necesito que me des garantías —dijo sin parpadear.

—¿Protección o dinero? —preguntó Marciano. Mientras formulaba la pregunta, él mismo la respondió para sus adentros: «Protección. Este hombre tiene miedo, no parece un hombre a punto de pedir dinero».

—Protección —respondió Simeón—, pero no para mí, es decir, no sólo para mí. Hay otra persona involucrada, señor, involucrada en contra de su voluntad en esa conspiración. Debo tener tu promesa de protegerla.

—Dime cuál es el asunto y veré si es posible.

Simeón negó con la cabeza.

—No puedo arriesgarme a traicionar a esa persona poniéndola en peligro con lo que voy a decir. Por encima de todas las cosas debo proteger... protegerlos. Primero júrame que no sufriremos ningún daño.

Marciano se reclinó en el asiento.

—Yo no hago promesas en vano —dijo cortante—. ¿Cómo puedo prometerte nada si no sé quién es ese amigo tuyo ni lo que ha hecho?

«No hace promesas en vano —pensó Simeón observando el rostro fuerte y desconfiado del otro—. Bien.»

—La persona involucrada no ha hecho nada más que obedecer a aquéllos... que tienen la autoridad. Y esa obediencia fue obtenida bajo amenazas de castigo. Eso puedo jurarlo ante el Espíritu Santo.

—¿Y puedes jurar que estará dentro de mis posibilidades protegeros?

—Tienes tropas —dijo Simeón—. Podrías.

Marciano suspiró estudiando a Simeón. «Tengo tropas, pero utilizarlas contra personas "que tienen autoridad" sería muy complicado. Sin embargo, si este hombre es honesto y si en realidad hay una conspiración contra el emperador, valdría la pena. Parece honrado; me gusta cómo plantea directamente sus condiciones, y sin embargo es una exigencia difícil: que me comprometa a comprar sin saber el precio.»

—Si tu jefe supiera lo que tengo que contarte —dijo Simeón despacio tras un silencio—, podría impedir la traición. Señor, no quiero que esta conspiración triunfe. Quiero evitarla. Pero no puedo hablar a menos que sepa que no estoy traicionando a quien estoy obligado a proteger.

Marciano miró a Simeón un instante más antes de asentir. «Bastante razonable.»

—Juro por el Espíritu Santo —dijo lenta y solemnemente—, y por la cabeza del emperador Teodosio Augusto que, si lo que dices es verdad, en la medida de mis posibilidades o influencias os protegeré a ti y a tu amigo. ¿Te satisface o quieres que lo ponga por escrito?

Simeón suspiró audiblemente: recibía más de lo que había esperado. Los términos del juramento habían sido los más vinculantes posibles. Quebrar un juramento por el Espíritu Santo y la cabeza del emperador era al mismo tiempo blasfemia y traición. Pero se limitó a decir:

—Lo preferiría por escrito, señor.

Marciano asintió, se levantó, miró a su alrededor y buscó entre el montón de documentos que el administrador había dejado junto al diván hasta encontrar pergaminos y plumas. Escribió unas líneas y se lo tendió a Simeón con mirada curiosa.

Simeón lo cogió y lo leyó trabajosamente:

—«Yo, Flavio Marciano de Tracia, he hecho los más vinculantes juramentos de proteger»... espacio en blanco... «y a»... otro espacio en blanco... «contra la venganza o la maldad de sus enemigos hasta los límites de mis posibilidades».

—Llenaremos los espacios en blanco cuando te parezca —dijo Marciano secamente—. Y, obviamente, si lo que me dices es falso, mi juramento queda anulado. Si es verdad, puedes preguntar a mis hombres, ellos te dirán que soy un hombre de palabra. ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy, señor —respondió Simeón. No podía pedir más.

—Entonces te escucho.

Simeón vacilaba todavía; miraba la alfombra raída y trataba de organizar sus pensamientos.

—Señor —dijo por fin—, mi esposa es tejedora en el taller imperial de seda. Es muy habilidosa y a menudo le dan encargos importantes. —Marciano volvió a mirar el manto de Simeón y sonrió, revisando sus cálculos de la riqueza de éste—. En agosto el procurador, Marco Acilio Heraclas, la llamó para ordenarle tejer un manto, un manto púrpura que según le dijo era para el emperador. Mi esposa se dio cuenta de inmediato, por su experiencia, de que aquello no era posible. —Simeón vaciló y se pasó la lengua por los labios preguntándose si aquel funcionario culparía a Demetria por ceder ante la traición.

—Pero el procurador Heraclas insistió en que lo tejiera de todas maneras —dijo Marciano.

—Señor, ella tuvo que obedecer la orden. Es una esclava del Estado y es una mujer, y el prefecto es amigo del procurador; no había nadie a quien recurrir. ¿Qué podía hacer? Dejé muy claro que la haría azotar por insolencia si lo desobedecía.

Marciano asintió casi imperceptiblemente.

—Me doy cuenta de que no tenía otra opción que obedecer, no temas. ¿Por qué supo que no era para el emperador?

—Dice que el tamaño no es el adecuado —respondió Simeón de inmediato—, y el dibujo tampoco. El procurador insistió en que lo tejiera en el mayor de los secretos, y se negó incluso a firmar la autorización para la seda; ella se dio cuenta entonces de que le estaba pidiendo algo ilegal. Pero cuando lo cuestionó, él la amenazó.

—¿Para quién supone que es el manto?

Simeón resopló.

—No sólo «supone»; sabe para quién es. Cuando ya había comenzado el trabajo presionó al procurador, éste admitió que era para Nomos. —Aspiró hondo y trató de pensar cómo continuar, pero no pudo. Lo que había dicho, ahora que al fin lo había dicho, no parecía nada. Se sintió desconcertado y ridículo y se quedó mirando la alfombra con rabia.

—Y tú quieres protección para tu esposa —dijo Marciano tras un momento.

Simeón levantó la mirada y vio que, aunque el rostro del funcionario estaba paralizado en una expresión severa, ardía con una intensidad tal, que se notaba en cada palmo de piel. Se sintió débil y aliviado: lo que le había contado, por poco que pareciera, era a todas luces suficiente.

—Sí, señor —susurró—. Si la atrapan con esa inmundicia la torturarán hasta matarla.

—Posiblemente —dijo Marciano—. Sí. —Guardó silencio, mirando a Simeón sin verlo, con expresión dura e inteligente. Había oído decir que Nomos y Zenón se habían peleado con su antiguo superior, pero la noticia no les había parecido de ninguna utilidad ni a Aspar ni a él. Ahora los amigos de Crisafio eran sus enemigos,

pero el gran chambelán permanecía en su lugar, con poder sobre el emperador, y quienesquiera que fuesen nombrados maestros de armas y de oficios no debían constituir necesariamente ningún peligro para él. Aspar y el ejército seguirían sin poder y ociosos, y el oro del imperio seguiría comprándoles a los hunos una paz que tendría que haber sido ganada con la espada. Pero tal vez aquí hubiera una esperanza, después de todo—. Heraclas es de Bitinia, ¿no? —preguntó Marciano tanteando la trama de la conspiración—. Una rama de los Acilios posee tierras allí. Creo haber oído decir que uno de ellos era seguidor de Nomos, y que le habían dado no sé qué puesto en Oriente por su intercesión. Y Filipo, el prefecto, es de Constantinopla y también amigo de Nomos, pariente de su esposa. Sí. Bien, hombre, creo que tendré que mantener mi juramento. Dame el papel y pondré el nombre de tu esposa.

Simeón le entregó el pergamino; Marciano cogió la pluma y la mojó en la tinta.

—¿El nombre de tu esposa? —preguntó.

—Demetria, señor.

—Demetria. ¿Y el tuyo?

—Simeón, señor. Pescador de púrpura. Tenemos un hijo también.

—Consideraré a tu hijo incluido en el juramento. —Marciano le devolvió el pergamino a Simeón. Se sentó con calma, aunque ardía de excitación y le costó un gran esfuerzo estarse quieto. «¡Nomos tramando una traición!— pensó lleno de gozo. —Y apuesto mi espada a que Zenón también está involucrado... Si podemos apresarlo, tendremos otra vez el poder, otra vez el mando, y estaremos otra vez en Tracia peleando contra esos malditos hunos que mataron a los míos. ¡Dios santo, permítenos cogerlos!» Sonrió a Simeón con una sonrisa de lobo.

«Siéntate, hombre —le ordenó—. Bebe un poco de vino y hablemos de lo que se puede hacer.

Simeón se sentó en el diván que había dejado libre el administrador. Marciano le dirigió otra feroz sonrisa y le tendió la copa del administrador, que estaba llena de vino hasta la mitad.

—Hiciste muy bien en venir a verme —le dijo—. ¿Eres esclavo del Estado? El emperador es afortunado de contar con tu lealtad.

La sonrisa con que Simeón respondió al comentario fue de cansancio. Bebió un sorbo de vino y observó a su nuevo aliado. «Creo que puedo confiar en él —decidió—. Es un hombre directo; no jura en vano, y si lo hace mantiene su juramento.» Sintió una oleada de alivio, tembloroso aún, después de la larga tensión. El peligro había pasado; después de todo, se podía evitar el desastre.

—¿Qué harás? —preguntó.

—Esta noche le escribiré a su distinción el general Aspar y enviaré la carta por el correo más rápido. Creo que no podemos hacer nada más... por ahora. —Marciano volvió a sonreír—. Un manto en un telar de Tiro, con la palabra de la tejedora de que el procurador admitió que era para Nomos, es una cosa. El manto entregado a Nomos por el procurador de Tiro, con cartas suyas y del prefecto, es otra cosa completamente

diferente. Sería suficiente para arrestar a Nomos y probablemente a sus amigos con él. Tu esposa debe terminarlo.

Simeón se levantó de un salto; la débil confianza y el incierto alivio se habían convertido en ira.

—¡Está arriesgándolo todo cada momento que trabaja en esa inmundicia! — exclamó—. ¡Necesitamos salir de este asunto ahora mismo!

Marciano levantó la mano conteniéndole.

—Encontraré alguna excusa para quedarme en la región con mis hombres hasta que esté terminado. Si tu esposa se ve amenazada intervendré de inmediato. Trataré de asegurarme de que no esté en peligro. ¿No te das cuenta de que si actuamos mientras el manto sigue en sus manos será difícil mantenerla al margen?

Simeón vaciló y luego, con desgana, asintió. Volvió a sentarse pesadamente. Después de todo, nada había terminado.

—Bien —dijo Marciano con una risa corta y dura—. ¿Cuándo estará terminado?

—Cerca de Navidad, señor. Posiblemente antes. Ha estado trabajando mucho.

—Navidad..., me quedaré aquí hasta entonces. —Volvió a sonreír—. Me inventaré unos problemas con el prefecto y después entraré en negociaciones para comprar o vender casas o tierras en la provincia... sí, no será difícil demorarme aquí durante dos meses. ¿Sabe tu esposa que has venido?

—No, señor —replicó Simeón—. No he querido asustarla. Le tiene mucho miedo al procurador, y lo único que quiere es terminar el manto y escapar de sus garras.

—Bien, entonces deja las cosas como están, no le digas nada a nadie. Tienes mi promesa de protección; guarda el pergamino en un lugar seguro y no vuelvas a menos que te sientas amenazado. Si el prefecto es un hombre cuidadoso hará vigilar esta casa. Mi superior no es hombre de confianza de los que ostentan el poder en estos momentos.

Simeón asintió, se levantó y terminó el vino. Después dejó la copa.

—Puedes llevártela, si lo deseas —dijo Marciano señalándola—. Como muestra de mi buena voluntad.

Simeón lo miró y negó con la cabeza.

—No quiero tener que explicar cómo la conseguí, señor. Espero que...

—Puedes confiar en mí —respondió Marciano sonriendo cuando Simeón se interrumpió—. Buena suerte y recuerda, no le digas nada a nadie.

Cuando Simeón se hubo ido, Marciano se quedó un largo rato pensando en él, sentado en la habitación vacía. «Honesto y franco —decidió—, leal al emperador y a su familia, con el buen sentido de ver cómo puede servir a ambos de la mejor manera y con iniciativa para actuar en consecuencia. Ha de haberlo pensado mucho antes de venir a verme. Estaba impaciente por ver un poco de acción, pero se obligó a sí mismo a esperar algunos meses hasta que llegara un aliado apropiado. Y no está interesado en el dinero, o se habría llevado la copa. Bien, no será rico, pero los pescadores de púrpura no son pobres tampoco, según tengo entendido: es improbable

que acepte un soborno y me traicione. Y no es muy susceptible a las amenazas, de lo contrario, no habría venido. Sí, un buen hombre, un hombre en el que puedo confiar sin riesgos. Aunque dejó bien claro que su primera lealtad está dirigida a los suyos, a su esposa y a su familia. ¿Puedo culparlo?»

Marciano suspiró y movió la copa de plata entre las manos: sus ojos, fijos en el metal resplandeciente, no lo veían. En un tiempo él también había tenido esposa e hijo. Recordó cuando tenía la edad de Simeón, recién casado y con un hijo varón, era un joven oficial que se acababa de incorporar al personal del padre de Aspar, Ardaburio; en aquellos tiempos habría preferido a su esposa y su hijo a cualquier emperador, y probablemente seguiría prefiriéndolos si estuvieran vivos. Pero se habían ido, y aquel joven oficial arrogante y feliz se había marchado con ellos: la hija que le quedaba nunca podría tener el mismo peso. Ahora el representante de Aspar, este hombre canoso y tranquilo, tenía que conformarse con otras lealtades. Tenía juramentos de fidelidad que cumplir con su general y con la casa imperial, y mantenía su lealtad con su tierra natal, Tracia, una provincia azotada por las invasiones desde los tiempos en que él era pequeño, pero que había continuado siendo fuerte y romana. Ahora los hunos ocupaban la mitad de la provincia, y la otra mitad estaba abandonada y en ruinas. Sólo los embajadores la cruzaban para llevarle oro al rey de los hunos, Atila, que la había destruido. ¿Qué importaba la familia de Marciano —el hijo muerto peleando contra los hunos y la esposa muerta de dolor por él y por su familia masacrada—, qué importaba cualquier lealtad particular ante aquella gran desolación?

«Dios santo, Creador del Universo —rezó en silencio, cerrando los ojos y dejando la copa—, concede que este asunto se resuelva con suerte; que los conspiradores sean vencidos, el emperador salvado y que mi general sea puesto otra vez al mando de los ejércitos. Llévanos a Tracia y, esta vez, Señor, danos la victoria; ya hemos sufrido demasiado tiempo por una derrota amarga y una paz aún peor.»

Volvió a suspirar; luego se levantó y fue a arreglar con su secretario la prolongación de su estancia en Tiro.

En la tercera semana de noviembre, el procurador Heraclas recibió una carta de Constantinopla. En cuanto vio el sello mandó a buscar al prefecto quien, a su vez, se excusó de la sesión del consejo de la ciudad que había estado presidiendo para acudir de inmediato.

Cuando Filipo entró en el despacho, Heraclas estaba sentado al escritorio leyendo la carta, con el rostro ceñudo por la preocupación. Levantó rápidamente la cabeza.

—¡Ah, aquí estás! —exclamó dejándola. Luego, dirigiéndose a su secretario, añadió—: Ve y asegúrate de que nadie nos moleste.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Filipo rodeó el escritorio y miró la misiva por encima del hombro de Heraclas.

—¿Es suya? —preguntó con urgencia.

—Por supuesto —dijo Heraclas irritado—. ¿Te habría llamado si fuera un

estúpido pedido de púrpura? Tiene el sello particular, pero no son buenas noticias. Adelante.

Filipo cogió la carta y la leyó. Estaba dirigida a él, además de a Heraclas. Nomos nunca enviaba ninguna correspondencia comprometedoramente directamente a Filippo, pues sabía lo chismoso que era su secretario. También estaba escrita en términos indirectos, sin firmar, sin mencionar ningún nombre y sellada con un sello especial que podía, de ser necesario, ser destruido. Nomos sabía a la perfección cómo llevar a cabo una conspiración.

A mis estimados amigos de Tiro, salud. El asunto del que hemos hablado últimamente se encuentra en una situación delicada. Nuestro extravagante amigo, tras concluir la primera parte de unas inversiones en el norte, comenzó a buscar en casa nuevos medios para financiarse y, por una u otra razón, ha investigado algunos de mis asuntos. Puedo aseguraros, amigos míos, que tanto yo como los míos sabemos cómo llevar nuestras cosas, pero aquél ha involucrado a una serie de personas, y temo que no todos sean tan discretos como yo desearía. Me preocupa mucho el hecho de que nuestro extravagante amigo pueda estar pronto en situación de intervenir. He estado investigando la posibilidad de distraer su atención causando problemas para sus intereses en el norte, pero no puedo depositar mi confianza en los contactos que tengo allí, que gastan todo el dinero pero no hacen nada a cambio. Es una situación muy precaria para nosotros, y es de desear que nuestro trato se concluya con la máxima brevedad posible. Lo que es más, he oído decir que una persona relacionada con un viejo conocido godo, ha decidido inesperadamente permanecer un tiempo en Tiro. Tal vez su residencia allí no tenga relación alguna con nuestro asunto, pero es un hombre reconocido por su astucia y desconfío de él. Si no queremos perder todas nuestras ganancias, debemos actuar pronto. Por lo tanto, enviadme el encargo que os hice lo antes posible.

Filipo también tenía el entrecejo fruncido. «El asunto» era la traición; «nuestro extravagante amigo», el gran chambelán Crisafio, y «sus inversiones en el norte», se refería a sus tratados con los hunos. «El envío» era el manto púrpura, con el cual Nomos esperaba presentarse ante el ejército y el Senado cuando el emperador fuera depuesto.

—¿A quién se refiere con eso de «una persona relacionada con un viejo conocido godo»? —preguntó Heraclas ceñudo.

—A Flavio Marciano —respondió Filippo—. El domesticus de Aspar. Tendrías que haberlo entendido; desde hace un mes no hago otra cosa que quejarme de ese hombre. Pero creo que su excelencia sigue una pista falsa. Marciano ha intentado comprar algunas tierras de la corona en nombre de su superior, la situación legal es endemoniadamente complicada, y el hombre está decidido a hacer un buen negocio. Es astuto, eso lo reconozco, pero no creo que sepa nada de nuestro asunto. De todos modos, no me gusta nada cómo están las cosas.

—A mí tampoco —dijo Heraclas con vehemencia—. ¿Por qué Crisafio se ha

puesto a investigar a su eminencia? ¿Alguien le ha informado de algo? —Trató de no recordar los ojos desdeñosos y superiores del gran chambelán, trató de no imaginárselos revisando los informes sobre Nomos y su «pedido» a Tiro.

—La carta no da a entender eso —respondió Filipo—. Parece más bien que busca propiedades que confiscar para pagar un nuevo tratado con los hunos. Se ha enemistado con su excelencia y, como es rico, puede permitirse robarle. Ha sucedido con muchos otros. —Dobló la carta y la dejó sobre el escritorio—. ¿Para cuándo podremos enviarle el manto?

Heraclas levantó las manos en gesto de impotencia.

—La tejedora me dijo que lo tendría para la semana antes de Navidad. Podríamos tratar de apremiarla, pero la última vez que fui a verlo me pareció que faltaba mucho por hacer.

—¡Bien, haz venir a tu tejedora y dile que se dé prisa! —dijo Filipo—. Esta gente siempre puede hacer las cosas más rápido si quieren.

Heraclas parecía dubitativo.

—Es muy obstinada. Y no te olvides de que sabe para quién es. Tengo miedo de que hable si la amenazo.

—¡Entonces no la amenaces! ¡Sobórnala!. Intenta que el manto llegue a Constantinopla a finales de diciembre. Si lo termina en dos semanas, podemos mandarlo con un correo y lo tendrá para principios de enero.

—La mandaré a buscar —dijo Heraclas—. Pero... dos semanas... no creo que sea posible.

Filipo lo miró con un desprecio mal disimulado. «Aficionado —pensó otra vez—. Si nos descubren, en lo primero en que pensará será en salvar su pellejo: nos delatará a todos. No tiene la menor discreción; hasta una tonta tejedora del taller se las ingenió para sonsacarle la verdad. Y apuesto mi fortuna a que es joven y bonita, y que le contó todos nuestros secretos tratando de llevársela a la cama.»

—Sería deseable que pudieras manejar mejor a una esclava —dijo hiriente.

Los ojos oscuros de Heraclas resplandecieron, pero él no dijo más que:

—Si eres tan bueno para tratar con los esclavos, habla tú con ella.

«¿Piensa que me asusta con eso? —pensó Filipo—. ¿Piensa que tengo miedo de aparecer como soy ante una esclava que puede delatar a mi superior?»

—Me encantará hablar con ella —le dijo a Heraclas—. Dile a tu secretario que la traiga inmediatamente.

Entre que el secretario llamó a un mensajero para enviarlo al taller, que éste encontró a Filotimos, que Filotimos se lo dijo a Demetria y que Demetria llegó a la prefectura, pasó un buen rato. Después de algunos vanos intentos por conversar, Heraclas se puso a trabajar aparatosamente sentado ante su escritorio. Filipo miraba por la ventana, con expresión malhumorada, preocupado por su superior. «El mejor hombre de nuestra época —pensó—. Nacido noble, educado en la virtud y la prudencia, valiente, diez mil veces más apto para el imperio que ese pelele inútil que

ahora lleva la púrpura. Necesitará el manto. Tendrá que aparecer ante el Senado y el pueblo en cuanto se enteren de la muerte de Teodosio.»

Filipo conocía todo el plan de Nomos. Recordaba vividamente cuando su superior se lo explicó, después de haberlo llevado a una habitación oculta en su mansión de Constantinopla, donde le enseñó las cartas y los planes secretos. «No se lo he contado a nadie —había dicho sonriendo con esa calidez especial y encantadora que Filippo siempre había admirado en él—, sólo a ti, mi querido Marcelo, en ti puedo confiar. Y quiero que tengas la certeza de que este asunto está bien planeado y que triunfará.» Y se lo había contado con detalle. Dos jóvenes, a quienes el gran chambelán había despedido injustamente de la guardia imperial y a los que había arruinado, habían consentido, a cambio de una suma de dinero y de la promesa de que se les permitiría escapar, en matar al emperador cuando éste saliera a cabalgar por el parque de palacio. Zenón, el amigo de Nomos, era jefe de la guardia imperial. Como parte del plan debía, lenta y cautelosamente, ir eligiendo hombres en quienes se pudiera confiar, y luego hacer que todos estuvieran de guardia el mismo día. Se les permitiría a los asesinos huir en la confusión posterior al crimen, y nadie los atraparía ni los relacionaría con Nomos.

Sin duda, cuando la ciudad se enterara de la muerte del emperador, cundiría el pánico, y en medio del caos aparecería Nomos, con el manto púrpura y aduciendo que el moribundo Teodosio había ordenado que se lo enviaran a él. Los hombres de Zenón lo confirmarían y Nomos sería aclamado augusto. Su primer acto sería condenar a muerte al gran chambelán Crisafio. «¡Ah, si pudiera estar allí! —pensó Filippo entusiasmado—. Me lo imagino: la gente llenando el hipódromo y el mercado de Augusto; los senadores apiñados en el Senado; la asamblea aterrada en palacio; la guardia imperial llena de ira, amotinada; y él apareciendo vestido con la púrpura. Todos los ojos se clavarán en él cuando entre en el Senado; murmurarán entre ellos, al ver, sin haberlo esperado, a un emperador, un emperador digno del Estado romano. Él ocupará su lugar en la tribuna... y hablará. Todos lo escucharán en silencio. Luego... "¡Larga vida a Nomos Augusto! ¡Que reine para siempre!" Lo aclamarán, tendrán que aclamarlo si aparece ante ellos vestido como un emperador.»

«Pero si apareciera vestido como cualquier caballero o con un manto robado del cuerpo de Teodosio, los idiotas podrían darle la corona a cualquiera. Debe tener ese manto. Y el imbécil de Heraclas ha estropeado hasta eso.»

El secretario hizo entrar a Demetria y, con una reverencia, volvió a irse.

Demetria permaneció inmóvil, de espaldas a la puerta cerrada, envuelta en su manto. Ahora se envolvía bien en el manto de lana rosa no tanto para protegerse de las miradas, sino del frío. Estaba helada y exhausta. El edificio de las tintorerías no tenía calefacción y los días de noviembre eran fríos; a pesar de que se ponía tres túnicas, el frío húmedo la calaba hasta los huesos. Le había pedido al capataz de las tintorerías que le prestara un brasero, pero el capataz se había negado, alegando que el humo podría decolorar los tintes nuevos de la seda. Había estado trabajando

muchas horas desde que había recibido el encargo; dormía mal, acosada por pesadillas en las que era descubierta. La urgencia y la necesidad de terminar el manto y de deshacerse de él parecían crecer cada día; era reacia a tomarse un tiempo para comer, para ir a los baños públicos, para descansar. Los paneles del manto ya estaban terminados y la reluciente superficie de púrpura y oro se elevaba rápidamente en el telar, pero por la misma razón, el entusiasmo de la creación había terminado. El frío, la tensión y el cansancio la hacían cometer errores a menudo, de manera que continuamente deshacía una sección ya terminada para hacerla de nuevo. Estaba pálida, sucia y ojerosa.

«Joven —pensó Filipo con una amarga sensación de triunfo—, y bonita, aunque un poco desmejorada.» Miró a Heraclas. El procurador asintió con la cabeza e hizo un ademán con el brazo, como diciendo: «Adelante».

—Mujer —dijo Filipo ásperamente—, ¿sabes quién soy?

Ella parpadeó.

—No, señor —respondió en voz baja y humilde—. Disculpa mi ignorancia.

—Soy Marcelo Filipo, prefecto de Siria-Fenicia. Tengo entendido que Heraclas te ha encargado un trabajo especial. Me preocupa que éste no esté aún terminado.

Demetria miró el suelo. «Dios los maldiga —pensó agotada—. Que se pudran, ellos y ese manto desdichado. ¿Qué debo responder? Estos locos no tienen ni idea de cuánto tiempo se tarda en hacer un tapiz con un buen tejido de seda?»

—Señoría —dijo con tranquilidad—, desde que me fue encomendado el trabajo, he estado trabajando en él de sol a sol. Me he tomado el mínimo tiempo posible para comer y descansar. Si trabajo más horas, te aseguro que sólo cometeré más errores y el resultado será que tardaré aún más tiempo en terminar el manto.

Filipo la miró sin poder dar crédito a sus oídos.

—¿Cuándo se te encomendó el trabajo?

—El diez de agosto, excelencia.

—Has estado trabajando tres meses y medio. Me parece mucho tiempo para que una tejedora hábil, trabajando de sol a sol, no termine un manto.

Ella suspiró.

—Excelencia, cuando su eminencia el procurador me dio este encargo, le dije que tardaría seis meses. Modificando el corte pude reducir el tiempo a cuatro meses y medio o cinco. Ahora digo que podría terminarlo en cuatro semanas más, lo que está por debajo del tiempo mínimo que me di a mí misma. Excelencia, el tapiz es un trabajo lento; ni siquiera Dios puede acelerarlo.

—¿Tapiz? —preguntó Filipo dirigiendo a Heraclas una mirada de sorpresa.

Demetria miró al suelo y repitió las especificaciones que le habían dado.

—Dos imágenes sobre tapiz representando a la Victoria coronando a Alejandro y la elección de Hércules; una franja de oro con un dibujo en espiral en los bordes, y en los hombros un dibujo circular en oro, y todo el manto de dos brazos menos un palmo y cuarto de largo.

—Bien, ¿cómo iba a saber yo que de pronto iba a ser tan urgente? —dijo Heraclas a la defensiva—. Queríamos que fuera espléndido y lo será.

—¡Tendrías que haber pensado! —exclamó Filipo—. ¡Tendrías que haberte dado cuenta de que tenemos que quitarnos esto de encima lo antes posible, y cualquier necio sabe que un tapiz supone meses de trabajo, podrías haber ordenado un tejido con un dibujo sencillo y el manto habría estado terminado en unas semanas! —Se volvió hacia Demetria—. Elimina el tapiz.

Ella levantó la cabeza y se puso colorada. «Que se pudra», había pensado hacía apenas un momento, pero pensar en el hermoso tapiz destruido era ahora insoportable. Su Victoria estaba viva, con alas de gaviota, volando en el aire brillante; la montaña ante Hércules resplandecía con la lluvia que caía. ¿Eliminar el tapiz? Se moriría.

—Pero ya he terminado el tapiz, señor —exclamó tartamudeando de emoción—. ¡No puedes eliminarlo! Señor, sólo queda el tejido sencillo. ¡Será mucho más rápido terminar lo que ya he comenzado que volver al principio y empezar de la nada!

Él la miró sorprendido.

—¿Terminado? ¿Cuánto te queda por hacer?

—Más o menos la mitad del cuerpo del manto, señor. Si tu excelencia tiene mucha prisa, puedo dejar el dibujo de los hombros. Siempre se puede bordar después. Ahora tengo que tejer el dibujo en espiral de la franja de la parte delantera; ya lo he colocado junto al tapiz, pero eso no presenta demasiados problemas. Lo tengo en algunas mallas a ambos extremos, y es rápido de tejer. Si suprimimos el dibujo de los hombros, se reducirá diez días el tiempo para terminar el manto.

«Dios mío, esta mujer es una auténtica profesional —pensó Filipo enfadado—. No se puede pedir más eficiencia ni más habilidad. ¡Y el imbécil de Heraclas que no ha sabido ni siquiera encargarse un manto! Nunca tendría que haber sido incluido en este plan; tendríamos que haber comprado púrpura ilegal y encargarse el manto en privado.»

—Entonces, ¿podrías terminarlo en... digamos... dos semanas y media si suprimes el dibujo de los hombros? —le preguntó tajante a la tejedora.

—Sí, eminencia. A menos que... Estoy muy cansada, señor; he estado trabajando con todas mis fuerzas y ahora sufro las consecuencias. Estoy cometiendo más errores que de costumbre. Pero incluso así, no más de tres semanas.

—Si lo terminas en dos semanas y media —dijo Filipo—, tendrás una pieza de oro por cada día de trabajo. Si tardas más tiempo, quitaré una pieza de oro por cada día de más, pero si mejoras tu propuesta, duplicaré la suma. Ve y trata de terminarlo pronto, y dile a tu capataz que te envíe vino caliente, estás enferma por el cansancio.

Demetria hizo una reverencia y salió. Filipo dirigió otra mirada desdeñosa a Heraclas.

—¡Tapiz! —exclamó—. ¡Por la Virgen!

—Quería que fuera espléndido —repitió Heraclas lleno de culpa.

Filipo bufó.

—Querías asegurarte de que su excelencia te recordara... ¡la elección de Hércules! Eso es lo que querías, eso, y una buena oportunidad de llevarte a la pequeña tejedora a la cama.

—No me la he llevado a la cama —respondió Heraclas ofendido—. Simplemente la he hecho trabajar en el manto.

—Bien, ha trabajado mejor de lo que te mereces; tres meses y medio para terminar dos paneles de tapiz y medio manto es más de lo que cualquiera puede pretender. ¡Tapiz! ¡Dios mío!

• • •

Demetria salió de la prefectura más feliz de lo que se sentía desde hacía tiempo. Por un momento había creído que el enfado del prefecto iba dirigido a ella, pero pronto comprendió que el verdadero objeto de éste era Heraclas. Y había quedado claro por el comportamiento de los dos hombres que Heraclas era en realidad un elemento sin demasiado peso en la conspiración. «No obtendrá la recompensa que esperaba —pensó ella aferrada al brillante calor de la venganza—. No ha cumplido como debía con su parte del plan; ha demostrado que es tonto y no sacará ventaja de lo que me ha obligado a hacer, aunque su plan tenga éxito.» Volvió a evocar el enfado del prefecto, reflejo sin duda de otro que estaba lejos, en Constantinopla; volvió a ver la respuesta torpe y culpable del procurador, y sonrió.

Pero la alegría se desvaneció. No tenía por qué sonreír. Era urgente terminar el manto. Le ofrecían una gran suma de dinero por acelerar el trabajo: los artífices de la conspiración debían considerar que la larga espera la ponía en peligro. Y si los conspiradores, hombres poderosos, legalmente inmunes a la violencia de la ley, estaban preocupados, ¿cómo no iba a tener ella razones para sentir miedo? «Oh, Señor —rezó en silencio, sin esperar respuesta del Cielo—, estoy muy cansada. ¿Cómo puedo terminar a tiempo?»

Comenzó a llover cuando estaba a medio camino entre la prefectura y el taller, una lluvia suave y fría que el viento traía de mar adentro. Se colocó el manto sobre la cara y siguió andando. Primero debía presentarse a Filotimos; cuando ella había salido de las tintorerías él estaba en el despacho que tenía allí, pidiendo sedas. No tendría necesidad de ir al taller a buscarlo y podría volver al trabajo casi de inmediato.

En la esquina de las tintorerías se detuvo mirando al mar que estaba gris, picado y oscurecido por la lluvia. La barca de Simeón estaba sobre la playa, cubierta con una lona; el mar había estado demasiado revuelto todo el día para salir. Probablemente estuviera en la atarazana con Melecio, trabajando con los otros pescadores en la reparación de las barcas o de las redes, charlando y contando historias en torno a un ardiente brasero. Demetria se quedó allí de pie un momento, mirando la playa, y

luego miró el edificio cuadrado, similar a un granero que, en la esquina del puerto, albergaba el taller de seda. En el edificio se estaría caliente, lo sabía, pues Filotimos siempre hacía poner braseros cuando hacía frío para que las manos de las tejedoras no se entumecieran. El humo del carbón podía subir hasta el alto techo sin temor de que se mancharan las sedas. Las tejedoras también estarían calientes, charlando y contando historias, o cantando juntas mientras trabajaban. María *la Roja* habría terminado el tapiz de Cristo devolviéndole la vista al ciego, seguramente ya habrían enviado las cortinas. Demetria sintió que le ardían los ojos, calientes a pesar de la lluvia helada que le caía sobre el rostro. «Soy como Eva, expulsada de mi pequeño paraíso y sola. Pero juro por Dios que no fue por ningún pecado mío. No seas tan idiota —se dijo a sí misma con severidad—. Serán sólo dos o tres semanas más, eso es todo. Sí, ahora odio el barracón, y el frío, y el silencio, y estar sola, pero dentro de dos o tres semanas todo habrá terminado y las cosas volverán a ser como antes.»

Se volvió y, penosamente, entró en las tintorerías.

Filotimos seguía en el despacho, discutiendo azorado con el capataz de las tintorerías, Eugenio, sobre un lote de seda roja.

—¡El color está mal! —se quejaba cuando entró Demetria—. ¡Parecen manchas de sangre! ¡Lo has dejado secar demasiado! ¡Ah, querida! ¿Qué ha pasado?

—Quiere que me dé prisa —dijo Demetria—. Debo eliminar el dibujo de los hombros y tratar de terminarlo en dos semanas y media.

—¿Dos semanas y media? ¿Podrás?

—Creo que sí. —Había dicho todo lo que precisaba decir, pero se quedó mirando a su capataz con aire desolado. Desesperada como estaba por terminar el manto, su carne se negaba a volver al barracón frío, a estar sola con su silencio, al hedor de la púrpura y los riesgos de la traición.

—No tienes buen aspecto —dijo Filotimos mirándola con el entrecejo fruncido.

—Tengo frío —respondió ella—. Estaba el prefecto. Dice que me des vino caliente.

—¿El prefecto? —preguntó Filotimos frunciendo el ceño—. ¿Qué estaba haciendo allí?

—No lo sé —respondió ella con cansancio—, pero me vendrá bien el vino.

—Por supuesto... —Filotimos se levantó y le tocó la mano.

—¡Pero, criatura...! ¡Estás helada! Has de tener los dedos entumecidos, ¡no puedes tejer así! Eugenio —le dijo al capataz de las tintorerías—, ¿podemos poner un brasero en ese barracón?

Eugenio titubeó.

—¿En un lugar tan pequeño? —preguntó—. La púrpura es todavía nueva y no está seca... el humo puede oscurecerla.

—Mi querido amigo, ¡no en apenas dos semanas y media! Simplemente ayudará a curarla. Y Demetria tiene que mantener los dedos ágiles para tejer como corresponde. El taller de seda se hará cargo del coste del carbón.

—Está bien, está bien —dijo Eugenio con el aire de quien hace una gran concesión, aunque en realidad su primordial objeción había sido el pago del combustible.

—Y tú les das a tus hombres vino caliente dos o tres veces al día, ¿no es así? —continuó Filotimos—. ¿Puedes darle un poco a Demetria cuando les toque su ración?

—No tenía más que pedirlo —repuso Eugenio irritado, como si le hubieran reprochado que no se le hubiera ocurrido.

—¡He aquí a una buena persona! —exclamó Filotimos con jovialidad forzada—. Ven, Demetria, vamos a ver dónde podemos poner el brasero. —Volvió con Demetria al barracón mascullando—: Necio avaro, escatima una copa de vino y un poco de carbón, ¡como si no le sobraran las dos cosas! ¡Y como si no adulterara los tintes! ¡Que Dios me dé paciencia con este hombre!

Demetria no hizo comentarios sobre el monólogo. Filotimos y Eugenio hacía veinte años que se peleaban. Cuando entraron en el barracón el telar resplandecía en un extremo. Filotimos, con su entusiasmo acostumbrado ante un buen trabajo, fue primero a examinarlo. Demetria se sentó en su banco y se puso las manos heladas bajo las axilas, demasiado cansada para notar nada. Tras un momento, miró a Filotimos y lo vio observando todavía el manto a medio terminar, con el entrecejo fruncido. Éste se arrodilló y, usando las manos, comenzó a medir el manto. Demetria lo observaba, demasiado cansada para hablar o alarmarse. Había mantenido siempre cerrada la puerta del barracón mientras estaba trabajando y la afianzaba con cuidado cuando se iba: hasta el momento nadie, excepto Heraclas y ella, había visto el manto; nadie había tenido posibilidades de sospechar. «Pero ¿importa que Filotimos lo sepa? Lo habría visto en cualquier momento. Y él no me traicionará.»

Filotimos terminó de medir la longitud del manto y se quedó mirando las piezas de tapiz. Se volvió a Demetria. Su voz era irreconocible por la impresión y la pena.

—Criatura —dijo en voz baja—, tendrías que habérmelo dicho.

—No quería que lo supiera nadie —respondió ella con calma—. Cuantos menos lo sepan, mejor. Sólo quiero terminarlo y entregarlo.

Filotimos negó con la cabeza.

—Pero no entiendes. Vino... vino un hombre la semana pasada haciendo preguntas. Al principio pensé que era alguien de paso que había venido a conocer el taller, y se lo enseñé todo. Me preguntó si estaban todos los tejedores o si había otros en otros lugares. Le contesté que no era común pero que en esos momentos tenía a una mujer trabajando en las tintorerías, haciendo un encargo especial para el procurador que sería una sorpresa para el emperador. Se interesó tanto que terminé deseando no haberle dicho nada. Después de que me hizo tantas preguntas vine a aquí y me enteré de que estuvo preguntando por ti a los trabajadores, que quería saber tu nombre y cuál era el encargo. Querida mía, alguien más ha adivinado qué es esto; alguien más actuará en consecuencia.

Demetria no se movió ni abrió la boca; permaneció sentada, envuelta en su

manto, abrazándose para darse calor, y mirando a Filotimos con los ojos muy grandes en su rostro blanco y helado. «Con razón tenían prisa —pensó—. Ya sabían que alguien sospecha de nosotros.»

—¿Estuvo el prefecto esta mañana? —preguntó Filotimos después de un largo silencio—. ¿Forma él parte de esto?

Ella asintió inmóvil. El miedo, que había vivido agazapado a su lado durante todos y cada uno de los momentos que había estado trabajando en el manto, se había ido de golpe, pero ella no sentía nada más que el frío.

—No tenemos a nadie a quien recurrir.

—No.

—Entonces tenemos que terminarlo en seguida. —Filotimos miró el telar y repitió con vehemencia—. En seguida. En una semana, si podemos. —Demetria negó con la cabeza, trató de hablar y se dio cuenta de que no podía. Se cubrió la cara con el manto y comenzó a agitarse por el llanto contenido—. No puedes, ya lo sé —le dijo Filotimos dulcemente—. Mi querida niña, tienes que haberte matado para hacer tanto en tan poco tiempo. Pero déjame ayudarte. Vuelve a tu casa cuando se vayan los demás y descansa. Yo traeré algunas lámparas y trabajaré hasta medianoche; lo que queda es sencillo, y lo puedo hacer tan bien como cualquiera. Luego haremos que otra persona trabaje desde medianoche hasta el alba, y por la mañana vienes tú y trabajas una jornada normal. Le dije a aquel hombre que tardarías por lo menos seis semanas. Aún no ha entrado en acción. Tal vez necesite informar a alguien, o pedir autorización para hacer algo. O quizá quiera esperar a que esté terminado. Sea como sea, si lo acabas cuatro semanas antes de lo que él espera, estarás salvada. Diremos que no era púrpura, que era rojo, un manto para el procurador o para un amigo suyo. No hubo ningún registro en los libros de la prefectura, cambiaré mi contabilidad y nadie podrá probar nada y tú estarás a salvo, completamente a salvo.

Demetria negó con la cabeza.

—¿Y si te torturan?

—¿Por qué iban a torturarme? Tú has tejido un manto rojo para el procurador... un pequeño desvío de los fondos estatales, pero nada demasiado serio. Las cuentas estarán en orden. Soy un esclavo de gran experiencia y probada lealtad. Nadie me ha oído decir una palabra contra mis amos. Y, querida niña —dijo Filotimos apoyando una mano en el hombro de Demetria y arrodillándose ante el banco para mirarla a los ojos—, los dos vamos a decir lo mismo si nos ponen en el potro de tormento. Si no pueden probar nada nos soltarán en seguida.

Demetria se llevó de pronto las manos a la cara. El frío ya se le había pasado y sentía la cara caliente e hinchada, como si tuviera fiebre.

—No quisiera que te involucraras —susurró—. No incluyas a nadie más. Sería exponerla a que también la atraparan. No quiero que nadie más sufra.

Filotimos vaciló, desgarrado entre su miedo por Demetria y su miedo a complicar a otra de sus tejedoras, y luego asintió.

—Muy bien. Pero como yo ya lo sé, haré mi parte hasta medianoche. Estaré descansado y podré trabajar rápido, tú estarás mejor si descansas bien toda una noche. Podemos terminarlo en diez días.

Demetria lanzó una carcajada; el sonido amenazó con escaparse de su control y se tapó la boca con una mano para dominarse.

—El prefecto me prometió una pieza de oro por cada día de trabajo, hasta dos semanas y media, y doble si lo terminaba antes —le dijo a Filotimos—. ¿Quieres el dinero?

—Aceptaré algunas monedas —respondió el otro sonriendo—. Tú te quedarás con el resto. Les voy a decir que traigan el brasero en seguida. Bien, ponte a trabajar.

• • •

Filotimos volvió a última hora de la tarde, con un pie de lámpara, una cesta con su comida, vino y tres lámparas. Puso el pie junto al telar y encendió las lámparas con el brasero que habían llevado después de su partida. El calor y la luz transformaron el barracón. El brasero había secado las paredes húmedas, dejando salir el olor a cedro por encima del viejo hedor de la púrpura. La luz de las lámparas relucía cálida y reconfortante sobre los ricos colores del telar. Filotimos se sentó en el banco y Demetria le enseñó la disposición de la urdimbre para el borde en espiral. Los tejedores masculinos eran comunes en algunas partes del imperio; en los talleres de lino y en Egipto eran lo habitual. En Tiro no existían para la lana y eran escasos para la seda, pero los capataces eran casi todos hombres y tenían que saber cómo usar un telar. Filotimos lo había aprendido de su padre, que lo había precedido como capataz, y de su madre, que había trabajado en el taller, y por lo general ayudaba a terminar encargos urgentes. Sin embargo, casi todas las mujeres seguían jurando que los hombres no servían para tejer nada que no fueran dibujos sencillos.

—Me las arreglaré —le dijo Filotimos a Demetria con una sonrisa—. Ve a tu casa y descansa.

A Demetria le resultaba extraño volver a su casa cuando todavía era de día. Cuando llegó, el piso estaba vacío: Simeón y Melecio estaban aún en la atarazana. Demetria se sentó en el diván. No había nada que comer en el baúl de las provisiones, hacía semanas que no se limpiaba y el fuego estaba apagado. Laodiki había estado haciendo la comida y las compras para la familia desde finales de agosto. Demetria sabía que tenía que encender el fuego, pero no podía moverse del diván. Volvió a imaginarse a Simeón y Melecio en la caseta de las barcas, y esta vez sintió una punzada de nostalgia, no del calor y la comodidad, sino nostalgia de ellos. En los pocos momentos que tenía, por la noche y por la mañana, antes de ir a trabajar, apenas le quedaba tiempo para decirles dos palabras. Melecio se mostraba agresivo y malhumorado, pues echaba de menos la atención que ella no podía darle. A su vez, ella también se había puesto de malhumor y ahora, al recordarlo, le parecía que había

estado continuamente enfadada con él durante semanas. Simeón se había ido volviendo más y más hosco, manteniéndose a distancia. Ahora quería mecer a su niño, quería, incluso, abrazar a su esposo.

Se recostó en el diván y cerró los ojos. Detrás de los párpados veía el telar y el manto a medio terminar, como si estuviera viendo una ola en un mar agitado. No abrió los ojos; se estaba acostumbrando a esas pesadillas. A veces un león se agazapaba detrás del telar; otras, trabajaba manteniendo el equilibrio en un muro alto, tratando de no resbalar; una vez había tejido una prenda con serpientes vivas que le mordían las manos hasta dejárselas ensangrentadas. Ahora, ya medio dormida, pensó en Filotimos trabajando a la luz de la lámpara. «Qué bueno es —pensó admirada—; qué buena ha sido mi madre haciendo mi trabajo además del suyo. Qué bueno...»

Cuando, un buen rato más tarde, volvieron Simeón y Melecio, ella estaba profundamente dormida, envuelta en el manto en la habitación fría, oscura y sucia. Simeón la miró un instante y luego fue a apilar unos leños en el hogar. Melecio se sentó en el diván junto a su madre. No trató de despertarla. Cada vez que se había quejado a su padre de que «mamá está enfadada conmigo y yo no he hecho nada», le había dicho que su madre estaba cansada de trabajar tanto en ese manto. Si su madre descansaba eso significaba que estaría menos enfadada al despertar.

Simeón encendió el fuego y luego, con el atizador, prendió las lámparas. La luz dorada inundó la habitación. La cara de Demetria estaba más pálida que nunca, enmarcada por el cabello oscurecido por el polvo y por la suavidad de la luz. Tenía la piel oscura, con arrugas alrededor de los ojos, y dormía con una respiración superficial y casi inaudible de profundo agotamiento. Melecio estuvo mirándola con esa expresión de angustiada preocupación que se ve en los niños que no saben por qué sus padres están enfadados. Simeón le revolvió el cabello y el muchacho levantó rápidamente la cabeza.

—Está bien —susurró Simeón vagamente. Sacudió suavemente a Demetria por el hombro; ella se movió y abrió los ojos. Vio a Melecio y sonrió, luego se incorporó y lo abrazó. Sin perder un instante, el niño acomodó su torpe cuerpecito de cinco años, que parecía tener más codos de los que le correspondían, en el regazo de su madre, le echó los brazos al cuello y le dio un beso húmedo con olor a pintura y brea. Ella volvió a sonreír y miró a Simeón; la sonrisa se suavizó y la mirada de ternura lo envolvió también a él. Alargó el otro brazo. Simeón se sentó a su lado asombrado, por un momento estuvieron abrazados los tres, sentados en el diván.

—Has vuelto temprano —dijo Simeón al cabo de un rato.

Ella asintió.

—Filotimos va a ayudarme a terminarlo. Me han llamado a la prefectura y me han dicho que tenía que terminarlo en dos semanas y media, por lo que acordamos simplificar el dibujo. Entonces, cuando volví a las tintorerías, Filotimos se ofreció a ayudarme: va a trabajar todos los días hasta medianoche, hasta que esté acabado. — Se interrumpió, saboreando el momento: el calor, el brazo de Simeón en su espalda,

el peso de Melecio en su regazo, y todo esto mientras alguien tejía el manto en su lugar—. En diez días lo tendremos terminado —les dijo—. ¡Sólo diez días! —Bruscamente apartó de la cabeza el recuerdo del «caballero» que había preguntado por el trabajo, que conocía su nombre y que esperaba algo, una oportunidad desconocida e imprevisible, antes de actuar.

Simeón la miró y esbozó una gran sonrisa.

—¿Tan pronto? —La abrazó—. ¡Gracias a Dios!

—¿Eso es antes de Navidad? —preguntó Melecio esperanzado.

—Mucho antes de Navidad —respondió Demetria—. Podremos pasar las fiestas como queramos. Además, tendremos dinero. El prefecto me prometió treinta y seis sólidos si lo hago en menos de dos semanas y media. Al menos espero que estuviera hablando de sólidos. Me dijo «piezas de oro». De todos modos, voy a darle algo a Filotimos por ayudarme, pero el resto podemos gastarlo todo.

—Probablemente hablaría de tremises —dijo Simeón. Un tremís era un tercio de un sólido.

—La gente por lo general quiere decir sólidos cuando dice «monedas de oro» —objetó Demetria—. Pero sea lo que sea es una buena cantidad de oro.

Melecio se incorporó y se puso a saltar de alegría.

—¿Me vas a comprar el trirreme?

Su madre rió.

—Si sigues queriéndolo, sí. ¡Pareces contento de que haya tenido que trabajar tanto en ese manto!

Él movió violentamente la cabeza.

—¡Odio ese manto! —exclamó—. ¡No quiero que nunca más trabajes en otro manto!

—Yo tampoco —le dijo ella con algo de pena.

—Tendrás que pedir un día libre cuando lo termines —dijo Simeón—. Filotimos te lo dará sin duda. Si el tiempo es bueno, podemos salir en la *Procne* y navegar por la costa, tal vez hasta Ptolemaida...

—¿Y para qué queremos ir a Ptolemaida? —preguntó Demetria sonriendo. Era propensa a marearse en el mar y su renuencia a salir en las expediciones marítimas de Simeón era ya una broma entre ellos.

—Es una bonita ciudad —dijo Simeón—. Sería como un día de vacaciones.

Ella rió.

—Yo ya sé lo que quiero hacer cuando lo termine —le dijo—. Iré a los baños de Eudoxia y me daré el baño de vapor, el de inmersión, tres baños calientes y uno frío, y después un masaje con aceite de mirra, y me lavaré el pelo con hisopo. Después, si quieres, podemos ir a Ptolemaida... pero sólo si el mar está tranquilo.

Él se la imaginó desnuda y resplandeciente después de los baños, con olor a mirra e hisopo, y sintió un calor urgente en el vientre.

—Incluso con el mar tranquilo, cuando lleguemos el único perfume que te

quedará será el del agua salada —le dijo.

—Mucho mejor. Entonces podré darme otro baño.

—Podemos ir ahora a los baños —dijo Melecio volviendo a saltar—. Papá dijo que tenemos que lavarnos; hemos estado todo el día pintando la barca de Barak en la caseta. Yo también he ayudado.

—Tengo que preparar la comida —dijo Demetria—. A menos que mi madre ya lo haya hecho.

—Podemos comer en el Isis —respondió Simeón animado—. Y tu madre puede venir con nosotros. Vamos, invitémosla y vámonos.

«¡Diez días! —pensó contento mientras salía con su esposa y su hijo—. Diez días y habremos llegado a la costa sanos y salvos. Después de eso, que el temporal sople todo lo que quiera.»

El secretario de Marciano le entregó una carta cuando se sentaba a desayunar a la mañana siguiente. En una escritura torpe, decía:

A Flabio Marciano, de Simeón, pescador de púrpura, salud. Onorable señor, el manto del que ablamos estará terminado en 10 días, si todo va bien. Mi esposa dice que el prefecto la hizo llamar ayer y le dijo que se diera prisa. Quiso que simplificaran el dibujo y le ofreció dinero para que lo terminara rápido. Agradezco tu protección, Señoría, y espero que la información te sea útil. Señoría, te informaré a lo que suceda cuando esté echo.

Marciano dirigió a su secretario una mirada interrogativa.

—Esto ha llegado... ¿cuándo? —preguntó.

—Esta mañana, antes de amanecer —respondió Paulo, el secretario. Lo habían hecho partícipe de todos los detalles del plan, aunque al resto del grupo se le había dicho sencillamente que a Marciano se le había presentado la oportunidad de comprar unas tierras.

—¿Quién lo ha traído?

—El pescador en persona, señor. Pedro y Punta estaban de guardia y envié a algunos de los hombres a recorrer las calles: no había nadie vigilando cuando vino. Le advertí al hombre que tuviera cuidado si vuelve a venir, le dije que el prefecto está vigilando la casa.

—¿Por qué no hiciste que me despertaran?

El secretario esbozó una sonrisa humilde.

—Era muy temprano, excelencia. No quise molestarte. El hombre no tuvo inconveniente en escribir el mensaje, aunque dudo que esté acostumbrado a hacerlo. Rompió dos plumas.

—Me sorprende que escriba tan bien —respondió Marciano cortante. Le gustaba Simeón, y el velado desdén de su secretario lo irritó—. Si vuelve me despiertas, sin importar lo temprano que sea —ordenó—. Está corriendo riesgos y hasta el momento no hemos hecho nada por él; por lo menos que sepa que puede hacer que me levante de la cama.

El secretario agachó la cabeza.

—Lo recordaré, señor. —Y lo haría (nunca tenían que decirle las cosas dos veces), aunque su opinión sobre pescadores delatores, según notó Marciano, no había cambiado. Paulo era de familia noble, buena educación y nada de dinero; era de esperar cierto grado de desdén por esclavos del Estado sin cultura pero acomodados. No tenía importancia. Paulo era tracio, como su jefe, y como él, tenía esperanzas de que este plan abriría el camino para la reconquista de su hogar. Si Simeón podía facilitarles eso, Paulo estaba más que dispuesto a ser amable con él—. ¿Enviarás una respuesta? —preguntó.

—Creo que no. Podría llamar la atención sobre él y ponerlo en peligro. Ese secuaz de Crisafio que se fue la semana pasada, el espía, no ha vuelto, ¿verdad?

—Tengo informes de que cogió un caballo de posta en Berito y tomó rumbo norte, señor.

—Perfecto. Otra vez en Constantinopla, como pensábamos. Bien, con esta nueva fecha para la finalización del manto, nuestro pescador y su familia estarán fuera del asunto antes de que el espía de Crisafio vuelva y comience la batalla. —Marciano golpeó con la carta la mesa del desayuno; con el entrecejo fruncido añadió—: Paulo, consígueme una audiencia con el prefecto para dentro de once días por la mañana. Y duplica la vigilancia de la prefectura, si puedes hacerlo discretamente.

—Como digas, señor —respondió Paulo y, con una inclinación, se fue a dedicarse a sus tareas.

—¡Vale su peso en oro! —exclamó Marciano sin dirigirse a nadie, y comenzó a comerse las gachas y a releer la carta de Simeón mientras lo hacía.

La última puntada en el manto la dio el primero de diciembre, a media tarde. Demetria pasó la lanzadera por el último orificio, bajó la trama con el peine y la maza, ató con cuidado el hilo de seda y se reclinó en el asiento a contemplar su obra —de dos brazos y un palmo de largo, con dos paneles de tapiz y trabajado en oro—. Pasó la mano delicadamente por la seda, sintiendo su suavidad; sus ojos buscaban defectos en la trama. No había ninguno. Las dos franjas verticales se iban afinando y ya les había hecho el acabado; sólo le restaba la tarea de sacar la pieza del telar, atarla y hacer los remates de los extremos superior e inferior. Exhaló un profundo suspiro; estiró los músculos entumecidos por estar tantas horas sentada, luego aflojó la tensión de la urdimbre y se arrodilló para comenzar el acabado.

«Terminado —pensó, atando los primeros hilos—. Terminado. Heraclas se irá en primavera y Filipo también, y lo que sea de ellos ya no tendrá nada que ver conmigo. Terminado. Mañana, si hace buen tiempo, iré a Ptolemaida con Simeón y Melecio. Terminado, ¡gracias a Dios y a todos los santos! ¿Qué voy a hacer con tanto tiempo libre?»

Sonrió mientras sus dedos ataban las hebras rápidamente. Dos horas más tarde llegó Filotimos y se encontró con que casi todo el borde inferior estaba listo.

Demetria se incorporó con una radiante sonrisa en el rostro. Filotimos la miró,

miró el manto, dio un paso adelante y le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—¡Así se hace, muchacha! —exclamó, aunque en seguida, algo avergonzado de su vehemencia, añadió—: Puedes entregarlo mañana por la mañana.

Demetria asintió sin dejar de sonreír, con una sonrisa beatífica, casi de sonámbula.

—Si no te importa, terminaré el borde inferior —le dijo.

—¡Por supuesto! Yo empezaré por el superior.

Demetria terminó la parte inferior a media tarde y se fue a su casa; Filotimos estuvo hasta la hora de cenar con el borde superior. Cortó los hilos sueltos con unas tijeras y sacudió el manto: la púrpura se hinchó como una vela y brilló a la luz de la lámpara, rica como el mar. Lo dobló con cuidado y miró el telar vacío con los hilos de púrpura flácidos que caían en hilachas de los palos y de los rodillos tensores, abiertos ahora. Al principio despacio y luego más deprisa, agarrándolas por manojos, arrancó cada hebra del telar y las tiró al brasero. La seda se retorció ennegrecida, exhalando un olor acre hasta desaparecer hecha un montoncito de cenizas grises sobre el carbón. Filotimos removió el brasero y luego le echó arena para apagarlo. Puso el manto doblado en su cesta, sobre la comida que no había probado, y se fue a su casa, no sin antes cerrar el barracón. Al día siguiente el manto estaría en manos del prefecto y no habría nada en su taller que pudiera demostrar que había existido alguna vez.

IV

Al día siguiente, cuando llegó Demetria, el procurador Heraclas y el prefecto Filipo estaban inclinados sobre el escritorio mirando un mapa y discutiendo en voz baja; levantaron la cabeza con expresión adusta y enfadada cuando entró la tejedora. Ella se inclinó y, sin decir palabra, se adelantó, puso en el escritorio de Heraclas una cesta de junco tapada, y volvió a retirarse hasta la puerta. Heraclas miró a Filipo y luego, incrédulo, abrió la cesta. Se quedó mirando en silencio. Después dirigió la vista a la ventana, hacia la puerta y, casi con torpeza, sacó el manto resplandeciente y lo extendió en el escritorio. Los dos hombres se quedaron extasiados. Tras un momento, Heraclas lo tocó, con una delicadeza vacilante e incrédula. Un momento después, Filipo comenzó a sonreír.

Se volvió a Demetria.

—Lo has terminado antes de tiempo —observó.

—Mi capataz me ayudó, señor —respondió ella serena.

Él la miró con recelo por un instante. La mujer ya no parecía enferma; tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y el sol de la mañana relucía en sus cabellos. Había enlazado las manos, pero un pie ya apuntaba hacia la puerta. «No habría juzgado mal a Heraclas si se hubiera acostado con ella —pensó Filipo—. Pero obviamente, esta mujer está encantada de haber terminado con el manto y con nosotros, y no puede esperar para irse.»

—Espero que tu capataz sea discreto —dijo.

Ella inclinó la cabeza.

—No hay hombre más discreto ni más fiable en Tiro.

—Muy bien —respondió él aprobador. Su tono era convincente. Volvió a mirar el manto, a tocar los tapices con sus manos gruesas.

—Es hermoso —dijo Heraclas con reverencia.

Filipo asintió.

—Me lo imagino vistiéndolo —respondió en tono reflexivo—. Le quedará muy bien. —Miró a Demetria, metió la mano en su bolsa y contó treinta y seis sólidos de oro. Después de una pequeña vacilación, añadió otros cuatro. Con una sonrisa, empujó la pequeña pila hacia ella—. Te damos las gracias por tu trabajo y por tu rapidez —dijo—. Puedes irte.

Demetria cogió el oro, hizo una rígida inclinación y salió casi corriendo.

En el pórtico de la prefectura se detuvo; entonces se pinzó la punta de la nariz y sacó la lengua a la estatua de Nomos, se recogió la falda y salió corriendo y riendo calle abajo.

Flavio Marciano, en pie al final del pórtico, sonrió al verla marchar.

—Ahí va la esposa de nuestro pescador —le comentó a Paulo—. Ahora me doy cuenta de por qué quiere protegerla tanto.

—Una hermosa muchacha —convino Paulo solemne—, con admirables

sentimientos políticos.

Marciano rió.

—La cuestión es que se ha deshecho de su cesta. ¿Están nuestros hombres vigilando todas las salidas?

—No creo que se les escape ni un amanuense que escupa un hueso de dátil por la ventana —respondió Paulo satisfecho—, y mucho menos alguien que lleve un manto.

Era la respuesta que Marciano esperaba, y asintió complacido.

—Muy bien. ¿Ya es la hora de mi audiencia con el prefecto?

—Llegarás decentemente temprano, señoría.

—Bien. — Marciano avanzó hacia la entrada de la prefectura. Él también se detuvo ante la estatua de Nomos. «Sostiene una fortaleza —observó—, sin duda para conmemorar su refortificación de la frontera del Danubio. ¡Como si las murallas hubieran podido impedirle la entrada a nadie!»

La burbuja de complacencia reventó y Marciano se quedó inmóvil un momento, dejándose inundar por una súbita oleada de amargura y odio. La frontera del Danubio había sido destruida y abandonada hacía ya tiempo; el norte de Tracia era parte del reino de los hunos y la nueva frontera era una franja de tierra de nadie, con una anchura equivalente a cinco días a caballo. Las grandes ciudades de Tracia yacían en ruinas, sus muros derrumbados estaban cubiertos por hierbas silvestres, y habitadas sólo por los que estaban demasiado débiles para ser utilizados como esclavos y demasiado enfermos para huir. Marciano recordó un viaje que había hecho, no hacía mucho, a Sárdica, su patria, que antaño había sido una gran ciudad. Sárdica había resistido a los hunos y la habían castigado: casi todos los edificios de la ciudad habían quedado reducidos a escombros. Marciano había tenido que pedirles a los mendigos muertos de hambre que le identificaran la calle donde había crecido. De la gran casa amplia e irregular, donde había vivido su hermano con su numerosa familia, sólo quedaba una pared en pie, y el castaño que durante tanto tiempo había adornado el patio había sido talado, probablemente para hacer leña. Los mendigos tendrían frío entre las ruinas sin techo.

Había ido a Sárdica a enterrar los restos de sus muertos. Pero la ciudad estaba llena de huesos sin identificar y tirados por todas partes: entre los escombros, en la iglesia profanada y derruida, arrojados a lo largo de las murallas. Buscó durante un día entero entre las ruinas de su casa, esperando encontrar alguna fruslería en alguno de los esqueletos que le permitiera identificarlo, pero fue inútil. Su hermano probablemente no estuviera en casa, casi con toda seguridad habría muerto peleando ante las murallas. En cuanto a las mujeres y los niños, nadie sabía siquiera si estaban muertos, o vivos en algún lugar como esclavos de los hunos que los habían conquistado. Y el único y adorado hijo de Marciano, cuya primera misión había sido encargarse de la guarnición de Sárdica, seguramente también había caído en alguna parte, junto a las murallas derrumbadas. Cerca de las puertas si había vivido lo suficiente, defendiendo su ciudad hasta el final. Habían desnudado a los cadáveres

junto a las murallas, antes de dejar que se pudrieran: no había esperanza de encontrar un anillo o una pieza conocida de su armadura para identificar alguno de aquellos cráneos deshechos, enterrados bajo las enredaderas pegajosas. Marciano había pagado una misa en la iglesia derruida, les había dado dinero a los mendigos y había vuelto al sur, con las manos vacías.

No, las murallas, las murallas de Nomos no habían repelido a nadie. Sólo soldados podían haberlo hecho, y no se habían mandado tropas a Sárdica.

«¡Pero a ti también te veré destruido, Nomos! —pensó Marciano, mirando la cara sin expresión de la estatua—. ¡A ti, con tus malditos tratados con los hunos, a ti, con tus murallas de piedra y tus reducciones de tropas! ¡Tú y Crisafio, los dos vais a pagar!»

—¿Señoría? —dijo Paulo que esperaba a su lado.

Marciano movió la cabeza y apartó la mirada de la estatua. La pasión debía mantenerse en secreto; no podía permitir que interfiriera en sus planes, y menos con el asunto que se traía entre manos. Volvió a levantar la mirada, y entonces vio la otra estatua, la que Nomos parecía determinado a desplazar. La augusta Pulqueria sostenía una cruz, no una fortaleza, pero su rostro cuadrado y poco agraciado exhibía una expresión de astucia práctica. Ella se había opuesto al tratado con los hunos, recordó Marciano: había querido pelear. La nieta de Teodosio el Grande, el único miembro de la familia por cuyas venas corría la sangre del abuelo. Marciano sonrió a la estatua y le palmeó un pie: le pareció que ella le devolvía la mirada con expresión de irritación y desagrado, como advirtiéndole que siguiera con lo suyo.

—Ve y anúnciame al prefecto.

El prefecto Filipo recibió a Marciano apenas éste fue anunciado; parecía un poco agitado. Marciano vio la cesta de junco con tapa junto al escritorio casi antes de mirar al prefecto a la cara, y tuvo que hacer un esfuerzo para que la excitación no lo delatara. Era demasiado pronto para actuar. Tenía que dejar que los conspiradores se incriminaran hasta el final y sin posibilidad de volverse atrás. Mientras supiera exactamente dónde estaba el manto, a Marciano no le importaba esperar.

—Salud, eminencia —dijo cortés, y se sentó en un asiento frente a Filipo—. Espero que te encuentres bien.

—Muy bien, muy bien, ¿y tu excelencia? —dijo Filipo y, en seguida, sin esperar respuesta, añadió—: ¿Ha tomado una decisión tu distinguido superior? ¿Comprará esas tierras? Supongo que es de eso de lo que querías hablar.

Marciano sonrió con beatitud.

—Por eso he venido. Pero lamento informarte de que mi superior me ha escrito diciéndome que en estos momentos no puede efectuar el pago al contado. Si se le pudiera prorrogar a lo largo de varios meses...

Filipo tendió las manos.

—No puedo, lo lamento. No son mis tierras. Yo pensaba que un hombre de su fortuna...

—Tiene otros compromisos —respondió Marciano—. Posee otras tierras que tiene que retener, y los sueldos de sus guardias. Bien, si no se puede reducir el pago al contado, muy a pesar mío debo abandonar el asunto, por el momento al menos. Tal vez dentro de un mes la situación haya cambiado, ¿podremos hablar entonces?

Filipo comenzó a esbozar una sonrisa nerviosa y secreta, pero suprimió la expresión casi antes de mover los labios.

—Me temo que no será posible —dijo con calma—. Dentro de unos días salgo hacia Constantinopla.

—¿Qué? Pensaba que tu puesto aquí era hasta la primavera. —Marciano se cuidó bien de mirar la cesta de junco.

—Y así es, pero he recibido malas noticias de mi casa. Mi madre está enferma y debo apresurarme a volver.

—¿Tu madre? Por supuesto que debes apresurarte. Espero que el viaje sea en vano, es decir, que tu madre se haya recuperado cuando llegues.

—Un bondadoso deseo, distinción. —Filipo se levantó y le tendió la mano—. Bien, si no podemos resolver el asunto de las tierras...

—Entonces debo desearte salud y un viaje seguro. —Marciano sonrió y estrechó con fuerza la mano tendida del otro—. Gracias por toda tu ayuda; no me cabe duda de que he puesto tu paciencia a prueba.

—De ninguna manera —respondió Filipo—. ¡Salud!

Marciano y Paulo esperaron frente a la prefectura a que uno de sus criados les llevara los caballos.

—Lo tenía en el despacho —susurró Marciano contento pero casi sin poder creerlo todavía—. Y ha de haberse convencido de que no puede confiárselo a un correo, porque inventó la excusa de su madre enferma para llevarlo él mismo a Constantinopla.

—¿Cancelo la vigilancia a la prefectura? —preguntó Paulo sonriendo.

—No. Podría equivocarme. Pero retira a los espías del taller de seda y asegúrate de que no le quiten los ojos de encima a Filipo. Envía jinetes al camino de Constantinopla, yo le escribiré una carta a Aspar para avisarle de que tenga espías vigilando también allí. Lo atraparemos cuando le entregue el manto a Nomos.

—¿Lo seguiremos cuando vaya rumbo al norte?

—Sí... a una distancia segura. Medio día detrás. O... —Marciano dudó y, frunciendo el entrecejo, dijo—: Será mejor que tú te quedes un tiempo más aquí en Tiro, con algunos de mis hombres. Para estar tranquilos y asegurarnos de que no toman represalias contra el pescador y su familia.

Paulo puso mala cara.

—¿Qué puede pasarles ahora? —preguntó.

Marciano se encogió de hombros.

—El hombre de Crisafio aún no ha vuelto. No creo que suceda nada cuando regrese, pero juré por el Espíritu Santo que protegería al pescador y a su esposa. Le

escribiré una carta cuando lleguemos a casa, explicándole lo que estamos haciendo y recomendándote a él. Ya lo sé, lamento que vayas a perderte el espectáculo, pero tengo que cumplir mis promesas.

Paulo suspiró.

—Sí, señor —dijo de mal talante, y miró con odio a los palafreneros que aparecieron por la esquina con los caballos.

Al día siguiente, cuando Simeón salió de la atarazana con Melecio después del trabajo, una figura opaca lo esperaba, medio oculta tras el muro del puerto. El tiempo había cambiado la tarde anterior y ahora en la playa del puerto hacía frío y soplaba el viento, y estaría desierta de no ser por aquel hombre. Simeón lo vio y se detuvo. Lo miró sin saber qué hacer. El hombre salió de su escondite y caminó deprisa hacia él. A poca distancia se detuvo.

—¿Tu nombre es Simeón? —preguntó. El rostro le resultó conocido y enderezó los hombros.

—Sí —dijo sencillamente, como si fuera algo sin importancia, aunque el corazón había comenzado a latirle con fuerza en cuanto vio que alguien lo esperaba—. ¿Qué deseas?

—De Flavio Marciano —respondió el otro, y le mostró una carta. Entonces Simeón recordó dónde había visto al hombre antes: con los criados de Marciano en la casa de la Ciudad Vieja. No, como había creído por un momento, en la prefectura.

Cogió la carta. En seguida el criado le adelantó y se fue sin dirigirle otra mirada, como si no hubieran hablado. Melecio se quedó observándolo, confundido.

—¿Quién era? —preguntó.

Simeón negó con la cabeza.

—Nadie, Meli. Es por un negocio... un negocio por el que no debes preocuparte... para reparar la *Procne*. Ahora vete a casa. Yo voy a ver qué pasa y en seguida acudo. No tardaré mucho.

Melecio, aunque intrigado todavía, se encogió de hombros y salió corriendo. El viento soplaba fuerte y se puso a saltar, extendiendo los brazos de forma que el manto se hinchaba como una vela: a medias corría y a medias volaba hacia su casa.

Simeón lo siguió con la mirada sonriendo, luego miró a su alrededor: la calle seguía vacía. Pero para asegurarse, saltó hacia la playa y se sentó sobre los guijarros, apoyado contra el muro y fuera de la vista de la gente antes de abrir la carta.

Murmurando las palabras, leyó:

Flavio Marciano a Simeón, el pescador de púrpura, le desea salud. Sé que el proyecto en el que trabajó tu esposa está en manos del prefecto, y que éste piensa salir hacia Constantinopla con él mañana. Lo seguiré para asegurarme de que el premio llega a su destino sin inconvenientes antes de que nosotros actuemos. Me llevaré conmigo a casi todos mis hombres, pero dejaré a mi secretario, Paulo, a quien ya conoces. Un agente del gran chambelán ha estado de visita en Tiro y hace menos de tres semanas que se fue a Constantinopla. No sé qué pudo haber averiguado, si es

que averiguó algo, aunque creo que puede tener intenciones de volver. Si el manto no está registrado en los libros de la prefectura y no se encuentra materialmente en Tiro, incluso aunque este hombre vuelva, ni tú ni tu esposa correréis el menor peligro. De todas maneras, será mejor que verifiques con ella que no hayan quedado rastros del encargo del prefecto en el taller. En caso de surgir cualquier problema, Paulo tendrá suficientes hombres para cualquier emergencia, puedes confiar en él como confiarías en mí. Espero volver a verte cuando todo esto termine, para darte las gracias, pues ahora no puedo quedarme. Después de leer esta carta, destrúyela.

Simeón sonrió y miró el mar gris y agitado por el viento. «Buen aliado, Marciano. Aunque probablemente Demetria tuviera razón: habríamos estado igualmente a salvo sin él. No ha habido problemas. Sin embargo, él procurará que no se perjudique al Estado y que los conspiradores tengan lo que se merecen.» Arrugó la carta, pensando tirarla al mar, pero decidió que sería más seguro quemarla que arriesgarse a que el mar la devolviera a la orilla con la próxima tormenta. La guardó en la bolsa del cinturón, saltó el muro y siguió los pasos de Melecio hacia su casa.

La habitación estaba caliente e iluminada, y olía a lentejas y cebollas. Demetria, que estaba sentada con Melecio en el diván enseñándole las letras del alfabeto, sonrió a Simeón cuando éste entró. Él le devolvió la sonrisa y se acercó al fuego para calentarse las manos. Mientras Demetria terminaba de darle la clase a Melecio, Simeón tiró la carta a las llamas y se deleitó viéndola convertirse en cenizas. Tapó con su cuerpo el resplandor momentáneo y el hedor a cuero quemado quedó disimulado por el olor de la comida, los dos que estaban en el diván ni se dieron cuenta.

—No queda nada en el taller que pueda servir a alguien para averiguar lo del manto, ¿verdad? —le susurró a su esposa esa misma noche, en cuanto Melecio se durmió y ellos yacían en el diván acurrucados bajo las mantas.

Ella negó con la cabeza y apoyó la frente en su hombro.

—Filotimos alteró los números en cuanto se dio cuenta de lo que se trataba en realidad —le dijo contenta—. Vamos a decir que el manto era rojo, un trabajo particular para el procurador. Incluso aunque alguien sospeche, ya es demasiado tarde para que creen problemas. Se terminó y nosotros estamos a salvo.

Él la besó en la cabeza.

—Gracias a Dios. ¿Qué vas a hacer con todo ese dinero?

Ella se incorporó apoyándose sobre un codo.

—Le he dado diez sólidos a Filotimos por su parte en el trabajo. Y he hecho una donación anónima a la catedral como acción de gracias. Tres sólidos. Ayer en Ptolemaida gastamos cuatro. ¡Las ganancias de cuatro meses, en un día!

—¡Creo que te merecías esos pendientes! —le susurró él contento. Los había visto en el taller de un orfebre en Ptolemaida: eran de oro y lapislázuli. Había arrastrado a Demetria dentro de la tienda y la había obligado a probárselos: el oro brillaba sobre la suave blancura de su cuello y el azul contrastaba con sus ojos. La

había obligado a comprarlos. Aquello había sido después de la comida en la mejor taberna de la ciudad; con el cambio le habían comprado a Melecio su trirreme. Después, al volver al puerto, él se había dado cuenta de que todos los ciudadanos de Ptolemaida los miraban dos veces: una mujer hermosa y vestida con elegancia, y un muchacho sano y de ojos encendidos abrazado a su nuevo juguete. Simeón había sentido que sus pasos eran más elásticos, e iba con la cabeza alta, como el rey de una ciudad. Son míos, quería gritar, mi esposa y mi hijo; se merecen que los proteja, y yo los he defendido.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Teniendo el dinero... Nos quedan veintitrés sólidos, más otros nueve que gané con la seda sobrante que le vendí al taller de lana...

—¿Eso no era peligroso? —preguntó Simeón otra vez asustado—. Era seda púrpura.

Ella negó con la cabeza riendo.

—Tenía toda aquella seda púrpura del encargo anterior: las cortinas para el palacio. Y Filotimos tenía algo de seda roja de las tintorerías que no le gustaba y me dio un poco. A lo mejor no quería utilizarla. Así que destruí parte de la púrpura y vendí el resto y una cantidad de seda roja: las cuentas de Daniel van a coincidir con las de Filotimos. Además de los nueve sólidos me dieron lana, es frigia y de primera calidad. También tenemos color azafrán, azul y verde: con eso puedo hacerle unos delfines preciosos a Melecio.

—Ganancias por todos lados. —Simeón volvió a besarla y ella aceptó el beso casi con calidez, sin dejes de su acostumbrada resignación distante—. Entonces estamos salvados y con un tesoro de treinta y dos sólidos. ¿Qué vamos a hacer con todo ese dinero? ¿Quieres comprar una esclava para que haga las tareas de la casa?

—No. —Demetria movió la cabeza—. ¿Para qué necesitamos una esclava para limpiar una habitación? ¿Dónde dormiría? No, no necesitamos una esclava. Pero... —se incorporó—, si juntamos todo este dinero con el que ya tenemos ahorrado podríamos conseguir una casa más grande. Estaría bien tener más espacio.

Simeón la miró feliz. A Demetria le brillaban los ojos en la oscuridad y se le veía la piel pálida; por debajo de la manta había apoyado una pierna contra la suya, una pierna suave, cálida, una curva deliciosa contra su muslo. «Si tuviéramos más espacio podríamos tener otro hijo para ocuparlo», pensó.

—Es una buena idea —dijo en voz alta—. Miraremos lo que hay. —La abrazó y la atrajo hacia sí.

Ella se arrió de buen grado. «Es un buen esposo —pensó con cariño—. No podría pedir uno mejor. Escucha las cosas que le digo y casi siempre las acepta; es amable siempre y nunca me pega. Elegí bien; soy una mujer afortunada. Tengo un buen esposo, un hijo sano, comida abundante, comodidades, cosas hermosas para tejer, dinero ahorrado y razones para albergar esperanzas para el futuro. Después de todo, la vida es muy bonita.» Cerró los ojos, con los dedos enredados entre el cabello

de Simeón y pensó: «Muy bonita». Bastante sorprendida, se entregó a las caricias y le devolvió el beso.

El prefecto Filipo salió a la mañana siguiente. Los hombres de Marciano espionaron a sus esclavos mientras éstos cargaban el carruaje particular y dos carros más con el equipaje; vieron como una docena de guardias armados montaban en sus caballos y se ceñían las armas; y como el prefecto salía en persona de la residencia de la prefectura y subía al coche. Filipo llevaba una cesta de junco que se negó a confiar a ninguno de sus esclavos. Los conductores gritaron, las ruedas crujieron, los arneses cascabelearon, y la caravana de carros y jinetes salió con rumbo al norte, por las calles de Tiro, en aquella mañana fría y soleada.

Cuando le informaron, Marciano sonrió y ordenó los preparativos finales para su partida. Al mediodía él se iría también, llevándose a cincuenta de sus hombres y veinte mulas cargadas. Treinta de los cien que lo habían acompañado a Tiro habían sido ya enviados al norte con diligencias varias, y veinte se habían quedado en la gran casa semiderruida en la Ciudad Vieja, bajo el mando de un descontento Paulo, para vigilar la prefectura y proteger a Simeón y Demetria de cualquier posible represalia.

Demetria no lo vio irse; ya estaba otra vez en el taller, trabajando en un mantel para un altar encargado por el emperador como obsequio para el obispo de Antioquía. A ella le correspondía dibujar a Moisés y el arbusto ardiente, había elegido los colores con gusto: escarlata de quermes, anaranjado y amarillo de azafrán, rojo de buccino y oro reluciente. El tiempo pasado trabajando en el barracón ya le parecía un mal sueño: sólo el dinero que había ganado con aquel trabajo le recordaba que había sido real.

Y fue entonces, diez días antes de Navidad, cuando el procurador volvió a llamarla.

Fue a primera hora de la tarde cuando llegó el corredor del prefecto y le dijo a Filotimos que él y la tejedora Demetria debían acudir urgentemente a la prefectura. Filotimos contestó que iría de inmediato, y con paso cansino fue a buscar a Demetria. Ella levantó la cabeza cuando oyó las pisadas que se detenían a sus espaldas y le dirigió a Filotimos la sonrisa secreta con la que siempre se saludaban ahora. Pero la expresión se le borró cuando vio la preocupación pintada en su cara.

—Su eminencia el procurador desea vernos de inmediato —dijo Filotimos.

Por un instante, Demetria no se movió. Las otras tejedoras interrumpieron de nuevo su trabajo y la miraron. Para ellas, esto no podía ser más que otro intento del procurador vencido en la anterior ocasión por el hedor de la púrpura. Demetria percibió la rabia de sus compañeras a sus espaldas; su solidaridad dispuesta a instarla a no claudicar en su casta negativa.

«¡Qué idiotas! —pensó irritada por la vuelta de un problema que ya había considerado solucionado—. ¡Tendrían que haberse dado cuenta!»

Mejor que no. Clavó la aguja de tapiz en la pequeña superficie de tela sobre la que estaba trabajando, se levantó y se envolvió aún más en el manto. Filotimos

comenzó a caminar a su lado.

Era otro día gris y ventoso. Las olas golpeaban violentamente contra el muro del puerto, lanzando fuentes de espuma gris al viento. La barca de Simeón no estaba en la playa porque la estaban pintando en la atarazana; hacía quince días que nadie salía a pescar. Filotimos y Demetria caminaron en silencio hasta que tuvieron la prefectura a la vista. Entonces Filotimos se detuvo.

—Recuerda, querida —dijo con voz serena—, era un manto rojo.

Ella sabía que se lo decía no porque temiera que lo hubiera olvidado, sino sencillamente para afianzarse él mismo. Le sonrió y asintió.

—Teñido con quermes —dijo, satisfecha de repasar todo—, con dos piezas de tapiz, que no describiremos a menos que nos lo pidan.

—¿Y si nos lo piden?

—Entonces, las piezas representan escenas mitológicas, eróticas, y si nos preguntan específicamente qué escenas, diremos que Leda y el cisne, y Europa y el toro.

—Pero no creo que tengamos que ser tan específicos —dijo Filotimos—. Espero que no. Le dificultaría más al procurador conseguir un manto auténtico para mostrarle a ese caballero. Pero aunque no tenga mantos rojos con paneles de tapiz, aunque haya inventado una historia completamente diferente, no vamos a tener problemas. Podemos decir que es porque él no quiere admitir que robó seda y mano de obra que eran propiedad del Estado para su uso particular. —Pero seguía con cara de preocupación.

—Todo va a salir bien —susurró ella tocándole la mano.

Él la miró a los ojos, asintió y por fin sonrió.

—En realidad no veo cómo puede no salir bien.

La antesala del procurador, un despacho ocupado usualmente por el secretario de Heraclas, siempre irritado y siempre atiborrado de trabajo, estaba llena de soldados cuando entraron. Por un momento le parecieron docenas, hombres altos con cota de malla sobre sus pantalones militares, con el uniforme blanco y rojo de una de las oficinas imperiales. Había lanzas y espadas por todas partes y los rostros feroces y barbados se volvieron hacia ellos, interrogándolos con sus ojos azules. Filotimos se encogió y se detuvo apenas traspasada la puerta. Siempre les había tenido miedo a los soldados, y los guardias oficiales eran los más peligrosos y propensos a apalear a civiles a menos que se los sobornara para que no lo hicieran y a veces, si estaban borrachos o de malhumor, ni así se podía evitar.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de los soldados con voz ruda. Demetria, a espaldas de Filotimos, reconoció al instante el acento godo. Los bárbaros eran comunes en el ejército, más habituales que los romanos. Miró rápidamente a su alrededor y vio que, en realidad, eran sólo cuatro hombres y que el secretario de Heraclas estaba apoyado en la pared opuesta, tan nervioso y asustado como Filotimos. Se encontró con sus ojos y le hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Ése es... el capataz del taller de seda al que se mandó llamar —se animó a decir el secretario—. Y la tejedora.

El soldado lo miró y miró a Filotimos, que de inmediato se inclinó. Demetria se levantó el manto para cubrirse la cara y también se inclinó. El soldado resopló.

—Os espera —les dijo—. Adelante.

En el despacho de Heraclas había dos guardias más: otro godo con cota de malla, más alto incluso que sus compañeros; y un hombre bajo, de piernas combadas, cubierto con un manto de pieles mugrientas, con la cabeza horriblemente deformada y la cara marcada, de la mejilla al mentón, con cicatrices profundas y simétricas. En lugar de espada llevaba daga y unos lazos de cuero que podían ser una soga o un látigo, y tenía un arco y un carcaj con flechas colgado del hombro. Demetria se lo quedó mirando con fascinación y espanto: un huno. Toda la vida había oído hablar de ellos; su ciudad, como todas las ciudades, les había pagado una y otra vez para mantener la paz; ella había tejido un manto que había sido enviado de obsequio a su rey... pero nunca había visto uno. Eran tan horribles como se decía. El huno se dio cuenta de la mirada fija y sonrió: las cicatrices parecieron retorcerse alrededor de los dientes y ella apartó rápidamente la mirada.

Heraclas estaba junto a la ventana con aire desdichado; y un hombre bajo, atildado y delgado, estaba sentado al escritorio del procurador, revisando unos papeles con gestos vehementes y airados. Los dedos le resplandecían por los anillos, y el manto y la túnica que vestía estaban tan llenos de oro que parecía el escaparate de un orfebre ambulante. Cuando la puerta se cerró tras ellos, levantó la mirada y los observó con ojos pequeños y salvajes, inyectados en sangre.

—Tu nombre es Filotimos, ¿no? —preguntó sin presentarse ni darle a Heraclas la menor oportunidad de hablar—. Te recuerdo: tú me mostraste el taller. ¿Y es ésta la mujer que estaba trabajando en el encargo especial?

Demetria hizo una inclinación subiéndose el manto.

—Eh —dijo Filotimos—... ¿Qué trabajo especial, señor?

El hombre lo miró furibundo.

—El mes pasado recorrí tu taller. Me dijiste que tenías una mujer tejiendo un manto encargado especialmente por el procurador para el emperador y que, como sería una sorpresa, esta mujer estaba trabajando en las tintorerías y no en el taller. ¿Es ésa la mujer?

—Sí, señor —dijo Filotimos humildemente—. Recuerdo a tu señoría, pero me temo no recordar tu nombre o tu dignidad, señor. —Y, volviéndose hacia el procurador, preguntó—: ¿Este caballero será tu sucesor, eminencia?

Heraclas se puso peor de lo que estaba e hizo girar un anillo en el dedo. Negó con la cabeza.

—No... es el distinguidísimo Eulogio, un... un princeps de agentes in rebus. — Los agentes in rebus, correos oficialmente, eran a menudo utilizados como un servicio imperial de espías, princeps era el rango más alto entre ellos—. Responde a

las preguntas que te haga —susurró Heraclas—. Ha habido... ha habido algunos malentendidos con las oficinas sagradas.

Eulogio bufó.

—Oh —dijo Filotimos, con una sorpresa y una preocupación tan reales que Demetria se llevó el manto a la cara para ocultar su sonrisa. Aunque todavía estaba nerviosa, empezaba a encontrarle la gracia a la situación.

El extranjero miró a Demetria con los ojos entrecerrados.

—Me ha dicho el procurador que el manto se terminó a principios de mes —dijo furioso.

Ella asintió.

—Sí, señoría. Se lo entregué a su eminencia Acilio Heraclas. Ahora estoy trabajando otra vez en el taller.

—¿En qué consistía el encargo? —preguntó el hombre con un tono muy desagradable.

Demetria bajó los ojos al suelo y movió los pies.

—Señor —le dijo a Heraclas—, ¿debo responder a sus preguntas?

Heraclas se mordió un dedo.

—¡Te he dicho que sí! Tiene autoridad... aquí tiene autoridad absoluta, le han dado el rango de maestro de oficios. —Demetria volvió a mirar a Eulogio parpadeando rápidamente. El maestro de oficios estaba a cargo de todos los ministerios y talleres imperiales, subordinado sólo al emperador; incluso con un rango honorario equivalente al suyo, la autoridad del agente era mayor que la de cualquier otro funcionario en Tiro. Podía, si así lo deseaba, cerrar todos los talleres de la ciudad y ejecutar a los trabajadores. Si le daban a un agente común, incluso a un princeps, semejante rango, pensó Demetria, era porque alguien de Constantinopla se había alarmado seriamente. La situación ya no parecía tan graciosa.

Filotimos carraspeó.

—Señoría —dijo—, creo que sé por qué hemos venido. Eh... Es difícil para nosotros, esclavos estatales bajo las órdenes del procurador, hablar con libertad. ¿Podemos contar con vuestra protección si lo hacemos?

Eulogio lo miró con los ojos entrecerrados.

—No ofrezco protección a los delincuentes —dijo con ferocidad—. Podéis elegir hablar aquí o en el potro de tormento de la prisión.

Se hizo un silencio. Filotimos tragó saliva ruidosamente; tenía las manos enlazadas con fuerza. Miró a Demetria, vacilante; su cara permanecía impávida, era una máscara, pero en calma. «No se va a romper —pensó tranquilizándose a sí mismo otra vez—. ¿Por qué habría de hacerlo yo? Este agente no puede saber nada.»

Filotimos volvió a tragar saliva y luego dijo, en voz baja:

—Señor, su señoría Acilio Heraclas nos encargó un manto, de forma privada y para su uso. Era de seda teñida con quermes, con dos piezas de tapiz. Demetria lo terminó hace dos semanas y se lo entregó a su eminencia, que dispuso de él según su

criterio. Eso es todo lo que sé del asunto.

Eulogio lo miró, mientras la expresión de ferocidad se transformaba lentamente en asombro.

—¿Teñido con quermes? —dijo tras un momento—. Pero... ésa es una tintura roja, ¿no?

Filotimos asintió.

—Sí, señoría. Un hermoso escarlata, tan caro como la misma púrpura.

—¡Antes me dijiste que el procurador había pedido ese manto para el emperador! —exclamó Eulogio poniéndose blanco de furia. Se puso en pie de un salto; sus pequeños ojos estaban bordeados de blanco y lo miraban con furia animal—. Un manto para un emperador no se tiñe de rojo, se tiñe de púrpura, ¿a qué estás jugando?

Filotimos se encogió.

—Señoría, lo que he dicho antes... Su eminencia el procurador me dio órdenes para que una de nuestras mejores tejedoras confeccionara un manto rojo, ¡lo juro! Pero ¿qué iba a decir cuando viniste como una simple visita? Este taller es del emperador, ¡se supone que no debemos gastar dinero, ni el tiempo de nuestras mejores tejedoras en encargos de particulares! ¿Iba yo a acusar a su eminencia de malversación de fondos públicos en provecho propio? Aunque pagó la seda, señor. Tengo todo registrado en los libros de cuentas del taller, puedo mostrarte...

Heraclas lo miraba con asombro y deleite. Eulogio se había puesto colorado.

—¡Hijo de puta! — le gritó a Filotimos furioso. Había algo artificial en la ferocidad de su pasión. «Se está haciendo el enfadado deliberadamente —pensó Demetria sorprendida—. Quiere asustarnos, a Filotimos, a mí y a Heraclas también. Y da miedo.» El agente había rodeado el escritorio, había agarrado a Filotimos de la túnica y le gritaba a la cara; era más bajo que el viejo capataz y resultaba cómico, con la cara colorada y estirándose para golpearlo. Pero su violencia le dio a Demetria ganas de gritar. —¡El manto era púrpura, mentiroso!— continuaba vociferando Eulogio. —¡Era púrpura, y tú lo sabes! ¡Perro! ¡Apestoso hijo de puta! ¿Por qué iba a ser un secreto, si no?

Filotimos se encogió, trató de retroceder y Eulogio lo agarró del cuello con las dos manos y lo zarandeó, sacudiéndolo y apretándole la garganta al mismo tiempo. Los dos guardias se acercaron, vigilando impasibles a la espera de alguna señal de resistencia.

Demetria se adelantó corriendo y le cogió el brazo al agente.

—¡Señor! —gritó—. ¡Señor, por favor, estamos tratando de decirte la verdad! — Entonces le soltó la mano.

Eulogio la empujó con violencia sin mirarla.

—Entonces dime la verdad —le exigió a Filotimos mientras lo soltaba bruscamente—. Era púrpura, ¿no?

—Señor —dijo Filotimos temblando y tocándose la garganta—, ¿por qué habríamos de haberlo mantenido en secreto si hubiera sido púrpura? Nuestro trabajo

consiste en hacer mantos púrpura para el emperador, no mantos rojos para el procurador.

Eulogio le dio una bofetada.

—¡Era un secreto porque no era para el emperador! ¡Dios te maldiga! Estás tratando de evitar una acusación de traición, ¡pero voy a averiguar la verdad aunque tenga que despellejarte vivo! ¡Y a ti también! ¡Haré que te saquen la piel de la espalda y te arrancarán esos bonitos brazos de los hombros, a menos que hables!

Filotimos tragó saliva muchas veces más, mirando al agente con terror. A su pesar, Demetria se puso a temblar.

—Señor —dijo desesperada—, te estamos diciendo todo lo que sabemos. Era un manto rojo para el procurador.

Eulogio dio un salto hacia delante y la agarró de los hombros; le gritó a la cara salpicándola con su saliva.

—¡Puta mentirosa! ¡Era púrpura! ¡Tú sabes que era púrpura!

—¡Era rojo! —gritó ella, y él le dio una bofetada. Ella levantó las manos para protegerse la cara y él volvió a golpearla. Se le resbaló la parte del manto que le cubría la cabeza y ella sintió que el cabello le caía a un lado; las bofetadas no eran dolorosas en sí mismas, ardían pero no tenían potencia. Los guardias dieron otro paso hacia ellos: el godo sonreía. «Podemos ser dos si se trata de jugar a simular pasiones irrefrenables», pensó Demetria de pronto, y se puso a derramar las lágrimas que usualmente contenía. Fue fácil, fue incluso un alivio, aflojó el cuerpo bajo los golpes de Eulogio, con los ojos convertidos en cascadas.

—No sé por qué quieres que sea púrpura, señor —exclamó—, pero te juro que no lo era: ¡era rojo!

—¡Putá! —gritó él—. ¿De qué color...?

Ella dejó escapar un grito de espanto y se dobló sobre sí misma, temblando deshecha en sollozos. El agente se interrumpió sorprendido. Evidentemente no iba a sonsacarle ninguna respuesta a una mujer en aquel estado: se le había ido la mano. La soltó, muy a su pesar, y ella permaneció arrodillada, cubriéndose la cara con el manto para ocultar las lágrimas. Tenía una vaga conciencia de que Filotimos la miraba incrédulo, pero no se animó a mirarlo ni a pensar nada que no fuera el miedo a la tortura: las lágrimas serían menos eficaces si no eran reales. Eulogio, ya menos furioso, se volvió hacia Heraclas.

—¿Dónde está? —preguntó—. ¿Qué has hecho con él?

—Se... lo di a un amigo —dijo Heraclas—. Se lo di al prefecto, a Filipo, como regalo de despedida. —Recuperándose un poco añadió—: ¿Qué quieres dar a entender? Si quieres acusarme de algo, exijo un juicio justo.

Eulogio le escupió y se dirigió a Filotimos.

—Quiero ver tu libro de cuentas —afirmó—. Ahora llévame al taller. En cuanto a ti... —Le dirigió una mirada despectiva a Heraclas—. No salgas de este despacho ni veas a nadie hasta que vuelva. Dejaré aquí a algunos de mis hombres y si sacas un pie

al otro lado de la puerta, te detendré por obstrucción a la justicia. Cuando se te acuse, puedes estar seguro de que tendrás todas las garantías que manda la ley... y además ¡todo el peso que la ley permita! —Agarró a Filotimos de una oreja y comenzó a arrastrarlo, llevándoselo del despacho. El viejo estaba tan asustado que casi no entendía dónde le pedían que fuera, y el otro le retorció la oreja hasta que le empezó a sangrar. Demetria corrió tras ellos y volvió a cogerle la mano al agente.

—¡Por favor, señor! —exclamó—. Iremos de buen grado, no es necesario...

Él se volvió y la golpeó otra vez, ahora con tanta fuerza que Demetria se tambaleó.

—¡Quédate callada hasta que te lo digan! —le ordenó—. ¡Y no me toques con esas sucias manos de esclava!

Demetria se dejó caer y se quedó arrodillada llorando. Eulogio resoplaba de rabia y soltó a Filotimos, pero entonces no supo qué hacer: no quería ayudar a levantarse a la mujer a la que acababa de tirar al suelo, pero estaba impaciente por irse. Demetria se incorporó justo a tiempo de impedir que el godo lo hiciera por ella. Con manos temblorosas, volvió a echarse el manto sobre la cabeza. Filotimos se apoyó en la pared, tratando de recuperar el aliento, y ella se las arregló para encontrar su mirada. La capucha que formaba el manto sobre su cabeza le ocultaba el rostro de la vista de los demás, y pudo dirigirle al viejo una sonrisa tranquilizadora. Filotimos se sorprendió y se quedó pasmado, pero, de pronto, entendió. Le hizo bien: se incorporó e inclinó la cabeza, dando paso al agente para que saliera. Otra vez Eulogio emprendió el camino hacia el taller, pero esta vez no tocó a ninguno de los dos. En el despacho del secretario ordenó que dos de los guardias se quedaran a vigilar a Heraclas, el godo alto y el huno le acompañaron al taller.

Al llegar al escritorio del capataz, el agente revisó las cuentas, al principio violenta e impacientemente y luego maldiciendo y con más cuidado, pero no pudo encontrar nada extraño. Filotimos había copiado, cambiando los datos reales, toda la página del libro, haciéndola coincidir con las existencias de seda utilizada por su taller. Según todas las cuentas, había un encargo especial para el procurador Heraclas, para el que se había usado seda teñida de rojo con quermes. Eulogio miró furioso a Filotimos y a Demetria.

—Llama al resto de los trabajadores —le ordenó al capataz.

Obediente, Filotimos hizo sonar la campana que indicaba los descansos y cuando a lo largo de todo el recinto las tejedoras levantaron las cabezas, les hizo un gesto para que se acercaran. Eulogio miró desdeñoso a las treinta y nueve trabajadoras, entre mujeres y muchachas, y a los tres muchachos que se reunieron junto a la mesa de su capataz.

—¿Están todos? —preguntó.

—Tenemos un anexo con doce hiladoras —dijo Filotimos—, y otras ciento tres mujeres que hilan en sus casas para nosotros, por contrato, cobran por pieza. Las haré venir a todas si tú lo requieres, distinción, pero costará algo de tiempo...

—Llama a esas doce y deja a las otras —ordenó Eulogio.

Filotimos hizo una seña a uno de los muchachos, que salió en busca de las hiladoras de seda.

—Bien —dijo Eulogio, cuando toda la fuerza de trabajo estaba reunida ante él—. Mi superior, el ilustrísimo Crisafio, gran chambelán de su sagrada majestad, me ha encomendado investigar una supuesta conspiración contra nuestro muy religioso emperador. Tengo razones para creer que aquí se confeccionó un manto púrpura para un usurpador, y que se confeccionó con la complicidad de vuestro capataz y del trabajo de esta mujer. Le daré una libra de oro a quienquiera de entre vosotros que me cuente la verdad.

Hubo un silencio azorado. Los trabajadores miraban a Filotimos y a Demetria incrédulos. No habían visto ningún manto, aunque Demetria era consciente de que todos estaban convencidos de que era para el emperador. Pero los trabajadores se habían criado juntos, y habían vivido todas sus vidas oyendo las voces de sus compañeros; era inconcebible que hicieran nada que no fuera proteger a los suyos, aunque se les ofreciera una libra de oro. Nadie respondió y Eulogio volvió a ponerse colorado. Después de un larguísimo instante, una de las mujeres se echó a llorar. Demetria reconoció los sollozos agudos y angustiados: era su madre.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Eulogio enfadado—. ¿Qué mascullas, mujer?

—¡Ay, señor! —gimió Laodiki—. ¡Mi Demetria jamás haría semejante cosa! ¡Ay, señor, la culpa la tiene el procurador!

—¡Ven! —ordenó Eulogio salvajemente, y cuando Laodiki dio un paso adelante y quedó frente a él, con la cara colorada y empapada en lágrimas, le preguntó—: ¿De qué tiene culpa el procurador?

—¡Esa cosa espantosa que estás diciendo, señor! —dijo Laodiki—. ¡Ah, señor, no lo creas! ¡El procurador no estaba interesado en ninguna traición cuando ordenó a Demetria trabajar en ese encargo especial! Lo único que quería era acostarse con ella, señor, y si dice lo contrario, es porque ella lo rechazó; es una buena esposa y respeta a su marido.

Eulogio la miraba con odio, a ella y a los otros trabajadores, que asentían.

—¡Mentirosos! —les gritó entonces—. ¿De qué color era el manto?

Hubo un momento de perplejidad y silencio.

—¡Nunca lo vi, señor! —dijo Laodiki—. Pero estoy segura de que era del color que Demetria dice que era.

—¡Era rojo, señor! —dijo Demetria desesperada.

Eulogio se volvió y le pegó otra vez, en esta ocasión con todo el peso de su cuerpo, y la atontó. Demetria se cortó el labio con los dientes y retrocedió, trastabillando, sintiendo el sabor de la sangre y mirando al agente con cautela.

—¿Vas a cerrar la boca? —Eulogio le escupió, pero la miró a los ojos y se detuvo. Ella había llorado y se había arrastrado ante él antes; y él esperaba que volviera a hacerlo. Pero sus ojos estaban secos, duros, mirándolo, juzgándolo, dispuestos a

elegir la actuación que más lo debilitara.

En seguida ella bajó la cabeza, se envolvió más en el manto y comenzó a llorar otra vez, pero una vez más él había perdido el hilo de su ira. «Lo hizo deliberadamente —pensó asombrado—. Ahora está llorando de verdad. ¿Dónde estaba, qué estaba diciendo...?» Se hizo un silencio. «El manto; el color del manto.»

Volvió a gritarles a los trabajadores:

—¿De qué color era?

—Tiene que figurar en el libro de cuentas, señor —sugirió uno de los muchachos queriendo ser de utilidad—. Nosotros no lo vimos, señor. Demetria lo tejió en las tintorerías.

—Sobró mucha seda roja —intervino una mujer—. Recuerdo que Demetria la vendió toda al taller de lana. Podéis verificarlo con Daniel, el capataz de lana, señor.

—¡Malditos seáis todos! —Eulogio escupió sobre el libro de cuentas, volvió a mirar a los trabajadores y, con un movimiento de cabeza, le indicó a Filotimos que fuera al taller de lana.

Por supuesto, los libros de Daniel coincidían exactamente con los de Filotimos. El agente maldijo al capataz de lana y les gritó a Filotimos y a Demetria que lo llevaran a las tintorerías.

Nadie allí podía recordar de qué color era el manto. Demetria estaba segura de que Eugenio, el capataz, lo sabía, pero éste protegió a su viejo adversario Filotimos sin vacilación.

—En realidad, no lo vi —dijo sin pestañear—. Pero ¿por qué Filotimos iba a mentirte, señoría? ¿Has revisado los libros de cuentas, señoría?

—¿Le diste un lote de seda teñida con quermes? —preguntó Eulogio.

—Le he dado muchos lotes de seda teñida con quermes —respondió Eugenio—. Aquí teñimos o guardamos seda de todos los colores.

—¿Tienes los registros?

Eugenio se encogió de hombros y llevó sus libros de cuentas.

—Pero no encontrarás ese lote específico aquí —advirtió—. Se hila después de teñido, de manera que las medidas que usa Filotimos y las que uso yo jamás coinciden exactamente.

Eulogio examinó las cuentas maldiciendo, inspeccionó el barracón, dio puntapiés al telar, y maldijo y empujó a Filotimos y a Demetria hacia la prefectura.

Cuando Heraclas vio a Eulogio volver con la misma furia con que se había ido de la oficina, se sintió aliviado. Eulogio cerró la puerta de un golpe.

—Serás acusado de malversación de mano de obra esclava para lucro privado —le dijo a Heraclas—. Y quiero ver ese manto.

—Lamento haber causado tantos problemas —dijo Heraclas con algo de su antigua condescendencia—. Estoy seguro de que si vas a Constantinopla y le dices a mi amigo Filipo lo que deseas, te enseñará el manto con mucho gusto.

—¿Cuándo salió hacia Constantinopla? ¿Por qué se fue, si le quedan cuatro o

cinco meses de servicio aquí?

—Su madre estaba enferma, distinción. Fue a verla. Salió hace dos semanas... sí, dos semanas, exactamente.

—¿Por qué el manto fue terminado cuatro semanas antes de lo que me dijeron que tardaría?

Heraclas esbozó una sonrisa de superioridad.

—Había decidido regalárselo a Filippo —dijo con aire agradable—, y quería que lo tuviera antes de irse. Tuvimos que simplificar algo el dibujo, pero lo logramos. Se puso muy contento, y no era para menos. Era un hermoso manto del color del fuego.

Eulogio se mordió el labio.

—Muy bien —dijo, y se sentó pesadamente en el escritorio de Heraclas. La furia había desaparecido y de pronto el agente era simplemente un hombrecillo vestido de manera bastante ridícula, sentado en una mesa con los pies a algo más de un palmo del suelo—. Al parecer, estaba en un error —dijo después de una pausa—. Mañana volveré a Constantinopla.

«Terminó —pensó Demetria, y se apoyó en el marco de la puerta, débil por el alivio—. No tenía intenciones de torturarnos, lo dijo sólo para asustarnos. Ahora está convencido.»

Heraclas sonrió y asintió vigorosamente.

—Siento haber ocasionado este malentendido —dijo—, y por supuesto que devolveré al Estado lo que... usé de mano de obra esclava.

Eulogio le dirigió otra mirada feroz.

—Tienes razones para lamentarlo y para dar gracias por tu suerte. Bien, mañana me voy a mi ciudad. —Permaneció otro momento sentado mordiendo un labio. Cuando se enteró de lo del manto estuvo seguro de que si lo encontraba podría demostrar que se estaba gestando un intento de traición y complacer a su señor. Había viajado lo más rápido posible de Tiro a Constantinopla, galopando casi mil seiscientas millas en dos semanas, para rogarle a Crisafio que le diera la autoridad para ocuparse él mismo de la situación. Y se la había concedido: un rango honorario igual al de su superior, el maestro de oficios, igual al del tercer más alto ministro de Estado. Ahora debería volver a la capital sin nada que contar más que una falta menor de un joven procurador presumido y lujurioso—. Sí —repitió, frotándose la cara, con un pequeño estremecimiento a medida que se le iban los últimos restos de rabia, dejándolo con esa sensación vacía y angustiada que siempre sentía después de una rabieta—. Estaba en un error —repitió pesadamente y luego añadió a la defensiva—: pero es mejor cometer errores por exceso de celo que poner en peligro la seguridad de nuestro emperador.

—Por supuesto —dijo Heraclas—. ¿Quién podría dudarlo?

Eulogio movió la cabeza. Crisafio no lo dudaría, pero tampoco estaría agradecido, no ascendería a un sirviente erróneamente celoso en el desempeño de su cargo. «Tendré que demostrarle que he investigado el asunto tan exhaustivamente como era

posible —pensó—, que no es culpa mía haber cometido este error.»

—Debo llevar algo para demostrarle a su ilustrísimo que el malentendido ha sido aclarado —le dijo a Heraclas—. Algunos papeles... tal vez algún regalo... —Sus ojos se posaron en la tejedora que se apoyaba en el marco de la puerta. Demetria permanecía con los ojos bajos y la cabeza ligeramente inclinada, como correspondía en presencia de sus superiores, pero la boca esbozaba una ligera sonrisa, y acariciaba el extremo bordado de su manto con placer. «Esa mujer está contenta», pensó él recuperando algo de su rabia. «Me ha hecho quedar como un tonto, esas lágrimas fueron un invento para dejarme en ridículo. Bien, ahora voy a darle una buena lección»—. Puedes venderme a la tejedora —dijo.

—¿Qué? —preguntó Heraclas. Demetria levantó los ojos bruscamente, incapaz de entender todavía lo que acababan de decir.

—¡Que puedes venderme a la esclava! —exclamó Eulogio enfadado—. ¡Lo he dicho con toda claridad! Es una esclava, ¿no? Quiero comprarla.

Heraclas la miró y ella le devolvió la mirada, una mirada intensa. Una mejilla se le estaba oscureciendo como consecuencia de los golpes del agente, pero no hacía más que darle un aspecto frágil y vulnerable, aunque hasta aquel momento no estaba asustada, sencillamente sorprendida e incrédula. «Y no es frágil —pensó el procurador recordando con una punzada de remordimiento cómo había rechazado sus intentos amorosos—. Es una perra muy astuta, y lo tendría bien merecido si la entrego a esta bestia. Pero ¿qué le contaría si la lleva a Constantinopla? No, no me atrevo a arriesgarme.»

—Sí, pero no es mía, es esclava del Estado —le dijo a Eulogio con una sonrisa amable—. No puedo vender a un esclavo del Estado. Sería como... sería como vender a un soldado de las legiones. Eminencia, si quisieras... conozco un establecimiento privado que...

—No quiero cualquier tejedora —exclamó Eulogio—. Y yo te autorizaré a venderla. ¿Por qué no? —Comenzó a entusiasmarse con la idea—. Es una buena trabajadora, un obsequio apropiado para cualquier persona de categoría, y mi superior puede interrogarla él mismo, para quedar completamente seguro de que nuestras sospechas eran infundadas. Redacta un documento de venta de inmediato.

Demetria comprendió, súbita y definitivamente, lo que quería decir el hombre. Sintió como si un gigante hubiera alargado la mano y la hubiera puesto del revés, como un pescado destripado.

—¡No! —gritó espantada—. ¡No! ¡No puedes!

Eulogio la miró con el entrecejo fruncido.

—¡Mujer, te he advertido dos veces que mantengas la boca cerrada! —dijo él sin molestarse siquiera en levantar la voz—. Si vuelves a hablar te haré amordazar. Redacta un documento de venta. Se la regalaré al ilustrísimo Crisafio, gran chambelán de su sagrada majestad. Te daré el precio habitual por una trabajadora cualificada: sesenta sólidos.

Heraclas respiró con dificultad, por un momento miró a Eulogio, desolado, pero en seguida se encogió de hombros.

—Como gustes —dijo—. Le diré a mi secretario que redacte la escritura. Pero necesitaremos tu firma autorizándola; no se me permite vender a los trabajadores.

—¡Pero tengo esposo y un hijo! —gritó Demetria—. ¡No puedes! —Corrió hacia Heraclas—. ¡No puedes! —le dijo inclinada sobre el escritorio—. ¡No puedes hacer esto! —Heraclas se alejó de ella con expresión de disgusto. Eulogio les hizo una seña a los guardias—. ¡Virgen Santísima! —gritó Demetria—. ¡No tienes derecho! —Arrojó al suelo los papeles de Heraclas—. ¡No tienes derecho a venderme! —gritó ella forcejeando.

Los dos guardias atravesaron la habitación; el godo la agarró de los brazos sonriendo.

—Amordazad a esa mujer —ordenó Eulogio a sus hombres.

Demetria volvió a gritar, retorciéndose, de manera que el godo chocó contra el borde de la mesa, aflojó un momento la presión sobre ella, que consiguió soltarse un brazo. En seguida el godo le retorció el otro por detrás de la espalda y ella gritó otra vez, esta vez de dolor. El huno le metió un paño en la boca y comenzó a atarlo con uno de los cordeles de cuero que tenía en el cinturón.

—No —gritó Filotimos tratando de impedirselo—. No, por favor, no podéis...

—¡Lleaos a ese hombre! —ordenó Eulogio—. Y encerrad a la mujer en algún lugar hasta que nos vayamos mañana. Ya he visto bastante de este espectáculo de bestias salvajes... Envíame la escritura de venta hoy mismo, Heraclas, y le pagaré al Estado su dinero. —Iba a salir del despacho pero se detuvo ante la puerta—. Berico, Chelchal... —Los dos hombres dejaron de atarle la mordaza a Demetria y lo miraron—. La mujer es un obsequio para su ilustrísimo. No la quiero estropeada.

Salió dejando a sus sirvientes para que echaran a Filotimos a golpes de la oficina, le ataran las manos a Demetria y se la llevaran arrastrándola, mientras forcejeaba, pataleaba y gritaba a pesar de la mordaza.

Cuando todos se hubieron ido, Heraclas se sentó al escritorio y apoyó las palmas temblorosas en la madera lustrada. «Espectáculo de bestias salvajes —pensó—. ¡Por Apolo, me alegro de que haya terminado! Todo ha salido mejor de lo que podía esperar. Claro que los esclavos lo que hicieron fue salvar su pellejo, inventando esa mentira con tanto esmero, pero incluso aunque no lo hubieran hecho, yo podría haberme salvado. No podrían haberme torturado, a mí, un Acilio, y podría haber desacreditado cualquier cosa que dijeran los esclavos bajo tortura aduciendo que lo decían para agradar a sus torturadores. Ahora Filipo tendrá problemas, pero eso es asunto suyo, y creo que podrá esquivarlos sin inconvenientes hasta que el emperador haya sido depuesto y Nomos nombrado en su lugar. Sí, todo ha salido mejor de lo que yo esperaba, en especial siendo Eulogio tan salvaje. Lo de la mujer sí es una lástima. Bien, tal vez se solucione cuando Nomos lleve la púrpura. Hacer que la devuelvan a Tiro... devolverla, incluso, a su celoso esposo, si para entonces él no se ha buscado

otra. Tal vez pueda reclamarle una recompensa. Después de todo, si la traigo, me deberá algo.»

Filotimos estuvo media hora sentado en el despacho del secretario de Heraclas después de que se llevaran a Demetria, tratando de parar una hemorragia nasal. Luego volvió, manchado de sangre y lágrimas, al despacho de Heraclas para tratar de persuadir al procurador de que no vendiera a Demetria.

—Inventa alguna excusa, alguna razón por la cual no pueda redactarse ahora la escritura de venta —lo instó—. Tiene prisa; cualquiera puede darse cuenta de que tiene prisa. Si pudieras sólo demorar...

Pero Heraclas lo despidió con impaciencia.

—Tiene la autoridad para exigirlo —le dijo a Filotimos—, y no puedo negarme. Sospecharía de mí si lo hago.

—¡Pero eres el responsable! —dijo Filotimos olvidando toda una vida de cautela—. ¡Tú y tus planes de traición sois los culpables de todo esto! ¿Por qué es ella quien tiene que pagar?

—¿Me estás amenazando? —preguntó Heraclas indignado—. Sabes bien que si me acusas de algo, te acusas a ti mismo y a esa mujer. Sal de aquí antes de que te haga echar: tendría que darte vergüenza aparecer ante mí en este estado.

—¡Por favor, amo, ten piedad! —gritó Filotimos y, desesperado, se arrodilló ante Heraclas y le abrazó las piernas—. ¡Por el amor de Dios, tiene esposo y una criatura! ¡No puedes venderla a ése... ese demonio!

—¿Crees que quiero venderla? —preguntó Heraclas suavizándose un poco—. No, aunque sólo sea porque me voy a poner muy nervioso pensando en lo que ella puede decir en Constantinopla. Pero no puedo hacer nada. Eulogio tiene poder para autorizar la venta, y lo ha usado. Además, las esclavas no tienen esposos, y en cuanto al hijo, no es una criatura, ¿no? Bien, entonces, puede cuidarlo el padre. Ahora vete, viejo, necesito descansar después de todo este asunto... y tú también, por lo que se ve.

Filotimos salió. Fuera ya estaba oscureciendo y el viento del mar sacudía las palmeras datileras en la plaza pública. Cuando llegó al puerto, las olas blancas se veían a lo lejos sobre la oscuridad del mar revuelto. Filotimos caminó despacio por la calle del Puerto. «He llamado "amo" a ese desgraciado —pensó—, y lo tomó como algo natural. No tenemos ni siquiera lo que creíamos que era nuestro. Nunca pensé que nadie pudiera vendernos. ¡Ay, Demetria, mi dulce niña! Que Dios me ayude, tengo que decírselo a tu esposo.»

Simeón estaba en casa cuando Filotimos llamó a la puerta. La abrió sonriente pero se asustó al ver al anciano.

—¡Por Cristo eterno! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

Filotimos trató de hablar, movió la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Entra —le dijo Simeón. Melecio había corrido hacia la puerta y también lo miraba, pero su padre lo hizo suavemente a un lado y ayudó a Filotimos a entrar. Lo

sentó en el diván—. Ahora cuéntame, ¿qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? ¿Quieres que llame a un médico?

—¡Está cubierto de sangre! —dijo Melecio asombrado.

Filotimos hizo un gesto, quitándole importancia a la preocupación del otro.

—No estoy herido —dijo—, me ha sangrado la nariz, nada más. Pero Demetria... —No pudo continuar.

—¿Demetria? —preguntó Simeón—. Dios mío. ¿Qué le ha pasado? —Filotimos se echó a llorar—. ¿Qué ha pasado? —gritó Simeón—. ¡Cuéntame lo que ha pasado, por lo que más quieras!

Filotimos siguió moviendo la cabeza...

—El procurador..., un agente que vino de Constantinopla...

—¿Algo que ver con el manto?

Melecio no entendía lo que estaba sucediendo, pero veía que un adulto, un adulto poderoso estaba llorando, y comprendía que algo le había sucedido a su madre. Se puso a llorar aterrorizado, y se abrazó a una pierna de su padre, que estaba inclinado sobre Filotimos, sin prestar atención a los alaridos del niño.

—Un agente vino de Constantinopla por lo del manto —dijo—. Acusó al procurador de traición.

—¿Qué le están haciendo a Demetria?

Filotimos volvió a mover la cabeza, moqueando.

—¡Lo convencimos de que el manto era rojo! —explicó—. Yo tenía todas las cuentas en orden y nadie pudo contradecirnos, ¡él lo creyó! Pero después... quiso comprar a Demetria, para mostrarle a su superior que había hecho todo lo posible. No quería volver con las manos vacías. Y el procurador se la vendió.

—¡No puede! ¡No puede vender a una esclava del Estado!

Filotimos se puso a llorar otra vez.

—Eso pensaba yo. Pero el agente tiene poder para autorizarlo, y lo ha hecho.

Melecio lloraba a gritos, sin saber muy bien lo que había sucedido, pero sabiendo que era algo horrible.

—¡Quiero a mi madre! —gritó—. ¿Qué le ha pasado a mi madre? ¿Dónde está? —Se agarró a un brazo de Filotimos—. ¿Dónde está?

—¡Traté de convencer a Heraclas de que no lo permitiera! —dijo Filotimos sin ocuparse del niño—. Podría haber retrasado el asunto; podría haber interpuesto problemas, cualquiera se daba cuenta de que el agente tenía prisa por irse. Pero el procurador...

—Al demonio con el procurador —dijo Simeón en voz baja. El tono utilizado era más preocupante que si hubiera gritado, y Meli dejó de vociferar y miró esperanzado a su padre—. Yo puedo arreglármelas con el procurador. Meli, deja tranquilo a Filotimos... yo traeré a tu madre a casa.

—¡No, no lo hagas! —dijo Filotimos sin aliento—. No vayas, te hará azotar, ni siquiera permitirá que te acerques, y si el agente llega a saber que lo hemos engañado

y que en realidad el manto era púrpura, será peor, mucho peor para todos. Es un demonio, un monstruo.

—No iré a ver al procurador —dijo Simeón—. Pero ven conmigo para que me cuentes lo del agente. Vamos, puedo confiar en ti. Meli, mi amor...

—¡Quiero ir contigo a ver a mamá!

—No vamos a ir a ver a mamá; vamos a ver a un hombre que puede ayudarnos a recuperarla. La traeré, Meli. Ahora ve arriba, con la abuela.

—¡Quiero ir! —protestó el niño lloroso mirando a su padre—. Quiero ayudar.

Simeón vaciló comprendiendo la protesta. Cuando su madre estaba muriéndose, lo habían enviado a casa de una tía, a esperar. Todavía recordaba a las mujeres susurrando entre ellas: «un parto difícil», «demasiada sangre», «no, ya no puede ni gritar», «sí, la criatura murió». Entraban y salían de su casa, pero a él no le habían permitido verla, ni siquiera decirle adiós. Él todavía creía, en lo más profundo de su corazón, y a pesar de las veces en que se repetía a sí mismo que era absurdo, que si le hubieran dejado entrar podría haber encontrado alguna manera de salvarla. Y tenía doce años entonces, más del doble que Melecio.

—Está bien. —Simeón cogió a su hijo de la mano—. Vamos y lo verás con tus propios ojos. —Se dirigió hacia la puerta. Perplejo, Filotimos se dio prisa en alcanzarlo.

La gran casa de la Ciudad Vieja estaba silenciosa; la mitad de los hombres estaba vigilando la prefectura y la otra mitad cenaba. Pero dos de ellos, que comían en la caseta de la entrada, le indicaron a Simeón que fuera al comedor. Melecio estaba asustado ante aquella casa tan grande, oscura y que crujía al andar, y apretó fuerte la mano de su padre. Simeón levantó al niño en brazos y éste apoyó la cara en el hombro de su padre, callado ahora, mirando la penumbra con los ojos muy abiertos.

El comedor estaba tan sombrío como Simeón lo recordaba, iluminado por dos lámparas altas en los rincones más alejados. Paulo, el secretario, estaba sentado solo a la pesada mesa de roble. Acababa de hacer a un lado el plato de comida y la copa de plata estaba todavía medio llena. Paulo miró a Filotimos con recelo y luego le dirigió a Simeón una mirada interrogante. Los espías le habían informado de la llegada de un agente imperial, y él en parte había esperado que surgiera algún tipo de problema aquella noche. Casi lo deseaba, para que un poco de acción justificara su larga espera en Tiro. Al parecer, la espera había acabado.

—Tienen a mi esposa —dijo Simeón sin más dilación—. La quiero aquí.

Paulo sonrió una sonrisa desagradable. «Por lo menos el hombre va derecho al grano.»

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó.

—Hay un agente de Constantinopla... Filotimos estuvo allí y sabe lo que sucedió. Cuéntaselo, Filotimos.

Confundido, sin la menor idea de quién era Paulo pero viendo que Simeón esperaba su ayuda, Filotimos dio una versión abreviada y balbuceada de lo que había

sucedido, afirmando en todo momento que el manto había sido rojo y para el procurador.

—Eulogio —dijo Paulo cuando Filotimos hubo terminado—. Sí, es uno de los esbirros de Crisafio. Sin duda espera ser maestro de oficios en lugar de Nomos. Bien. Pensábamos que volvería con la autoridad necesaria para intervenir pero, debo admitir que no esperaba esto. ¡Maestro de oficios en funciones! Es mucho más de lo que pensé que el gran chambelán podía darle. Y complica las cosas.

—Quiero a mi esposa aquí —dijo Simeón—. Tu amo juró por el Espíritu Santo hacer todo lo que pudiera para protegerla.

—Marciano no es mi amo —dijo Paulo cortante—. Es mi superior. Yo no tengo otro amo más que el emperador.

—Bien, yo tampoco tengo otro amo más que el emperador —respondió Simeón impaciente—. De manera que eso nos convierte en iguales. ¿Qué vas a hacer por mi esposa? Tu superior te ha ordenado que la protejas.

—Protegeros a ti y a tu familia es la razón por la que aún estoy en Tiro —respondió Paulo con frialdad—. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—El agente dijo que volvía a Constantinopla mañana —dijo Filotimos.

—¿Mañana? —preguntó Paulo sobresaltado—. ¿Estás seguro?

—Mañana por la mañana —respondió Filotimos—. Tenía prisa.

Paulo asintió y miró a Simeón, que seguía impaciente. «¿No comprende lo que se le acaba de decir? —se preguntó Paulo—. No habrá tiempo para ningún subterfugio antes de mañana por la mañana... y no tengo hombres suficientes para usar la fuerza, y menos contra un maestro de oficios.»

—Eso hace las cosas más difíciles —dijo sombrío.

—¿Qué vas a hacer?

Paulo movió la cabeza. «¡Tonto!»

—No creo que pueda hacer nada para mañana.

Suavemente Simeón deslizó a Melecio de sus brazos al suelo. Dio un paso adelante y se inclinó sobre la mesa del comedor.

—Le di a tu superior cierta información que vale vidas humanas. Juró por el Espíritu Santo y por la cabeza del emperador que nos protegería. He venido aquí a reclamar esa protección, ¿me estás diciendo que no puedes otorgármela? Porque, en ese caso... —La voz de Simeón, que había comenzado en un tono normal, se levantaba. Paulo levantó una mano para interrumpirlo.

—No he dicho nada de eso. Mi superior es un hombre honorable, me encargó específicamente que se cumpliera ese juramento que te hizo. Pero jamás prometió hacer lo imposible, y es imposible rescatar a tu esposa antes de mañana por la mañana. ¡Piensa un momento! Si tuviéramos una semana, o incluso uno o dos días, podríamos sacarla en secreto, o presionar al procurador, o comprársela al agente. Pero tal y como están las cosas... ¡ni siquiera sabemos dónde la tienen! Puedo averiguarlo, pero cuando lo quiera saber será medianoche. No habrá tiempo para organizar un

rescate. Y Eulogio tiene autoridad aquí; ha traído a seis de sus guardias personales, y puede solicitar el uso de la guardia de la prefectura. Yo tengo veinte hombres. ¿Crees que puedo irrumpir en la prefectura con ellos? Aunque lo hiciera, ¿de qué os serviría, a ti o a tu esposa? Ella seguiría siendo legalmente propiedad del agente.

—Tienes soldados suficientes —dijo Simeón—. Podrías rescatarla, si no puedes comprarla, y esconderla aquí, a salvo, hasta que hayas arreglado las cosas en Constantinopla. Y luego podrías conseguir que se anulase la venta.

Paulo negó con la cabeza con expresión de impaciente desprecio.

—Si intentara irrumpir en la prefectura, nos traicionaríamos ante el enemigo y nos arriesgaríamos a destruir todos nuestros planes... No habría lugar donde ocultarse, para ninguno de nosotros. Y ni siquiera creo que pudiéramos tener éxito. No, es imposible. Trataré de seguir a Eulogio cuando se vaya, si quieres, y estaré atento a cualquier oportunidad para rescatar a tu esposa. Pero te lo advierto: puede usar la red de postas y yo no, de manera que avanzará mucho más rápido que nosotros.

Simeón golpeó la mesa.

—¡Quiero a mi mujer otra vez en casa! —gritó—. ¡Ese agente endemoniado la tiene encerrada en alguna parte y quiero que la liberen, ahora! ¡No me digas que es imposible, tienes que hacerlo posible!

Paulo lo miró con frialdad y entonces volvió su atención a Filotimos.

—No te preguntaré si tu historia fue completamente cierta —dijo masticando cada palabra—. Simplemente te pregunto si Eulogio la creyó.

Filotimos lo miró confundido y se ruborizó. «Simeón le contó lo del manto —pensó—. Ésa es la información "que vale vidas humanas". Con razón alguien comenzó a investigar aquí en Tiro; alguien con quien Simeón habló dejó escapar algo. ¡Ah, tonto, maldito tonto!»

—Eulogio la creyó —respondió con la calma de la desesperanza—. Si no la hubiera creído, ahora Demetria y yo estaríamos en el potro de tormento.

Paulo se volvió a Simeón.

—Si el agente cree que no ha habido traición no hará torturar a tu esposa. Si su intención es entregarla de regalo a su superior Crisafio, no permitirá que sus hombres le hagan daño. Está tan segura con ellos como en cualquier otro lado. La mejor manera de recuperarla es dejarlos que la lleven a Constantinopla e informar a mi superior de lo sucedido. Ellos harán todos los esfuerzos para quitársela a Crisafio y devolvértela lo antes posible.

—¿Quieres que permita que se la lleven a Constantinopla? —gritó Simeón—. ¿Atada, amordazada, encerrada y sufriendo sólo Dios sabe qué, durante todo el camino, para terminar a merced de Crisafio y sus amigos? ¡No! ¡Rescátala ahora mismo!

Melecio comenzó a llorar otra vez agarrado a la pierna de su padre; Simeón lo hizo a un lado con impaciencia. Paulo se encogió. Le desagradaban los niños, y más

cuando lloraban.

—Arriesgo la vida de veinte hombres si ataco a Eulogio —dijo Paulo levantando la voz para que lo oyeran—. ¡Y también arriesgo la vida de tu esposa! Si Eulogio piensa que el manto era rojo, ella está a salvo; si actuó abiertamente para protegerla, sabrá que su historia era falsa y tratará de arrancarle la verdad si fracasamos. ¿Es eso lo que quieres?

—No vas a hacer nada, ¿verdad? —dijo Simeón—. Vas a irte a Constantinopla y olvidarte de todo lo que tenga que ver con nosotros.

—¡Haré lo que pueda! —gritó Paulo ahora demostrando su enfado—. ¡Se lo contaré a Marciano! ¡Yo mismo iré tras Eulogio mientras podamos! ¡Pero más es imposible!

—¡Maldito seas! —gritó Simeón—. Mi esposa... —Se interrumpió. Su esposa le había dicho que esto sucedería, que cualquiera a quien recurriera lo traicionaría en cuanto fuera conveniente. «Yo también la traicioné— pensó involuntariamente. —La engañé, revelando sus secretos; ahora está amordazada, la han vendido y van a llevarla a muchas millas de distancia, y todo por mi culpa.» Simeón se llevó una mano a la cara—. Mi esposa... —repitió. Los hombros comenzaron a temblarle—. Se la llevaron... —Melecio estaba hecho un ovillo en el suelo llorando de angustia.

—Haré lo que pueda —repitió Paulo con frialdad—. Te sugiero que te lleves a tu hijo a casa y que trates de esperar con calma. Costará algunos meses, pero al final podremos, seguramente, devolvértela. Aunque, si eres tan estúpido como para andar por ahí contándole a todo el mundo lo sucedido, no asumo ninguna responsabilidad por lo que pueda suceder: ni Dios puede salvar a un tonto.

Simeón no dijo nada. Con paso inseguro se alejó de la mesa y recogió a Melecio. El niño echó los brazos al cuello de su padre sin dejar de llorar. Simeón salió tambaleándose de la habitación, como si estuviera ciego, a las calles oscuras de la Ciudad Vieja. Anduvo hasta el camino que unía la Ciudad Vieja con el promontorio rocoso y se sentó allí, a la vera del camino, temblando. Una luna en cuarto menguante apareció por unos instantes entre las nubes deshilachadas, mostrando el mar salpicado de blanco, la calle desierta, la ciudad de Tiro. «Mi esposa está encerrada en una prisión —pensó Simeón—, mañana se la llevarán, y los hombres en cuya protección yo confiaba son como maderos podridos.»

Filotimos se detuvo junto a él, y lo miró con aire acusador.

—Tú le contaste lo del manto —dijo.

Simeón asintió sintiéndose desdichado.

—Pero... ¿quién es él?

—Es el secretario del representante de Aspar —dijo Simeón cansado—. El representante mismo, Marciano, está viajando hacia Constantinopla a medio día de distancia de Filipo. Quiere atraparlo con el manto cuando se lo entregue a Nomos. Me prometió protección.

—¡Actuaste como un idiota! —dijo Filotimos—. Si se lo cuentas a un cortesano

conspirador, a nadie le sorprende que en seguida otro se entere. ¡Nuestro Señor de los Cielos! ¿Crees que a alguno de ellos les importan las promesas que nos hacen a nosotros los esclavos?

El eco de las palabras de Demetria sonaba demasiado cerca. Simeón se encogió y se puso rojo de vergüenza.

—¡Lo juró por el Espíritu Santo! —exclamó sintiéndose muy desgraciado—. Y lo dejó por escrito.

—Y entonces, si tiene una conciencia sensible, fundará una iglesia dedicada al Espíritu Santo... es mucho más fácil que mantener su palabra. Si hubieras dejado las cosas como estaban...

—¡Lo puso por escrito! —dijo Simeón recuperando algo de su antigua ira—. Y lo juró por el Espíritu Santo... ésa es la blasfemia más imperdonable... y por la cabeza del emperador... eso es traición. Tiene que hacer lo que dijo que haría.

Filotimos negó con la cabeza.

—Nunca volveremos a verla.

Melecio se puso a llorar más fuerte.

—¡Lo obligaré a cumplir con su palabra! —dijo Simeón hablando entre dientes—. Le mostraré el papel a Aspar; exigiré justicia.

—¿Cómo? Están en Constantinopla.

—Los seguiré hasta Constantinopla —afirmó Simeón.

—¿Cómo? Está a mil seiscientas millas, según dicen. No tienes dinero para pagar semejante viaje.

—Tengo una barca —respondió Simeón—. Una buena barca. Puedo navegar por el día y acercarme a tierra por la noche o si hace mal tiempo. Tenemos más de cuarenta sólidos ahorrados, y también puedo pescar mientras navego y vender lo que pesque. Tiene que alcanzarme para ir y volver.

Filotimos se quedó mudo. Melecio levantó la cabeza.

—¿Mamá está en Constantinopla? —preguntó.

—Hacia allí la llevan —respondió Simeón.

—¿Y nosotros vamos a ir?

—Yo voy a ir. Tú te quedarás con la abuela.

Melecio le echó los brazos al cuello.

—No, yo quiero ir contigo.

—Estarás más seguro con la abuela.

Melecio negó con la cabeza decidido.

—¡No quiero estar seguro! —dijo—. Quiero ir contigo a buscar a mamá y obligarlos a que nos la devuelvan. No quiero que me dejes solo. No te vayas, papá. Yo te ayudaré a llevar la *Procne*. Sabes que puedo ayudarte. Puedo llevarla mientras tú pescas. ¡Te prometo que me portaré bien!

Simeón miró la cara de su hijo, reducida, en la oscuridad de la noche, el brillo de los ojos y la blancura de los dientes. Le dio un beso en la frente a la criatura.

—Tienes razón, Meli. Tú tienes que estar conmigo. Zarparemos juntos apenas el viento sea favorable, e iremos a buscar a tu madre.

—Estás loco —dijo Filotimos.

—Sé llevar una barca —dijo Simeón—, aunque estemos en invierno. Y hay muchas barcas que han hecho ese viaje, incluso más pequeñas.

—¡Te pueden acusar de robo, si te vas así!

—La barca es mía... hace años que terminé de pagarla.

—Pero ¿y tú de quién eres? Tú vales más que la barca y eres propiedad del Estado. Heraclas puede hacerte azotar por fugitivo.

Simeón lo miró enfadado.

—No me gusta esa charla constante sobre nuestra esclavitud —dijo—. Puede ser cierto según la ley, pero no es cierto en lo que realmente importa. Soy un pescador de púrpura, y si a mi capataz no le gusta que vaya a buscar a mi esposa, que me lo diga cuando vuelva. No voy a arrodillarme ante él, ni ante ese desgraciado insensible de Paulo, ni ante Marciano, ni especialmente ante ese hijo de puta de Heraclas, que será acusado de alta traición y perderá la cabeza, si de mí depende. Zarparé hacia Constantinopla a buscar a mi esposa, y no hay más que hablar.

—Te prestaré algo de dinero —dijo Filotimos sintiendo de pronto una profunda sensación de liberación. Era una ilusión, pura ilusión. Simeón era tan esclavo como él mismo... pero su empecinada negativa a admitirlo constituía una libertad más profunda que las leyes de la esclavitud. Contra su razón, Filotimos estaba convencido de que Simeón podría navegar en su barca de pesca y recorrer todo el trayecto hasta Constantinopla, obligar al gran general Aspar a cumplir el trato de su representante, liberar a su esposa del todopoderoso gran chambelán Crisafio y volver para ver la venganza del Estado contra Acilio Heraclas. «Una locura», pensó Filotimos, pero se le encendía el corazón.

»Tengo cincuenta y ocho sólidos ahorrados —le dijo a Simeón—. Te los daré todos.

V

Demetria pasó la noche en la Ciudad Vieja encerrada en un dormitorio de la casa de postas. No durmió; estaba demasiado ocupada luchando para encontrar una salida. Estaba segura de que si podía escapar y ocultarse en algún lugar, en cualquier lugar, estaría a salvo: el agente no perdería más de un día buscándola, y el procurador se alegraría de no entregársela. Pero las persianas de la ventana estaban atrancadas, las bisagras eran nuevas y fuertes, y la cerradura de la puerta era imposible de forzar. Aporreando la puerta sólo consiguió que los guardias de Eulogio se acercasen a decirle que se tranquilizara. Se había dado cuenta de que les encantaría tener una excusa para pegarla, y la violación pasaría inadvertida si la golpeaban. No les dio la oportunidad y les obedeció.

Por la mañana temprano los dos guardias preferidos de Eulogio —Berico el godo alto; y Chelchal el huno— fueron a buscarla.

—Nos vamos —dijo Chelchal abriendo la puerta y sonriendo con aquella horrible sonrisa torcida por las cicatrices—. Ven.

Demetria salió tranquilamente, con la cabeza inclinada. Pensó desesperadamente alguna excusa, una treta, un pretexto para demorar la partida, pero no se le ocurrió nada. En el patio de la posada había un carro de cuatro ruedas, con los caballos ya enganchados y el auriga esperando en su lugar. Demetria se detuvo, incapaz de avanzar; los guardias se acercaron por detrás, la cogieron cada uno de un brazo y la empujaron. No había esperanza de huir: tendría que someterse, como ya había hecho antes, y esperar a tener alguna oportunidad más adelante si ahora obedecía con calma. Pero se dio cuenta de que no podía: el solo pensamiento de consentir su cautiverio, le provocó un odio enfermo, caliente y violento que, surgiéndole incontrolado de las entrañas, le hizo arrojarse hacia atrás gritando:

—¡No! —Por un momento la palabra pareció tan sólida y real como su carne, formada a partir de su materia, y llevó consigo una inmensa sensación de alivio. Era inútil luchar, pero lo hizo igual, dando patadas, mordiendo y gritando desesperada. Los guardias tuvieron que tirarla al suelo para reducirla y volvieron a amordazarla antes de meterla en el coche.

El mayordomo de Eulogio, que ya estaba sentado en el vehículo cuando la dejaron bruscamente sobre las maderas del suelo, levantó los pies mirándola con desprecio. Los otros iban a caballo. La puerta del coche se cerró; el cochero gritó y el vehículo se lanzó hacia delante, hacia el camino, alejándose de Tiro. Ella no pudo ver la ciudad por última vez; movió la cabeza hacia un lado para mirar, pero sólo alcanzó a ver los soportes del asiento, pisoteados por cientos de viajeros; el cuero acolchado de la puerta y, más arriba, a través de la ventanilla abierta, un cielo azul y despejado. Demetria cerró los ojos y mordió la tela que la amordazaba, avergonzada de llorar ante el mayordomo.

El carruaje no tenía ballestas que amortiguaran el movimiento y se agitaba

violentamente por el trote de los caballos; cada surco y cada piedra del camino sacudían bruscamente a los pasajeros. Era peor que una barca en medio de una tormenta; una milla después había dejado de llorar y se concentraba en no vomitar. Otra milla más adelante había fracasado en su intento: la mordaza retuvo casi todo el vómito entre la boca, la nariz y la garganta, ahogándola, y tuvo que luchar desesperadamente para poder respirar.

Pasaron casi otras dos millas antes de que el mayordomo se diera cuenta del hedor y, entonces, asqueado, le cortó la mordaza cuando ya estaba casi inconsciente con un cuchillo que llevaba en la cintura; entraba y salía de una bruma gris. La primera vez que el mayordomo la golpeó con el pie, ni lo sintió; no se le empezó a despejar la cabeza hasta la tercera patada. El hombre gritó a Eulogio por la ventanilla, quejándose de que ella había ensuciado el coche. El hedor era tal que le revolvía el estómago; Demetria tenía que limpiarlo.

Al parecer Eulogio estuvo de acuerdo, pues un rato después el carruaje se detuvo, abrieron la puerta y, arrastrándola, la arrojaron sobre la hierba del borde del camino; se incorporó, aun tratando de recuperar el aire. Estaban en un puente sobre un arroyo, en medio del campo, más allá de cualquier referencia del paisaje que a Demetria pudiera resultarle conocida.

—Limpia el coche —le ordenó Eulogio, en pie junto a ella—. Y lávate tú también, rápido.

Los guardias la desataron y ella se levantó con dificultades. Todo el grupo se había reunido y la miraba con asco. No le quedaban ya ánimos para enfrentarse a ellos. Recogió unos manojos de hierba y se puso a limpiar el suelo del coche.

Cuando terminó de limpiarlo y enjuagarlo con agua del arroyo, fue detrás de unos arbustos, aguas abajo, para lavarse la cara y tratar de limpiarse la túnica manchada. Echarle agua era inútil, de manera que se la quitó, quedándose con la túnica corta que llevaba debajo, y se arrodilló temblando de frío mientras lavaba el cuello de la prenda en el agua fría. Estaba retorciéndola cuando Berico, el godo, apareció detrás del arbusto y se quedó mirándola.

—Estás tratando de escapar —dijo en tono acusador.

Ella miró aguas arriba, hacia donde los otros esperaban charlando. No estaban pendientes de ella ya que no había ninguna necesidad. Desde donde estaban se veía con facilidad todo el arroyo, y el terreno era abierto y despejado. No había la menor posibilidad de huir sin ser vista.

—Sabes que no puedo —respondió ella hastiada. Se levantó y comenzó a ponerse la túnica por la cabeza.

—¡Querías escapar, embustera! —gritó el godo, furioso de pronto, por alguna razón que ella no alcanzó a entender—. ¡No has hecho otra cosa desde que el amo te compró! —Le arrancó la túnica de las manos y le dio una bofetada. Ella resbaló en la orilla del arroyo y cayó al suelo, metiendo medio cuerpo dentro del agua. Berico la sacó y volvió a abofetearla, con tanta fuerza que para ella el mundo se volvió otra vez

gris. La empujó contra el arbusto, le levantó la falda, metió la rodilla entre sus muslos y comenzó a quitarse el cinturón. Por un momento ella pareció estar fuera de su cuerpo, observando la escena con calma: una mujer tendida en el suelo, medio aturdida, entre las ramas de un arbusto a orillas de un arroyo, con las nalgas desnudas en el barro y, frente a ella, un hombre armado disponiéndose a violarla. «¿Por qué?», se preguntó. Parecía improbable que el hombre sintiera deseo por esa mujer sucia y vapuleada. ¿Quería vengarse de ella por los problemas que le había causado? ¿O era una especie de juego con sus compañeros, tomar a la mujer que todos vigilaban? ¿O algo más sencillo... ella estaba ahí, no era noble, no era virgen, era una esclava... por lo tanto, disponible para cualquiera? «Pero no es así— concluyó mientras él se bajaba los pantalones y se inclinaba hacia ella, gruñendo con la cara colorada. —No soy de cualquiera y menos de él.» Gritó y levantó con fuerza las rodillas; con una consiguió darle un buen golpe en la entrepierna. Él lanzó un gemido de dolor y se puso pálido; ella rodó, saliendo de debajo de él, cogió la túnica y el manto y corrió hacia el camino.

A los otros guardias el incidente les pareció muy gracioso. Pero Eulogio simplemente se impacientó por la demora y cuando Berico reapareció unos momentos más tarde, pálido todavía y caminando con rigidez, su amo lo maldijo por maltratar a una esclava con la que él quería obsequiar a Crisafio. Juró que el próximo hombre que tratara de abusar de su propiedad sería azotado. Berico recibió la reprimenda malhumorado y fue a atender a su caballo; al parecer no se sentía muy apto para cabalgar, porque ató al animal al carruaje y se subió junto al cochero. Pronto todo el grupo estuvo otra vez en camino. Demetria, empapada, dolorida, asustada y exhausta, se sentó temblando junto al asqueado mayordomo.

«He muerto —pensó asombrada—, no siento nada y no me reconozco a mí misma. Ésta no soy yo; yo he muerto en Tiro, y lo que Eulogio se lleva es un fantasma.»

Al otro lado de la ventanilla las millas discurrían rápidamente.

Simeón había llegado a la casa de postas de Tiro poco después de que Demetria saliera de allí. Había pasado la noche anterior tratando de descubrir dónde habían tenido encerrada a su esposa sin conseguirlo. Había convencido a Melecio de que se quedara con su abuela en casa y se había dirigido a la prefectura. Pero los guardianes y los esclavos ya estaban acostados cuando llegó y los guardias nocturnos se negaron a dejarlo pasar. Por la mañana fue a los establos de la prefectura pero sólo consiguió enterarse de que Eulogio había pasado la noche en la casa de postas de la Ciudad Vieja. Los palafreneros del prefecto recordaban haber visto a Demetria el día anterior: habían conseguido un carruaje para ella, porque había forcejeado con los guardias y se había negado a ir andando detrás del caballo del agente. Simeón corrió a la Ciudad Vieja con la esperanza de llegar a tiempo para ver a Demetria, para prometerle ayuda si podía, y si no, al menos, para verla; pero cuando llegó a la casa de postas Eulogio y su grupo se habían ido.

—Sí, había una mujer con él —dijo un palafrenero en respuesta a las desesperadas preguntas de Simeón—. Muy guapa, una esclava que acababa de comprar. Yo de buena gana compraría una esclava así, ¡no sé si me entiendes! No quería irse con él y tuvo que atarla y meterla dentro del carruaje. Se llevó uno de cuatro ruedas; él no iba dentro, y podría haber metido a la mujer y a su mayordomo en uno de dos con el equipaje atrás. Pero no, quiso uno de cuatro, cubierto y con cuatro caballos... y para él se llevó el mejor caballo del establo, junto con otro para cada uno de sus hombres. ¡Once caballos en total! Partieron al galope, así que cuando lleguen a la próxima posta, tanto los caballos como el carruaje estarán destrozados, estoy seguro. Sólo Dios sabe qué podremos hacer si nos llega otro correo esta mañana: todos los animales que quedan en el establo están hechos una pena.

—Y la mujer... ¿estaba bien? —preguntó Simeón preocupado.

El palafrenero se encogió de hombros.

—Como te he dicho, no quería irse con ellos. Cuando trataron de subirla al carruaje se puso a gritar como una arpía, por lo que tuvieron que atarla y amordazarla. No parecía muy contenta, como puedes imaginarte. Pero si me preguntas por su aspecto, esa mujer no tenía nada que estuviera mal. Como te decía antes, a mí me encantaría poder comprarme una como ella. ¿Por qué lo preguntas?

Simeón lo miró con odio.

—Es mi esposa —dijo cortante.

—¡Virgen Santa! —dijo el palafrenero borrando la sonrisa de su rostro—. Perdóname... no sabía...

Simeón movió la cabeza.

—Es una esclava del Estado —dijo enfadado—. Ese desgraciado no tenía ningún derecho a comprarla.

—¡Puf! —dijo el palafrenero profundamente conmovido. Como todos los palafreneros y veterinarios empleados en el sistema de postas, también era un esclavo del Estado: nunca se le había pasado por la cabeza que él o cualquiera como él pudiera ser vendido. Miró a Simeón con esa mezcla de admiración y compasión que se dedica a las víctimas de una catástrofe espectacular—. Bien —dijo tras un rato—, no creo que... le hagan daño. Estuvo toda la noche encerrada en la posada. Escucha, ¿qué te parece si trato de averiguar cómo la trataron?

El palafrenero averiguó dónde habían tenido a Demetria durante la noche y volvió con la información de que la criada estaba segura de que nadie la había violado, y que le habían ofrecido comida, bebida y un baño por orden del agente, pero que ella los había rechazado.

—Estará bien —le dijo el palafrenero a Simeón—. No la están maltratando. Pero, por Nuestro Señor de los Cielos, qué cosas pasan. Y las personas como nosotros tenemos que rendirnos ante los poderosos, no puedes discutir con un princeps de los agentes. ¿Por qué no te vas a tu casa y bebes algo? Conseguirás hacerte a la idea.

Simeón no respondió y salió rumbo al puerto egipcio. El mal tiempo del día

anterior se había ido y el sol refulgía sobre el mar azul como el índigo. Soplaban una suave brisa del sudeste. «Un tiempo perfecto para zarpar —pensó Simeón—, pero la *Procne* aún no está terminada de pintar, así que todavía no puedo salir. Tardaré unos días en dejarla a punto, entonces, si el tiempo lo permite, zarparemos. No me rendiré a los poderosos, no cuando está en juego Demetria.»

Un pescador de púrpura tenía que moverse dentro de una zona bastante amplia para revisar sus trampas: necesitaba una barca ligera, rápida, fácil de maniobrar y que pudiera enfrentarse a vientos desfavorables. La *Procne* era todo eso, y Simeón estaba orgulloso de ella hasta tal punto que sus compañeros bromeaban diciéndole que Demetria debería tener celos. Estaba construida con cedro y los tablones, ensamblados sobre las planchas, estaban tan ajustados como los paneles de los armarios más caros. La pintura del casco era azul en la parte inferior y blanca en la superior, y llevaba un revestimiento de cera para sellar las juntas de la madera. El mástil de popa estaba tallado y era rosa, negro, blanco y verde. La vela mayor era un trapecio de lino rústico y arpillera, teñida de azul y blanco, que estaba colgada de un aparejo latino en el único mástil, y que se podía complementar con un trinquete atado a la proa.

Un barco mercante jamás habría salido en diciembre para un viaje largo, pero éstos necesitaban puertos profundos cuando hacía mal tiempo y no estaban preparados para navegar contra el viento. La *Procne* podía fondear en cualquier playa y navegaba rápido tanto con el viento en contra como a favor. Simeón comenzó a prepararla apenas estuvo seca la pintura.

Les dijo a su capataz y a sus compañeros que quería trabajar tranquilo y solo durante algunas semanas, y todos hicieron lo imposible para complacer a un hombre que, como ellos sabían, tenía buenas razones para sufrir. Conseguida la privacidad que quería, sacó de la barca, ayudado por Melecio, los depósitos del centro que servían para guardar la pesca, levantó el fondo y añadió un toldo que pudiera doblarse por encima de la cubierta.

—Tendremos que dormir en la barca durante el viaje —le dijo Simeón a Melecio—. Iremos a ciudades extrañas, donde nadie nos conoce; podrían intentar robarnos.

Melecio asintió muy serio.

—Yo llevaré mi cuchillo —dijo—, y si alguien trata de robarnos, ¡lo mataré!

Llevaron a la barca todas sus ropas de abrigo, para lo cual compraron un buen baúl de madera a prueba de agua. También metieron la ropa de Demetria. «La necesitará para el regreso a casa», le dijo Simeón a su hijo, y se dio cuenta de que las cosas conocidas que tan a menudo había visto usar a su esposa lo consolaban; parecía estar seguro que si llevaban su ropa la encontrarían. Cargaron un brasero y un poco de carbón envuelto en una tela encerada, pescado salado, galletas, queso y dátiles secos: provisiones de emergencia para tres días; y llevaron velas, sogas, un hacha y algunas maderas por si necesitaban hacerle algún arreglo a la barca. Compraron una red y sedal para pescar durante el viaje y Simeón, no sin pesar, compró un espantoso

arpón, que nunca había usado y esperaba no tener que usar nunca, pero que seguramente aterrorizaría a cualquier presunto ladrón. Coció el dinero (sus ahorros y los de Filotimos) en un cinturón de lona que se puso por debajo de la túnica. Los preparativos duraron cinco días durante los cuales el tiempo se mantuvo despejado.

Al amanecer de una mañana fría y soleada, cinco días antes de Navidad, Filotimos ayudó a Simeón a botar la *Procne* en el puerto egipcio. Las pequeñas olas bisbiseaban sobre las piedras de la playa y el agua, que hacía espuma al llegar a sus pies, estaba fría y clara como el hielo. Laodiki, la única persona a la que habían explicado el plan, los observaba preocupada en la costa. En popa, sujetando los dos remos, Melecio la miraba pálido de entusiasmo. Simeón se metió de un salto en la barca e hizo una seña a Filotimos para que saliera del agua. Cuando el anciano hubo saltado a la playa, Simeón se puso en el lugar de Melecio y remó para llevar la barca hacia aguas más profundas. Cuando se incorporó para subir uno de los remos, Filotimos y Laodiki parecían pequeños como muñecos; el otro se lo dio a Melecio, que lo sostuvo firme mientras él izaba la vela. El viento soplaba hacia el este y la *Procne* se estremeció cuando lo recibió de lleno. Meli se apoyó con fuerza en el remo mientras su padre ajustaba los aparejos. Filotimos y Laodiki observaron cómo Simeón sustituía de nuevo a su hijo en el remo y Melecio se levantaba, agarrándose al mástil, para saludarlos. Las olas claras y pequeñas rompían contra la playa; el aire olía a púrpura, a carbón de los fuegos matutinos y a mar. Los dos, muy quietos, se quedaron mirando a la *Procne* que, avanzando como un ave, dio la vuelta a la punta de Tiro y tomó rumbo hacia el norte, perdidas ya sus velas azules en el azul oscuro del mar.

El mismo amanecer que vio a Simeón zarpar de Tiro, vio a Demetria a casi cuatrocientas millas de distancia, esperando a que engancharan los caballos para el próximo tramo del viaje.

Eulogio y su grupo habían pasado la noche en una casa de postas a algunas millas al este de la ciudad de Tarso, en la provincia de Cuida. Mientras el agente discutía con los palafreneros de la posta sobre los caballos y los caminos, su séquito esperaba junto al fuego de pino que ardía en una de las esquinas del patio del establo, cuyo humo dulce y sofocante se mezclaba con el olor a estiércol y a caballos. Era una mañana fría, y el aliento de hombres y animales se veía como humo blanco, y los techos de los edificios de la casa de postas resplandecían con la helada. Demetria alcanzaba a ver, más allá del último establo, las laderas de los montes Taurus a treinta millas de distancia, blancas por la nieve recién caída.

Eulogio había vuelto a perder los estribos con los palafreneros; les gritaba y golpeó al hombre que tenía más cerca.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Te dije que tuvieras el carruaje listo cuando terminara de desayunar! Y ¿con qué me encuentro? ¿Ni siquiera lo has sacado del establo?

El grupo de Eulogio no prestaba atención. Su amo perdía los nervios en cada casa

de postas: o los palafreneros eran demasiado lentos, o los caballos no eran buenos, o el eje del carruaje crujía. En una posta cerca de Antioquía se encontraron, al llegar, con que otro viajero se había llevado todos los caballos de refresco, y Eulogio hizo azotar al maestro de postas porque tuvieron que esperar. A sus guardias no les resultaba extraño: su amo tenía prisa, como siempre, y era mejor que los demás fueran con cuidado.

El maestro de postas local salió de la posada, entonces Eulogio dejó de pegarle al palafrenero y se dirigió a él.

—¿Cómo está el camino a través de las montañas? —preguntó.

El maestro de postas lo miró sorprendido y señaló con un ademán los picos nevados.

—Señoría, como puedes ver ha nevado —dijo respetuoso—. Si hay esa cantidad de nieve al pie de las montañas seguro que en las Puertas Cilicias hay casi un brazo de altura. Nadie puede pasar por allí hasta la primavera, excelencia.

Eulogio lo maldijo. El maestro de postas se movió, incómodo, y sugirió que el paso occidental de los Taurus, por el valle de Isauria, podría ser viable.

—¿Quieres que nos maten? —preguntó Eulogio—. ¿Cómo nos mandas por Isauria? ¡Esas montañas están infestadas de bandidos y tú lo sabes! ¡Perro sucio, apártate de mi camino! —Se hizo a un lado y comenzó a gritarles otra vez a los palafreneros. El camino más rápido hacia Constantinopla era a través de los montes Taurus y la meseta de Anatolia. Era por donde había venido, e incluso entonces los caballos habían tenido que ir con cuidado al transitar los caminos resbaladizos por el hielo. Ahora habían caído fuertes nevadas y él llevaba un coche: tendría que tomar el camino de la costa al menos hasta Atalia, lo que añadiría ciento sesenta millas al viaje. Abofeteó a otro palafrenero y entró en la posada para vérselas con la criada que le había cepillado la ropa.

Demetria se había quedado en silencio junto al fuego del patio del establo, mirando mientras los palafreneros, nerviosos, ajustaban las cinchas de los caballos y revisaban los arneses y los ejes del carruaje. Ella había luchado para no salir de Tiro, pero no tenía sentido hacerlo ahora; tampoco lo había tenido antes, admitió amargamente, no había habido esperanza de escapar, y nada que ganar excepto algunos golpes y el pobre consuelo de no haberse entregado sin presentar batalla. Pero resistirse había estado bien, mucho mejor que quedarse desesperanzada, indiferente y exhausta, como ahora. Pero nadie puede estar siempre luchando, no cuando se está condenado a perder.

El primer día había sido el peor. El malestar, los golpes y el intento de violación la habían dejado atontada y agotada. Esa última noche en Tiro había decidido que intentaría escapar durante los primeros días, antes de que se alejaran demasiado de la ciudad, pero no hizo ningún intento. No había tenido en cuenta la velocidad de las postas imperiales. El primer día cambiaron los caballos cinco veces, y por la noche llegaron a la casa de postas de Biblos, a cien millas de Tiro, mucho más lejos de lo

que Demetria había estado en toda su vida. No conocía a nadie en la ciudad, no tenía dinero, ni siquiera una muda de ropa para venderla y sabía que, aunque pudiera escapar, probablemente le costaría tres o cuatro días de marcha volver a Tiro. Los guardias la encerraron en el almacén de la posta y allí la dejaron tan abatida, desesperanzada y exhausta, que no pudo hacer nada más que acostarse y dormirse de inmediato. Se despertó sintiéndose enferma y mareada por la angustia del día anterior, con dolor de cabeza y los ojos hinchados por los golpes, así que no pudo presentar la menor resistencia a los guardias cuando éstos fueron a buscarla para llevarla al carruaje. Y la noche siguiente se encontró al doble de la distancia de Tiro. El mundo era mucho más grande de lo que ella había creído. El camino se extendía por la llanura de la costa, las aldeas aparecían y desaparecían en la distancia a medida que el carruaje avanzaba. Pasaron palmares y olivares, viñedos y trigales, todo despejado, con las ramas secas y el rastrojo del invierno. Rebaños y más rebaños pastaban en los pastizales espesos y húmedos. Subieron altas montañas desde donde vieron el mar brillando azul a la izquierda y los pueblos de pescadores con las barcas en tierra o salpicando el horizonte con el dibujo de sus velas. Había gente trabajando, comiendo y bebiendo, amando y odiando, criando niños y envejeciendo: ella pasó por todo esto como un fantasma desasosegado, apartada de su vida y arrastrada a través de un camino interminable.

Ahora, a seis días de viaje de Tiro, habían trazado una curva desde la costa, saliendo de Siria y entrando en Asia: el taller de seda parecía estar en otro mundo. «Es como estar muerta —pensó Demetria una vez más—. He dejado todo atrás, casa y país, esposo e hijo, el trabajo del que tanto me enorgullecía, todas las personas a las que conocía y todo lo que pensaba que era. Ahora no soy más que un recuerdo vagando al borde del olvido.»

Engancharon los caballos al coche. Uno de los guardias de Eulogio se acercó a ella sonriendo. Era Chelchal, el huno. Con su cabeza deformada, la cara llena de cicatrices y las piernas torcidas, era la criatura más espantosa que ella había visto en su vida; su manto de pieles sucias de marmota estaba lleno de pulgas y él apestaba a leche agria y estiércol de caballo. Al principio había sentido más miedo de él que de cualquiera de los otros, pero era el único miembro del grupo que no la había pegado, y ahora no hizo el menor esfuerzo por evitarlo.

—Sube al carruaje, ahora —le dijo animado con su griego torpe y con acento extranjero—. Rápido; llegaremos a Seleucia esta noche.

Ella inclinó la cabeza y caminó despacio hacia el carruaje. Chelchal la ayudó a subir. El mayordomo de Eulogio ya estaba en su lugar; frunció la nariz y miró hacia otro lado. Le molestaba, había dicho, compartir un carruaje con «una apestosa trabajadora de púrpura». Chelchal le dio a Demetria una palmada en la mano.

—¿Has desayunado? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza; el movimiento del carruaje aún le daba la vuelta al estómago y no quería comer nada.

—¡Debes comer! —exclamó Chelchal preocupado—. Enfermarás si no lo haces; y tal vez mueras.

—Quiero irme a casa —le dijo ella—. No puedo comer aquí.

Él movió la cabeza apenado.

—No puedes. —Extendió las manos y se encogió de hombros—. No puedes. Toma desayuno.

—¡Tengo esposo y un hijo en Tiro! —le dijo ella sintiéndose muy desgraciada. «Como si le importara a cualquiera de ellos quién fui», pensó amargamente.

Él asintió y se golpeó el pecho.

—Yo tengo esposa y dos hijos, están con mi gente, los acatziros. El rey Atila viene y hace guerra. Mata a muchos, muchos guerreros y conquista a los acatziros. Entonces les da mi esposa y mis hijos a otro hombre. Bien. Yo todavía tomo desayuno. Un hombre muerto sirve de nada. Yo traigo pan y tú comes. —Fue a la posada y volvió un momento después llevando en su mano encallecida y sucia una torta de sésamo humeante—. Ahí —dijo sonriéndole—, come esto. Es bueno.

—Gracias. —Ella cogió la torta de sésamo, Chelchal asintió contento y se fue hacia su caballo. El carruaje comenzó a moverse, cruzó la puerta de la posada y una vez más salió al camino.

Después de aquello Chelchal pareció haber decidido cuidarla: en cada parada se acercaba a ella y le ofrecía vino aguado o pasteles o queso fresco, y le hablaba con una afabilidad que resultaba desesperadamente dulce comparada con la hostilidad y el desprecio que recibía de los demás. Era un hombre charlatán y, aunque el griego era su tercera lengua, después del huno y del godo, y lo hablaba mal, se las ingenió para hablarle a Demetria de sí mismo. Era un noble de una tribu huno de Oriente, los acatziros. La forma de su cabeza —la parte superior puntiaguda y la frente aplastada— no era natural sino que, como las cicatrices, era una deformación producida por prácticas rituales que se efectuaban a los muchachos de su tribu.

—A niños no duele —le dijo a Demetria jovial—. A hijo mío le atan cabeza cuando pequeño pequeño, no llora nada, ¡ah, no! ¡Come y come y come! Se pone niño grande y fuerte. Tiene seis años la última vez que yo vi, creo tiene nueve ahora. Cuando tiene doce, trece años, irá matar un lobo, o puede ser un jabalí o un león; entonces se convierte en guerrero y le dan sus cicatrices. —El huno sonrió orgulloso pero en seguida frunció el entrecejo—. O puede ser que no. Puede ser que su amo lo deje en la casa para que sea esclavo.

En una casa de postas cerca de Aspendos, le contó cómo había llegado a ser guardia de Eulogio. Habían parado para cambiar los caballos pero el agente no estaba satisfecho con los animales que le daban; pasó un buen rato despotricando, gritando al maestro de posta y exigiendo otras monturas. Demetria se quedó en el coche, pero Chelchal se acercó, se recostó en la puerta y se puso a hablar con ella. En Tiro todos hablaban de los hunos como si fueran un solo pueblo, pero ella se enteró de que, en realidad, eran muchas tribus diferentes, cada una con sus costumbres y sus campos de

pastoreo para los rebaños que criaban. El famoso rey Atila había heredado de su padre una confederación de varias tribus, pero había aumentado sus dominios con continuas conquistas. La tribu de Chelchal había sido una de las últimas independientes. Tres años atrás, el rey había invadido su territorio llevándose el ganado, las mujeres, los niños y los esclavos; había quemado chozas y carretas hasta que los acatziros se rindieron y le juraron obediencia. La familia de Chelchal había sido capturada durante las invasiones y entregada a uno de los guerreros de Atila como recompensa por sus servicios; no había habido esperanza de que regresaran con la paz. Cuando su pueblo se rindió, Chelchal se negó a hacerlo. Se dedicó a vagar durante un tiempo por los reinos del norte, buscando algún enemigo del rey de los hunos a quien unirse. Pero no había resistencia que mereciera el nombre de tal en ningún lugar y finalmente Chelchal había desistido y se había ido a Constantinopla, pensando que al menos se mantendría fuera del alcance de su enemigo. Pero había tenido muchas dificultades para quedarse en la ciudad.

—El rey Atila es rey muy muy grande —le explicó a Demetria—. Conquista los acatziros, los amilzuros, los itimaros... todos los bravos pueblos hunos, ahora todos servir al rey Atila. Y conquista todos los pueblos godos, y los alanos, los gépidos y los hérulos, y los pueblos al norte del Danubio, y en Oriente llegó hasta los eftalitas y en Occidente hasta los francos. Es un reino muy grande, tan grande como los reinos de los griegos y los romanos juntos. Y el rey Atila es un rey mucho más grande que el rey Teodosio de los romanos de Oriente o el rey Valentiniano de los romanos de Occidente. El rey Teodosio no luchará contra él. En lugar de luchar le paga mucho oro. Y Atila quiere más oro. Le dice al rey Teodosio: «Dame todos mis desertores». Yo soy desertor, ¿sabes?, porque él gobierna mi pueblo. Él dice que todos los hunos son sus esclavos o son desertores fugitivos. Entonces yo, y muchos otros hunos como yo, enemigos del rey Atila, vamos al rey Teodosio y decimos: «Déjanos quedarnos y lucharemos contra el rey Atila por ti». Pero el rey Teodosio no quiere pelear. A casi todos los hombres se los envía al rey Atila, y con mucho oro, además. Pero Crisafio es inteligente. Cuando ya envió muchos guerreros, le dice a Atila: «Todos los otros desertores están muertos; unos griegos muy resentidos los mataron a todos». Y le da al rey Atila regalos para que Atila le crea y no haga guerra contra los griegos. Por eso, yo prometo servir a Crisafio, y él me dice: «Este año servirás a mi sirviente Eulogio; y luego lo re-con-si-de-ra-mos»—. Lo pronunció con cierto placer, porque era la palabra exacta que había utilizado el gran chambelán. —Si lo sirvo bien, entonces me quedo entre los griegos; de lo contrario, me enviará a Atila.

Pero él no me enviará a Atila. Soy un guerrero valiente, demasiado bueno para que me envíe lejos.

—¿Qué te haría el rey de los hunos si te atrapa? —preguntó Demetria.

Chelchal escupió.

—El rey Atila no mata a hunos valientes. Quiere más hombres. Debe gobernar sobre otros pueblos de su reino: los godos, los alanos y los gépidos. Hay muchos,

muchos godos, y no tantos hunos. El rey Atila necesita más guerreros hunos, y necesita el dinero de los griegos para mantener tranquilos a los godos. No, yo no tengo miedo de que él me mate. Pero no quiero servirle. Él le dio mi esposa y mis hijos a otro hombre. —Chelchal volvió a escupir y luego volvió a esbozar su extraña sonrisa de siempre.

Demetria permaneció un rato en silencio.

—Yo una vez tejí una capa que iban a enviarle de regalo al rey Atila —le contó a Chelchal. Lo recordaba con claridad: seda púrpura y blanca con un dibujo de aves volando; dos redondeles de tapiz que mostraban a los reyes de los hebreos, David y Salomón, entronizados en todo su esplendor. Había tardado siete meses en terminarlo—. Supongo que fue eso lo que inició todo este problema —dijo con amargura—. El procurador lo vio y quiso que yo le hiciera uno a él.

Chelchal asintió sin dejar de sonreír.

—El señor Eulogio te compró para que hicieras capas bonitas. Berico dice que eres prostituta, pero Berico es godo estúpido y es capaz de confundir a una prostituta con una monja. —Chelchal rió—. ¡Un godo estúpido que quiere violar a todas las mujeres! Yo le digo que eres una muchacha buena, inteligente para hacer mantos. —Se palmeó su manto de piel de marmota, metió la mano por la ventanilla del carruaje y tocó el dibujo de flores del borde del manto de Demetria—. ¿Has hecho esto?

Demetria se apartó, pero el huno parecía más interesado en el tejido que en ella.

—Es fácil —le dijo—. Es un dibujo sencillo. Para el taller yo hacía tapiz, imágenes en el tejido.

—Eres inteligente. Yo veo esos mantos, los usan los ricos. Los hunos y los godos no saben hacerlos. Lo mismo que las espadas, los cuchillos y las ollas: las que hacen los griegos son las mejores. Si yo me hago un hombre rico compraré esclavos griegos para fabricar cosas y esclavos hunos y godos para pelear... como Crisafio. Los hunos y los godos son hombres valientes, pero no son inteligentes para hacer cosas. Pero ¿tú eres griega, tiria griega? Tienes ojos como los godos.

Otras personas ya se lo habían dicho; apartó sus verdes ojos godos de él.

—Mi abuela era goda —dijo brevemente.

—¿Era esclava también? ¿O había nacido libre?

—Siempre decía que había nacido noble, pero yo no sé si era cierto. Los romanos la capturaron y la hicieron esclava, cuando llegaron a Tracia la llevaron al taller para tejer.

—¿No para tejer mantos?

—No. —Lo miró sonriendo. Antaño había sido un gran consuelo para ella el hecho de que su abuela no hubiera sido una tejedora lo bastante buena para tejer en los telares de seda—. No, nunca le permitieron ni siquiera acercarse a los telares. No sabía tejer otra cosa que imágenes, y hasta eso hacía mal.

Chelchal rió.

—¡Como todos los godos! ¿Tu esposo es un hombre inteligente?

Por primera vez desde que salió de Tiro, Demetria intentó imaginarse a Simeón. Desde el principio había tenido conciencia de que cuando se la llevaran de la ciudad la dejarían como vacía; había gritado una y otra vez para que no la separaran de su esposo y de su hijo; hasta se había imaginado a Melecio llorando, buscando y encontrando algo de consuelo en Simeón y en su abuela. Pero esa parte del vacío dentro de ella, llamado simplemente «mi esposo», lo había dejado en sombras: como una delicada red de responsabilidades que se había roto, un dibujo abandonado, una ausencia a su lado mientras dormía. E incluso en Tiro, cuando pensó en él, fue sencillamente como «mi esposo», un hombre definido por cómo se portaba con ella, no por lo que era por sí mismo. «¿Es inteligente?», se preguntó ahora, y lo vio reparando hábilmente la trampa de múrices, observando el mar para ver si cambiaba el viento, mirándola fijamente a los ojos a la luz de la luna junto a la puerta, cuando comprendió que ella estaba tratando de mentirle. Demetria no estaba preparada para la brutalidad del dolor que la sobrecogió junto con la imagen: fue como si alguien le hubiera cortado un pedazo de corazón.

No le respondió a Chelchal. Tras un momento, él le palmeó la mano y se fue a buscar su caballo. Eulogio había terminado con el palafrenero, los caballos estaban enjaezados y el grupo listo para continuar el camino.

«Estoy enamorada de Simeón —pensó Demetria asombrada cuando el carruaje comenzó a avanzar—. Virgen Santísima, le quiero, le quiero a él y a nadie más que a él, su rostro, sus ojos, su cuerpo contra el mío; su vida y la mía juntas mientras estemos vivos. ¿Por qué? No estaba enamorada de él cuando nos casamos. ¿O sí? Siempre supe que me gustaba más que ningún otro, pero nunca entendí por qué. Decía que era porque él sería bueno conmigo y no me golpearía, que un pescador de púrpura era un buen partido, lo suficientemente respetable para tener a raya a los demás, que no sería pobre. Pero había otros hombres que también eran buenos, respetables y con dinero, con quienes podría haberme casado y no lo hice. Era él, siempre fue él, nunca hubo nadie más. Y durante seis años he estado casada con él; seis años desperdiciados, sentada encima de un tesoro pero viviendo en medio de la pobreza; seis años en los cuales pude haber sido feliz y no lo fui. Todo lo que quería lo tenía entre las manos y no me he dado cuenta hasta ahora, en que lo he perdido para siempre. ¡Ay, Simeón, mi vida; mi querido Meli! ¿Por qué, en el nombre de Dios, he sido tan estúpida?»

El mayordomo de Eulogio frunció la nariz molesto, y se situó, altivo, al otro extremo del carruaje. La nueva esclava de su amo estaba llorando. «Realmente —pensó—, qué mujer tan fastidiosa, no ha traído más que problemas, primero gritaba, luego vomitaba y ahora llora. Me alegraré mucho cuando llegemos a Constantinopla y la pongan en las habitaciones de los esclavos comunes. Realmente, deberían haber tenido el buen sentido de hacerla viajar.»

Eulogio y su grupo avanzaban por la costa sur de Asia hasta Atalia, donde se internaron en el continente, y cruzaron las montañas en un punto donde no eran más

que colinas en la planicie entre Licia e Isauria. Incluso así, en algún lugar el carruaje tuvo que atravesar nieves profundas y los pasajeros tuvieron que bajarse y caminar para aligerar la carga. Demetria nunca había visto nieve. Se quedó mirándola maravillada cuando bajó del carruaje. No se oía el menor sonido en las laderas de las montañas: hasta el viento entre los árboles era acallado por la nieve. Llevaba los pies fríos calzados con sandalias, sentía la nieve que se derretía en el borde de su túnica. Tuvieron que detenerse cuando el vehículo empezó a resbalar en un surco oculto del camino

—¡Deprisa! —gritó Eulogio frenando su caballo—. ¡Ayuda con el carruaje, ramera! ¡Y tú, cochero, muévelo!

Demetria imitó al mayordomo y arrancó ramas de los árboles cargados de nieve que luego metió debajo de las ruedas del carruaje. Pronto estuvo sudando y temblando al mismo tiempo, y tropezando por el cansancio. No había comido mucho desde que salieron de Tiro y el agua que había bebido en una de las postas le había provocado una leve disentería, con la consiguiente repugnancia del mayordomo.

—Aquí —dijo Chelchal frenando el caballo junto a ella—, monta conmigo.

Berico el godo se detuvo en seguida.

—¡Puede montar conmigo! —le dijo a Chelchal con furia.

Demetria había estado considerando el ofrecimiento de Chelchal, pero ante esto negó con la cabeza.

—Caminaré —les dijo, se apoyó contra el carruaje y volvió a poner su rama de pino bajo la rueda trasera. Chelchal le dijo algo a Berico en un idioma que ella supuso que sería godo; Berico pareció sentirse insultado y le gritó algo, pero Chelchal se rió de él. Berico espoleó su caballo y avanzó con rabia hasta el principio del grupo.

—Monta conmigo —le dijo Chelchal.

Demetria negó con la cabeza. Le gustaba Chelchal pero montar con él ahora sería aceptar algo más que su amabilidad y algo que, aunque no estuviera muy bien definido, era inaceptable.

—Puedo caminar —dijo empecinada—. La nieve no puede ser tan profunda más adelante.

Pero la nieve continuó siendo profunda durante cinco millas más; pronto pudieron volver al carruaje y comenzar el descenso hacia la ciudad de Colosas. Pero esas millas fueron muy largas para Demetria. Cuando terminó la penosa tarea de trepar resbalándose en la nieve y volvió al carruaje, se dio cuenta de que no podía controlar el temblor de sus miembros. Se envolvió con fuerza en su manto empapado de nieve y se acurrucó en su rincón; el mundo parecía sacudirse hacia un lado y hacia otro tras sus ojos cerrados. Cuando por fin llegó la noche y se detuvieron, el mayordomo tuvo que gritarle para que bajara del carruaje. Ella asintió, atontada, y comenzó a incorporarse para abrir la portezuela, pero entonces el mundo comenzó a dar vueltas y todo se puso negro. Fue como si su conciencia, disminuida, se hubiera liberado de su cuerpo cansado, enfermo y agotado; se vio a sí misma tendida en un rincón del

carruaje mientras el mayordomo la abofeteaba, pero ella observaba la escena sin interés. Después de un rato, el mayordomo se fue y Eulogio vino en persona y la insultó. Ella no prestó atención: era más fácil hundirse en el olvido y ahogarse antes que seguir vagando.

—¡Putá! —gritó Eulogio inclinado hacia ella en el otro extremo del carruaje—. ¡Sal de ahí, ramera! —Ella no hizo nada; él hizo un movimiento de cabeza hacia uno de sus guardias para que la sacara a rastras. Berico el godo avanzó para obedecer, pero Chelchal lo detuvo.

—Es inútil, señor —le dijo a Eulogio—. La muchacha está enferma. —Él mismo abrió la puerta de Demetria y la sostuvo cuando comenzó a caer.

—¿Enferma? —Eulogio frunció el entrecejo y fue a ver. Chelchal sostuvo a Demetria sobre su hombro.

—¿Qué creéis? —preguntó el huno—. No come, vomita en el carruaje, bebe agua en mal estado y la hacéis caminar sobre la nieve. Ahora la muchacha está enferma. Y si se la dejáis a Berico y él sigue golpeándola morirá.

Demetria se estremeció, volvió la cabeza y miró asustada. «Estoy cansada y enferma —pensó—, pero no me voy a morir... al menos, creo que no.» Sintió el calor y el hedor del manto de piel de marmota de Chelchal en su mejilla. La cara de Eulogio, fija en la suya, se veía borrosa, como si la viera a través de un cristal; se lo quedó mirando. «Si me muero lo lamentaré —pensó con una sensación inconsciente de triunfo—. Eso le enseñaría... todo el dinero que ha pagado por mí y hasta donde me ha traído, y yo muriéndome antes de llegar a Constantinopla. Pero no me quiero morir. Soy tonta. Lo he perdido todo, pero no me quiero morir. El mundo es demasiado grande para dejarlo así como así. No estoy tan enferma... espero.»

Chelchal captó su mirada interrogativa y le hizo un guiño disimulado. Ella estaba demasiado cansada para sonreír, pero sintió una oleada de alivio.

—Bien, llévala a una habitación caliente —le ordenó Eulogio a Chelchal molesto—, y ordena que la cuiden. Pregunta si tienen un doctor aquí, o al menos alguien que sepa de hierbas para que la trate. Y tú no le hagas daño: me costó sesenta sólidos, y fue un precio mínimo, muy bajo para una trabajadora de su habilidad.

—No le haré daño —dijo Chelchal ayudándola cuidadosamente a levantarse—. Es una buena muchacha.

Ella volvió a desvanecerse camino a la casa de postas, y él la llevó medio arrastras hasta la habitación principal, hizo que el maestro de postas le diera una habitación con brasero y envió a una de las criadas a que la desvistiera y la metiera en la cama mientras él buscaba a alguien que supiera de hierbas. Al final encontró a una partera joven y vivaz que diagnosticó congelación y agotamiento, tras lo cual le envolvió los pies con compresas calientes y le dio un menjunje contra la disentería, mezclado con un caldo de cebada caliente con miel. Cuando partieron de Colosas a la mañana siguiente, Demetria tenía fiebre pero pudo subir al coche por su pie. Aquel día el camino fue más fácil, Eulogio puso algo de freno a su prisa y nadie la golpeó

en todo el día: por la noche se sentía muchísimo mejor.

—Estarás mejor en Constantinopla —le dijo Chelchal confiado a la mañana siguiente—. Llegaremos a Constantinopla en cinco días, tal vez; allí descansas. —Le dio una palmada en la mano, sujeta a la ventana del carruaje que continuaba avanzando mientras él hablaba. Chelchal cabalgaba junto a la ventanilla del coche. Se sentaba con una pierna doblada bajo el cuerpo, inclinado hacia atrás, como un hombre descansando en una taberna. Su silla era diferente de las de los otros guardias; era más grande, de madera, con la parte de delante y de atrás más altas y decoradas con incrustaciones de plata; la cambiaba de un caballo a otro y ella supuso que era de su propiedad y de origen huno. Chelchal parecía más cómodo sobre aquella silla que sobre los pies; incluso le había visto dormir montado. Le sonrió: él dejó de sonreír por un momento y se quedó pensativo, luego dijo—: ¿Qué te parece? Cuando llegamos a Constantinopla, el señor Eulogio te entregará a Crisafio. ¿Yo pregunto a Crisafio que nos permita casarnos?

—¿Qué? —preguntó Demetria, apartando la mano de la ventanilla.

—Eres una buena muchacha, inteligente, guapa. Y valiente. ¡Luchaste contra Berico como un guerrero! ¿Nos casamos? —Se tocó el pecho—. Yo nací hombre libre, soy un buen guerrero, valiente. Pronto hablo griego bien y me convierto cristiano, como tú. Crisafio y Eulogio me pagan buen dinero. No te golpeo. Soy buen esposo. ¿Sí?

«¡Dios mío! Ahora perderé a la única persona que consideraba un amigo —pensó ella—. Tendría que haberme dado cuenta de que no puedo esperar simplemente amabilidad de ningún hombre.»

—Yo... ya tengo un esposo. No puedo —dijo tartamudeando.

—Tu esposo está en Tiro. Todo terminó.

Demetria se mordió el labio, parpadeó y se quedó mirando al huno. Era extraño oír a Chelchal enumerando sus virtudes y descubriendo que eran las mismas que ella había utilizado una vez para elegir a Simeón. Claro que Chelchal era espantoso, extranjero y además apestaba, pero un soldado al servicio del gran chambelán del emperador era un partido mucho mejor que un pescador de púrpura en Tiro. No lo dudaba, así como no dudaba de que Chelchal sería bueno con ella; era evidente que, guerrero o no, era por naturaleza un hombre bueno. Pero la idea de casarse con él era insoportable.

—Lo siento —dijo ella sintiéndose muy desdichada y temerosa de ofenderlo—. Yo... mi esposo...

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo Chelchal—. Demasiado pronto, ¿eh? Sólo dos semanas. Demasiado pronto. Esperaré, ¿está bien? —Sonriendo, le tocó las ancas al caballo y salió al trote para adelantarse y cabalgar detrás de Eulogio.

Demetria permaneció quieta un momento, luego se llevó las manos a las orejas y se tocó los pendientes. Eran los de oro que Simeón había elegido para ella en Ptolemaida, y que nadie le había quitado. Recordó su expresión mientras la observaba

poniéndoselos, el cálido resplandor de su orgullo. Dejó caer las manos cerradas sobre la falda, luchando por contener las lágrimas. «Hace sólo dos semanas. Parece otra vida. Todo perdido. Pero no seré culpable de la traición que supondría iniciar una nueva vida con Chelchal.» Miró por la ventanilla del carruaje: el huno seguía cómodamente montado en su caballo, con los adornos de plata reluciendo alrededor de su sucio manto de pieles; delante de él, el agente cabalgaba rígido e impaciente, inclinado hacia delante como preparado para devorar las millas que los esperaban. Tal vez dentro de cinco días aquellas millas habrían desaparecido, y estarían entrando en Constantinopla para ver al gran chambelán del emperador. ¿Y después?

«Volveré a contar las mismas mentiras —pensó Demetria—. Y después... ¿quién sabe qué sucederá después? La conspiración de Nomos puede triunfar... o puede fracasar y destruirme en su fracaso. Pero debo tratar de creer que viviré, y mientras viva trataré de volver a casa. Serviré y halagaré a todos, humildemente; ahorraré el dinero que pueda y esperaré a que, de alguna manera, por obediencia, por soborno o por azar, algún día pueda ganarme mi vuelta a Tiro. Debo tener esperanzas. No vale la pena tener esperanzas de ninguna otra cosa, y no creo poder vivir esta nueva vida sin esperanzas.»

Al norte de los montes Taurus el tiempo era ventoso y frío, pero Eulogio y su grupo avanzaron hacia aquella dirección bajo un cielo azul y pulido como el esmalte. Sin embargo, al sur de Taurus, el mismo viento feroz empujaba nubes negras de lluvia y las lanzaba sobre el mar embravecido. Simeón las observó serio. «Todavía sigue fuerte y proveniente del oeste —pensó—. Hace ya cuatro días que sopla, y no hay previsión de que amaine. Sólo Dios sabe cuándo podremos seguir navegando.»

Él y Melecio habían hecho un excelente progreso durante los primeros días de viaje desde Tiro; navegando rápidamente hacia el norte con un firme viento de popa, rodearon la punta de Laodicea, a doscientas cincuenta millas de Tiro, en tres días. Pero el tiempo había cambiado. La fuerte brisa del sudeste había desaparecido dejando paso a la del oeste, que llegó con fuertes lluvias y olas más grandes. Simeón había atracado en el primer puerto que encontraron, que resultó ser un pequeño pueblo de pescadores a unas cincuenta millas al sur de la desembocadura del río Orontes. Los aldeanos se sorprendieron cuando la barca, extraña y elegante, entró en su playa lodosa, y se amontonaron a su alrededor con preguntas y ofrecimientos de ayuda.

Simeón les dijo que iban por negocios a Antioquía, remontando el río Orontes; tenía miedo de que, si los lugareños se enteraban de que estaba haciendo un viaje mucho más largo, dedujeran que tenía mayores recursos económicos y se sintieran tentados a robarlos y matarlos. Parecían tan pobres como para dejarse tentar incluso por la barca y la ropa que llevaban, pues sus embarcaciones estaban destartadas y sus vestidos eran harapos de manufactura casera. Pero eran bastante amables. Los extranjeros provenientes de Tiro constituían un acontecimiento poco común, algo para ser disfrutado, ya que ninguno de los aldeanos había viajado a más de cincuenta

millas de su pueblo. Pronto Simeón y Melecio se encontraron siendo huéspedes del hombre más importante de la aldea, un campesino acomodado que se ganaba la vida vendiendo pan y aceite a los pescadores y que llevaba una especie de taberna en el pórtico de su casa. Simeón contribuyó a aumentar considerablemente la clientela de ésta, pues se sentaba a contarles a los aldeanos noticias del sur. Eran ignorantes además de pobres: ninguno de ellos sabía leer ni hablaba griego, todo lo que les contaba era una novedad para ellos. Melecio escuchaba en un silencio desdichado. Simeón se había criado hablando sirio con la misma facilidad que griego, pero Meli, aunque durante toda su vida había oído hablar ese idioma y lo entendía casi todo, no se sentía lo suficientemente seguro para hablarlo. En casa siempre hablaban griego.

Pero a medida que pasaron los días y los vientos mantenían la *Procne* en la playa, la cálida bienvenida de los aldeanos comenzó a enfriarse. El hombre principal tenía una hija, una hermosa muchacha de dieciséis años con ojos negros. La posición de su padre y su belleza la habían convertido en la mujer más deseable de la aldea, y ella era mucho más receptiva con los extranjeros de lo que habría sido aconsejable. Abandonó sus tareas de casa y se pasaba el tiempo pegada a Simeón, riendo, charlando y corriendo para traerle lo que él necesitara. Varios de los jóvenes de la aldea parecían muy molestos con la situación, y el padre de la muchacha tampoco estaba muy contento. Simeón comenzó a notar miradas y murmullos cuando él aparecía y sorprendió a varios de los lugareños mirando la *Procne* con algo más que mera curiosidad. «¡Como si yo quisiera a una campesina sucia y llena de pulgas a la que casi doblo en edad! —pensó Simeón disgustado—. Aunque no fuera un hombre casado y ella no fuera la hija de mi anfitrión, no la tocaría. Pero si no nos vamos en un par de días habrá problemas por esta mujerzuela. ¡Cristo y san Pedro, enviadme un buen viento del este!»

Pero el viento soplaba obstinadamente del oeste, las olas se estrellaban contra la playa abierta y la lluvia caía pesadamente. A última hora de la tarde, en su cuarto día en la aldea: sentado bajo el porche de paja de su anfitrión, Simeón alcanzaba a ver la hilera de barcas en el barro, más feas que nunca a la luz mortecina de aquel atardecer nublado. La *Procne* estaba de lado, envuelta en su lona con el mástil de popa reclinado, mirando hacia el mar como un invitado aburrido en un banquete lastimoso. Simeón suspiró hondo y se rascó la picadura de una pulga de su anfitrión.

Melecio había estado jugando junto al fuego que calentaba el pórtico; al oír el suspiro de su padre se levantó y fue hacia él. Se apretó contra su rodilla y apoyó la cabeza en el brazo de su padre.

—¿Cuándo va a cambiar el viento? —preguntó.

—Cuando Dios así lo desee —respondió Simeón, pero después, como el niño parecía tan aburrido y triste, añadió—: Eh, ¿qué te parece si repasamos las letras?

Melecio no pareció demasiado entusiasmado, pero fue a buscar una madera y un carbón junto al fuego y se los dio a su padre. Simeón comenzó a garabatear letras sobre la madera y a pedirle al niño que las identificara. Mariam, la hija de su

anfitrión, se acercó mientras ellos estaban concentrados en la tarea. Se puso las manos en las caderas y chasqueó la lengua sorprendida.

—¡Qué niño tan inteligente! —le dijo a Simeón—. ¡Tan pequeño y sabe todas las letras tan bien como un escribano!

—No tan bien —refutó Simeón cortante: la muchacha le incomodaba. Escribió «Procne» sobre la madera y Melecio frunció el entrecejo. Mariam se acercó, se agachó junto al niño y se puso a mirar las letras un momento antes de mirar a Simeón de reojo, sonriendo. Llevaba una jarra de vino y unos vasos de cerámica. Era más o menos la hora en que llegaban los hombres de la aldea para beber algo por la noche.

—Dime, principito —le dijo a Melecio—, ¿qué pone?

Melecio puso mala cara; seguía disgustándole que le hablaran en sirio. Nombró las letras una por una y luego se quedó mirándolas. De vez en cuando podía leer una sílaba, pero nunca una palabra entera.

—Pro... —comenzó a decir—. ¿Progreso?

—No —respondió Simeón con paciencia—. Ésa es una pi, Meli. Pi, rho... ny, eta. ¿Cómo suenan juntas?

Meli las pronunció sin sonido y entonces se le iluminó la cara.

—¡Procne! —exclamó—. ¡Pone Procne!

Dos aldeanos llegaron al pórtico, un padre y su hijo mayor, éste frunció el entrecejo al ver a Mariam agachada junto al visitante. Se sentó pesadamente en la otra mesa mirándola. Ella no le prestó atención.

—¿Qué significa? —le preguntó a Simeón sonriéndole.

Él se encogió de hombros y dejó la madera.

—Es el nombre de la barca. ¿No tendrías que...? —le dijo, haciendo un ademán hacia los recién llegados.

Mariam se incorporó despacio y con desgana. Dejó la jarra de vino sobre la mesa de Simeón y fue a buscar agua. El aldeano joven dirigió su mirada hacia Simeón. El padre tosió incómodo.

—¿Por qué la barca se llama *Procne*? —preguntó cortés.

—En Tiro casi todas las barcas de pescadores de púrpura tienen nombres de tejedoras —respondió Simeón aliviado de encontrar un tema neutro de conversación—. Hay una llamada *Penélope*, otra *Aracne*, otra *Onfalia*, todas tejedoras famosas. El primer barco de mi padre se llamaba *Procne*, por eso yo le di el mismo nombre al mío.

Mariam volvió a aparecer con la jarra de agua y más vasos. Dejó uno frente a Simeón y lo llenó hasta la mitad con vino tinto espeso de su padre, aunque él no lo había pedido. El pescador joven acentuó el ceño. Mariam terminó de llenar el vaso con agua y luego, de mala gana, fue a servir a los clientes. Apareció otro hombre, pero la muchacha lo ignoró y se sentó en el banco junto a Simeón. Cogió la madera con la escritura y la miró como si así pudiera convertir los trazos borrosos de carbón en sonidos.

—¿Qué hizo entonces esa Procne? —preguntó.

Simeón miró impotente al cliente recién llegado. El otro, con mala cara, atravesó el pórtico, cogió él mismo un vaso y se sirvió vino.

—Fue convertida en golondrina —dijo Simeón resignado.

—Un ave veloz, la más ágil de todas —interpuso rápidamente el pescador mayor—. Buen nombre para una barca como la tuya.

—Eso pensé yo.

—Es una historia horrible —dijo Melecio de pronto y en buen sirio—. Yo la odio. Mariam rió y batió palmas.

—¡Hablas nuestro idioma!

Meli la miró muy serio.

—Me gusta más el griego. Mi madre siempre habla griego.

Ante esto el pescador joven rió, aunque Mariam no pareció arredrarse.

—¿Por qué te parece una historia horrible? —preguntó—. Yo diría que convertirse en una golondrina no sería tan horrible como convertirse en una serpiente o en un pez.

Simeón bebió un sorbo de vino. Si contaba la historia tal vez la muchacha se tranquilizara.

—Lo horrible fue lo que le pasó antes —dijo—. Fue así: había una vez un rey llamado Pandión que tenía dos hijas, Procne y Filomela. Filomela tenía habilidad para la música, pero los tejidos de Procne eran los más hermosos de toda la comarca. —La voz de Simeón había adoptado el ritmo característico del contador de historias. El grupo del pórtico guardó silencio y hasta el joven pescador escuchaba con atención. Una nueva historia era un tesoro, y los celos y el resentimiento podían esperar a que terminara el cuento—. Esto sucedió hace muchísimo tiempo —prosiguió Simeón—, antes de Alejandro. No sé cuándo sucedió exactamente, excepto que fue en los días de los antiguos dioses, cuando pasaban muchas cosas extrañas. —Vaciló: la mayoría de los aldeanos eran paganos, adoradores de Baal y de Astarté como lo habían sido sus antepasados desde hacía siglos. Su anfitrión y su familia parecían ser los únicos cristianos. Pero los otros aceptaron la referencia: los tiempos habían cambiado desde que los antiguos dioses reinaban sobre la tierra sin competencia—. En aquellos tiempos había un rey llamado Tereo, que reinaba en Tracia.

—¿Era huno? —preguntó el pescador viejo.

—Supongo —respondió Simeón—. Era bárbaro, fuera cual fuera su tribu, se hizo poderoso y sus vecinos comenzaron a temerle. Pandión, para protegerse, le ofreció a Tereo la mano de su hija Filomela.

—Tuvo que ser huno —dijo el pescador joven—. Nuestros reyes siguen comprándoles la paz con oro y matrimonios con mujeres nobles. En los últimos tres años hemos tenido tres impuestos suplementarios que pagar por la paz.

Hubo un gruñido de asentimiento entre los otros.

—¿Iba a casarse con Filo... Filomela, no con la otra? —preguntó Mariam. Simeón asintió.

—Así es. Filomela era la hija mayor. Bien, Pandión era un rey poderoso y bien valía la pena una alianza, de manera que Tereo aceptó el ofrecimiento y zarpó rumbo al sur, a Atenas, donde Pandión tenía su corte. Pero aunque había aceptado casarse con la hija mayor, sus ojos se posaron en la menor, Procne, quedando impresionado con su gracia y su belleza. En secreto, comenzó a desearla. Pero no dijo nada y se casó con Filomela entre grandes fiestas. Se la llevó a su reino en Tracia, donde durante un año, vivieron en paz y tranquilidad. Pero Tereo no podía olvidar a Procne, a la que seguía deseando, de manera que su esposa le parecía insoportable. Después de un año, Filomela quedó embarazada y Tereo la encontró menos deseable que nunca. Así que, finalmente, sin decirle nada a su esposa, volvió a embarcarse y una vez más se dirigió al sur, a Atenas. Su suegro y su cuñada se alegraron de verlo y le pidieron, angustiados, noticias de su esposa. Él les dijo que estaba bien y que esperaba un niño, también les dijo que ella había pedido que su hermana, Procne, la acompañara durante el parto; las dos hermanas siempre se habían querido mucho y Procne en seguida estuvo lista para partir. Su padre no sospechó que hubiera ningún peligro enviando a su hija con su yerno para estar presente en el nacimiento de su nieto, de manera que, feliz y contento, dio su permiso para que Procne acompañara a Tereo a Tracia. Y así fue que la pobre muchacha zarpó rumbo al norte y nunca más volvió a ver su tierra. — Simeón guardó silencio por un momento, poseído de pronto por la imagen de Demetria, llevada hacia el norte por extraños. «Pero no por lujuria —se dijo a sí mismo con firmeza—, y voy a traerla otra vez.» Movié la cabeza para aclararse las ideas y continuó: —Cuando llegaron a Tracia, Tereo cogió a Procne y sus criadas y emprendió el camino hacia el norte, a su ciudad, que quedaba lejos de la costa. Cuando ya habían recorrido un buen trecho del camino, ordenó a casi todo el séquito que continuara, le dijo a Procne que pararían para descansar y la llevó a una choza solitaria en un bosque. En cuanto entraron cerró la puerta y le ordenó que durmiera con él. Ella trató de simular que no entendía; le rogó que no las deshonrara, a ella y a su esposa; finalmente se negó. Su negativa no hizo más que enfurecerlo, de modo que la forzó en la misma choza, sin que nadie más que algunos de sus hombres de confianza oyeran los gritos de la desdichada. Cuando terminó ella le dijo: «Nos has deshonrado a todos, a mí, a mi hermana y a ti mismo. ¿Quién confiará en un rey que ha cometido un crimen semejante?» «Nadie lo sabrá», respondió él. «Yo lo contaré— respondió ella. —Lo contaré a todas las personas que encuentre.» «No se lo contarás a nadie», dijo él y empuñó la daga, volvió a agarrar a Procne y le cortó la lengua. Entonces la dejó encerrada en la choza y se fue. En la aldea siguiente le encargó a una anciana que le diera comida y la cuidará, diciéndole que era una esclava griega que había comprado y que había tratado de escapar, por lo que se la debía mantener prisionera y trabajando. Él volvió a su ciudad y no le dijo a Filomela nada de lo que había sucedido. A Pandión le envió un mensaje diciéndole que Procne

había caído enferma y había muerto durante el viaje. El anciano rey lloró a su hija, pero Filomela no supo nada. Pronto dio a luz a un niño, a quien su padre llamó Itis y, si bien ella no era feliz entre los bárbaros, tenía al menos, como madre y como reina, muchas cosas en que ocuparse.

»Procne se quedó en la choza del bosque, la anciana le llevaba comida pero la tenía encerrada. No podía decirle a nadie quién era ni lo que le había sucedido. Supongo que pasó hace tanto tiempo que nadie sabía escribir; la cuestión es que ella no podía escribirle a nadie. Lo único que se le permitía era tejer; la anciana la había puesto a trabajar de inmediato, pensando que eso agradaría al rey. Pero éste no volvió a interesarse por ella. De modo que Procne se sentaba ante su telar y tejía. Tejía un tapiz que acabó siendo la pieza más bella que se había visto en aquella comarca; la anciana se maravillaba cada día más. Tardó más de dos años en terminarlo, y cuando por fin lo hizo, la anciana no soportó la idea de que la pieza permaneciera en la choza esperando a que el rey llegara a verla algún día: la llevó a la ciudad del rey y la hizo colgar en el mercado, para que todos pudieran admirarla. Un tiempo después la reina miró por la ventana de su palacio, vio una multitud en el mercado y salió en persona a ver qué era lo que estaban mirando. —Simeón bebió otro sorbo de vino; su público esperaba expectante y en silencio—. Cuando Filomela vio el tapiz, supo de inmediato quién lo había tejido; más aún, supo todo lo que había sucedido, porque todo estaba representado en la tela. Atenas y el palacio de su padre; Terco y su barco, y Procne subiendo a él; también aparecía el bosque de Tracia y la choza, y otra vez Terco, esta vez con un cuchillo. Lo comprendió todo, aunque nadie más lo entendía entre la multitud. Al principio no dijo nada, sólo volvió corriendo a palacio, pero mandó llamar a la anciana y le rogó que la llevara a ver a la tejedora que había hecho aquel tapiz maravilloso. La anciana no vio nada malo en ello y la obedeció, y así fue como las dos hermanas se encontraron y lloraron la una en brazos de la otra.

»Pero Filomela no sabía qué hacer para rescatar a su hermana y rescatarse a sí misma. Su esposo aún era rey, y ella no era más que una esposa extranjera, sin poder alguno. Fue a su casa y pensó en lo sucedido. Tal vez se volvió loca.

—Odio esta parte —dijo Melecio. Se apretó contra Simeón y se tapó los oídos con las manos. Simeón sonrió y lo abrazó.

—Lo cierto es que actuó como una loca —le dijo a los aldeanos—. Esperó a que hubiera un gran festival entre los tracios y entonces cogió al hijo que había tenido con Terco, un niño de tres años, cogió la daga de su esposo y le cortó la garganta al niño. —Los aldeanos lanzaron una exclamación de horror—. Cortó el cuerpo en trozos y, apartando la cabeza, lo cocinó, y esa noche, en mitad de la fiesta, le presentó el plato a su esposo. Él comió la carne y la alabó con entusiasmo: «¿Quieres saber qué animal has comido esta noche?», le preguntó su esposa sonriendo. Cuando él dijo que sí, le trajo la cabeza en una bandeja de plata, cubierta con un paño. «Un animal salvaje, más feroz que un lobo —le dijo—. Como su padre», y descubrió la cabeza.

»Tereo comprendió lo que había hecho. Se levantó de la mesa con un gran alarido

y vomitó. Cuando se recuperó buscó a su esposa, pero ella se había ido. Cogió la espada, llamó a sus hombres y salió tras ella. Filomela había hecho preparar caballos y provisiones, y fue directamente a la choza del bosque en busca de su hermana Procne. Las dos mujeres cabalgaron toda la noche, pero cuando amaneció y miraron hacia atrás, vieron a Terco y sus tropas persiguiéndolas con las espadas desenvainadas. Entonces Filomela levantó los brazos al cielo y rogó a los dioses que las protegieran de su esposo.

»Y los dioses la escucharon. Cuando Terco llegó a donde estaban los dos caballos exhaustos no encontró allí a las mujeres, sino dos aves extrañas que salieron volando; al levantar la espada, se le cayó de la mano, pues los brazos se le convirtieron en alas y fue transformado, como ellas, en ave. Resultó que se convirtió en abubilla y Filomela, que amaba la música, en ruiseñor. Todavía recuerda al niño que mató, siempre llora por Itis; se puede apreciar si se escucha su canto. Procne se convirtió en golondrina, la más veloz y ágil de todas las aves, capaz de escapar de cualquier peligro; en otoño abandona el frío norte, donde estuvo prisionera, y vuela a casa.

»Ya está, Meli, he terminado. Ya puedes destaparte los oídos.

Melecio se quitó las manos de las orejas.

—Es una historia horrible —dijo esta vez en griego.

Simeón sonrió. Recordaba haber pensado lo mismo cuando su padre le contó la historia por primera vez.

—Bien, de todos modos, no creo que sea verdadera —le dijo a Meli—. Yo que tú no me preocuparía.

—Si fuera verdadera —dijo Mariam suavemente—, a mí me encantaría ver el tapiz.

—Aunque fuera verdadera —dijo el pescador joven hoscamente—, no podrías verlo. Si todo eso sucedió antes de los días del rey Alejandro, se habrá convertido en polvo.

—Mi madre hace tapices —dijo Meli—. El año pasado hizo uno que colgaron en una tienda en el mercado para que todo el mundo lo viera antes de que se lo llevaran.

—Tu madre ha de ser muy hábil —dijo Mariam con humildad. Tendió la mano y tocó el borde del manto de Meli, donde Demetria había tejido un dibujo azul de aves volando, sobre lana de un suave amarillo retama. Para Demetria era un dibujo sencillo, hecho rápidamente con los tintes más baratos, apropiado para un niño; ahora el manto le quedaba pequeño, pues ya hacía tiempo que tendría que haberle tejido otro con delfines. Pero Mariam lo tocó con reverencia. Su manto, como los de todos los aldeanos, era de la lana más barata, de color castaño grisáceo, sin teñir, tejido toscamente y cosido sin gracia—. ¿Cómo era aquel tapiz tan hermoso? —preguntó.

Melecio dudó.

—No lo recuerdo todo —confesó—, sólo la parte que hizo mi madre. Era un mantel de altar; mucha gente trabajó en él. Mi madre hizo la Virgen María yendo a Éfeso en un barco con san Juan. Era un barco mercante con velas blancas y un mástil

de popa en forma de paloma, la Virgen iba agarrada al mástil. Era muy bonita, toda en azul con oro alrededor de la cabeza. Éfeso estaba frente al barco, era amarillo y blanco y había una enorme cúpula de una iglesia que se elevaba en el centro. El mar era todo azul y verde, con peces, y se volvía más y más oscuro en el fondo, donde había múrices y púrpuras. Todos miraban el múrice y lo señalaban. Estaba allí para que, cuando se lo llevaran, las personas que lo recibieran supieran que había sido hecho en Tiro.

Mariam escuchó la descripción con los ojos entrecerrados y una expresión de desnudez en la cara.

—Me gustaría haberlo visto —dijo—. Me gustaría que supiéramos hacer cosas como ésas aquí. —Se volvió a Simeón—. ¿Cómo se hace para ser tejedora en Tiro? Supongo que hay que aprender de pequeña.

—Hay que nacer con el don —respondió Simeón.

La muchacha asintió sin sorprenderse.

—También hay que nacer pescador de púrpura, ¿no? —preguntó hoscamente el pescador joven—. Nosotros también tenemos múrice en nuestras costas, ¿sabes?; yo he encontrado conchas en la playa. Pero a nosotros nos azotarían o nos matarían si comerciáramos con múrice.

Simeón se encogió de hombros.

—Es sagrado; pertenece al emperador. A mí también me azotarían o me matarían si entregara mi pesca a cualquiera fuera del taller del emperador.

—¿La púrpura hace sagrado también a tu gremio? —preguntó enfadado el pescador joven—. ¿Sois mejores que nosotros?

—No somos un gremio, somos esclavos del Estado —respondió Simeón paciente—. Se nos permite trabajar con la púrpura porque pertenecemos al emperador, al igual que la púrpura. Ésa es la diferencia.

—¿Esclavos? —preguntó Mariam incrédula escrutando con sus ojos oscuros la ropa de Simeón, mucho más fina que cualquier prenda que tuviera cualquiera de los presentes.

—Esclavos del Estado —dijo él marcando las palabras—. Es diferente de los esclavos comunes.

Ella movió la cabeza.

—Hasta los esclavos comunes son afortunados —dijo ella en voz baja—, comparados con nosotros.

En contra de su voluntad, Simeón trató de imaginarse cómo sería vivir en esa aldea. Tiro era una ciudad grande, siempre había barcos que llegaban a puerto, contadores de cuentos y cantadores de baladas que se ganaban la vida en el mercado. En los festivales, se corrían carreras de carros en el hipódromo y se representaban obras vulgares en los teatros; había procesiones de la Iglesia con música y danzas, y procesiones civiles con trompetas y discursos. Aquí, seguramente, no tienen nada de eso, sólo las mismas caras, año tras año, y la misma interminable rotación de tareas

que nunca se acaban por completo. En Tiro siempre había abundancia de comida, aunque les fallara la cosecha local, la ciudad importaba cereal y se mantenía la ración de los esclavos estatales, fuera cual fuese la situación en el campo. Si aquí se echaban a perder las cosechas, hasta los más acomodados pasaban hambre. Y si había excedente, todas las ganancias iban inmediatamente a pagar el peso agobiante de los impuestos. Mariam era joven, ansiaba algo diferente, algo hermoso, un mundo de epopeya homérica, una imagen en un tapiz. Probablemente nunca había visto un tapiz ni una pintura. Probablemente envidiaba a Procne quien, encerrada en su choza, había sido al menos capaz de hacer algo hermoso a partir de sus recuerdos. Simeón se sintió avergonzado de su anterior desprecio por ella. Era normal que lo hubiera seguido por todos lados, queriendo saber más del mundo fuera de la aldea. Tal vez esperaba que él la llevara consigo cuando se fuera. «Probablemente pudiera comprársela al padre por diez sólidos —pensó—, si se los ofrezco, ambos quedarían satisfechos.» Tuvo un súbito deseo de comprar a la muchacha, llevarla a Tiro, a su casa, y regalársela a Demetria. «Ya sé que dijiste que no querías una esclava, pero ella estaba tan desesperada por salir del pozo de pulgas en el que nació que no pude dejarla.» ¿Lo comprendería Demetria? Tal vez sí. Entendía que las personas quisieran ver tapices, eso sí. Pero Demetria no estaba en Tiro; se la llevaban a Constantinopla, y Simeón no podía comprar a aquella muchacha extraña y llevársela en ese largo viaje.

Suspiró y se rascó la barba, luego miró en dirección a la *Procne* y vio que la barca se había convertido en una silueta oscura contra el oscuro mar; el pórtico estaba ligeramente iluminado por la luz roja del fuego. Se levantó.

—Es tarde —dijo al grupo evitando la mirada hostil del joven—. Meli, es hora de que te vayas a la cama. —Cogió a Meli de la mano y lo llevó, sin protestas del niño, dentro de la casa. «Otra noche a salvo— pensó, —y tal vez mañana el viento cambie. Dios quiera que sí. Tal vez esa muchacha sólo desea algo diferente, pero me los echará a todos al cuello si sigue actuando así; tenemos que irnos pronto.»

La lluvia paró durante la noche y el día siguiente amaneció rojo como la sangre y resplandeciente, con un viento del sur que barrió los últimos fragmentos de nubes negras. Simeón estaba en la playa antes de que fuera completamente de día, quitándole la lona a la *Procne*, revisando el equipo y buscando maderas para echar su barca al agua. Su anfitrión salió de casa mientras él estaba abocado a estas tareas.

—¿No pensarás irte hoy? —dijo el aldeano—. Este tiempo no se mantendrá así mucho tiempo; pronto habrá tormenta.

Simeón se encogió de hombros y miró el amanecer rojo y los macizos de nubes.

—Puede que haya viento fuerte esta tarde —respondió—, pero al menos podemos avanzar parte del camino hacia el Orontes y podríamos incluso llegar al río. Vale la pena aprovechar aunque sólo sea una mañana de buen tiempo, después de toda esta lluvia.

El aldeano se mordió la lengua.

—Como quieras —dijo. Después de dudar un momento añadió—: Ha sido un

honor para mi casa albergarte.

—Te doy las gracias por tu generosidad —respondió Simeón formal.

El otro asintió y después de vacilar otro momento dijo:

—Mi hija... ah, espero que no te hayas...

—Tu hija es una muchacha ansiosa por conocer más del inmenso mundo —se apresuró a decir Simeón—. Su curiosidad no me ofende en lo más mínimo.

Su anfitrión pareció aliviado.

—Esperaba que lo comprendieras. Sí, eso es exactamente lo que sucede. Anoche me dijo que quiere irse contigo cuando te vayas, pero eso es una tontería, curiosidad de mujeres, ya se lo expliqué. ¿No te ha dicho nada? No, es una buena chica; no osaría hacer semejante disparate, aunque lo piense. Es una chica respetable y tendrá una buena dote; arreglé su boda con el hijo de un amigo, un muchacho muy trabajador que heredará una buena granja a unas millas de aquí. Dentro de unos años se habrá instalado allí, habrá tenido hijos y se reirá de las tonterías que ha dicho.

Simeón guardó silencio. Mariam se casaría con un campesino, no con ese joven pescador de mal talante de la taberna. Se instalaría, tendría hijos y se olvidaría. Los años y una carencia permanente quebrarían su ansia de saber. Incluso podría ser feliz. ¿Por qué parecía, entonces, tan terrible?

«Tengo que irme», pensó. «Estoy empezando a querer a esta chica. Y no la deseo, aunque es bonita. Siento pena por ella. Quiero... quiero...», y se le llenó la cabeza con la imagen de su esposa, con su rostro sereno, con un esbozo de sonrisa, vuelto hacia el mar. La imagen cambió apareciendo otra de Demetria atada y amordazada, tirada en un carruaje, y la compasión por Mariam se desvaneció.

—Le deseo toda la felicidad a tu hija —le dijo a su anfitrión—. ¿Puedes ayudarme a mover la barca? Quiero zarpar pronto para aprovechar el viento.

El aldeano lo ayudó a empujar la *Procne* al agua, Simeón aseguró la embarcación con el ancla de popa y fue a buscar a Melecio. Mariam les estaba preparando comida. Tenía los ojos hinchados, pero no dijo nada. Simeón le dio las gracias, volvió a dárselas a su anfitrión por la hospitalidad, les dio algo de dinero y volvió a la *Procne*. Melecio saltaba de alegría y saludaba hacia la costa mientras su padre remaba para salir del puerto, luego fue a ayudar con la vela hasta que ésta se hinchó y la *Procne* surcó las aguas azul violáceas bajo un amanecer rojo. «No podremos llegar demasiado lejos hoy —pensó Simeón estudiando otra vez la luz ominosa—, pero si Dios quiere, incluso una aldea idéntica a ésta unas millas más arriba será un alivio.»

Eulogio y su séquito llegaron a Constantinopla el dos de enero, después de recorrer mil seiscientas millas en dos semanas y media. El último tramo del viaje fue en barca, cruzando el mar de Mármara, un espejo de agua tan pequeño que incluso barcos bastante grandes podían navegar en él durante el invierno con la tranquilidad de encontrar un puerto seguro si cambiaba el tiempo. Al atardecer llegaron al Bósforo desde Cízico y, como se estaba levantando mucho viento, entraron en el primer puerto de Constantinopla al que llegaron, un profundo puerto doble reservado

normalmente para los barcos egipcios de transporte de cereales que proveían de grano a la ciudad. En cuanto el barco tocó el muelle, Eulogio envió a su mayordomo corriendo a su mansión de la ciudad en busca de esclavos, caballos y una litera; cuando habían desembarcado el equipaje y el séquito había sido respetuosamente recibido por los funcionarios aduaneros, los hombres de Eulogio ya esperaban a su amo. Demetria fue metida en la litera —desde su desvanecimiento se la había considerado lo bastante delicada para necesitar esas deferencias— y llevada por dos fornidos esclavos a través de un laberinto de calles extrañas. No le prestó atención a la ciudad. Había cruzado tantas ciudades en el viaje que ninguna otra, ni siquiera la Nueva Roma, la capital del mundo, podía impresionarla. Lo único que entonces le pareció diferente de Constantinopla, era que sería el último punto de aquel viaje espantoso que había llegado a su fin.

Era noche cerrada cuando llegaron a la casa de Eulogio. La litera se mecía por un pasaje oscuro, atravesó una puerta con rejas de hierro y fue depositada suavemente en un patio muy iluminado con antorchas. Demetria se incorporó y apoyó los pies, con las piernas todavía temblorosas del viaje, en el suelo. Miró a su alrededor aturdida. La luz roja de las antorchas resplandecía en las aguas oscuras de la fuente central y creaba extrañas sombras sobre las hojas del laurel que crecía a su lado. El otro lado del patio estaba lleno de gente, una confusión de rostros a la sombra de la pared de una casa con numerosas ventanas que brillaban como joyas a la luz de las antorchas. Eulogio ya había desmontado y hablaba con un desconocido. Terminó de dar instrucciones para el cuidado del caballo, su cena y la de sus guardias, y luego buscó a Demetria con la mirada. Le hizo un movimiento de cabeza, indicándole que se acercara. Ella se puso en pie, haciendo esfuerzos para conservar la estabilidad; Chelchal apareció a su lado y la cogió de un brazo para ayudarla.

—Ésta es una tejedora de seda que compré en el taller de Tiro —les dijo Eulogio a los desconocidos, que debían de ser, pensó Demetria, los esclavos de la casa—. Será un obsequio para el ilustrísimo Crisafio. Cayó enferma durante el viaje; quiero que la lavéis para que esté presentable mañana por la mañana.

Los esclavos de Eulogio miraron a Demetria. El aturdimiento por la fatiga y por la luz de las antorchas se desvaneció y los vio: bien vestidos y bien alimentados; personas respetables que la miraban con asombro. Súbitamente fue consciente de su aspecto: encorvada por la enfermedad y el agotamiento, apoyada en el brazo de Chelchal, con la túnica y el manto mugrientos y apestando por la suciedad del viaje, con el cabello enredado y suelto sobre los hombros y la cara sucia y demacrada. Entonces se irguió, se soltó del brazo de Chelchal y trató de colocarse el manto.

El hombre a quien principalmente Eulogio se dirigía le hizo una seña a una mujer entrada en años, que en seguida se acercó y cogió a Demetria del brazo.

—Ven por aquí, querida —le susurró con una mirada nerviosa a su amo—. ¡Nuestro Señor de los Cielos, el viaje tiene que haber sido espantoso!

Demetria se vio conducida rápidamente a la parte trasera de la casa, seguida casi

de inmediato por las otras esclavas de Eulogio, que parecían una multitud, aunque después Demetria las contó y resultaron ser dieciséis. Apenas estuvieron lejos de la presencia de su amo se pusieron a hablar y a hacerle preguntas sobre su vida, Tiro y el viaje. A ella le resultaba difícil responder, pero su presencia —solidaria, curiosa y amistosa— era un inmenso consuelo. El espantoso viaje había llegado a su fin, y la habían recibido mujeres iguales a sus compañeras de taller; se encontraba a salvo.

La anciana la llevó a la habitación de trabajo de las mujeres, en la planta baja, en la parte de atrás de la casa. Era una habitación grande, iluminada con braseros. Había una cesta con lana y algunos peines y husos en un rincón, un telar con un tejido sencillo en otro rincón y unas hileras de ropa tendida para que se secase entre ambos. Como las esclavas, la habitación era cálida y amable. La anciana sacó una gran tina de baño de las utilizadas generalmente para la ropa y la puso en el centro de la habitación, pidiéndole disculpas al mismo tiempo porque el baño estaba reservado para el amo.

—Pero en esta habitación se está caliente, y es sólo para nosotras; los hombres no entran aquí. Puedes darte un buen baño; luego te traeremos algo de comida y podrás descansar un poco. —Demetria se limitó a asentir. Ansiaba sentirse limpia y entrar en calor, sentir la piel suave debajo de ropa que no estuviera dura y áspera por la mugre. Se habría contentado con lavarse en una pila.

Las esclavas de Eulogio se desvivían por que se sintiera cómoda. Admiraron las ropas de Demetria cuando se las quitó para bañarse; ella observó que las esclavas iban vestidas con prendas de lana teñidas, pero tejidas en casa, y que lamentaban que un tejido tan hermoso se hubiera ensuciado tanto; una de las chicas llevó una tina más pequeña y en seguida puso las túnicas y el manto en remojo. Otra llevó aceite aromatizado para Demetria y una tercera mujer le calentó una toalla para cuando saliera del baño. Se pelearon por decidir quién le prestaba su cama esa noche. Tanta amabilidad estuvo a punto de hacerla llorar.

Ya limpia, caliente y envuelta en una toalla, se estaba comiendo una sopa de lentejas y pan de comino cuando Eulogio entró en la habitación, seguido de Chelchal.

De inmediato las esclavas de Eulogio se pusieron en pie y sus expresiones de simpatía y curiosidad se convirtieron en ansiedad; inclinaron las cabezas en presencia de su amo. Eulogio le dirigió a Demetria una mirada crítica. La mujerzuela gris y desarrapada había desaparecido, según pudo apreciar con agrado. Esta mujer parecía cansada, pero tenía las mejillas de un saludable color rosa y el cabello brillante a la luz de la lámpara donde se había secado. Estaba sentada muy erguida en un taburete, con los pies desnudos y la cabeza echada hacia atrás, con una expresión de hastío en el rostro. Se había envuelto en la toalla como en un manto, con una punta por encima del hombro izquierdo, y se las arreglaba para parecer elegante. «Bien vestida —pensó él—, será un obsequio más que apropiado para su ilustrísima.»

—Bien, es un progreso —les dijo a las esclavas—. ¿Y su ropa?

—La hemos lavado, señor —dijo la anciana nerviosa.

—Bien. Colgadla junto al fuego para que se seque, es de buena calidad y quiero que se la ponga mañana cuando vaya a ver a su ilustrísima. —Le dirigió otra mirada crítica a Demetria y luego hizo un ademán con la cabeza—. Levántate y quítate esa toalla —le ordenó—. Todavía no te he visto bien.

Demetria sintió que la sangre se le subía a la cara. De pronto comprendió que él le estaba pidiendo más que todo lo que ya le había quitado. Quería que se quedara desnuda y quieta, delante de él y de Chelchal, mientras la estudiaba y la revisaba como a una vaca o a un caballo, para decidir si había invertido bien su dinero. «Al menos, cuando me hizo atar —pensó—, yo era una mujer, no un animal.» Se quedó donde estaba, apretando más la toalla.

Eulogio esperó un momento y luego él también comenzó a ponerse colorado. Recordó que la mujer había intentado engañarlo en el taller de seda.

—¡Te he ordenado que te quites la toalla y que te levantes! —le gritó—. ¡Putá, haz lo que te digo o te haré azotar! ¡No me has dado más que problemas desde que te compré!

—Entonces, ¿por qué me compraste? —respondió Demetria en voz alta. Se sorprendió ella misma, pero al mismo tiempo se enfadó tanto que la sorpresa pasó en seguida. Se apretó la toalla aún más y se levantó, enfrentándose a Eulogio por encima de su cena no terminada—. ¡No tienes derecho a culparme por ser un problema! —le gritó—. Me has atado, golpeado y maldecido todos los días desde que me viste, me has arrastrado a millas de distancia de mi casa, de mi esposo y de mi hijo, ¿te pedí yo que te tomaras tanto «trabajo» conmigo? ¡Que Cristo Eterno lo juzgue! ¡Diga lo que diga la ley, es injusto lo que has hecho conmigo, y si Dios es lo que decimos que es, Señor de todos nosotros, sufrirás por esto! ¿Crees que a Dios le importa que seas agente y amigo del gran chambelán del emperador? Él ve lo que haces, y para Él no hay esclavos, ni hombres ni mujeres, ¡Él me vengará, hijo del demonio, como si lo que hiciste se lo hubieras hecho al emperador mismo!

Eulogio estaba atónito. Se puso blanco y se quedó mirándola mudo. Las mujeres estaban aterradas y Chelchal azorado.

—¡Cómo... cómo osas hablarme así en mi casa! —pudo decir al fin Eulogio con la voz ahogada.

—Puedes hacerme azotar por insolencia —le dijo Demetria vehemente—. Tienes ese derecho según la ley. Pero no puedes hacerme azotar por mentir, porque sabes perfectamente que lo que acabo de decir no es más que la verdad. Estoy harta de tus gritos e insultos, ¡ve a ordenar que me azoten o déjame tranquila! —Eulogio abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces, como un pez, se puso escarlata, pateó el suelo con furia y salió como una tromba de la habitación. Demetria se sentó despacio, todavía temblando de rabia. Una de las mujeres lanzó un grito de alegría y aplaudió, y todas las demás se pusieron a hablar al mismo tiempo—. ¿Me hará azotar? —preguntó Demetria después de un momento temerosa de la respuesta.

Las mujeres rieron.

—¡No puede! —le explicó una de ellas—. Mañana te regalaré a Crisafio, no puede darle una esclava que acaba de ser azotada. Tendrá que simular que hablabas en sueños o que estabas temporalmente loca. ¡Ha sido más bonito que un festival! ¡Cómo me gustaría que te quedaras a vivir con nosotras!

Chelchal volvió a las habitaciones de la guardia sonriendo y moviendo la cabeza. Después de cenar había ido a ver a Eulogio, le había dicho al agente que quería casarse con Demetria y le había pedido que a la mañana siguiente le planteara el tema a su superior. Eulogio no había puesto ninguna objeción al plan y había sido sugerencia suya que el huno lo acompañara a inspeccionar a la mujer. «No tiene sentido comprar gato por liebre», había dicho. Chelchal se alegró de haber estado. No sentía el menor respeto por los ataques de malhumor de su amo y había disfrutado de la escena tanto como las mujeres.

Cuando Chelchal llegó, los otros guardias ya estaban acostados en sus jergones en la larga habitación que todos compartían en la parte de atrás de la casa.

—¿Y? — preguntó Berico. Habló en el gótico que usaban entre ellos, estaba al tanto de la diligencia de Chelchal: todos lo sabían todo sobre los demás. «Como chicos entrenándose —pensó Chelchal—, seguimos al amo, nos llevamos por delante a esclavos y criados, andamos con putas y peleamos como jóvenes guerreros con sus primeras cicatrices. Estoy demasiado viejo para esto; quiero una esposa y una casa.»

—Mañana hablaré con Crisafio —le dijo a Berico y cogió su colchoneta de un rincón junto a la pared. Hablaba gótico mucho mejor que griego.

Berico bufó.

—No entiendo por qué quieres casarte con esa puta. Es guapa, lo admito, y a mí no me desagradaría echarle el guante, pero ¿casarte?, ¿para qué?

Chelchal, que estaba desatando su jergón, lo miró y sonrió.

—No es una puta, godo, tú no has conocido mujeres que no fueran putas —le dijo feliz—. Tendrías que haberte dado cuenta. Ya intentaste algo con ella y lo único que conseguiste fue una buena patada en las pelotas.

Los otros guardias rieron; Berico se puso serio.

—Es una zorra —dijo—. Primero hay que atarla.

Chelchal movió la cabeza y desenrolló el jergón.

—Eres joven y no te has acostado más que con putas; piensas que no hay nada más. Te diré una cosa: cuando un hombre envejece, quiere una mujer para él, una mujer que no pertenezca a todos los hombres por dinero. Ésta es leal, yo lo sé. Es guapa y valiente. —Se echó a reír—. Por las espadas del cielo, ¡tendríais que haberla visto gritándole al amo! Él le dijo que se quitara la ropa y ella lo llamó hijo del demonio. El viejo hijo de puta se puso colorado y empezó a tartamudear hasta que al final se fue de la habitación. ¡Si esa mujer tiene un hijo con la mitad de su espíritu, será un guerrero de cuyas hazañas se harán canciones!

Los otros guardias rieron: Eulogio no era querido por ninguno de sus criados. Pero Berico seguía malhumorado, pensando en su fallido intento de violación.

—Tú ya tuviste esposa —dijo enfadado—. ¿Fue leal?

Chelchal dejó de sonreír. Su esposa había sido muy leal. Era muy diferente de Demetria: una mujer tímida, oscura, de ojos color de acacia. Kreka nunca le había dirigido la palabra a otro hombre, y en público caminaba modestamente con los ojos bajos. Pero lo había amado, había trabajado mucho para mantener bien las chozas y las carretas y buscaba por los campos cosas especiales que a él le gustaran; y en la cama gritaba, reía y le mordisqueaba con más sensualidad que cualquier puta. Pero no era valiente, no era una luchadora. Sería desdichada con su nuevo dueño, pero le obedecería tan mansamente como había obedecido a Chelchal; sólo las ganas y el gozo habrían desaparecido, arrancados para siempre de ella. «Mejor ser valiente —pensó él—. Mejor caer peleando. Aunque, ¿he peleado yo? ¡Dioses y espíritus, Dios de los cristianos, dadme la oportunidad de pelear contra mis enemigos! ¡Sólo una oportunidad, antes de morir!»

—No hables de mi esposa —le dijo a Berico con furia—. Era una buena mujer y algún día la vengaré. Y si alguien dice lo contrario, la vengaré en este mismo momento.

Berico guardó silencio. Se sabía que, a pesar de su buen talante, Chelchal era un luchador peligroso; no era hombre a quien conviniera ofender. El huno esperó un momento, aprobando el silencio, y entonces suspiró y se tendió sobre su jergón. Estaban todos agotados después del largo viaje; y él quería descansar.

VI

A la mañana siguiente, en cuanto despertó, Eulogio envió un mensajero al despacho del gran chambelán, en el Gran Palacio. Acababa de terminar de desayunar cuando volvió el mensajero para decirle que Crisafio lo recibiría alrededor de la hora cuarta del día, inmediatamente después de las consultas matinales con el emperador. Era lo que Eulogio esperaba, pero la torta de miel que se estaba comiendo le supo a polvo y tuvo dificultades para tragarla. Había vuelto rápidamente para demostrarle su celo, pero ahora tendría que admitir que tal celo había sido situado en un lugar donde no correspondía, y a Crisafio no le gustaban los errores.

Claro que iba a darle lo que tendría que haber sido un hermoso regalo... aunque ahora tenía muchas dudas sobre aquello. No había solución: la tejedora no se comportaba con la humildad propia de una esclava, de una mujer decente. En Tiro lo había puesto deliberadamente en una situación difícil y ahora lo había hecho quedar como un tonto delante de sus esclavas. Se estremeció al recordar la escena de la noche anterior. Para colmo de males ni siquiera la había mirado bien. ¿Y si tenía una inmensa cicatriz, o una marca de nacimiento, o algún otro defecto? Crisafio se sentiría insultado si le regalaban una esclava defectuosa. Claro que podría haber ordenado que la desnudaran la noche anterior, pero después de lo que ella había dicho, le había parecido un castigo tan leve que no había sido capaz de ejecutarlo, y no podía ordenar que la azotaran si pensaba dársela a Crisafio. Si...

«No la mantendré en mi casa —pensó enfadado— para que haga que mis esclavos se rían de mí a mis espaldas.»

Por debajo de su ira había una incomodidad mayor producida por las palabras de ella. La Iglesia decía que todas las almas eran iguales ante Dios y predicaba, si bien no siempre lo practicaba, la caridad para todos. «Recordad —les decía a los dueños de esclavos— que vosotros también tenéis un amo en el Cielo, y que con la vara que uséis para medirlos se os medirá.» Por más que Eulogio condenaba la debilidad de carácter, había sido criado y educado como cristiano, y sabía que era un mal amo. No tenía intenciones de cambiar y no quería que le recordaran lo que esto podía significar. Ahora deseaba haber dejado a esa desgraciada en Tiro.

«Bien —se dijo a sí mismo—, si es insolente con su ilustrísima, aduciré que yo no podría haberlo sabido, que conmigo se había portado bien. Y en realidad creo que así habría sido de no ser porque la mitad del tiempo estuvo medio loca por el cansancio y el sueño. Ninguna esclava en sus cabales llamaría "hijo del demonio" a su amo.»

Dio una palmada y mandó a buscar a su vieja ama de llaves, Arete, quien llegó, como siempre hacían todos, rápida y sumisa.

—Esta mañana veré a su ilustrísima —le dijo—. Espero que la tejedora haya descansado y recuperado el juicio.

Arete hizo una inclinación.

—Sí, amo. Ella... no recuerda casi nada de lo sucedido anoche, pero teme haberte hablado con impertinencia, excelente generosidad, y lamenta amargamente la demente fatiga que pudo haber provocado semejante maldad por su parte. —Por supuesto que Demetria no sentía ningún remordimiento, pero Arete era hábil, gracias a su larga experiencia, en el necesario arte de «apaciguar al amo».

Eulogio no creyó una palabra, pero aceptó el informe porque le convenía.

—La mujer no... —Vaciló sin saber cómo hacer la pregunta sin recordar su humillación—. No tiene marcas ni defectos, ¿no? —preguntó al fin bruscamente.

—Ay, señor, es una hermosa criatura; cualquiera se alegraría de tenerla. Su ropa ya está seca, como ordenaste, sabiduría; parece toda una dama. ¡Es un tesoro, ese don maravilloso que tiene para tejer!

—¡Bien! —dijo Eulogio tranquilizado—. Bien, busca alguna cadena de oro para colgarle del cuello y haz que la instalen en la litera, y dile a Estéfano que ensille mi mejor caballo: iré a palacio.

Eulogio salió hacia el Gran Palacio con pompa, vistiendo sus ropas más hermosas y montado en un magnífico caballo negro. Dos de sus guardias lo precedían, montados en bayos iguales, y dos más seguían la litera cubierta que llevaba a Demetria. Había puesto a Chelchal al frente. Tener un huno como servidor era marca del más alto favor e impresionaba al populacho más que el hilo de oro, aunque era una pena —pensó— que no se pudiera convencer a Chelchal de que se bañara. Salieron de la casa, que estaba en la tercera región de la ciudad, hacia la calle Central, la principal, donde giraron a la derecha.

Demetria apenas apartó la cortina de su litera para estudiar la ciudad. La calle Central estaba flanqueada por pórticos de mármol blanco cuyo tejados estaban decorados con estatuas de bronce dorado. Los portadores de la litera entraron despacio en el mercado, un gran óvalo bordeado con más columnatas, en cuyo centro había una altísima columna de pórfido que terminaba en otra estatua, brillante como el oro. Leones de bronce rodeaban una fuente central; a la derecha, un elefante también de bronce levantaba la trompa, y a la izquierda había una monumental cruz dorada y una hilera de bestias fabulosas. Los comercios del interior de la columnata resplandecían por la plata y el aroma de los perfumes invadía el lugar. El mercado bullía de gente, una masa maciza de color, sonido y movimiento a través de la cual el cortejo avanzaba lentamente. Cruzaron el mercado para llegar a otra amplia avenida, bordeada de columnas, aún más espléndida que la primera. Demetria apartó más la cortina para mirar hacia delante: iban a pasar por un arco monumental que daba a otro mercado. A la izquierda se elevaba una basílica y a la derecha se erguían los arcos de un estadio o hipódromo. La litera pasó despacio bajo el arco y entró en la otra plaza de mercado, en cuyo final Demetria vio una pared imponente con una puerta en el centro bajo un tejado de bronce dorado. Detrás de ésta estaría, seguramente, el palacio.

Soltó la cortina y se reclinó en la litera, sintiéndose enferma. «¿Qué haré en un

palacio? —se preguntó—. ¿Qué haré en una ciudad como ésta? ¡Ay, Virgen Santa, me gustaría estar otra vez en Tiro, en el taller, con los que me conocen, de vuelta en casa y en brazos de Simeón!»

Pero no había en esta espléndida ciudad ningún camino que pudiera llevarla de vuelta a su hogar.

«Tal vez no me cueste mucho tiempo ganarme la libertad. Me pondrán a tejer, seguramente, y supongo que podré hacer trabajos extra, como en Tiro. Puedo trabajar más que antes, porque no tendré un esposo y un hijo que cuidar. ¿Cuánto tendré que ahorrar? ¿Sesenta sólidos? Más, probablemente, a menos que mi nuevo amo sea generoso. ¿Cien? Eso debería ser suficiente para comprar la libertad. Tardaré... ¿diez años? ¿Quince? ¿Más? Ay, Dios mío. Simeón se habrá casado con otra en tanto tiempo. Meli será un hombre hecho y derecho.»

Apretó los dientes, tratando de calmarse. «Simeón me esperará si sabe que puedo volver —se dijo a sí misma—. Me ama. Y yo encontraré la manera de recuperar la libertad. ¡Al menos Crisafio es un eunuco y no tendré que preocuparme de que quiera acostarse conmigo!»

La litera se detuvo ante la puerta de Bronce; Demetria oyó la voz de Eulogio hablando con los guardias y luego continuaron: un paso, otro paso, la litera balanceándose y los porteadores entrando en palacio. La litera fue depositada en el suelo. Eulogio les dio algunas órdenes a sus guardias; hubo un silencio y luego su voz, muy cerca, dijo:

—¡Vamos! —Ella apartó la cortina y salió.

El Gran Palacio de Constantinopla no era un edificio sino una extensa serie de edificios: palacios, capillas y cuarteles, salones de banquetes y prisiones, jardines y terrazas... todo encerrado por un alto muro junto al mar en el extremo sudeste de la península que ocupaba la ciudad. La residencia principal del emperador y, por lo tanto, las más importantes oficinas del Estado estaban en el edificio llamado el palacio Magnaura, en la parte nororiental del conjunto. Fue allí donde Eulogio llevó a Demetria, tras dejar la litera, los caballos y los guardias esperando junto a los cuarteles de los «guardias escolarios», la guardia de palacio, cerca de la puerta de Bronce.

Crisafio tenía un despacho en el centro del palacio, entre las oficinas del Estado y las dependencias privadas del emperador. No había demandante, negocio o informe urgente que pudiera llegar al emperador —como tampoco podía ningún edicto imperial salir al mundo— sin pasar ante los ojos del gran chambelán del emperador. Y estaba claro que Crisafio entendía a la perfección su posición: había conseguido poner distancia entre sí mismo y el mundo. Eulogio y Demetria caminaron por un largo pasillo flanqueado por los ministerios de Estado y llegaron al fin a una salita de espera donde había sentados unos doce hombres, todos, a juzgar por sus ropas, del más alto rango. Eulogio pasó ante ellos y entró en otra pequeña habitación, un despacho. Cuatro secretarios trabajaban allí: dos, de espaldas a los visitantes,

copiaban afanosamente unos documentos; otro buscaba en una caja llena de expedientes y el cuarto escribía una carta ante un escritorio situado frente a la sala de espera. Este último levantó la mirada interrogante.

—Eulogio, princeps de los agentes in rebus —dijo el agente en voz baja, reverente, como quien está en la iglesia.

—Ah —dijo el secretario con tono aburrido. Verificó una nota que tenía en un libro inmenso a un lado del escritorio—. Sí. Su ilustrísima os espera. Acaba de volver de las consultas con su sagrada majestad hace un momento, podéis entrar. —Con la pluma señaló una puerta que había detrás de él y luego volvió a su carta.

Eulogio se acercó a la puerta, le dirigió una mirada severa a Demetria, la abrió y entró. Ella lo siguió en silencio con la cabeza baja.

Lo primero que vio fue la alfombra. Era de tapiz de seda, tejido con un arte exquisito, y el tema era los amores de Zeus. No había trabajado en ella, pero la había visto hacer, y sabía que no había sido encargada para el hombre cuyo despacho adornaba. Levantó la cabeza y miró sorprendida. Algo iba mal, algo que la hizo sentir definitivamente incómoda además de asustada, el hecho de que el gran chambelán del emperador se tomara la molestia de escamotearle una alfombra a la emperatriz a quien había contribuido a defenestrar.

El resto del despacho, igual que su ocupante, tenía las mismas características que la alfombra: lujo, buen gusto y exquisitez. Los frescos de la *Ilíada* pintados en las paredes se alternaban con paneles de madera dorada, decorada con imágenes de santos. Dos lámparas altas con pies de oro, que simulaban árboles en flor cuyos capullos a medio abrir estaban hechos con piedras preciosas, iluminaban la pared opuesta de la habitación a ambos lados de otra entrada; ésta no tenía puerta, sino que estaba cubierta con una cortina púrpura. Aunque era de día y el lugar estaba iluminado por dos altas ventanas a ambos lados, cada pie sostenía una lámpara encendida que quemaba aceite aromático que perfumaba el aire con mirra. Un escritorio de madera de cedro lustrada y esmaltada se encontraba en el centro de la habitación, y ante aquél estaba sentado Crisafio, con el mentón apoyado en una mano grácil y mirando la nada con aire pensativo; ni siquiera pareció darse cuenta de la llegada de su subordinado. Era más joven de lo que Demetria esperaba, seguramente tenía menos de cuarenta años, aunque era difícil adivinarle la edad a un eunuco. Tenía el cabello todavía de un matiz dorado oscuro y brillante como un yelmo, y su rostro delgado y de huesos delicados no tenía ni una arruga. Vestía la toga blanca con franjas púrpura de los patricios encima de una túnica que parecía hecha de oro: era como una estatua en la vitrina de un joyero, y casi no parecía respirar. Eulogio cerró suavemente la puerta a sus espaldas y se quedó humildemente inmóvil.

—Eulogio —dijo Crisafio al cabo de un momento levantando la cabeza. Tenía la voz suave y melosa, aguda, con el acento de las personas ricas y cultas—. Bien. —Apoyó las palmas sobre el escritorio y se puso a inspeccionar al agente con expresión cínica. Los ojos se posaron un instante en Demetria y volvieron a su subordinado—.

Por lo que me dijo tu mensajero, Tiro te ha decepcionado. ¿Qué me has traído?

Eulogio hizo una reverencia hasta el suelo antes de responder.

—Es cierto, ilustrísima, que mi ansiedad por la situación en Tiro fue un desperdicio. Esperaba encontrar traición, y sólo me encontré con un joven procurador lujurioso que en secreto utilizaba mano de obra del Estado para la manufactura de un manto para su uso personal. Investigué el asunto exhaustivamente y admito que mis sospechas eran infundadas. Si bien ha sido decepcionante el hecho de que todos mis esfuerzos hayan sido en vano, no puedo evitar, por supuesto, alegrarme de que nuestros temores por nuestro sagrado y amado augusto estuvieran fuera de lugar. — Eulogio hizo una pausa y Crisafio un leve gesto de hastío para que abreviara. Eulogio respiró hondo y prosiguió—. Providencia, para tranquilizarte sobre la seguridad de nuestro sagrado emperador, que, como me consta, es tu primera preocupación, te he traído a la tejedora cuyas manos tejieron el manto del que sospechábamos. Te ruego me permitas que te obsequie con ella, benevolencia. Está considerada la mejor tejedora de Tiro y es mi esperanza que, cuando hayas tranquilizado tu generosa mente interrogándola, podrás encontrar en ella un adorno para tu casa, así como beneficiarte de su habilidad que ha sido desde hace mucho un ornamento para el Estado.

Crisafio cerró los ojos un momento, luego volvió a abrirlos y clavó en Eulogio una mirada de dolorosa ironía. Eulogio había preparado su discurso en el camino desde Tiro, y estaba orgulloso de él; la respuesta de Crisafio lo frustró. El gran chambelán volvió a mirar a Demetria y esta vez levantó un dedo para indicarle que se acercara. Ella se aproximó despacio manteniendo la cabeza baja. Se detuvo frente al escritorio y se inclinó hasta el suelo; luego se incorporó y permaneció ante el gran chambelán con los ojos bajos. Crisafio levantó una vuelta del collar de oro que el ama de llaves le había colgado al cuello esa mañana, le levantó el mentón, luego la cabeza, que movió a un lado y al otro, observándole el rostro. Sus ojos oscuros y desdeñosos estaban a menos de dos palmos de los suyos. Demetria mantuvo el rostro inexpresivo. Se sentía como un ratón observado por un gato.

Crisafio dejó caer la mano como si el esfuerzo de mantenerla levantada hubiera sido demasiado grande para él.

—¿Dónde está el manto? —le preguntó a Eulogio.

Ésta era la parte más difícil.

—Me temo, ilustrísima, que no lo tengo. El procurador Heraclas se lo regaló al prefecto Filipo, que salió de Tiro a principios del mes pasado al enterarse de que su madre estaba enferma. Pienso pedirle que me lo muestre cuando le encuentre, pero vi las cuentas y hablé con los esclavos del taller, y todos estuvieron de acuerdo en que el manto era, en realidad, de color rojo y que había sido tejido para el procurador.

Crisafio sonrió levemente.

—Los esclavos son capaces de decir cualquier cosa —comentó—, y la mayoría de los esclavos se sienten obligados a proteger a los suyos.

Acentuó levemente la palabra mayoría, lo suficiente para que sólo un oído muy

fino pudiera haberlo notado, pero ese leve acento y la ligera sonrisa que lo acompañó fue para Demetria más claro que las palabras mismas. La mayoría de los esclavos se sienten obligados a proteger a los suyos. Algunos esclavos delataban e informaban a sus amos de actos de mala conducta para favorecerse ellos mismos. Crisafio había sido uno de esos esclavos, y Demetria lo supo con una certeza irracional; este hombre había informado a los amos, a los superiores, al mismo emperador, por eso estaba allí sentado, vestido de oro, en el eje del Estado, distribuyendo los favores del emperador con sus manos lánguidas. La sensación de incomodidad que se había unido a su miedo cuando vio la alfombra se cuadruplicó.

—¿Hablaste con Flavio Marciano? —continuó Crisafio.

Eulogio se desconcertó.

—No, ilustrísima. Se había ido de Tiro cuando llegué; creo que volvió a las tierras de su superior en las montañas.

Crisafio tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—No tienes el manto —dijo tras un larguísimo silencio—. Ni siquiera has visto ese famoso manto, y confías en lo que te han contado los esclavos. No viste a Marciano, a quien te advertí especialmente que investigaras. Me parece, mi querido Eulogio, que no has llevado este asunto... tan bien como podrías haberlo hecho.

Eulogio movió los pies como un niño intimidado.

Crisafio se incorporó de su asiento con las manos enlazadas sobre el escritorio.

—¿Cuándo se fue Marciano de Tiro? —preguntó—. ¿Por qué se quedó tanto tiempo?

—Tenía... unos asuntos que solucionar, creo. Fue una coincidencia que estuviera allí. Su superior tiene posesiones cerca... y oí algo de comprar unas tierras.

—Me desagradan las coincidencias —replicó Crisafio con frialdad—. Y me desagradan en particular las coincidencias relacionadas con determinado caballero. Marciano es tan peligroso como su superior, tal vez más. Aspar es principalmente un soldado, con toda la sutileza de un carnicero. Marciano es... harina de otro costal. —Dio un golpe sobre el escritorio—. Oímos rumores de que Nomos tiene algunos asuntos en Tiro, asuntos que exigirían ser investigados. Tú vas a Tiro y averiguas que se está tejiendo, en absoluto secreto, un manto encargado por el buen amigo de Nomos, Acilio Heraclas, y el máximo protegido de Aspar, Marciano, merodea la ciudad como un cuervo. En lugar de entrar en acción, pierdes semanas viniendo aquí a preguntarme qué hacer al respecto.

—¡No tenía autoridad para intervenir! —protestó Eulogio—. El prefecto también era amigo de Nomos; ¡no habría conseguido nada más que arriesgar mi vida si iba a pedirle ayuda! Además, me dijeron que no lo terminarían hasta al cabo de seis semanas.

—¡Te dijeron! —exclamó Crisafio con gesto desdeñoso—. ¿Quiénes te lo dijeron? ¡Los esclavos del taller! ¡Los mismos esclavos en los que creíste, sin cuestionártelo, cuando te dijeron que el manto era rojo! ¡Y, por arte de magia, el

manto que te aseguraron que tardarían seis semanas en tejer estuvo terminado en dos; y la madre de Filipo, amigo de Nomos, cae casualmente enferma y él tiene que irse de Tiro y llevarse el manto consigo! Pero hay algo más maravilloso aún: Marciano también se fue de Tiro, ¿en el mismo momento? Sí, ¿fue en el mismo momento?

—No lo sé —respondió Eulogio asustado—. Pero revisé las cuentas...

—Un pedazo de pergamino y una pluma pueden hacer cosas maravillosas, amigo mío. Pueden llevar cuentas claras... o no. —Crisafio resopló y miró a Eulogio con los ojos entrecerrados—. Bien —dijo tras un momento—, al menos me has traído una tejedora... para tranquilizarme. —Posó la mirada en Demetria—. ¿Tú me tranquilizarás, pequeña tejedora? ¿De qué color era el manto que tejiste para Acilio Heraclas?

—Era un manto rojo, señor —respondió Demetria en voz baja—, teñido con quermes y con dos paneles de tapiz.

—¡Era rojo! —repitió Crisafio—. ¡Qué tranquilizador! —La mano se movió con la velocidad de un rayo y volvió a cogerle el mentón, con sorprendente fuerza—. Bien, tal vez lo fuera. Las coincidencias existen; los procuradores son proclives a portarse mal con las tejedoras; las madres suelen enfermar; Marciano tenía asuntos perfectamente lícitos en Tiro. Pero Eulogio —dijo moviendo la cabeza de Demetria—, no puedo creer en todo esto basándome en la mera palabra de unos cuantos esclavos. Se debe aplicar un poco de juiciosa presión, y ver si sus historias cambian. —Con los dedos apretó el mentón de Demetria hasta que a ella se le escapó un quejido, entonces la soltó. Demetria se llevó la mano a la cara sin mirar al gran chambelán, sino dirigiendo la vista al escritorio, y pensó: «Tortura; está pensando en hacerme torturar». Le sudaban las manos y estaba mareada por el miedo, pero su cabeza trabajaba a toda velocidad. Tenía que haber una salida. ¿Contarle la verdad? Pero él no creería que le contaba toda la verdad, la torturarían de todos modos, y probablemente también lo haría con Filotimos. ¡Pero tenía que haber una salida!

Eulogio tosió.

—Por supuesto, ilustrísima, que tenéis toda la razón. Pero el... el huno que me prestasteis quiere casarse con esta mujer y me pidió que esta mañana expusiera el tema a vuestra consideración. Es un hombre valioso, tenemos tan pocos hunos a nuestro servicio. No quisiera perderlo, ¿qué debo decirle sobre la mujer?

Demetria lo miró sin comprender. ¿Se salvaría del potro de tormento si se casaba con Chelchal? «¡Mejor eso que la tortura!», pensó angustiada, pero no pudo evitar lanzar un sordo alarido de dolor.

—¡Chelchal quiere casarse con ella! —exclamó Crisafio con burlona sorpresa y dirigiéndole una mirada irónica a Demetria—. Bien, bien. Es cierto que es un hombre útil, pero de todas maneras creo que antes deberemos hacerle algunas preguntas a esta mujer. Les diré a los hombres que no le inflinjan daños demasiado serios. Un hombre ducho en su profesión conoce formas de interrogar que no acarrearán... desfiguramientos. Puedes decírselo a Chelchal. Bien, tejedora. ¿De qué color era el

manto?

Demetria gritó.

Fue un alarido fortísimo, espantoso, y mientras duró, incluso ella misma sintió una remota sorpresa de poder gritar tan fuerte; el sonido atravesó las paredes del palacio como un cuchillo cuando corta la seda. Crisafio se levantó de un salto alarmado y dio un paso atrás. Eulogio corrió hacia Demetria y la agarró de un brazo, la zarandeó hasta dejarla frente a él y comenzó a darle bofetadas. Ella levantó el otro brazo para cubrirse la cara y siguió gritando.

—¡Sacadla de aquí! —gritó Crisafio. Corrió a la puerta de su despacho y llamó a sus secretarios. Demetria estaba acurrucada tapándose la cara con el brazo y seguía gritando con todas sus fuerzas. Los secretarios irrumpieron en la habitación; ella los evitó, se soltó de Eulogio y se agarró al escritorio. Ellos vacilaron; pero en seguida avanzaron hacia ella y, con torpe determinación, la asieron y trataron de arrastrarla. Ella forcejeó, aferrada al escritorio con todas sus fuerzas y pataleando como una loca, sin dejar de gritar.

—¡Crisafio! —dijo una voz desconocida—. ¿Qué pasa?

Los secretarios la soltaron bruscamente, retrocedieron y se quedaron mirando paralizados en dirección al final de la habitación. Demetria se tapó la boca con una mano, para acallar sus gritos y también miró.

El hombre que estaba en pie bajo el dintel de la puerta apartando con una mano la cortina púrpura tenía casi cincuenta años, cabellos grises, ojos oscuros, era delgado y tenía la expresión suave y asombrada. Su manto púrpura rozó la cortina del mismo color, tan hermoso como la vida misma, rico, vibrante, inigualable. Demetria reconoció el manto. Ella había tejido la franja que adornaba el borde y estaba orgullosa de ese trabajo.

Actuó antes de que nadie se moviera. Se soltó del escritorio, pasó corriendo junto a los secretarios y se arrojó a los pies del emperador.

—¡Tres veces agosto! —exclamó—. ¡Por el amor de Dios, señor, emperador, soy una mujer inocente, no permitas que me torturen!

El emperador Teodosio II miró atónito a la mujer que acababa de arrojarse a sus pies y luego posó una mirada interrogativa sobre su gran chambelán.

Crisafio dudó sólo un instante antes de dejarse caer él también al suelo; se levantó con gracia y abrió las manos en gesto de rendición.

—Amo —dijo con voz suave pero no meliflua—, esta muchacha está equivocada. No te alarmes, te lo ruego: te explicaré. Lamento que se hayan interrumpido tus plegarias, piedad.

Teodosio pareció aliviado. Miró a la joven tendida a sus pies y se inclinó hacia ella.

—Tranquila —dijo con dulzura—. No van a torturarte. Puedes levantarte, joven.

Demetria se puso de rodillas mirándolo a la cara. Seguía siendo un rostro suave, bueno, asombrado y preocupado. Se secó las lágrimas y respiró estremeciéndose. «A

salvo... por el momento.» Teodosio le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, y ella vio que los dedos imperiales estaban manchados de tinta. Vacilante, cogió la mano y se levantó para descubrir, una vez en pie, que el emperador era un hombre bajo, no mucho más alto que ella. No tendría que haber sido una sorpresa, conocía las medidas de su manto, pero de alguna manera lo fue. Sus estatuas siempre le habían parecido inmensas.

—Amo —dijo seria antes de que Crisafio pudiera continuar, pues sabía que iba a hacerlo—, iban a torturarme. Estoy segura de que iban a hacerlo por amor a tu sagrada majestad, pero juro por todo lo que es sagrado que soy tu esclava, majestad, y nunca te he deseado ningún mal. —Vio la creciente mirada de asombro y continuó sin perder un instante—. Yo era tejedora, amo, en tu taller de Tiro. Tu gran chambelán cree que tejí un manto para un hombre que está preparando alguna conspiración contra ti, gracia. Señor, no soy más que una esclava, tejo lo que tus sirvientes, los procuradores, me dicen que teja, no sé nada de ninguna traición. Sólo sé que me han arrancado de mi casa y de mi familia, me han traído aquí y han amenazado con torturarme si no confieso crímenes de los que no sé nada. Te ruego que me creas, sagrada bondad.

Teodosio frunció el entrecejo y miró a su gran chambelán.

Crisafio parecía incómodo y perdido.

—Mi amo y emperador —dijo—, es cierto que amenazamos a esta mujer, es cierto. Espero que, conociéndome como me conoces, no creas que la habría torturado, si es que es cierto que es inocente, consideración. Es verdad que tengo razones para sospechar que un manto tejido por esta mujer en tu taller de Tiro estaba destinado a una malvada conspiración en tu contra, mi sagrado y amado amo; la amenacé, en la esperanza de que hablara. Si te he ofendido, amo, me sentiré desolado... pero formulé las amenazas por miedo por tu seguridad.

Teodosio pareció tranquilizarse.

—Por supuesto que no te creo capaz de haberle hecho daño a esta pobre chica —le dijo a Crisafio—. Ya sabes cómo aborrezco la crueldad.

—Yo también —se apresuró a decir Crisafio—, pero a veces, para protegerte...

—Ah, no es necesario que me asegures tu devoción, amigo mío; sé que me amas —dijo el emperador con una dulce sonrisa—. Pero... ¿tenías que asustar tanto a esta pobre? Dime, joven, ¿cuál es la verdad de esta historia? Nadie va a hacerte daño.

Ella vaciló. Admitir que el manto era púrpura pondría en funcionamiento toda la máquina del Estado para investigarlo. Tal vez ella escapara de la tortura, pero otros no, en especial por haber mentado antes. Crisafio podía decirle a su amo lo que más le conviniera: el emperador jamás se enteraría de nada que su gran chambelán no quisiera contarle. Filotimos, Eugenio el de las tintorerías, probablemente muchos otros tejedores, incluso su madre, todos irían al potro de tormento. Aunque, por otro lado, si descubrían la conspiración, podrían arrestar a Heraclas, en cuyo caso también se enterarían de todo.

Pero Heraclas podía escapar y ellos no se tomarían el trabajo de molestar a los tejedores, meros esclavos, incluso aunque no tuvieran al procurador, si tenían a Nomos en persona. No, la única vía de acción segura era insistir en que el manto era rojo.

Pero no podía decirlo, no de inmediato. Una cosa era asociar al emperador con la estatua del pórtico de la prefectura, pero este hombre, vivo y con esa dulce sonrisa, era otra. Era difícil aceptar la complicidad en la conspiración de Nomos para destronarlo. De Nomos ella no sabía nada, pero a Heraclas, su esbirro, lo odiaba desde lo más profundo de su corazón.

Aunque Crisafio y Eulogio eran igualmente malvados. Y, mientras este buen hombre vistiera la púrpura, sería Crisafio quien gobernara.

Demetria se mordió el labio.

—Amo —dijo, pues el silencio se estaba haciendo demasiado evidente—, ¿cómo puedo acusar a tu gran chambelán?

—¿Acusar a Crisafio? —preguntó el emperador—. No debes decir acusar, si lo que quieres decir es que te ha castigado por error. Cualquiera puede cometer errores y todos estamos obligados a perdonar, es más, debemos alegrarnos de poder perdonar, cuando el error surge del amor. Sé que Crisafio es la base de mi reino y de la felicidad de mis queridos súbditos y lo valoro con tanto cariño como se merece: no te preocupe decir que estuvo mal informado. Aunque tu vacilación hace que me gustes más, querida niña.

No había esperanza.

—Amo —dijo Demetria cansinamente, parpadeando para quitarse las lágrimas—, tu ilustrísimo gran chambelán ha estado confundido por las circunstancias. El procurador Heraclas me ordenó tejer un manto, ilegalmente y en secreto, pero el manto era rojo. El procurador deseaba poseer un hermoso tejido para su uso personal... y... y quería acostarse conmigo.

—¿Qué? —preguntó el emperador confundido otra vez.

—Quería que yo trabajara en un lugar privado, amo, de manera que pudiera visitarme. Me las arreglé para rechazarlo pero como estaba trabajando a escondidas, ninguno de los otros tejedores del taller vio el manto y, como el procurador se lo llevó como suyo, no estaba en el registro de encargos. Por eso tus sirvientes pensaron que debía de ser parte de una conspiración.

Teodosio esbozó una radiante sonrisa.

—¡Eso es! —le dijo a Crisafio con aire triunfal—. Ahora está todo aclarado, ¿no? Yo no puedo creer que nadie quiera conspirar contra mí.

Crisafio hizo una inclinación.

—Eres bondadoso, un santo en vida, ¡espero que tu modestia me perdone por decir lo que pienso!, pero tu bondad a veces te impide ver con claridad. Quieres creer que todos los hombres son tan virtuosos como tú, y yo bien sé cuánto atormenta tu noble espíritu ver su bajeza y su ingratitud. Pero hay hombres viles en este mundo

que no pueden soportar la bondad de tu sagrada majestad, que no se arredrarían ante la posibilidad de poner sus manos violentas en la misma púrpura sagrada. No he logrado encontrar el manto que tejió esta mujer, y tengo miedo. No culpo a la tejedora, que es una esclava y, como tal, está obligada a obedecer a sus superiores, pero ¿y si dice lo que ha dicho por terror? ¿Y si se la ha amenazado con una represalia terrible si osa desvelar algún depravado secreto? Creo que es necesario... ¡no torturarla, por supuesto!... pero sí interrogarla más exhaustivamente sobre este tema.

Teodosio frunció el entrecejo con preocupación.

—Amo, tu agente Eulogio fue a Tiro —intervino Demetria rápidamente—. Vio el taller y las tintorerías donde tejí el manto, y el taller de lana donde vendí los restos de la seda, verificó las cuentas en todos esos lugares. Fue muy exhaustivo y no encontró nada que diera a entender que el manto fuera púrpura, nada en absoluto. La única razón por la que no vio el manto fue que el procurador se lo dio como regalo de despedida a su amigo, el prefecto, de lo contrario, también habría encontrado el manto. ¿Qué más puedo añadir a lo que ya he dicho? ¡No hay conspiración alguna; no hay ninguna traición!

—Eso espero —dijo Crisafio sin mirarla—, pero no puedo estar seguro si no veo el manto.

Teodosio sonrió.

—Eres demasiado temeroso, amigo mío —le dijo afectuosamente a su gran chambelán—. Hay hombres viles por quienes nuestro cristiano deber es orar, pero si no has encontrado el manto, ¿por qué deduces de ello que hay alguna maldad en él? ¿Por qué hemos de creer que todo aquello que no conocemos es malo? Si este agente —le dirigió una vaga mirada a Eulogio— ya ha viajado a Tiro y lo ha visto todo, ¿qué más vas a conseguir asustando a una desdichada joven? A mí también me parece una mujer de un gran carácter, dado que se resistió a su procurador cuando éste quería obligarla a cometer un pecado; no creo que aceptara una traición. Y ese procurador tendría que haber respetado su cargo y no salir a perseguir a mis trabajadores con sus sucios deseos. Espero que haya sido reprendido por sus abusos.

—Lo reprendí severamente —declaró Eulogio no queriendo perder esa oportunidad de oro de llamar la atención del emperador—, y le advertí que respetara las posesiones de tu sagrada majestad si deseaba volver a ocupar un cargo público. Estaba muy apesadumbrado, pagó al Estado el coste de la mano de obra que le había robado y prometió no volver a merecer tu disgusto.

—¡Muy bien! —exclamó el emperador feliz—. Entonces todo está como debe estar, ¡loado sea Dios!

—¡Si tu sagrada majestad está satisfecho, yo también estoy satisfecho! —dijo Crisafio volviendo a inclinarse—. Es más, mi ánimo está tranquilo ahora: no puedo creer, ahora que la veo frente a ti, que esta tejedora pudiera haber estado implicada en ninguna traición, y estoy seguro de que no habría podido ser capaz de mentir

directamente a tus sagrados oídos y ante la nobleza de tu rostro. —Teodosio resplandecía—. Permíteme, amado señor —continuó el gran chambelán sin dejar de sonreír—, que te la obsequie.

—¿Un obsequio? —preguntó el emperador ligeramente sorprendido—. ¿Es tuya? Me pareció haber entendido que era esclava del Estado.

Crisafio volvió a sonreír.

—Mi protegido Eulogio usó la autoridad que yo le había dado para comprarle esta mujer al Estado y me la regaló a mí pensando que, una vez que me hubiera asegurado de tu seguridad interrogándola, podría quedármela... tengo entendido que teje a las mil maravillas, y es un adorno apropiado para la casa más noble. Pero me gustaría que tu sagrada majestad la aceptara. Entonces podrías estar perfectamente seguro de su felicidad, ya sea manteniéndola en tu palacio o regalándosela a otro o incluso dejándola en libertad. Sé que, de no ser así, tu generoso espíritu se inquietaría por su seguridad, y tu infelicidad por cualquier causa no puede ser sino mi infelicidad.

El emperador esbozó una sonrisa y le dirigió una mirada encantada a Demetria.

—Mi amigo, ¿me conoces tanto! —dijo—. Me había preocupado. Pero tu respuesta es digna de ti, generosa y afectuosa. Te doy las gracias por un obsequio tan espléndido. —Le tocó la mano a Demetria—. Soy realmente afortunado de tener un asesor tan prudente y tan devoto —dijo más a ella que a su gran chambelán—. Ven, entonces, criatura, ¿cuál es tu nombre?

—Demetria, amo —tartamudeó mirando confundida a Crisafio. No confiaba en este súbito giro de la situación.

—¡Demetria! Un nombre bendecido por la noble mártir. Un nombre excelente. Ven, Demetria, te llevaré a mi casa, donde podrás recuperarte del susto. Crisafio... habla con quien corresponda.

—Por supuesto, amo —dijo Crisafio inclinándose, y el emperador salió a través de la cortina púrpura con Demetria.

El gran chambelán esperó a que se hubieran ido y entonces batió palmas y, cuando los otros que estaban en la habitación lo miraron, les indicó que se fueran. Los secretarios se fueron en seguida pero Eulogio vaciló preocupado. Crisafio se sentó, furioso, ante su escritorio.

—Ilustrísima —dijo Eulogio sintiéndose muy desgraciado—... ¿qué pasará ahora? ¿De verdad crees que esa mujer estaba diciendo la verdad?

Crisafio le dirigió una mirada dura y desdeñosa.

—Ella supo, creo yo, que no tenía nada que temer si decía la verdad, porque el emperador jamás permitiría que se la torturase. ¿Por qué no iba a decirla? Y si mintió, ahora no hay nada que hacer. No podemos tocarle ni un pelo. Él es susceptible a la belleza y ella es precisamente del tipo de mujer que a él le parece más hermosa. ¿Por qué no pudo haber sido vieja y gorda? Él no habría estado tan predispuesto a escucharla.

Eulogio movió los pies incómodo.

—Yo no te habría obsequiado con una esclava vieja y gorda, ilustrísima.

Crisafio resopló asqueado.

—¿De qué me pueden servir las mujeres bonitas? No me gustan. Hacen que los hombres hagan cosas impredecibles. Una mujer que sea a la vez inteligente y hermosa debería ser estrangulada: es demasiado peligrosa para que se le permita vivir. —Los ojos le brillaron al encontrarse con los de Eulogio—. Como ésta. Tendrías que haberme avisado que era inteligente. Tuvo toda la puesta en escena preparada desde el momento en que se puso a gritar.

—¿No crees que estaba realmente asustada? —preguntó Eulogio recordando con pesar las palabras que ella le había dicho la noche anterior. La represalia divina caería sobre él si ofendía al mismo emperador. Ahora parecía que la mujer podía convertirse en concubina y favorita imperial, y el emperador mismo podía encargarse con sus propias manos de la venganza.

—¿Asustada? Claro que estaba asustada. Pero sabía lo que hacía y lo hizo deliberadamente. ¿No viste cómo se agarró al escritorio? Trataba de llamar la atención aquí; sabía que sería inútil gritar en prisión. Probablemente tuviera esperanzas de que viniera el emperador, pero se habría contentado con uno de los hombres que esperaban en la antesala... eran todos lo suficientemente poderosos para protegerla y crearme problemas. Y lloró tiernamente, tirada en el suelo, y se esforzó para que el emperador supiera que era casta además de hermosa, y tuvo el buen tino de darse cuenta de que él podía ofenderse si me atacaba directamente y, cuando vio que así era, se contuvo. Ah, sí, has traído una mascota muy peligrosa a palacio, una mascota que moriría de placer si pudiera destruirnos a los dos. Por suerte, él la sacará de aquí en un par de días.

—¿En serio? —exclamó Eulogio intensamente aliviado—. ¿Por qué?

—Porque, probablemente antes de esta noche, examine su conciencia en sus oraciones y descubra que quiere acostarse con esa zorra. Es tan piadoso que cree que todavía es un hombre casado, aunque esté separado de su esposa infiel, ¡gracias a Dios! Eudoxia fue más inteligente que una docena de tejedoras, y más hermosa. De modo que, muy a su pesar, él apartará de sí la tentación de adulterio y liberará a la tejedora o se la regalará a alguien, probablemente esto último, preferiblemente una viuda devota y adinerada, que la tratará bondadosamente pero que se ocupará de que nadie la toque. Piadoso como es, le desagrada que otros hombres consigan las mujeres que él quiere. Si por mí fuera —dijo en un susurro—, la haría torturar hasta que le quedase un hilo de vida y luego se la enviaría de regalo al rey Atila. No debes repetir nada de todo esto pues de lo contrario te haré llorar lágrimas de sangre.

Eulogio tragó saliva.

—Por supuesto... soy tu sirviente, ilustrísima.

—¡Eres un torpe idiota que ha estropeado todo este asunto desde el principio! —rugió Crisafio—. ¡Vete! ¡Y si alguna vez necesito volver a verte, lo que dudo mucho, te mandaré a buscar!

Eulogio se levantó y Crisafio se quedó solo en su despacho, mirando la imagen borrosa de su rostro en el delicado lustre de la tapa de su escritorio. El hecho de que el emperador fuera susceptible a la belleza había sido siempre una ventaja para él. Le daba cierta calidez a los sentimientos de Teodosio por él, pero no ofendía la delicada conciencia imperial. Y él también había preparado una puesta en escena perfecta poniendo a esa otra mujer inteligente y hermosa, Eudoxia, contra quien no era hermosa pero sí poderosa, Pulqueria, para luego conseguir la caída en desgracia de Eudoxia, de manera que sólo él gobernaba sobre Teodosio y sobre el imperio. Tenía aquello con lo que había soñado desde los nueve años, cuando su amo persa, con el que había dormido desde los siete y pensaba que estaba enamorado de él, que lo había hecho castrar «para mantenerle hermoso», lo había vendido súbitamente a los romanos. Crisafio juró entonces que nunca más lo traicionarían. Él tendría poder y traicionaría antes.

Pero las cosas se habían complicado hasta tal punto que ya no quedaba más poder que conquistar. Tenía confianza en su influencia sobre Teodosio, pero incluso una insignificante tejedora de seda de un taller imperial podía eludir a su guardia y llegar al emperador en contra de su voluntad. Le molestaba, pero también le inquietaba profundamente. A veces pensaba que de verdad amaba a su emperador, y detestaba el amor: el amor significaba debilidad, ser víctima, ser usado; los poderosos no debían amar. Pero lo que ahora sentía se parecía peligrosamente a los celos.

Suspiró y miró hacia la nada. «Pronto se habrá ido —se dijo a sí mismo—. Y no he perdido nada de mi influencia. Él jamás se acostará con esa mujer... no creo que haya dormido con nadie en su vida, a excepción de Eudoxia, y hasta de ésta conseguí deshacerme. Tal vez, cuando se haya desembarazado de esta tejedora, yo tenga aún una oportunidad para apoderarme de ella. No debo preocuparme por este tema.»

Pero se quedó deprimido y preocupado. Su mente, que se apartó de la desagradable cuestión del amor, no encontró refugio en las sombrías consideraciones de Estado. Su habilidad para esquivar los problemas no le servía de nada contra los hunos. El rey Atila no dejaba de exigir más y más a cambio de la paz, el pueblo y el Senado estaban inquietos bajo la carga de los impuestos, y en sus aliados no se podía confiar: lo desobedecían o discutían con él. «Fue un error ofender a Nomos — admitió—, vi el desprecio en sus ojos; sé cuán ambicioso es, aunque no habría permitido que me traicionara, no. Pero de todos modos, fue un error. Y fue un error no cerrar los ojos ante la insubordinación de Zenón. Pero no puedo confiar en nadie, y la mayoría de los hombres que uso son unos ineptos, como Eulogio.»

En contra de su voluntad recordó el destino de uno de sus predecesores, Eutropio, que había sido gran chambelán del padre de Teodosio, Arcadio. Él también había sido supremo en su época, había gobernado al emperador, había gobernado el Estado, y había sido el primer eunuco en ocupar el consulado de Roma. Pero había muerto de una manera horrible, traicionado por todos aquéllos a quienes había elevado para que gobernaran con él y decapitado en secreto tras una promesa de inmunidad. Crisafio se

pasó la mano por el cuello, luchando contra las visiones de su cabeza cortada y de su cara mirando con ojos vidriosos desde la punta de la pica de un soldado común.

«No sucederá —se dijo—. Soy más fuerte que Eutropio; no he cometido el error que cometió él, el de compartir el poder; nadie puede rivalizar conmigo. En cuanto a Nomos, estoy en guardia. Lo tengo vigilado, y si tiene intenciones de actuar contra mí, lo sabré por adelantado. Y todo el imperio caerá de rodillas cuando se sepa que he vencido a Atila.»

Ante este pensamiento sonrió. Había contratado a uno de los subordinados de Atila, un godo, para que matara al rey de los hunos a cambio de cincuenta libras de oro. Atila no había designado sucesor, y su imperio era de origen diverso y lealtades dudosas: estaba destinado a desmoronarse con su muerte. Entonces Crisafio sería un héroe, el salvador del Estado romano. ¿Qué importaba comparado con eso, el hecho de que una tejedora de seda inteligente, una esclava a quien había visto una vez y no volvería a ver jamás, le hubiera ganado una partida?

Dio una palmada y ordenó a su atento secretario que hiciera pasar al más distinguido de los nobles que atiborraban su sala de espera.

A la mañana siguiente Demetria durmió hasta tarde, se despertó a eso de las diez, cansada, con la cabeza pesada y la boca seca. Se quedó acostada un momento, mirando el borde de la almohada. Una luz gris bañaba el fino paño y se oía el ruido de la lluvia.

Se sentó desorientada. Estaba en una habitación pequeña con alfombra de lana y una ventana alta de cristal de buena calidad. Recordó vagamente que habían llegado allí la noche anterior después de subir incontables escalones, y que al abrir la puerta había visto la colcha, roja y púrpura, resplandeciente a la luz de la lámpara. Estaba exhausta. El emperador casi no había hablado con ella después de llevarla a palacio; la había encomendado a uno de los chambelanes eunucos de más rango, el cual había delegado la misión a otro de menor rango, éste la había llevado al encargado de los telares de palacio, un eunuco muy joven, de menos de veinte años, que le había mostrado toda la Magnaura y los telares, del primero al último. El palacio le había parecido de una magnificencia opresiva, y no había podido seguir las instrucciones del eunuco sobre el complejo protocolo y las reglas que regulaban las vidas del personal, aunque había intentado prestar atención. Cuando terminó el día, el pequeño dormitorio, la intimidad y el silencio habían sido un profundo alivio.

Se levantó de la cama, fue a la ventana, la abrió y miró hacia fuera. Una cortina de agua caía como cuentas de cristal; al otro lado se veían árboles, doblados por la fuerza del viento, y el agua gris del Bósforo sacudida por la lluvia. Volvió a cerrar la ventana y se vistió despacio.

El emperador la había rescatado de Crisafio, por el momento. Pero ella había averiguado lo suficiente gracias a las confidencias del encargado de los telares para darse cuenta de que el gran chambelán del emperador era el jefe de todo el personal de palacio y que, mientras ella permaneciera en él, sería su superior. Su fuga no era

tal a menos que pudiera escapar también de palacio. Pero aunque alguien pudiera tener éxito en semejante empresa, si atrapaban a Nomos ella sería castigada.

«El emperador parece bondadoso —pensó mientras se ajustaba la túnica—. Tal vez, si tengo oportunidad de hablar con él, pueda convencerlo de que me envíe a casa. Después de todo, era su esclava, y ahora soy de nuevo su esclava; él no perdería nada, y puedo servirlo tan bien en Tiro como en Constantinopla. Mejor, pues por lo que vi ayer no hacen muchos tapices aquí en palacio. Se lo pediré en cuanto tenga oportunidad. Oh, Señor, rogaré sin vergüenza, lloraré por mi pobre niño que se ha quedado sin madre, me arrastraré por el suelo como una actriz, cualquier cosa, si es útil. ¡Por favor, que María Santísima me escuche y me envíe a Tiro!

¡Aunque se descubra todo y tenga que morir, que al menos pueda ser en casa!»

Acababa de atarse las sandalias cuando llamaron a la puerta y entró el encargado de los telares, nervioso y con la cara colorada.

—El emperador quiere verte —le dijo—. Tienes que venir en seguida.

Teodosio estaba en su despacho privado. Copiar manuscritos era su distracción preferida, y estaba ocupado con los Evangelios cuando hicieron entrar a Demetria. Él le sonrió, dejando la pluma; ella le hizo la reverencia adecuada, hasta el suelo, y volvió a levantarse.

—Conque aquí estás, Demetria —dijo el emperador dirigiéndole una sonrisa especialmente dulce—. Espero que te hayan tratado bien.

—Sí, señor —dijo ella humilde, preguntándose cómo empezar con su súplica—. Todos han sido muy amables.

—Bien, bien. Sin embargo, he estado pensando en ti, querida, y... y he decidido que retenerte aquí no sería lo mejor. —Le dio un vuelco el corazón y sintió que el color le subía a las mejillas; fue a hablar, pero recordó el extremo respeto debido a un emperador y se interrumpió. Si no iba a retenerla en palacio sería mejor averiguar qué pensaba hacer con ella, antes de decir nada—. No —continuó Teodosio suavemente y con pena—, no debo retenerte. Además, no creo que tejamos tanto aquí, en el Gran Palacio, como para tenerte ocupada. Pero mi hermana... allí es distinto. Ella misma es una excelente tejedora y siempre se sienta una o dos horas al día ante el telar; muchas de sus mujeres son también muy hábiles, y hacen cosas hermosas en su palacio en el Hebdomón. Creo que estarías mucho mejor con mi hermana, de manera que he pensado... ah, Crisafio, aquí estás. Le estaba diciendo a Demetria que he decidido entregarla a mi hermana Pulqueria.

El gran chambelán, que acababa de entrar y comenzar su reverencia habitual al emperador, se detuvo antes de terminarla.

—¿A tu hermana, señor? —preguntó.

—Sí. Pensaba ir hoy a visitarla al Hebdomón. Hace meses que no la veo. Sé que tenemos nuestras diferencias, pero debería verla más a menudo. Ha estado muy sola desde la muerte de Marina.

Crisafio vaciló mirando a la tejedora con los ojos entrecerrados y tratando de no

dejar entrever su desprecio. La mujer saldría de palacio, como él había esperado; bien... pero no le gustaba lo de la augusta Pulqueria. Él la había obligado a retirarse pero nunca había conseguido que cayera en desgracia, y ella aún mantenía todos sus títulos y su riqueza, junto con la lealtad de casi todos los mejores generales y el cariño del pueblo de Constantinopla, a cuyos pobres había colmado de oro. Era tan piadosa como su hermano, pero tan dura y pragmática como éste benevolente e idealista; era mayor que él y le había dominado durante años. Crisafio pensó que cualquier cosa que llegara a manos de Pulqueria estaría fuera de su alcance para siempre... y no deseaba que Teodosio visitara a enemigo tan peligroso. Era por lo general muy sencillo sugerir razones por las cuales el emperador no debería visitar a su hermana. Teodosio temía a esa augusta de carácter fuerte y lengua afilada y aceptaba de buen grado cualquier excusa para evitarla. Pero ahora parecía encantado con la idea de obsequiarle esta hermosa tejedora a Pulqueria.

—Es una idea excelente, señor —le dijo Crisafio al emperador sonriendo—, pero ¿puedo sugerir algo? Hoy está lloviendo y te llevaría medio día llegar al Hebdomón. ¿Por qué no envías a la tejedora con una carta y vas en persona otro día, un día de sol? De esa manera podrás ver cómo se ha adaptado la joven, y no tendrás que preocupar a tu nobilísima hermana llegando sin ser anunciado. Ya no es tan joven y ha soportado un duelo profundo por Marina; sin duda preferiría ser advertida para prepararse para recibirte.

—Tienes razón —dijo Teodosio apenado y aliviado al mismo tiempo—. No había pensado en eso. Bien, entonces, Demetria, te enviaré a ella esta mañana y lo prepararé todo para ir otro día a visitar a mi hermana. Crisafio se encargará de proporcionarte un coche con escolta y escribiré una carta para que se la des. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—Supongo que lamenta dejarte, sagrada majestad —dijo Crisafio, con los ojos brillantes, antes de que Demetria pudiera decir palabra.

—Será mejor de esta manera —dijo Teodosio y, vacilante, le dio una palmada en la espalda a Demetria—. Mi hermana te tratará bien.

—Me alegra de que le hayas encontrado una buena casa a la chica —se apresuró a decir Crisafio al ver que la tejedora todavía daba señales de querer decir algo. «Quiere pedirle que le permita quedarse con él— pensó con una punzada de ira. — No debe tener esa oportunidad.» Lamento apresurarte, señor— continuó suavemente, —pero hay un asunto que creo que deberías tratar esta misma mañana, ¿tal vez podrías...?

—Por supuesto —dijo Teodosio de mala gana. Le dio un delicado beso a Demetria en la frente, volvió a darle una palmada en el hombro y salió con su gran chambelán.

Media hora después ella salía por la puerta de Bronce en un carruaje incrustado con piedras, ricamente tapizado, del que tiraban cuatro caballos blancos y al que precedía una escolta de diez guardias de palacio. Iba acurrucada contra el cuero

acolchado de un rincón, mirando por la ventanilla las calles de Constantinopla, mojadas por la lluvia, mientras avanzaban rápidamente. No sería, después de todo, el final del viaje, sino otra casa de postas. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos; sintió los párpados calientes e hinchados y un nudo en la garganta. Se imaginó que Simeón iba a su lado, mirándola con aquel escrutinio tierno e intenso que era tan particular en él, sin moverse, con las manos casi junto a las de ella. La imagen era tan vivida que abrió los ojos, llena de ansiedad... pero el asiento estaba vacío y ella seguía sola.

VII

El Hebdomón, la región de la planicie costera situada en las proximidades de Constantinopla, a once millas del Gran Palacio, tradicionalmente había sido el campo de entrenamiento del ejército. Teodosio el Grande había construido un pequeño palacio y una capilla para poder estar cerca de sus hombres, y su nieta Pulqueria había ampliado ambos al elegirlo como lugar adecuado para una vida retirada. La iglesia había sido agrandada más que el palacio: la augusta era famosa por su piedad. A los dieciséis años ofreció públicamente su virginidad a Dios, para lo cual donó a la Gran Iglesia de Constantinopla un lingote de oro con piedras preciosas en el que estaban grabados los términos de su juramento, en su nombre y en el de sus dos hermanas. Ninguna de las princesas se había casado y no se admitían hombres en el palacio, donde se decía que llevaban una vida dedicada a la oración, al ascetismo monástico y, en el caso de Pulqueria, a la alta política. Su única distracción, según se había dicho siempre, era tejer. Las dos princesas más jóvenes, Arcadia y Marina, habían muerto, pero Pulqueria seguía viva, sin poder, pero ni caída en desgracia ni olvidada, una seria presencia piadosa en los límites de la turbulenta danza política, tejiendo y orando en el Hebdomón.

Poco después del mediodía el carruaje de Demetria llegaba al patio del palacio del Hebdomón. Demetria no había visto mucho de la zona mientras se acercaban. La lluvia de la mañana se había convertido en nieve, en pesados copos que se derretían al tocar el suelo mojado, pero que llenaban el aire de ráfagas blancas que revoloteaban bajo el fuerte viento proveniente del mar. Había cerrado las ventanillas del carruaje y el mundo exterior se había vuelto un borrón desdibujado, el ahogado sonido de los cascos y el crujido de ruedas en el camino, y algún que otro grito o palabras confusas de los guardias. Cuando el coche se detuvo, oyó ruido de cascos y arneses producido por la escolta que se alejaba, abrió la puerta esmaltada y bajó de un salto. Nevaba copiosamente y el patio embaldosado en el que se encontró estaba blanco, aunque la nieve se había derretido sobre los arbustos, y los caballos exhalaban vapor al aire. El capitán de su escolta, a quien le habían encomendado entregarla sana y salva, la cogió de un brazo y la acompañó rápidamente a una caseta de piedra, oscura por la nieve derretida. Dentro, la oscuridad era casi absoluta en contraste con la blancura de fuera, habían cerrado las ventanas para evitar el frío y la débil luz que se colaba por las ranuras se perdía entre los paneles rojo oscuro y las cortinas negras que cubrían las paredes. El único sonido era el crepitar de un brasero de carbón. Por un momento Demetria pensó que la habitación estaba vacía, hasta que reparó en un eunuco cubierto con un manto negro que estaba sentado junto al brasero y los miraba fijamente con sus ojos oscuros.

El guardia le hizo una inclinación, le susurró unas palabras a modo de explicación y le entregó la carta del emperador. El eunuco asintió y se fue sin decir una palabra, dejando a Demetria y al guardia solos en la oscura habitación de la entrada, oyendo el

ruido de los copos de nieve que se derretían en el techo y el murmullo permanente del brasero del portero.

Tras un buen rato, volvió a aparecer con una anciana de aspecto severo también vestida de negro que, tras dirigir una mirada desaprobadora al manto rosa, los pendientes y el collar de oro de Demetria, le hizo un gesto al guardia. Éste se inclinó ante ella, sonrió a Demetria y volvió al patio exterior. Demetria oyó como gritaba a su tropa, ordenándoles que montaran y emprendieran el camino de vuelta a la ciudad.

—¿No va a entrar conmigo? —le preguntó Demetria a la anciana confundida—. Creí que iba a presentarme a la augusta.

—En este palacio no se permite la entrada de hombres —respondió con severidad la otra.

Era lo que Demetria había oído decir, pero seguía sorprendiéndola: un capitán de la guardia imperial tendría que cabalgar once millas para volver a la ciudad, en medio de la nieve, antes que pasar más allá de la caseta del guardia.

—Pero... pero han de tener algunos hombres —tartamudeó—, guardias, palafreneros...

—Para los guardias hay un barracón en el camino, has pasado a su lado, y los palafreneros tienen los establos; para los invitados hay una casa de visitas. Pero no se permite la entrada de hombres más allá de estas paredes a menos que la sagrada augusta en persona los invite. Te llevaré ante ella. Espero que sepas cuál es el protocolo que debes utilizar con una emperatriz.

A Demetria se lo habían enseñado el día anterior; en silencio siguió a la anciana dentro del palacio.

El palacio estaba tan oscuro como la caseta de la guardia. Contenía muchas de las cosas que habían adornado el Gran Palacio —tapices de seda púrpura, espléndidas alfombras, magníficos suelos de mosaico—, los colores predominantes eran el púrpura oscuro, el negro y el índigo, y las únicas imágenes y estatuas eran de santos. Las pocas mujeres que vieron al caminar por el laberinto de pasillos vestían de negro y ninguna les dijo ni una palabra, ni a Demetria ni a su guía; incluso entre ellas no intercambiaban ni un susurro. Sólo una vez, al pasar por un pasillo lateral, oyó que en algún lugar del palacio alguien cantaba. Era una canción conocida, un himno a la Virgen María, con un marcado ritmo lleno de gozo; en Tiro los trabajadores lo cantaban sentados ante sus telares. Demetria se detuvo un momento y miró hacia aquel lugar que estaba tan oscuro como el resto.

—Aquél es el camino hacia los telares —le dijo su guía en un tono algo más suave y haciendo una inclinación de cabeza para indicar el lugar de donde provenía el canto—. Tengo entendido que eras tejedora; ya iremos allí. Ahora, sigamos.

La anciana se detuvo al fin ante una puerta y llamó dos veces. La abrió otra mujer envuelta en un manto negro que inclinó la cabeza y se hizo a un lado.

La habitación era bastante grande, abovedada y embaldosada con un mosaico de dibujo geométrico en diferentes tonalidades de azul. La calentaban una serie de

braseros colocados a lo largo de las paredes, y estaba iluminado por tres pesadas lámparas de plata además de la luz mortecina de las ventanas bordeadas de nieve, pero el aire seguía siendo frío y húmedo. En las paredes había tapices púrpura. Tampoco aquí era el púrpura imperial vívido que se hacía mezclando el jugo del múrce con el del buccino, más pequeño, que daba un rojo encarnado, sino el color que se conseguía tiñendo sólo con el múrce, una tintura más valiosa pero oscura y fúnebre. El marco de oro de una gran pintura de la Virgen María era lo único luminoso en la habitación. En el medio de ésta había tres mujeres sentadas en sillas bajas, hilando lana púrpura en una rueca, mientras un eunuco leía sentado bajo una de las lámparas; el libro parecía una obra de teología. Todos iban vestidos de negro.

La guía de Demetria se dirigió al grupo de mujeres al llegar y se inclinó profunda y lentamente, mientras sus huesos crujían a causa de la vejez. El eunuco interrumpió la lectura, marcó el lugar en la página con el dedo índice y lo apoyó en las rodillas. La anciana se levantó rígidamente:

—Ésta es la esclava que tu hermano te ha enviado, señora.

Demetria se acercó e hizo la postración, sin saber muy bien ante cuál de las mujeres se estaba inclinando. Sintió el suelo frío y húmedo en la cara. Permaneció inmóvil un momento, esperando.

—Puedes levantarte —dijo una voz, y Demetria se puso en pie. La mujer que había hablado estaba sentada en el centro del grupo y, una vez reconocida, se dio cuenta de que su rostro le era familiar por los cientos de monedas y estatuas que lo reproducían. El tiempo y el ascetismo lo habían dejado más delgado que el de la imagen divulgada, con los ojos cansados en el fino encuadre de los huesos e inclinado hacia abajo las comisuras de la boca, pero los rasgos macizos y marcados eran los mismos. Llevaba el cabello gris peinado hacia atrás y sostenido por un sencillo tocado negro, y ahora el huso descansaba quieto sobre sus grandes manos cuadradas. Parecía mucho mayor que su hermano, aunque en realidad se llevaban sólo dos años.

—¿Tu nombre es Demetria? —preguntó Pulqueria—. ¿Eres una tejedora de Tiro?

—Sí, señora —respondió ella en voz baja y humilde bajando los ojos.

Pulqueria suspiró.

—Bien. Parece que eres un regalo para mí de parte de mi hermano. —Comenzó a girar otra vez el huso con un rápido movimiento de los dedos y a recoger una hebra de lana púrpura a medida que ésta caía—. ¿Por qué te ha traído de Tiro para obsequiarme contigo?

—No fue él quien me trajo de Tiro, señora. Un agente llamado Eulogio me compró en el taller como regalo para su superior Crisafio.

La emperatriz levantó rápidamente la mirada. Paró el huso y comenzó a moverlo despacio entre las manos.

—Para Crisafio —dijo, y sonrió. Era una sonrisa sin alegría, una sonrisa que respondía a alguna broma particular no muy agradable—. ¿Y por qué quiso comprarte ese Eulogio, y por qué Crisafio te regaló a mi hermano?

Lentamente, eligiendo las palabras con cuidado, Demetria le contó lo que le había contado a Teodosio. La emperatriz escuchó en silencio aunque, al cabo de un momento, reinició el hilado.

—Muchacha —dijo Pulqueria cuando Demetria hubo terminado—, eres un regalo mucho más interesante de lo que creía. —Miró a Demetria con expresión reflexiva—. ¿Qué dijo Crisafio cuando mi hermano anunció que iba a dejarte en mis manos?

—Dijo que era una excelente idea, señora, pero recomendó que el sagrado agosto no te visitara para entregarme él mismo. Sugirió que su sagrada majestad viniera otro día, un día de sol, después de haberte avisado con tiempo.

Pulqueria volvió a sonreír.

—En otras palabras, nunca. Crisafio no quiere que mi hermano me vea, y por lo general es fácil disuadir a mi hermano de sus planes de visita. La cuestión es que yo no lo halago. Mi voz es como la de una vieja arpía después del canto de esa dulce sirena de Crisafio. —Cogió el huso y lo puso otra vez en movimiento—. Pero hay un bonito juego en marcha del que yo no sabía nada. ¿Por qué estaba Crisafio tan convencido de que el manto de tu procurador era púrpura?

—Fue... fue hecho en secreto, señora. Y después el prefecto se llevó el manto, y el ilustrísimo gran chambelán no llegó a verlo nunca. Además dijo que sospechaba de otro caballero que había prolongado su visita en Tiro durante la misma época.

—¿Otro caballero? ¿Quién?

—Creo que el nombre que mencionó fue Marciano y, por cómo hablaron de él, estaba relacionado con el general Aspar.

—Flavio Marciano, el domesticus de Aspar, un tracio y, por lo que se dice, un hombre muy astuto. ¿Qué estaba haciendo en Tiro?

—No lo sé, señora. No sé nada de él. Fue todo un error.

—Pero Crisafio se lo tomó en serio. Es muy interesante. —Pulqueria apretó los labios, luego movió la cabeza y volvió a hacer girar el huso—. Ese individuo se está poniendo nervioso. Sabe que ha estropeado muchas cosas. Bien, Demetria, de manera que es gracias a Crisafio que te tengo para que tejas para mí. ¿Qué tejas?

—En Tiro, señora, sobre todo tejía tapiz.

—Si te encomendaban esa tarea en Tiro, está de más preguntar si eres buena. Muy bien. Me alegra tener otra buena trabajadora. Teonoe —dijo dirigiéndose a la anciana guía de expresión adusta—, te encargo a esta muchacha. Enséñale el palacio y los telares, y encuéntrale ropa negra. —Se volvió a Demetria y explicó—: Estamos todos de luto por mi hermana Marina que murió en julio. Teonoe te explicará nuestras reglas y te asignará tus tareas. Vivimos una vida de oración y ayuno, pero las cargas más pesadas de ascetismo son voluntarias y no tienes por qué asumir más que las que deseas. Espero que seas cristiana ortodoxa.

—Sí, señora.

—Bien. ¿Eres virgen?

Demetria contuvo la respiración. Sabía que la emperatriz hacía la pregunta

pensando en cómo encajaría Demetria en esa comunidad de vírgenes; y si podía, incluso, tomar el hábito algún día. Pero lo sintió como un golpe sobre una herida abierta. Ella quería a Simeón, no un puesto servil en un sombrío palacio entre lúgubres ancianas.

—No, señora —dijo secamente—. Estoy casada. Tengo esposo y un hijo en Tiro.

La emperatriz volvió a interrumpir el hilado. Miró a Demetria seriamente.

—Aja —dijo tras un largo silencio, y comenzó a girar el huso otra vez.

Aquel rostro tranquilo e impertérrito, de pronto llenó a Demetria de desesperación. Cayó de rodillas ante la emperatriz y alargó la mano para tocar sus rodillas cubiertas de negro.

—Por favor, señora —comenzó a decir casi sofocándose con la urgencia de las palabras—, por favor, mi hijo tiene sólo cinco años y mi esposo...

—Si vas a pedirme que te envíe a tu casa, no sabes lo que dices —la interrumpió Pulqueria bruscamente—. En cuanto te alejes de mi palacio Crisafio te atrapará para interrogarte, y esta vez se asegurará de que mi hermano no se entere, para luego deshacerse de ti. Está fuera de toda consideración, por lo menos durante unos cuantos años.

Demetria le soltó las rodillas y bajó la cabeza. Le ardían los ojos. «No voy a llorar —se dijo enfadada—. Ya es bastante malo pasar de uno a otro como un manto de segunda mano que no le gusta a nadie; bastante es haber suplicado una misericordia que nadie está dispuesto a darme; no permitiré que me vean llorar.» Miró a Pulqueria con los ojos secos. La emperatriz la observaba con una expresión inesperadamente amable, y a Demetria volvió a encogersele el corazón al darse cuenta de que en realidad Pulqueria no había dicho que no.

—Pero ¿dentro de unos años? —susurró casi sin voz—. ¿Si complazco a tu sagrada majestad, puedo tener alguna esperanza?

Pulqueria la miró; con la cabeza inclinada hacia un lado esbozó una sonrisa diferente, una sonrisa parecida a la de su hermano, dulce y amable, aunque, por lo demás, no se parecía en nada a él. Luego se encogió de hombros.

—¡Pero piensa en qué depositas tus esperanzas! —exclamó—. El placer carnal es un alto precio a pagar por las penurias que el mundo le asigna a una esposa. La situación de una virgen sagrada es mucho mejor y, además, más agradable a los ojos de Dios.

—Pero yo ya estoy casada —dijo Demetria con las manos enlazadas. Pulqueria seguía sin decir que no.

—Pero el azar te ha liberado. ¡Piensa de lo que te ha liberado! Los dolores de parto, la carga diaria de la obediencia, del cuidado de un hombre y de los niños cuando terminas las tareas que te corresponden como esclava. Y, por encima de eso, como dice el Santo Apóstol, la mujer casada busca complacer a su esposo, pero la mujer célibe busca complacer a Dios. Fue por esa razón, y no por miedo a la carnalidad, que el santo prefirió la virginidad al matrimonio. Desde joven comprendí

que si una mujer se somete una vez a un hombre jamás será mejor que una esclava; está por debajo de ella, por ser esclava de un esclavo, y sus deseos, su voluntad y sus habilidades son ignorados por todo el mundo. Por otro lado, libre del hombre, fue la Mujer quien dio a luz a Dios. Piensa en eso, muchacha. Sin duda tu esposo encontrará otra mujer. La Iglesia aprobaría que utilizaras tu libertad para elegir su disciplina, abandonando los placeres de la carne, cambiándolos por las riquezas del espíritu.

Demetria se pasó la lengua por los labios temblando, tratando de pensar en argumentos que la emperatriz aceptara.

—Pero yo estoy casada, y la Iglesia bendijo mi matrimonio, señora. ¿Cómo puedo tomar otros votos si los que hice entonces siguen vigentes? —Pulqueria seguía imperturbable, y Demetria continuó, a trompicones pero con firmeza—. Y los placeres de la carne, nunca... quiero decir, para mí no había placer. Sólo amaba a mi esposo y a mi hijo. No me di cuenta de cuánto hasta que los perdí. Había un huno en la escolta en el camino desde Tiro que quería casarse conmigo, a mí no me resultaba desagradable, pero la mera idea representaba una tortura, todo lo que yo quería era Simeón. —El nombre de su esposo le cerró la garganta, y tuvo que interrumpirse y luchar consigo misma para poder continuar—. Por favor, señora. Dios no da a todos la misma vocación. Yo admiro a aquellos capaces de amar a Dios lo suficiente para renunciar a todo lo demás, pero me conformo con cosas menos elevadas. Sólo aspiro a la bendición de tener trabajo para mis manos, y lo suficiente para vivir en paz con mi esposo y mi hijo. Si tu gracia me devuelve a mi casa, alabaré tu bondad sólo después de la de Dios para el resto de mis días.

La emperatriz suspiró.

—¡Ay, criatura! ¿Bondad, si te devuelvo a un esposo? Nunca he podido entender por qué las mujeres desean rebajarse tanto. Lo que está claro es que eras una esposa virtuosa. Nuestro Salvador nos enseñó que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido; Él aprueba el matrimonio, aunque en un rango menor que el celibato. Pero te he dicho que por el momento no podemos ni considerarlo. Si después de tres años continúas con la idea y tu esposo se muestra merecedor, continuando célibe en tu ausencia, te doy mi palabra de que te devolveré a tu casa. Hasta entonces, espero que vivas y trabajes en mi palacio, y que sigas nuestras costumbres con humildad. Puede que esta vida llegue a gustarte más que la anterior, en cuyo caso, te daré la libertad y podrás hacer voto en nuestra comunidad.

«Tres años —pensó Demetria atónita—. Sólo tres años. Meli aún será un niño... y seguramente Simeón me esperará. ¡Seguramente me espere si le escribo! ¡Sólo tres años!»

Se inclinó hasta apoyar la cara otra vez en el frío suelo, ardiendo de felicidad.

—Te doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón, señora —dijo—. Haré todo lo posible por complacerte.

—Muy bien —dijo Pulqueria dirigiéndole otra vez su amable sonrisa—. Ahora, Teonoe, muéstrale el palacio a Demetria y búscale algún trabajo. Las manos

habilidosas no deben permanecer ociosas.

La anciana guía, Teonoe, le encontró a Demetria una túnica y un manto negros en los almacenes de palacio y, después de hablar con otra mujer, la llevó por un largo pasillo hasta un piso superior y le asignó un dormitorio.

—Debes cambiarte en seguida —dijo susurrando mientras abría la puerta.

—Pero... —comenzó a decir Demetria.

—¡Silencio! —susurró Teonoe con severidad—. No se permite hablar en los pasillos ni en los dormitorios.

Demetria bajó la cabeza y entró en la habitación. Era pequeña, limpia y sencilla, con sólo una cama y una pequeña cómoda de madera de sándalo para guardar la ropa. Tenía una ventana con cristal, una alfombra y una colcha de lana, ambas blancas con el crismón, el emblema signográfico de Cristo, en azul. Demetria tuvo la súbita sospecha de que todas las habitaciones a lo largo de aquel pasillo serían exactamente iguales, con las mismas colchas, las mismas ventanas y las mismas mujeres con mantos negros vistiéndose a la misma hora todas las mañanas y sin poder hablar. Se estremeció y se desvistió muy despacio, quitándose el manto rosa y la túnica de lana azul con dibujos en las mangas y en el borde y los dobló cuidadosamente. Se alegraba de que no hubiera una túnica interior negra: pensar en ese color lúgubre en contacto con su piel la hizo estremecerse nuevamente. Se puso la nueva ropa y guardó sus cosas en la cómoda. Cuando salió al pasillo, Teonoe la esperaba. La anciana movió la cabeza.

—Los pendientes, muchacha —le susurró reprobándola—. Son objetos mundanos, no aptos para una casa que está de duelo.

Demetria se los quitó sin decir una palabra, volvió a la habitación y los puso sobre la túnica y el manto. Eran los que Simeón le había elegido aquel día en Ptolemaida. Los tocó con amor. «Tres años —prometió—. Tres años como máximo, si me porto bien aquí.» Cerró el baúl y volvió a salir. Ahora Teonoe asintió.

—Bien —dijo susurrando—. ¿Has comido? ¡Muy bien, ven por aquí!

Bajaron varias escaleras y pasaron por otro pasillo que las llevó a través de una serie de puertas macizas. Teonoe las abrió y le enseñó a Demetria las cocinas de palacio. Había mucho ruido, lo que resultaba sorprendente después del silencio anterior, y aroma a pan tierno y sopa de algarrobas. El lugar estaba repleto de mujeres que reían y charlaban mientras preparaban la cena en grandes hornos y calderos. Teonoe llamó a la puerta para llamar la atención, y una mujer robusta y de cara colorada se acercó, oyó lo que querían, lanzó una sonora carcajada y las llevó a la mesa de un rincón.

—Te traeré un poco de leche y pan, querida —le dijo a Demetria dirigiéndole una amplia sonrisa—, y después comerás como es debido, dentro de un par de horas, cuando esté lista la cena. ¡En seguida vuelvo!

—¿A las cocineras se les permite hablar? —le preguntó Demetria a Teonoe, levantando la voz para que la oyera por encima del barullo.

Teonoe dirigió una mirada de desaprobación hacia éstas.

—Se permite hablar durante el trabajo y en las comidas —dijo precisando—, aunque sería preferible que la charla fuera dirigida a la edificación del alma y la piedad, no a la frivolidad y lo licencioso. —Miró seria a la mujer de cara colorada que volvía con una bandeja con pan tierno, miel, leche de cabra y frutos secos. La cocinera robusta no le hizo caso, simplemente le dirigió otra espléndida sonrisa a Demetria y volvió a sus tareas, mientras le explicaba a una de sus compañeras un incidente sucedido esa mañana en el mercado.

—Y yo le dije: «Bien, me alegro de no ser tu esposa... Y él me respondió...».

Lo que él había respondido se convirtió en una carcajada. Demetria bajó la cabeza para ocultar una sonrisa. Tal vez el palacio del Hebdomón no fuera tan sombrío como le había parecido al principio.

Teonoe carraspeó, le dirigió una mirada severa a Demetria y comenzó a explicarle la estructura jerárquica del palacio y el orden de la vida diaria. La organización del Hebdomón era similar a la del Gran Palacio, con la diferencia de que se dedicaba mucho más tiempo a la oración y a los ejercicios religiosos y que, a excepción de algunos eunucos de alto rango, todas las funciones eran ejercidas por mujeres. La misma Teonoe estaba a cargo de los telares, aunque este título parecía más elevado y honorable en el Hebdomón que en el Gran Palacio.

—Estoy, por supuesto, al corriente de muchos de los trabajos que se han realizado en Tiro —dijo la anciana dirigiéndole a su pupila otra severa mirada—. Sé que son de un nivel muy elevado. Pero antes de asignarte un puesto, quisiera saber con mayor exactitud en qué has trabajado.

Demetria recitó una lista de los encargos sobre tapiz en los que había trabajado y la anciana escuchó en silencio casi hasta el final, cuando se mencionaron las cortinas para el palacio y se sobresaltó.

—Fueron entregadas el mes pasado —dijo—. Yo estaba en el Gran Palacio, había ido a llevar unos tapices que la augusta había encargado para la capilla del bendito mártir Esteban, y las vi. ¿Las hiciste todas?

Demetria negó con la cabeza.

—Hice a Cristo dándole la visión al ciego de nacimiento. Después tuve que dedicarme a otro encargo.

—¡Esa parte era la mejor! —dijo Teonoe con algo muy parecido al entusiasmo—. Vi los ojos ciegos con el brillo de la vida y le pedí al encargado de los telares que me permitiera estudiar toda la cortina. Estaba muy bien hecha, pero ese panel era lo mejor que he visto. ¡Bien! —La adusta anciana estuvo a punto de sonreírle con el mismo brío que la cocinera—. Tendremos que poner semejante talento a trabajar sin pérdida de tiempo.

Llevó a Demetria al taller del palacio, una inmensa habitación alargada con ventanas en la pared norte; le pareció, a medida que la recorrían, que se extendía a lo largo de todo el edificio. Había telares a ambos lados de la habitación, algunos

vacíos, muchos ocupados. Había grupos de mujeres sentadas hilando o tejiendo a la luz transversal; cien voces hablando, cantando, riendo; mientras los braseros exhalaban un humo fragante, cálido y azul. Al final del salón, Teonoe se detuvo ante un grupo de telares de seda, uno de los cuales se elevaba, lleno de joyas, por encima de su cabeza. Varias tejedoras vestidas de negro que trabajaban en los telares más pequeños levantaron la cabeza.

—Ésta es Demetria, una excelente tejedora de tapiz de seda de Tiro, que ha sido regalada por el augusto a nuestra sagrada señora —anunció Teonoe—. Trabajaré en las cortinas del altar para Blanquerna: la Huida a Egipto, creo. Ágata —dijo dirigiéndose a una mujer que estaba separando seda—, le he dado la habitación de Sofrosine, junto a la tuya. Enséñale el palacio. Yo tengo que volver a mi trabajo.

El resto de la tarde pasó de manera borrosa. Demetria encontró un sitio en uno de los telares pequeños, donde le dieron un cartón con un dibujo de la Huida a Egipto para un tapiz circular. Blanquerna resultó ser un lugar donde se iba a construir una iglesia: Pulqueria había fundado allí un magnífico edificio para albergar el manto de la Virgen, una reliquia especialmente sagrada que había adquirido. Era, al parecer, un gran honor que se le permitiera trabajar en las cortinas del altar; casi todas las mujeres a las que se les había asignado ese trabajo eran damas de compañía y muy pocas eran esclavas altamente calificadas. Pero Demetria pudo comprobar que el talento para tejer era valorado en todo el Hebdomón y ni siquiera estas grandes damas ponían reparos a su presencia. Casi todo el mundo tejía en el palacio, desde la dama de compañía más vieja y el eunuco más distinguido hasta la más joven trabajadora de la cocina, y un buen talento para el trabajo se admiraba tanto como la piedad. La emperatriz misma, le dijeron las damas, trabajaba dos o tres horas todos los días en la esquina de un gran mantel de altar para adornar la misma iglesia de Blanquerna. Éste colgaba del gran telar del final de la habitación. Era un trabajo magnífico, aunque, en opinión de Demetria, demasiado recargado, pues tendía a la profusión de oro y piedras preciosas en lugar de a la delicadeza del arte. Pero tras examinarlo con más detalle, Demetria llegó a la conclusión de que aquel estilo grandilocuente se adecuaba bien a la augusta, y que la delicadeza del arte no haría más que dejar a la vista otros defectos: como que Pulqueria era demasiado impaciente para rectificar. Pulqueria, pensó Demetria, era una mujer de carácter fuerte e impaciente, y aunque podía disimularlo en su rostro, no era tan eficaz para ocultarlo en su tejido.

Como había dicho la cocinera de cara colorada, la cena estuvo lista en seguida, y Demetria tuvo poco tiempo para verlo todo antes de que sonara una campana llamando al personal de palacio a las oraciones y a la comida de la noche. La que separaba seda, Ágata, vino hacia ella y la llevó a la sala de los criados, explicándole que si bien todas trabajaban juntas en los telares, a la hora de las comidas el personal superior y las trabajadoras comunes se separaban.

—Ellas se conforman con sopas ligeras y largas oraciones —le dijo jovial a Demetria—, mientras que nosotras nos quedamos con comidas más sustanciosas y

con la oportunidad de charlar.

Y realmente la comida era sencilla pero sustanciosa, y las mujeres charlaban. Demetria se sintió muy bien recibida. De alguna manera las otras esclavas se habían enterado de que ella había comenzado su estancia en el Hebdomón alabando el matrimonio ante la emperatriz, y recibieron la noticia con gran algarabía pidiéndole detalles con encantada admiración. Algunas de las esclavas estaban casadas con palafreneros o guardias, y tenían casa e hijos fuera del palacio, e incluso algunas de las mujeres solteras tenían dudas sobre la superioridad de la virginidad. La anterior ocupante de su dormitorio había sido, al parecer, una de éstas: ahora estaba embarazada, casada con un guardia y viviendo fuera de palacio.

—Teonoe estaba furiosa con ella —le confió Ágata—, y no dejaba de decir que no sabía cómo había conseguido Sofrosine salir de palacio y encontrarse con su hombre, pues nunca le había dado permiso. Claro que todo el mundo sabe que ella jamás le da permiso a nadie para salir de palacio, y menos para ir a un lugar donde se encuentran hombres. ¡Por eso nadie se lo pide nunca!

Una de las otras susurró:

—Pero todas sabemos que hay una salida por el muro, detrás de las letrinas; sólo hay que trepar al techo y dejarse caer al otro lado. Todas lo hacen.

—Yo no creo que lo haga —respondió Demetria pensando en el largo camino entre Constantinopla y Tiro, pero al ver que los rostros de sus compañeras se habían vuelto de pronto recelosos, añadió—: pero gracias por decírmelo.

Cuando terminó el día y pudo volver al pequeño dormitorio que le habían asignado, se tendió en la cama, en la oscuridad, palpando el borde de su manto negro. No había dibujo de flores, y sus dedos se deslizaron a tientas por el tejido suave.

«No será tan malo, sólo son tres años —se dijo a sí misma—, tratando de sacudirse el profundo sentimiento de tristeza. Tejer será interesante... una Huida a Egipto; yo tendría que ser capaz de ponerle sentimiento a un viaje como ése, después de haber hecho yo misma uno tan largo. Y las personas parecen buenas y felices. Estaré tranquila durante un tiempo. No tendré nada que hacer más que tejer... ni cocinar, ni traer agua ni limpiar. No tendré que tejer ropa para la familia, ni darle lecciones a Meli, ni estará Simeón.»

Ante este pensamiento la oscuridad pareció acentuarse. Se quedó quieta, angustiada por su añoranza de Simeón, sintiendo su cuerpo vacío. «Tres años —se repitió desolada, pero en seguida se corrigió con decisión— sólo tres años... tal vez menos, incluso, si consigo gustarles.»

A menos que fracasara el plan de Nomos, y se descubriera que ella había mentido y se la llevaran por traidora y encubridora. Se sentó y sus dedos se agarraron desesperados al borde del manto negro. Con los acontecimientos de los últimos días casi se había olvidado de ese peligro.

¿Dónde estaría ahora el manto? ¿Ya en Constantinopla? Filippo no podía haber viajado tan rápido como Eulogio, pero había salido de Tiro dos semanas antes: si

todavía no había llegado a la capital, lo haría pronto. ¿Qué sucedería entonces?

«No matarán al emperador —volvió a decirse Demetria tratando de convencerse y apartar el terror—. Nadie aceptará a Nomos si consigue la púrpura mediante el derramamiento de sangre.»

Pero ¿y si Nomos había arreglado las cosas para que otra persona fuera culpada de la muerte, para que nadie lo relacionara con él? Si mataba a Teodosio, no dejaría viva a Pulqueria. Habría otro asesinato, secreto o no, y las sonrientes esclavas de Pulqueria serían entregadas al nuevo emperador o a alguno de sus esbirros, ella incluida. Los «tres años» se convertiría entonces en «para siempre».

«Podría decirle la verdad a Pulqueria —pensó Demetria con un atisbo de esperanza—. Ella puede comprender por qué tuve que guardar silencio antes, y es evidente que odia a Crisafio, no me entregaría a él.» Ella era poderosa; tal vez lo bastante para vencer por sí sola a Nomos.

Pero ¿y si no es así? Seguro que acudiría a Crisafio antes que ver muerto a su hermano. Y si la investigación quedaba en manos de Crisafio, Demetria no sería la única en sufrir. Volvió a serle demasiado fácil imaginar a Eulogio volviendo a Tiro para interrogar a los trabajadores del taller con la ayuda del látigo y el potro de tormento: Filotimos, Daniel, Eugenio, Laodiki y otros terminarían mutilados o muertos porque Demetria había hablado. «¡No puedo traicionarlos! —pensó Demetria angustiada—. ¡No puedo!»

Pero si el plan de Nomos fallaba —estaba claro que el gran chambelán sospechaba de él y estaba en guardia— era seguro que sufrirían igual. Después de todo, ¿ofrecía Pulqueria una mayor seguridad?

Demetria estuvo despierta casi toda la noche, dándole vueltas a todas las posibilidades, hasta que por fin se quedó dormida en la oscuridad, con dolor de cabeza, los ojos irritados y la mente agotada en medio de sueños turbulentos.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, sólo había silencio. Lo que había sido opresivo el día anterior le pareció de pronto una maravillosa paz. Era posible flotar en la serena oscuridad, dejarse llevar sin pensamientos hacia el trabajo del día. Casi consiguió olvidarse de que estaba involucrada en una conspiración contra el emperador y de que pronto se enteraría de su éxito o de su fracaso.

Durante los dos días siguientes siguió la rutina del palacio inmersa en el silencio y la charla amable y fácil. Al tercer día se dio cuenta de que podía encajar perfectamente en esa rutina, casi sin pensar: despertar, orar, desayunar, trabajar, orar, comer, trabajar, orar, cenar e ir a la iglesia. El trabajo era en sí mismo un remedio para todas las miserias; mientras elegía el suave color de la hierba del camino bajo los pies de María y José, no tenía que recordar el manto que había tejido, ni preguntarse dónde estaría en ese momento, ni si había llegado a las manos del hombre a quien estaba destinado o si se había perdido en manos ajenas.

«¿Debo contárselo a Pulqueria? —volvió a preguntarse sentada con la cabeza inclinada durante una de las interminables sesiones de oración—. Presiento que ella

haría algo para detener a Nomos y mantener el hecho en secreto o asumir el mérito para sí misma; no querría compartir la gloria con Crisafio. Pero sólo sé de ella lo que he podido entrever en una sola conversación, lo que he visto en los telares y lo que han dicho sus esclavas. No puedo estar segura. ¿Y cómo sé si me salvará aunque pueda oponerse sola a Nomos?

»Sin embargo, hay una posibilidad de que pueda y quiera... una buena oportunidad. La mejor oportunidad que tengo, no, la única. Debo hacerlo; debo hablar con ella. Mañana.»

A la cuarta mañana de su estancia en palacio, le dijo a Teonoe que deseaba hablar en privado con la sagrada augusta. La adusta anciana sonrió.

—Estás cambiando de idea, ¿eh? —le preguntó con satisfacción—. No creías que las mujeres pudieran arreglarse sin hombres, ¿no? Y ahora que has visto que nos arreglamos mejor sin ellos, estás reconsiderando tu situación con tu esposo. Bien, le preguntaré si desea verte, y espero que sí. Le gustas, muchacha; tienes control sobre ti misma.

Después de las oraciones matinales, Teonoe volvió para anunciarle que la emperatriz la vería en la sala azul de visitas durante la sesión de trabajo de la tarde. Después de comer, Demetria se dirigió a la habitación donde Pulqueria la había recibido por primera vez. Pero la anciana guardiana de la puerta había puesto su silla fuera del salón y, cuando Demetria se acercó, negó con la cabeza.

—Tiene visitas del mundo —dijo la mujer desaprobadora—. Hombres. Espera a que se hayan ido.

Demetria esperó apoyada en la pared. Tras un rato, oyó voces que se elevaban dentro de la habitación, voces masculinas y airadas. Las respuestas de la emperatriz eran inaudibles pero, al parecer, eficaces: de pronto la puerta se abrió de par en par y dos hombres salieron por ella retrocediendo con expresión de ira pero también de temor. Uno de ellos era Eulogio.

Demetria se apretó contra la pared y se acurrucó dentro del manto. Los ojos del agente pasaron por encima de ella sin verla... pensando que era sólo otra mujer del palacio envuelta en sus ropas negras y merodeando en un pasillo a oscuras. El portero eunuco apareció tras él, oscuro e implacable, y lo llevó a la salida.

—Ahora podemos entrar —dijo la guardiana de la puerta, y cogiendo su silla y entró en la habitación. Demetria vaciló un momento, tratando de recomponerse, y luego la siguió.

Pulqueria y sus dos damas preferidas estaban sentadas en sus lugares habituales. Las damas hilaban plácidamente pero la emperatriz estaba sentada con el huso en la mano como si fuera una daga. Parecía, de alguna manera, más joven, y sus mejillas gastadas estaban ruborizadas, aunque era imposible saber si de rabia o de entusiasmo. Cuando vio a Demetria le brillaron los ojos.

—Bien —dijo—, creo que puedo adivinar la razón por la que querías verme.

Fue la noche de aquel día, el seis de enero, cuando Flavio Ardaburio Aspar (ex

jefe del ejército para Oriente, para Tracia y para el palacio; ex general en jefe para África e Italia; senador y ex cónsul, y simple civil desde hacía seis años) recibió una carta de la augusta Pulqueria.

El mensajero, uno de los eunucos de Pulqueria, llamó a la puerta del comedor mientras Aspar, reclinado, disfrutaba de una cena con su representante Marciano. Aspar era un hombre grande, rubio, de ojos azules y con barba, como sus antepasados bárbaros; estaba tumbado cuan largo era sobre su diván, con una copa de vino en la mano y una sonrisa jovial en su tosco rostro rubicundo. Marciano estaba tendido con más elegancia y también sonreía. Había llegado de Tiro no hacía aún dos horas y ya se había enterado de que Filipo había llegado aquella misma tarde y estaba siendo estrechamente vigilado.

El eunuco de Pulqueria entró, se inclinó hasta el suelo, se incorporó y le tendió a Aspar una carta sellada con la púrpura imperial.

—De la sagrada augusta —dijo sencillamente.

Aspar se sentó bruscamente. Cogió la carta, miró el sello por un momento y, consternado, dirigió la mirada a Marciano. Marciano movió la cabeza y se encogió de hombros. Aspar frunció el entrecejo como enfadado, revisó el sello, abrió la carta y la leyó con su voz clara y profunda:

Aelia Pulqueria augusta a Ardaburio Aspar le desea salud y larga vida. General, me complacería que tú y tu domesticus Marciano pudierais presentaros ante mí en mi palacio del Hebdomón mañana lo más temprano posible. Hay asuntos de grave importancia para el Estado que debo hablar contigo.

Aspar se quedó ceñudo por un momento, mirando las esmeradas letras negras, y luego miró al mensajero.

—¿Asuntos de grave importancia? —preguntó—. ¿Qué asuntos?

—Eso es algo que mi señora podrá decirte —respondió con suavidad el eunuco—. ¿Qué respuesta debo darle a su serenidad?

Aspar bufó y se encogió de hombros intrigado, luego dobló la carta con cuidado. Miró un instante el sello roto; ahora su ira se había mezclado con otra emoción. Deliberadamente inclinó la cabeza y se llevó el sello a los labios.

—Dile a su sagrada majestad que es un privilegio para mí servir a mi soberana y emperatriz. Marciano y yo estaremos mañana en el Hebdomón, en cuanto nos sea posible.

El eunuco sonrió.

—Mi señora no esperaba otra respuesta y me dio instrucciones para que te diera las gracias por tu lealtad. —Volvió a inclinarse hasta el suelo y se fue sin decir una palabra más.

Aspar permaneció callado un momento, mirando la puerta, con los ojos entrecerrados en una expresión muy parecida al odio. Luego comenzó a sonreír con una sonrisa extraña. Echó hacia atrás su cabeza de cabellos rizados y lanzó una estentórea carcajada.

—¡Nuestro Señor de los Cielos! —exclamó volviéndose a Marciano—. ¿Cómo demonios se ha enterado?

—Puede ser otro asunto grave —le advirtió Marciano frunciendo el entrecejo.

—Podría ser... pero ¿te habría invitado a ti, a ti particularmente, en ese caso? No, se ha enterado del juego de Nomos y quiere participar en la diversión. Cómo puede vivir en ese convento, con todas esas viejas rezando e hilando, y arreglárselas para saber tanto como yo de las conspiraciones de los ministros de su hermano, es algo que ignoro. —Volvió a encogerse de hombros asombrado—. Hace treinta y cinco años que conozco a esa mujer, desde que era sólo un muchacho colgado de la mano de mi padre, y sigo subestimándola. Sería de esperar que, a estas alturas de mi vida, la conociera. ¡Nuestro Señor de los Cielos, esa mujer es una maravilla!

Marciano no se movió, con la mano tensa apretaba la copa de vino. Conocía bien a su jefe. Se había unido a Aspar como teniente en Tracia hacía ya veinte años, y había luchado junto a él en una docena de guerras. Había visto a Aspar planeando una campaña; borracho después de una batalla; lo había sacado de un burdel con la urgente noticia de una derrota. El general podía sonreír, pero por debajo de la sonrisa, seguía enfadado... enfadado y algo más. ¿Inseguro? ¿Receloso? ¿Temeroso? ¿Por qué? ¿Qué diferencia había en que la emperatriz supiera lo que se traían entre manos?

—¿Interferirá la augusta? —preguntó por fin.

—¿Interferir? —preguntó Aspar—. ¿Qué quieres decir con eso? —Hizo a un lado la pregunta con su gran mano—. Ella es la emperatriz; nosotros somos sus sirvientes: hagamos lo que hagamos es, en última instancia, por ella, y ella puede ordenar lo que le plazca. Pero no te preocupes. Si quiere cambiar nuestros planes, no hará otra cosa que mejorarlos.

—Eso tengo entendido por su reputación —dijo Marciano con cuidado—. En realidad, pensaba que tú querrías incluirla en nuestro plan.

Aspar movió la cabeza a ambos lados, pero los ojos se clavaron en su subordinado con una mirada dubitativa y calculadora.

—Quise incluirla cuando me escribiste por primera vez —dijo finalmente—, pero Crisafio la ha hecho vigilar aún más estrechamente que a mí. Además, estos últimos años, después de la muerte de sus hermanas, se ha aislado mucho; no ha tenido el gusto que solía tener por el juego de la política.

Marciano dejó la copa de vino.

—Tú estás vigilado —dijo cortante—. Ella está vigilada. Si la vamos a ver ¿no quedará el juego al descubierto? —No hubo el menor movimiento en el rostro de Aspar, nada que mostrara a Marciano si había dado en el clavo del origen de su preocupación o no. Continuó—: Si la visita puede acarrear problemas, seguramente podremos excusarnos de hacerla por el momento. No nos conviene tener contratiempos. Ya será bastante difícil atrapar a Nomos y a Zenón, en especial ahora que el gran chambelán está tan celoso. Si cree que Pulqueria intervendrá, ¿no es probable que haga arrestar a Nomos de inmediato, por si acaso?

Aspar movió la cabeza, pero su expresión daba miedo. Sin embargo, cuando habló, su voz sonó jovial.

—Si Pulqueria lo creyera, no nos habría mandado buscar —dijo, y al ver que su representante no quedaba satisfecho, hizo a un lado la copa y dio un golpe sobre la mesa—. ¡No te preocupes! —añadió—. Pulqueria nació sabiendo cómo llevar estos asuntos. ¿Nunca te he contado cómo consiguió su título?

Marciano negó con la cabeza sorprendido.

—Es la hija mayor de su padre... supongo que...

—¡Nadie convierte en Augusta a una hija mayor! ¡Nadie le da la regencia a una niña sólo dos años mayor que el hermano sobre el que hará de regente! No, cuando su padre murió, ella era sólo «la nobilísima» y nadie esperaba que hubiera cambios en ese sentido. Su hermano tenía ocho años, pero ya era Augusto, y lo había sido desde su nacimiento. Antemio era regente, ¿lo recuerdas?

—Construía muros —dijo Marciano secamente.

—Una nota en su contra en tu lista negra.

—Yo no tengo nada en contra de las murallas —respondió Marciano sin alterarse—, siempre que no se las utilice para sustituir a los hombres. El Senado aún adora la memoria de Antemio, y tal vez haya gobernado bien. Pero en Tracia no lo queríamos.

Aspar bufó.

—En el ejército tampoco lo queríamos mucho. Recuerdo que mi padre maldecía a Antemio y su política cuando yo aún era un niño. Pero nadie podía hacer nada. Antemio tenía el poder agarrado por las astas y todas las intenciones de retenerlo. Te contaré algo que no creo que hayas oído antes: quería emparentar a su familia con la casa imperial. Cuando Pulqueria tenía dieciséis años quiso arreglar su matrimonio con su nieto. Cuando su plan falló no quiso que nadie lo supiera y ella ocultó toda la historia: no era la más adecuada para una virgen sagrada. Pero parecía cosa hecha en aquellos días. Antemio era regente, ejercía el poder de un emperador, nadie podía esperar que una piadosa princesita le ganara la partida. Pero como te he dicho antes, ella nació sabiendo cómo hacer las cosas. Cuando se enteró de los planes de Antemio no lloró ni se negó ni fue a quejarse ante él; simplemente le dijo que necesitaba tiempo para rezar y prepararse. Él, obviamente, se lo concedió y ella lo utilizó para acudir a mi padre y a otros importantes ministros que no querían al regente: les dio a entender cosas, les hizo medias promesas sin comprometerse a nada, y los dejó convencidos a todos de que se casaría con alguien de sus casas, ya fuera con ellos, con sus hijos o con sus sobrinos, y que algún día ellos usarían la púrpura si la apoyaban contra el regente. —Aspar se rió—. Yo tenía doce años en aquel entonces, y mi padre tuvo la estúpida creencia de que se casaría conmigo. Tendría que haberse dado cuenta. Cuidado, no estoy diciendo que yo no habría estado dispuesto... en realidad, hubo una época en la que habría estado más que dispuesto... pero si la princesa se casaba con alguien, no sería con un hereje arriano. Si todavía me sermonea sobre la consustancialidad de la Santísima Trinidad y la doctrina de

Atanasio de Alejandría cada vez que nos vemos. Y sabes que le prometí a mi madre que jamás me convertiría. Pero Pulqueria hizo creer a mi padre lo que él quería creer, y así obtuvo su apoyo. Tiempo después, durante la siguiente celebración de unos juegos en el hipódromo, Pulqueria convenció a su hermano de que se quedara en casa rezando, y ella apareció en el palco real llevando la púrpura y la corona de su padre. Ya sabes cómo es la plebe: levantaron los ojos y vieron a una princesa de la casa de Teodosio, famosa ya por su piedad, y se volvieron locos: «¡Viva Pulqueria augusta! ¡La piadosa, la santa! ¡Que reine para siempre!». Le dieron sus títulos libremente, casi no fueron necesarios los ajustes que ella había preparado. Y el mismo día, el Senado y las tropas de palacio le confirmaron el título. Sus seguidores lo habían arreglado todo, por supuesto. Luego mandó reunir el Consejo imperial, y ante él se levantó y anunció con toda dulzura que Antemio era demasiado anciano para la pesada carga de su puesto y que por su profundo cariño por el leal sirviente de su padre había decidido permitirle que se acogiera a un bien merecido retiro. Ella ya era mayor de edad, dijo, y podía cuidar los intereses de su hermano. —Aspar lanzó una carcajada—. Claro que a Antemio no le gustó nada, pero pronto se dio cuenta de que no tenía otra opción más que darle las gracias y retirarse graciosamente de la escena. ¡Expulsado de la regencia por una muchacha de dieciséis años!

Aspar bebió un sorbo de vino y volvió a sonreír.

—Pero aquello no fue más que el principio. En cuanto tuvo firmemente el control, hizo su famoso juramento de no casarse jamás, y convenció a sus hermanas de que hicieran lo mismo, pobres niñas. Luego reunió a sus seguidores y los felicitó por su lealtad y piedad. ¡Me habría encantado verlo! Recuerdo que mi padre volvió a casa echando espuma por la boca. Salió al campo de prácticas y arremetió contra las dianas hasta que el caballo quedó medio reventado. Después me llamó y me dijo: «Hijo, recuerda esto. Jamás confíes en una mujer». Ella había dejado muy claro que, si él no le era leal, quedaba fuera. No iba a darle el poder a nadie por medio de un lecho nupcial envuelto en púrpura: se reservaba el derecho exclusivo de utilizar ese color. ¡Y eso cuando tenía dieciséis años! Hace treinta y cinco que está en el juego, y lo que ella no sabe sobre el arte del poder es un misterio reservado sólo a Dios. Si se ha interesado en este asunto nuestro, no puedo más que alegrarme.

Marciano permaneció unos momentos en silencio. «Eso dices ahora —pensó—, pero no te alegraste nada cuando recibiste su carta. Tienes miedo de lo que pueda decirte, aunque no la retarás, y me has contado la historia tanto para consolarte tú como para tranquilizarme a mí. ¿Tendrás algún otro plan, del que yo no sepa nada, que temes que ella desbarate?»

Sonrió. Bien sabía que Aspar no le contaba todo. Aspar era arriano y bárbaro de nacimiento; Marciano, ortodoxo y romano: había límites a la confianza mutua. Pero a Marciano las limitaciones nunca lo habían arredrado. Si Aspar trabajaba para una nueva iglesia de sus correligionarios o en la promoción de uno de sus coterráneos, ése no era asunto de su representante, y no tenía nada que ver con la cuestión que tenían

entre manos, en la que la augusta sólo podía fortalecerles.

Había visto a la augusta una o dos veces, respetaba su fama, pero lo único que había observado era una piadosa anciana de rostro torvo. Ahora se imaginaba a una muchacha conspirando para acceder al poder, y pensó en la anciana que había descubierto una fisura en la armadura de oro del enemigo que la había obligado a retirarse.

—Creo que la reunión de mañana va a ser muy interesante —dijo divertido.

Aspar sonrió.

—No me la perdería por nada del mundo.

Aspar y su representante llegaron al Hebdomón a media mañana. Cuando el portero informó a Teonoe, ésta fue de inmediato a los telares de palacio. Demetria estaba sentada ante la parte de cortina que le habían asignado, tejiendo rápida y competentemente. Estaba pálida y ojerosa por la falta de sueño pero no dejaba que influyera en su trabajo. «Esto es algo que hay que reconocerle —pensó Teonoe—. Algo que compensa todos los problemas que está causando.»

—¡Demetria! —dijo secamente la encargada. Demetria se sobresaltó, miró nerviosa a su alrededor, pinchó la aguja de tapiz en su trabajo y se quedó esperando atenta con las manos cruzadas en el regazo. El manto negro la hacía parecer pálida como la niebla; sus ojos se veían inmensos y vivos en su rostro tenso. En contra de su voluntad, Teonoe se conmovió. Después de todo, los asomos de intriga y engaño, las visitas de ministros mundanos y corruptos, y el trastorno de la rutina de palacio no era algo que Demetria deseara.

—Los... visitantes... han llegado —dijo Teonoe con desagrado—. Su sagrada majestad desea que la acompañes.

Demetria inclinó la cabeza. Pulqueria le había dicho que su presencia sería necesaria en la reunión con el general. El día anterior le había contado a la emperatriz todo lo que sabía sobre el manto; Pulqueria no preguntó por qué había guardado silencio antes, y no le dio información alguna sobre la razón de la visita de Eulogio ni sobre las medidas que iba a tomar, sólo le comunicó que llamaría a Aspar. Ahora Aspar había llegado, y en pocos momentos Demetria sabría si ella o sus amigos sufrirían por lo que había dicho y hecho. Respiró hondo y miró su sector de tapiz recién comenzado. El trabajo era simple. La seda, como las conspiraciones políticas era resbaladiza, sutil, variada, cogía con facilidad el color, pero se deslizaba del lugar donde se la colocaba. Sin embargo, se podía atar, dominar, fijarla en un dibujo elegido libremente, o se la podía arrancar y volver a colocar, si no era lo que el corazón quería que fuese. Sus acciones parecían cambiar y mudar de color cada día que pasaba, y sin embargo seguían inalterables como piedra.

Tocó suavemente la urdimbre de seda, se levantó y siguió a Teonoe.

Pulqueria no tenía intenciones de recibir a su mejor general en la sala azul de las visitas, ni se vistió de negro para recibirlo. Teonoe escoltó a Demetria a una sala de palacio conocida sencillamente como la Sala del Trono. Era una pequeña basílica,

bordeada a ambos lados por columnas de p^or^ofido; las paredes estaban adornadas con un rico mosaico con escenas de las victorias de Teodosio el Grande. Al otro extremo del sal^on, bajo una pintura de Nuestro Se^oor Jesucristo, hab^oia un trono de oro, con los brazos en forma de leones recostados, y en ^ol estaba sentada la emperatriz. Su manto p^ur^opura estaba adornado con im^ogenes de la Virgen Mar^oia, y en la cabeza luc^oia la corona imperial, una tiara de seda p^ur^opura con incrustaciones de oro y piedras preciosas. Estaba tan quieta y r^ogida como la figura de la pintura a sus espaldas. El brillante sol del invierno, que entraba por las ventanas, dibujaba rayos angulares a trav^os de las nubes de humo que se elevaban de los braseros que bordeaban las paredes y en los que se quemaban carb^on e incienso. A Demetria el breve trayecto a trav^os de la sala le pareci^o una eternidad, sinti^o el coraz^on salt^ondole en la garganta cuando por fin lleg^o a los escalones que llevaban al trono ante el que se postr^o.

Pulqueria hizo una inclinaci^on de cabeza indic^ondole un lugar a su izquierda. Demetria fue a instalarse, en silencio, donde le hab^oian indicado. A Teonoe se le indic^o, sin palabras, que abandonara la sala. A la anciana pareci^o no gustarle, pero se fue humildemente. Demetria not^o que, aparte de la presencia de la secretaria de Pulqueria, Eunomia, y de un eunuco, el resto de la sala estaba vac^oia. Pulqueria le hizo una se^oal al eunuco, que se inclin^o y fue a abrir la puerta para hacer pasar a Aspar y a Marciano, cerr^ondola despu^os sin hacer ruido a espaldas de ellos.

El general y su representante avanzaron con paso r^opido por la bas^olica y se detuvieron gallardamente ante la emperatriz. Aspar hizo una profunda reverencia: a los ex c^on^osules se les exim^oia de la postraci^on, que Marciano s^o hizo.

Pulqueria sonri^o.

—Aspar —dijo con su voz ^ospera de siempre—, cu^onto tiempo.

—M^os del que yo habr^oia deseado, emperatriz —respondi^o el general sonri^ondole—. He intentado interesarte en algunos asuntos en los ^oltimos a^oos, pero no he recibido respuesta a mis esfuerzos.

Ella resopl^o.

—He descuidado a mis amigos, pero no he descuidado a Dios. Estoy m^os obligada con ^ol que contigo. Y las intrigas que me has sugerido eran triviales e indignas de ti.

—^oA diferencia de la actual? —pregunt^o ^ol abriendo sus ojos azules.

Ella volvi^o a resoplar.

—^oSabes por qu^oe te he mandado llamar?

^ol se rasc^o la barba sin dejar de sonre^or.

—Marcelo Filipo, prefecto de Siria-Fenicia, lleg^o ayer por la tarde de Tiro— dijo, —y creo que tu providencia sabe adonde fue y qu^oe compr^o all^o).

Ella sonri^o e inclin^o graciosamente la cabeza.

—Me complace comprobar que no me equivoqu^oe con tu diligencia. Pero siento curiosidad por saber c^omo te tropezaste con este asunto.

Aspar ri^o.

—¡Yo podría hacerte la misma pregunta, emperatriz!

—Pero siendo emperatriz, no estoy obligada a responder. Adelante, Aspar.

—Dejaré esa historia a mi representante —dijo Aspar contento—. ¡Adelante, Marciano!

Marciano se inclinó y miró rápidamente a su alrededor: había un eunuco en la puerta y dos mujeres, una anciana y una joven, a ambos lados del trono. Sus ojos se posaron sobre la joven, pues de alguna manera le resultaba familiar. Pero no pudo recordar dónde podía haberla visto antes. De todas maneras, estaba claro que la emperatriz era consciente del peligro de los criados chismosos, y había confiado sólo en pocos de los suyos para oír su historia.

—Estaba en Tiro por negocios relacionados con una de las posesiones de mi eminente jefe —comenzó a decir—, cuando se me personó un pescador de púrpura que dijo poseer cierta información de valor que me daría a cambio de una promesa de protección...

Hubo una exclamación a su derecha y, cuando miró, Marciano vio a la joven apretando el borde de su manto y mirándolo con una mezcla de asombro y dolor. La había visto antes, seguro, la había visto antes, pero... ¿dónde?

—Continúa —ordenó la emperatriz secamente.

Marciano se encogió de hombros y, muy a su pesar, apartó la mirada de la joven y retomó la narración.

—Interrogué al hombre y, cuando estuve seguro de que no deseaba de mí nada que comprometiera mi honra, le di mi promesa de protegerlos, a él y a su familia contra sus enemigos. Entonces me confió que a su esposa, una tejedora de seda del taller imperial, el procurador le había encargado tejer en secreto un manto púrpura para el distinguidísimo Nomos, el ex maestro de oficios. Me dijo que ella no quería hacer ese trabajo, pero que sabiendo que el prefecto de Tiro también apoyaba a Nomos, había estimado que no tenía más opción que terminarlo lo antes posible. Él era leal al emperador, además de estar preocupado por su esposa, y había decidido traer el asunto a mi consideración. Yo juzgué que la mejor oportunidad para vencer a Nomos y sus aliados radicaba en esperar a que el manto estuviera efectivamente en sus manos, pero preocupado por mi juramento, me quedé en Tiro para asegurarme de la seguridad de mi pescador. Cuando el manto estuvo terminado y fue entregado, el prefecto Filipo dijo que su madre había enfermado y emprendió el viaje hacia Constantinopla. Lo seguí con algunos de mis guardias, manteniéndome a medio día de distancia del prefecto, pero observando, a medida que avanzaba, a quién visitaba y si había dejado algo en el camino. Vino directamente a Constantinopla y es en estos momentos huésped en la casa de su superior, Nomos. Creemos que Nomos ha enviado mensajes a sus seguidores, pero la casa está siendo estrechamente vigilada por los hombres del gran chambelán, además de los nuestros, y es difícil estar seguro.

Pulqueria golpeaba un brazo del trono con un dedo inquieto, y recorría con él las volutas de la oreja del león.

—¿Y qué pensabais hacer? —preguntó tras un reflexivo silencio.

Aspar inclinó la cabeza a un lado.

—Emperatriz, ¿es necesario preguntarlo? íbamos a visitar a Nomos esta misma mañana, rodear la casa, y apoderarnos de todas las pruebas disponibles. Luego se las presentaríamos al prefecto de la ciudad para que el traidor pagara por su traición. Con tu permiso, seguiremos ese plan esta tarde.

—Nomos no es tu enemigo —dijo ella en voz baja—. ¿Por qué te preocupan sus planes?

—Yo soy un sirviente de tu sagrada casa —respondió Aspar—. Mi padre recibía órdenes de tu siempre victorioso abuelo, de tu padre y de ti, y yo, como él, haré todo lo que esté en mis manos por la casa de Teodosio. Además, lo confieso, espero ser nombrado jefe del ejército otra vez, en lugar de Zenón, si podemos desacreditarlo junto con su amigo Nomos.

Pulqueria sonrió con amargura.

—Sigue soñando, amigo mío. Te darán las gracias y te ignorarán, si tus intenciones son en verdad las que declaras.

—¿Sí? —preguntó Aspar aunque pareció más nervioso que sorprendido—. ¿Qué otras intenciones podría tener, augusta?

Ella volvió a esbozar una sonrisa amarga.

—Podrías ir a ver a Nomos, contarle lo que sabes, y arrancarle promesas a cambio de tu silencio... y tu colaboración. A mí me has servido bien, pero ambos sabemos cómo está la situación en lo que respecta a mi hermano.

Aspar se puso colorado. Marciano lo miró rápidamente, sorprendido y atónito, pero súbitamente convencido. «Y sin embargo —pensó—, ¿por qué he de creerlo? Nunca se ha mostrado desleal.» Miró a Pulqueria, inmóvil en su trono, observándolos con expresión cínica.

—Dice que deseaba reclamar tu ayuda antes en este asunto —dijo Marciano con voz tranquila—, y ahora ha respondido de inmediato a tu llamada. ¿Tienes alguna razón para cuestionar su lealtad?

—Tengo razones para cuestionar la lealtad de cualquier hombre —respondió Pulqueria con la misma calma—, y si mi estimado general fuera menos perceptivo para darse cuenta de dónde están sus mejores oportunidades, no lo valoraría tanto como lo valoro. Aspar, amigo mío, conozco tu lealtad hacia mi casa, pero también sus límites. Soy vieja, he estado fuera del poder, y mi hermano y su protegido te han dado de lado y han insultado al ejército. Vamos, cuéntame, ¿qué habrías hecho? Ibas a ir a ver a Nomos. Y ¿después?

—Pensaba visitar a Nomos —respondió Aspar con rudeza—, y hacer registrar su casa. Después decidiría qué hacer.

Pulqueria volvió a inclinar graciosamente la cabeza.

—Eso pensaba.

—No te habría traicionado —declaró Aspar mirándola fijamente—. Habría

incluido eso como parte del trato... tu hermano depuesto pero ileso, tú reinando otra vez, conmigo como jefe del ejército y Nomos como tu colegario.

—Y mi esposo, claro. A eso te refieres cuando dices «colegario» ¿no? Nomos no tendría necesidad de matar a nadie si yo le diera el prestigio de la casa de Teodosio contrayendo matrimonio con él. Él es viudo, no habría objeciones legales a un arreglo semejante, y él te daría las gracias de corazón si le prometieras tu influencia conmigo para conseguirlo. Lograría una transferencia de poder sin derramamiento de sangre y mucho más segura, en vez de una sangrienta y peligrosa. Y tú has pensado que sería fácil convencerme de cooperar si la elección era entre eso o ver a mi hermano muerto.

Aspar enrojeció aún más y clavó los ojos en sus pies, luego levantó la mirada.

—Tu hermano no está preparado para gobernar —dijo—. Si pudieras reinar sola, yo trataría de deponerlo en tu favor. Pero sabes que ni el Senado ni el pueblo, ni siquiera mis soldados, tolerarían a una mujer como única augusta: habría una rebelión tras otra. Y que una emperatriz confiara como consorte en un general bárbaro y arriano sería igualmente nocivo. Quieren a alguien como Nomos, un senador, un funcionario, un caballero romano, un cristiano ortodoxo. Sí, yo le habría ayudado a deponer a tu hermano y luego te hubiera instado a aceptarlo, al menos como colegario y sigo siendo de la misma opinión. Haced lo que os plazca, emperatriz. Pero no me disculpo por considerar un plan que sigue pareciéndome prudente.

Pulqueria resopló.

—Por supuesto que seguirás instándome a aceptar ese disparatado plan. ¡No estarías aquí si no creyeras que puedo considerarlo! Pero te lo diré claramente: tu plan es una estupidez. Nomos no es un emperador. Era un aceptable maestro de oficios, y tiene una mínima habilidad como diplomático, pero haría su trabajo peor que Crisafio si llegara al poder. Es un ciego adorador del Senado, las viejas tradiciones al puro y antiguo estilo romano. ¿Crees que haría lo que tú le dijeras una vez que se colocara la púrpura? Descubrirías, viejo amigo, que es más fácil hacer un emperador que deshacerlo. Podría dejarte hacer por un tiempo, por respeto a tu trato, ¡pero llevaría a cabo una gran purga de jefes bárbaros del ejército! Reduciría tus tropas a algunos pocos armenios y tracios, y escogería especialmente a los que te fueran leales. Y pronto se encontraría con que tendría que seguir pagándoles a los hunos para salirse con la suya. Tampoco tiene cabeza para las finanzas. Reduciría los impuestos al Senado y obligaría al resto del país a morir de hambre.

Aspar palideció, hizo ademán de hablar, pero guardó silencio. Frunció el entrecejo y se mordió un labio. Pulqueria se reclinó en el trono y apoyó el mentón en una mano. Tras un momento, Aspar bajó la cabeza.

—Augusta —dijo con humildad—, creo que tienes razón.

—¡Por supuesto que tengo razón! —exclamó ella con impaciencia—. Y, a propósito, no me gusta que hombres arrogantes y entrometidos arreglen matrimonios para mí a mis espaldas. Cualquier repetición de esto, Aspar, y me olvidaré de nuestra

amistad, y te enterarás de lo que es tenerme como enemiga. —Él volvió a agachar la cabeza. Pulquerialadeó la suya, asintió y dijo, con más suavidad—: El plan en sí era bastante sólido... fueron las consecuencias lo que no mediste bien. Incluso la idea del matrimonio, por poco que me guste la perspectiva, no sería una tontería si no pudiéramos convencer a mi hermano de adoptar un colegario más apropiado. Pero si eso llega a ser necesario en algún momento, yo elegiré al hombre, Aspar, no tú. ¿He sido clara?

Aspar hizo una profunda reverencia.

—Sí, emperatriz.

—Bien. Ahora te diré cómo llegué a enterarme de este asunto y lo que pienso hacer al respecto. Dios, caballeros, ha puesto este asunto en mis manos. Tú, Marciano, te enteraste por boca de un pescador de púrpura, casado con una tejedora de Tiro; yo me enteré por boca de la tejedora misma, a quien la Providencia Todopoderosa trajo aquí, a mi palacio. Marciano recordó dónde había visto a la joven cuando ella se adelantó e hizo la postración: le había sacado la lengua a la estatua de Nomos en Tiro y había salido corriendo por el pórtico de la prefectura. La miró incrédulo. La había dejado en Tiro hacía casi un mes, desde entonces él había estado viajando, y ahora aquí estaba ella, en el palacio de la emperatriz, ante él. Si la Providencia la hubiera tomado y la hubiera plantado en cuerpo y alma frente a sus ojos, no se habría asombrado más.

—¿Tienes algo que añadir a lo que me has contado antes? —le preguntó Pulqueria a Demetria con severidad—. Me has dicho que no sabías nada de este caballero.

—Os he dicho la verdad, señora —respondió Demetria sin perder la calma—. Mi esposo no me contó lo que había hecho.

—¿No? —preguntó Pulqueria con interés mirando a Marciano.

—No, sabía que estaba corriendo un riesgo, y no quiso involucrarte. — Demetria bajó la cabeza. Apenas Marciano habló, se dio cuenta de que Simeón había hecho eso, que se había visto obligado a hacerlo. No pudo ni siquiera enfadarse con él, aunque sin duda él había llamado la atención sobre ella y la protección había resultado inútil. «Él nunca ha podido aceptar que es un esclavo —pensó con cariño —, y se niega a aceptar que yo también lo sea». —¿Cómo...— trató de continuar Marciano, tragó saliva y lo intentó de nuevo —emperatriz, cómo pudo esta mujer... cómo ha podido llegar aquí? Cuando salí de Tiro...

Pulqueria se reclinó en el trono y le sonrió.

—Después de que salieras de Tiro, llegó Eulogio, agente de Crisafio. Al no encontrar ninguna prueba de traición, compró esta mujer al Estado para tranquilizar a su amo, y volvió a Constantinopla con toda la velocidad que le permitían las postas imperiales. Su amo no se tranquilizó mucho y te diré que una de sus principales preocupaciones era tu prolongada presencia en Tiro, que le pareció lo suficientemente sospechosa para exigir más investigaciones. Te conocen demasiadas personas y tus

habilidades se respetan lo suficiente para que tu estancia en Tiro no pasara inadvertida. Con su proverbial arrogancia, Crisafio amenazó a la tejedora con torturarla en su despacho, pero ella se puso a pedir socorro gritando tan fuerte que llamó la atención de mi hermano. El gran chambelán lo apaciguó regalándole la esclava, y el emperador me la dio a mí. Ayer, Crisafio se enteró de que Filipo estaba en Calcedonia camino a Constantinopla y de que tú lo seguías de cerca. Así fue como se convenció de que sus sospechas eran fundadas y envió aquí a su agente ofreciéndose a comprarme a Demetria. Como me negué a venderla, añadió amenazas a las promesas y finalmente confesó la verdad de los temores de Crisafio. Pero la esclava ya se había ofrecido a contarme toda la verdad, y le exigí a Eulogio que saliera de mi casa de inmediato. Yo puedo proteger a mi hermano; no necesito la ayuda del gran chambelán. —Pulqueria se levantó y se alisó los pesados pliegues del manto. Sonrió a sus generales—. Creo que probablemente Crisafio deje tranquilo a Nomos hasta esta tarde, para darle una buena oportunidad de ponerse en contacto con sus aliados antes de arrestarlo, esperando, de esa manera, descubrir más pruebas de la traición. Pero esta mañana he enviado a mis hombres a casa de Nomos y en estos momentos ya la habrán tomado en nombre de mi autoridad, la cual seguramente está todavía por encima de la de Crisafio. Y he ordenado que preparen mi carruaje y mi escolta. Están esperando en el patio en este momento. Si deseáis, caballeros, podemos ir todos a visitar a Nomos al mediodía, y yo haré mi propio trato, Aspar. Le permitiré vivir y mantener su rango si nos ayuda a destruir a Crisafio.

Una vez que el gran chambelán quede fuera del camino, encontraré a alguien para compartir el trono con mi hermano.

Aspar se quedó mirándola y luego lanzó una sonora carcajada.

—Tu sagrada majestad —dijo levantando un brazo a modo de saludo—, eres digna nieta de tu abuelo. —Extendió el saludo para incluir la imagen en el mosaico de Teodosio el Grande, armado para la batalla, con los brazos elevados en oración y mirando un viento milagroso que le daba ventaja sobre sus enemigos.

Pulqueria miró la imagen un instante y esbozó su amarga sonrisa.

—Mi madre también tuvo algo que ver —dijo—. ¿Vamos?

—¡Un momento! —dijo Marciano muy serio apartando los ojos de Demetria—. En lo que hace referencia a la tejedora, yo hice los juramentos más solemnes para protegerla, a ella y a su familia, hasta el límite de mis posibilidades. Bien veo ahora que mis juramentos fueron en vano. Te ruego que me permitas rectificar ahora de la mejor manera posible. El pescador quiere recuperar a su esposa; pagaré cualquier precio que fijes para que se me permita devolvérsela.

Pulqueria lo miró con frialdad.

—La mujer no pertenece a su esposo, ni a ti, sino a mí, y yo he hecho mis planes para ella. No permitiré que la lleven de un lado a otro para complacer a ese idiota esposo suyo, ni para tranquilizar tu conciencia con respecto a tus juramentos. Si se devuelve a Tiro, seré yo quien la devuelva; si ella elige quedarse aquí, puede hacerlo.

—¡Pero juré por el Espíritu Santo y por la cabeza de tu hermano! —exclamó Marciano alarmado—. Perdona, emperatriz, por insistir, pero temo involucrarme en una empresa tan seria como ésta siendo culpable de blasfemia y traición.

Pulqueria frunció el entrecejo, vacilando, pero en seguida negó con la cabeza.

—El peligro que amenazaba a esta mujer ya ha pasado y ahora está a salvo aquí, sin tu protección. Aunque te la regalara, eso no te devolvería tu juramento intacto. No sé qué medidas tomaste para protegerla en Tiro. Pero si juraste protegerla hasta los límites de tus medios, y lo que la amenazaba estaba más allá de aquéllos, entonces tu juramento no ha sido roto. Ahora mi escolta espera fuera. ¿Quieres venir o no?

Marciano dudó pero hizo una pronunciada inclinación.

—Iré, por supuesto. Pero tengo esperanzas de que tu sagrada majestad me permita volver otra vez al tema. Siempre he sido un hombre de palabra.

Pulqueria le dirigió otra de sus sonrisas, bajó del trono y con gesto rápido llamó a Demetria y a su secretaria para que la siguieran. Los ojos de Demetria se encontraron con los de Marciano un instante antes de pasar junto a él y de que éste echara a andar tras ellas. La mirada no era de ruego, sino de interrogación; había esperanza y angustia en ella, pero también rabia. A pesar de su gran habilidad para interpretar la expresión de los rostros, no pudo conseguirlo con éste, y la siguió con los pensamientos hechos un remolino. Había jurado solemnemente y de alguna manera, a pesar de su honestidad, no había podido cumplir su promesa. Tal vez debería alegrarse de aquello, pues si la tejedora no hubiera sido sacada de Tiro y caído milagrosamente en manos de Pulqueria, se habría enfrentado a un dilema mucho peor. Su superior había estado contemplando seriamente la traición contra el emperador y él no se había dado cuenta, aunque ahora le parecía una obviedad. ¿Qué habría hecho? Había jurado lealtad tanto a Aspar como a la casa de Teodosio.

«Habría escogido al emperador —pensó— o, al menos, a esta emperatriz que se ha mostrado tan digna de sus títulos. Pero doy gracias a Dios por que se me haya ahorrado la elección de a quién traicionar. Ya es bastante malo tener que maquinara cómo mantener mi promesa con el pescador. La augusta tiene razón: el peligro que amenazaba a la mujer ya no existe, ¿cómo voy a protegerla entonces? El pescador la querrá de vuelta, pero ¿querrá ella volver? ¿Cuál fue la pregunta que vi en sus ojos? Juré proteger a un hombre y a su esposa, a una familia; ahora están separados, y yo no sé qué hacer. Dios misericordioso, dame sabiduría... Dios mío, ayúdame.»

Demetria seguía a la emperatriz en silencio, con la cabeza baja, consciente de cada paso que daba Marciano detrás de ella. Simeón había acudido a él, y había recibido su promesa de protección. «Si hizo un juramento, tendría que haberse tomado más molestias para cumplirlo —pensó enfadada—. ¿Dónde estaba cuando Eulogio me metió dentro de aquel coche? ¡No ha hecho más que crear más problemas!

»Pero eso no hace que las cosas sean diferentes; la única pregunta que interesa es: ¿está todavía dispuesto a ayudarnos? ¿Todavía piensa que su juramento está vigente?

Ay, señor, Simeón y yo no somos nada aquí, entre los dueños del mundo. Somos hilos sueltos que hay que sacar de la urdimbre y arrojar a un lado. ¿Se acordará de nosotros mañana? ¿Recordará la emperatriz su promesa? Ella es piadosa y querrá que él mantenga un voto tan solemne, si vuelve a pedírselo seguramente le ayude. Santa María, Madre de Dios, que vuelva a pedírselo, que ella acepte lo que él le suplique, ¡permite que regrese a mi casa, con Simeón, y que jamás vuelva a salir de Tiro!»

VIII

Vista desde el Hebdomón, la casa de Nomos se encontraba en el lado opuesto de Constantinopla, en la tercera de las siete colinas que daban a la bahía del Cuerno de Oro. Por esta razón, Pulqueria y su escolta no entraron directamente en la ciudad, sino que fueron bordeando los grandes muros terrestres a lo largo de varias millas. El sol de enero brillaba espléndido en la gruesa capa de nieve que cubría la llanura y las puntiagudas almenas de las sólidas murallas de la ciudad resplandecían por el hielo. Pulqueria llevaba una escolta de unos cincuenta jinetes que, uniformados de rojo y púrpura, desfilaban junto a su carroza dorada: la luz resplandecía sobre las armaduras y la cimera de los yelmos se agitaba al ritmo del paso de los caballos. Aspar y Marciano habían llevado al Hebdomón veinte hombres cada uno, de modo que el cortejo era largo y espléndido. Las tropas que guardaban las murallas de la ciudad se agolpaban en las puertas y las almenas; la gente del campo que acudía al mercado y los mendigos y pastores que vivían extramuros corrían al camino para vitorear a la emperatriz y a su general. Algunos de los hombres de Aspar espoleaban sus cabalgaduras para hacerlas caracolear; mientras que los de Pulqueria cantaban un himno a la Virgen y sus sonoras voces resonaban, fuertes y melodiosas, a través del nítido aire invernal. «Todo el mundo parece contento —pensó Demetria con desolación acurrucada en la carroza frente a la emperatriz—, y supongo que yo también tendría que estarlo. Creo que hice bien en confiar en Pulqueria: mis amigos y yo estamos a salvo, y ella espera vencer a todos aquéllos a quienes yo temía. Pero Dios mío, ¡ojalá todo hubiera terminado ya!»

Se envolvió más en el manto; deslizó los dedos por los bordes sin adornos, buscando en vano las flores de seda que ya no tenía. Sentada a su lado, Eunomia, la secretaria de Pulqueria, le dirigió una mirada severa. Demetria enlazó los dedos y trató de quedarse quieta. La emperatriz miraba por la ventanilla de la carroza y sonreía a los soldados apostados en las murallas. Tenía la cara colorada y sus ojos resplandecían de placer. «Está en su elemento —pensó Demetria—. Como el pescador que vuelve al mar después de una larga enfermedad. Pero ¿por qué me ha traído a mí? ¿Qué piensa hacer conmigo cuando todo esto termine? Dios mío, yo no tengo nada que hacer aquí, ¡ojalá todo hubiera terminado!»

Mirando sin ver las murallas de Constantinopla, Demetria se imaginaba el puerto egipcio de Tiro, los trabajadores volviendo a paso lento del taller a sus casas, la *Procne* puesta a secar en la playa al final del día, Melecio bailoteando en la proa y Simeón descargando la pesca. ¿Qué estarían haciendo en aquel momento? ¿Habría viento en Tiro? ¿Habrían sacado la barca o estarían aún pintándola y reparando las velas? Apretó las manos sobre la falda. «Tranquila —se dijo a sí misma—, tranquila. Ahora eres esclava de la emperatriz y su poder es absoluto. No habrá esperanza si la disgustas. Baja la cabeza y acepta lo que venga, como corresponde a una buena esclava.

»Simeón no se resignaría; Simeón lucharía contra esta fuerza que me lleva tan rápido, tan lejos de todo lo que era. Simeón no permitiría que lo usaran como prueba de una traición ni del favor divino; Simeón se plantaría en sus trece y sería destruido. Ya ha causado bastantes problemas luchando contra el destino. ¿Por qué deseo desesperadamente que esté aquí? Es mejor someterse y buscar una salida sólo si se presenta la oportunidad. Después de todo, eso es lo que he hecho durante toda mi vida. —Sintió una oleada de desprecio por sí misma y bajó la cabeza para eludir los agudos ojos de Eunomia—. Toda mi vida, excepto cuando salí de Tiro; y he tratado de dar la cara desde entonces. Pero fue porque tenía que hacerlo, porque si me hubiera sometido entonces habría perdido más que mi casa, mi esposo y mi hijo: me habría perdido a mí misma.

»Tal vez era esto lo que sentía Simeón en Tiro. Él siempre me amó; no soportó ver que el procurador me utilizara, aunque yo me había obligado a aceptarlo. Tal vez me amaba más de lo que yo lo amaba a él. ¿Por qué no me preocupé nunca?»

Recordó con dolor cuando él había entrado en su habitación tras el nacimiento de Melecio. Ella no quería tener hijos; los hijos no significaban otra cosa que vómitos y dolor de espalda durante el embarazo, y algo peor después. Pero era parte de su deber de esposa, parte del precio que pagaba por la protección de un esposo: darle un hijo; aunque cuando nació y la partera le puso aquel montoncito rojo, chillón y húmedo en los brazos, ella se sintió invadida por una inesperada ternura. Allí estaba, una nueva vida, recién nacida, totalmente indefensa y completamente dependiente. Si ella no lo cuidaba, moriría; tenía que amarlo. Acunó al niño con torpeza y, con orgullo, le indicó a la partera que hiciera pasar a Simeón. Su esposo había estado en la taberna casi toda la noche pero ya hacía horas que estaba sentado junto a la puerta. Entró, sucio y agotado, con los ojos muy abiertos entre un revoltijo de cabellos, con olor a vino y a mar. Se sentó en el suelo junto a la cama, le cogió la mano, la miró, y no dijo nada.

«Tienes un hijo», le anunció ella. Él casi no miró a la criatura; volvió los ojos a ella y susurró con la voz rota: «¡Ay, Demetria!», y ocultó el rostro contra una pierna de ella.

Su madre había muerto durante un parto y él había estado muy asustado. Pero en aquel momento su angustiado alivio no había significado nada para Demetria. Le había parecido una soberana ingratitud que, después de todo el sufrimiento por el que ella había pasado para darle un hijo tan hermoso, sólo se interesara por ella.

«No debo pensar en él —se dijo ahora parpadeando para apartar las lágrimas—. Tengo que mantenerme tranquila. Sean cuales fueren las virtudes de la lucha, éste no es el momento.»

Cuando por fin el coche entró en la ciudad, la escolta se puso a dar voces y a apartar el tráfico, y Pulqueria pudo avanzar por las calles atiborradas de gente hacia la mansión de Nomos.

Demetria nunca había visto la casa, pero no tuvo dificultades en darse cuenta de

cuál era. La emperatriz había enviado a un grupo de su guardia a primera hora de la mañana y cuando llegó se encontró con una enorme multitud de hombres armados y de mirones, que iba desde la casa a la iglesia de los Santos Apóstoles, a manzana y media de distancia. Pulqueria se incorporó levemente del asiento, frunció el entrecejo al ver el uniforme de algunos de los soldados y volvió a sentarse con una sonrisa satisfecha.

—Escolarios del Gran Palacio —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Crisafio se ha enterado y ha enviado a sus hombres. ¡Demasiado tarde! —Sonrió, pero en seguida se puso seria, se hizo la señal de la cruz y se quedó sentada, muy quieta, mientras su escolta se abría paso entre la muchedumbre.

El carruaje se detuvo por fin en una callejuela junto a un muro alto, delante de unas puertas de bronce. Uno de los soldados desconocidos se aproximó en un magnífico bayo, gritando para atraer la atención. Los hombres de Pulqueria comenzaron a empujarlo, pero la emperatriz abrió la ventanilla y dijo que hablaría con él. Se le permitió acercarse a un lado de la carroza; Demetria vio que llevaba al cuello el collar de oro de los capitanes. El guardia miró a Pulqueria indeciso.

—¿Qué deseas? —preguntó ella con frialdad.

El guardia desconocido se desconcertó ante una pregunta tan directa.

—¿Eres la augusta? —preguntó al cabo de un momento.

Ella lo miró sin decir nada, pero formando con los labios un gesto de censura.

—Ésa es una pregunta muy tonta —dijo al fin—. Habría esperado algo más de un capitán de la guardia Escolaria. Si yo no fuera la augusta, cuya imagen sin duda has visto antes, ¿cómo podría llevar la púrpura y la corona?

El hombre se puso colorado.

—Emperatriz, debo preguntarte... ¿Con qué autoridad has tomado esta casa?

Ella lo miró de arriba abajo con inmenso desprecio.

—¿Qué autoridad tienes tú, señor —respondió con calma—, para interrogar a una emperatriz? Además, ¿eres de rango consular, que omities saludarme de la manera usual?

Él se puso aún más colorado, vaciló y en seguida bajó del caballo de un salto y se inclinó, de mala gana y fastidiado, en mitad de la calle. A pesar del cuidado con que lo hizo se manchó de barro el manto, y al incorporarse vio que la emperatriz lo miraba desde el carruaje. El caballo intentó alejarse y uno de los hombres de Pulqueria, sonriendo, lo cogió por las bridas. El capitán escolario parecía cada vez más desdichado, pero se cuadró y declaró:

—Me ha enviado el ilustrísimo Crisafio, en nombre del emperador Teodosio agosto, para investigar la toma de esta casa. Su ilustrísima ha tenido esta casa vigilada y es su deseo saber por qué has ignorado todas las leyes y procedimientos ordenando a tus hombres que entraran en ella. Me ordenó que expulsara a tus tropas y ocupara la casa con mis hombres. Pero tus guardias me han desafiado y se han negado a permitirme el acceso.

—Me alegra oírlo —dijo Pulqueria seca—. Yo también he tenido esta casa bajo vigilancia y, ahora que he decidido interrogar a su dueño; ordené a mis hombres que no admitieran a nadie sin mi consentimiento. Si mi hermano tiene alguna objeción, que venga y me lo diga en persona, y le explicaré que estoy actuando en aras de sus más altos intereses. Pero no tengo ninguna obligación de recibir órdenes del gran chambelán de mi hermano... puedes decírselo a Crisafio, dado que él parece haberlo olvidado. Más aún, si tus hombres intentan entrar en la casa por la fuerza, mis guardias se opondrán también por la fuerza... y tendrás que explicarle a mi hermano por qué has usado la violencia contra su hermana, una augusta soberana. Lo mejor sería que te llevaras a tus hombres al mercado más cercano a esperar órdenes. ¡Cochero! —Chasqueó los dedos y sus guardias le abrieron la puerta de la casa de Nomos y el coche avanzó.

—Pero ¡emperatriz! —exclamó el capitán de Crisafio—. Me han ordenado...

La puerta se cerró sobre sus órdenes. El carruaje se detuvo en un pequeño patio cubierto de nieve que ya estaba lleno de hombres y caballos. Aspar saltó del caballo y abrió la puerta del carruaje a la emperatriz que, recogiendo las faldas, bajó con toda tranquilidad al patio de Nomos. Miró a su alrededor y el capitán de las tropas que había enviado salió de la columnata que rodeaba el patio y comenzó a hacer la postración.

—¡No en la nieve! —le dijo ella rápidamente—. No estropees tu mejor manto, Kalinikos.

El capitán, un hombre delgado con cara de caballo de unos cuarenta años, sonrió.

—Sí, emperatriz.

—¿Has registrado la casa?

—El registro se está llevando a cabo, emperatriz. Hemos encontrado una gran cantidad de cartas que todavía estamos clasificando. Pero no hemos encontrado ni rastro del manto que habéis mencionado.

—Sin duda tiene un buen escondite. Supongo que las cartas que has encontrado hasta ahora son completamente inocentes. Nomos es un hombre con experiencia y tendrá mucho cuidado de no dejar objetos comprometidos donde pudieran verlos los esclavos. Pero tiene alma de burócrata y ha sido maestro de oficios, de manera que tendrá toda la correspondencia de su traición a salvo en algún lugar y clasificada cuidadosamente por nombres y fechas, y con ella estará el manto. Probablemente tenga una habitación secreta en algún lugar de la casa, algún lugar privado donde pueda llegar con facilidad. Busca paredes falsas en su dormitorio y su estudio. ¿Dónde está su personal?

—Hemos encerrado a los esclavos de la casa en el taller, emperatriz, con dos hombres vigilando la puerta. Los guardias están bajo custodia en el establo. Dos de los guardias se resistieron; el resto se sometió con tranquilidad a tu autoridad. De los dos que presentaron batalla, uno murió y el otro está herido, y uno de mis hombres se hirió una pierna en la lucha. Di instrucciones para que se ocuparan de los dos heridos.

—Bien. Deja a los esclavos y los guardias donde están por el momento. ¿Y él, dónde está?

—Retenido en el comedor, junto con su invitado, el prefecto de Fenicia. ¿Deseas que te lleve con ellos, serenidad?

Pulqueria asintió graciosamente y su capitán la escoltó, junto a sus seguidores, dentro de la casa.

El comedor de Nomos daba a otro patio más pequeño, donde un árbol ornamental, pelado y medio seco, se erguía junto a una fuente en medio de la nieve. La habitación era amplia, caldeada por el suelo por medio de un hipocausto, y adornada profusamente con pinturas y mosaicos. En el diván central, de los tres que flanqueaban la mesa de comedor de palo de rosa, estaban sentados dos hombres. Demetria reconoció al prefecto Filippo, alelado y disminuido bajo la firme mirada de los guardias de Pulqueria; eso quería decir que el otro era Nomos.

No parecía digno de todos los problemas que había ocasionado. Era un hombre alto, con la cara redonda y fofa como la de su estatua, nerviosos ojos azules bajo cejas finas, cabello grisáceo, y la ropa sencilla de quien es muy rico y más ahorrador que rico: un manto blanco con la ancha franja horizontal en púrpura y una larga túnica blanca y púrpura. Se levantó de un salto cuando entró Pulqueria y se la quedó mirando boquiabierto. Ella avanzó unos cuantos pasos hacia él y se detuvo, para darle tiempo a su escolta de abrirse en abanico a su alrededor. Los ojos de Nomos se posaron un instante en Aspar; Filippo miró a Marciano con el entrecejo fruncido pero en seguida vio a Demetria y abrió enormemente los ojos.

Durante un largo momento hubo un inmenso silencio en la habitación, «como en el hipódromo unos instantes antes de comenzar la carrera», pensó Demetria. Entonces, lenta y deliberadamente, Nomos se inclinó pronunciadamente ante la augusta. Filippo se incorporó de un salto cuando su superior comenzó la reverencia y, correctamente, hizo la postración de la que Nomos estaba exento, antes de quedarse en pie, muy rígido, detrás de su amigo.

—Honras mi casa, emperatriz —dijo Nomos con pomposa dignidad—, pero no comprendo por qué has creído necesario tomarla con soldados. Siempre he sido un leal sirviente de la casa de Teodosio.

Pulqueria lanzó un leve suspiro y le indicó a uno de sus guardias que moviera un diván para sentarse. Se instaló, muy erguida frente a Nomos, se ajustó los pliegues del manto púrpura y tensó la frente bajo la corona.

—Nomos —dijo con calma—, vamos a entendernos rápidamente: el tiempo es precioso. Sé que planeabas traicionar mi casa. Tú sabes que mi poder, que en un tiempo abarcaba todo el estado, se ha reducido ahora a mi palacio y algunos guardias. He tirado de los hilos que me quedan, y es por esa razón que los hombres de Crisafio están fuera, en la calle, y no aquí interrogándote en mi lugar. Estoy dispuesta a ignorar tu traición si puedes ayudarme contra el gran chambelán; de lo contrario, me retiraré y permitiré la entrada de sus hombres. Te darás cuenta de que es más difícil

tratar con ellos que conmigo.

Nomos parpadeó como un búho. Después de un rato, aspiró rápidamente y dijo con tono ofendido:

—No alcanzo a comprenderte, emperatriz. ¿Puedes creer seriamente que yo sería capaz de un crimen semejante contra ti?

Pulqueria volvió a suspirar.

—¿Tenemos que perder el tiempo de esta manera? —Y tras una pausa añadió—: Kalinikos, ve a inspeccionar el registro de las paredes falsas. Como te dije, los lugares más probables son el dormitorio y el estudio.

El capitán de la guardia se inclinó hacia ella y salió de la habitación.

Nomos tragó saliva. Filippo le susurró algo al oído. Nomos miró a Demetria y palideció.

Pulqueria también miró a Demetria.

—Sí —dijo volviéndose a Nomos—, tengo a la esclava que tejió el manto que habrías usado como emperador. Dios ha hecho que tu conspiración me fuera revelada; el mismo Dios que defendió a mi abuelo y le aseguró la victoria sobre sus enemigos, también me ha defendido a mí. ¿Quieres que mis hombres echen abajo las paredes o podemos llegar ahora a un acuerdo?

Filippo tomó la palabra.

—Los esclavos son capaces de decir cualquier cosa si creen que sacarán algún provecho de ello —declaró con toda confianza—. No sé qué hace aquí esta mujer, pero la conozco de Tiro, era una alborotadora, trabajaba en el taller y el procurador Heraclas tuvo que disciplinarla por lasciva y mentirosa pertinaz. Espero que tu sagrada majestad no acuse a un caballero como mi superior basándose en la palabra infundada de alguien como ella.

Pulqueria lo miró entrecerrando los ojos.

—Tú eres Filippo, supongo —dijo—, hijo de Antemio Isidoro. Antemio *el Regente* fue tu abuelo, ¿no?

Filippo perdió de inmediato la confianza en sí mismo y tragó saliva.

—Mi tatarabuelo —murmuró. Marciano tomó nota de que, al parecer, la historia que le había contado Aspar sobre el regente era verdadera.

—Tu tatarabuelo, por supuesto. Siendo descendiente de Antemio, comprenderás que no puedo tener una opinión muy buena de la lealtad de tu familia.

Filippo se puso tenso.

—¡Nadie en mi familia ha sido culpable de traición!

—Antes de ti, ¿no? —sugirió Pulqueria con suavidad. Lo miró un momento con indiferencia y se encogió de hombros—. Mi esclava guardó muy bien tu secreto. Sólo me contó a mí la verdad, aunque su esposo fue más suelto de lengua y le vendió toda la historia al representante de mi general a cambio de una inútil promesa de protección. Ella llegó a convencer al agente de Crisafio de que el manto que había tejido era rojo, ¡y presta atención, hombre, que el agente querrá verlo! Tendrás que

enseñarle un manto teñido con quermes con dos paneles de tapiz; le han dicho que es eso lo que debe buscar. Si no tienes ningún manto que se ajuste a esa descripción veré si puedo conseguirte uno. Y tendrás que explicar por qué no fuiste a visitar a tu madre enferma, ya que fue tu preocupación por su salud lo que te hizo partir de Tiro antes de que terminara tu misión allí. Como ves, estoy dispuesta a ayudarte, si podemos llegar a un acuerdo.

Kalinikos, el capitán de la guardia, volvió y se postró ante Pulqueria.

—No hay paredes falsas, emperatriz, pero a juzgar por la forma de la casa, hay una habitación más encima del estudio a la cual no hay acceso.

Pulqueria sonrió.

—Gracias, Kalinikos. Eres muy observador, serás recompensado. —Se volvió a Nomos—. ¿Dónde está la entrada?

—¡No sé de qué me hablas! —dijo Nomos, pero su voz sonó como un chillido, estaba sudando.

—Haced un agujero en el techo del estudio —ordenó Pulqueria volviéndose a Kalinikos.

—¡No! —Nomos dio medio paso hacia Kalinikos y volvió—. No, no es necesario.

—¿Dónde está la entrada? —volvió a preguntar Pulqueria, cambiando de postura en el diván.

Nomos la miró angustiado.

—Tiene —comenzó a decir, pero se le cortó la voz—. ... Es... Hay un picaporte escondido. —Pulqueria asintió y esperó pacientemente—. Está detrás del panel que hay encima del escritorio, en el estudio —susurró Nomos—. El panel superior de la pared se mueve para poder empujar el del techo; hay una escalera en la habitación de arriba...

Pulqueria le hizo una seña a Kalinikos, que se inclinó y salió. Nomos tragó saliva varias veces, luego volvió despacio a su diván y se sentó pesadamente. Ocultó la cara entre las manos. Filipino corrió hacia él, le apretó el hombro y miró a Pulqueria. Ella sonrió con una sonrisa amarga.

—Tráele vino a ese hombre —le ordenó Aspar a uno de los guardias con gesto burlón—, ¡si lo permites, eminencia!

Nomos lo miró boquiabierto y luego, bruscamente, miró al guardia y dijo:

—Hay una jarra de vino de Lemnos en aquella repisa.

—¡Trae para mí también! —dijo Aspar.

En silencio, el guardia sirvió el vino en el recipiente de oro situado en el centro de la repisa, añadió un poco de agua y con un cucharón sirvió la bebida en las copas de oro alineadas alrededor del recipiente. Ofreció el vino primero a Pulqueria, que lo rechazó, luego a Aspar y a Marciano, que aceptaron, y finalmente a Nomos y a Filipino. Nomos vació la copa de un trago y la tendió para que le sirvieran más. Pulqueria le hizo una seña al guardia autorizándolo.

—Ahora —dijo Pulqueria mientras Nomos bebía otro sorbo de vino—, vamos a lo que nos ocupa. Me llevaré conmigo lo que Kalinikos encuentre en esa habitación tuya, y lo mantendré en secreto todo el tiempo que me sirvas bien. Tu conspiración está acabada, por supuesto: si necesitas enviar mensajes a cualquiera de tus aliados, cancelando arreglos que hayas hecho con ellos, me llevaré a tus mensajeros con mi escolta y me ocuparé de que nadie interfiera en su tarea. Supongo que será urgente.

Nomos asintió débilmente.

Pulqueria sonrió satisfecha.

—Termina el vino; luego escribirás las cartas que sean necesarias. Cuando yo haya salido de esta casa no podré impedir que entren los hombres de Crisafio, de manera que no debe quedar la menor prueba de tu traición. Cuando me vaya iré directamente al palacio de mi hermano a explicarle lo que he hecho aquí. Le diré a mi hermano, y a Crisafio si me pregunta, que estaba preocupada por una historia que me contó ayer Eulogio, el agente de Crisafio, y que resolví investigar por mí misma haciendo registrar tu casa, pero que no he encontrado nada. Mi hermano se ocupará de que tus esclavos no sean torturados para hacerles confesar y mantendrá la paz aquí. —Hizo una pausa y, dirigiéndose a Filipino, añadió—: Tienes que tener un manto rojo para mostrarle al agente de Crisafio. ¿Tienes alguno adecuado?

Filipino negó con la cabeza, como atontado. Nomos se pasó la lengua por los labios.

—Yo tengo un manto rojo —susurró—. Lo he usado muy poco y está en excelente estado. Es un buen manto.

—Bien —dijo Pulqueria haciéndole una seña a uno de los guardias—. Ve al taller de los hombres y suelta al mayordomo de su eminencia; dile que su eminencia quiere su manto rojo, el de seda, que lo traiga aquí. —El guardia hizo una reverencia y se fue. Pulqueria se volvió a Filipino—. Tienes que decir que el manto te lo dio el procurador... ¿Cuál era su nombre? ¿Heraclas?... como regalo de despedida cuando te fuiste de Tiro. También debes decir que recibiste noticias de que tu madre se había recuperado de su grave enfermedad cuando todavía estabas en camino desde Tiro, por eso te detuviste para visitar a tu amigo y superior para ver las posibilidades de otro gobierno. —Se detuvo pensativa, y le preguntó a Aspar—: ¿Servirá eso para encubrirlos?

Aspar se inclinó sonriente.

—No se me ocurre nada más que pueda inquietar a Crisafio.

—Estaba preocupado por tu representante —dijo Pulqueria cortante—, y debemos hacerle saber que Marciano salió de Tiro después que el prefecto porque ya no tenía nada más que hacer en la ciudad. Y siguió el mismo camino de vuelta...

—Porque casi todos los caminos estaban cerrados por la nieve. —Aspar abrió los ojos—. ¿Qué otros caminos pudo haber tomado? emperatriz, es una delicia volver a verte como antes. Pensaba que le habías perdido el gusto al juego.

Pulqueria le dirigió una mirada dura.

—El juego, como tú llamas a esta traición, es algo brutal, algo abominable para Dios. Sólo ruego al Cielo que se me ahorren este tipo de cosas. Nomos, a cambio de estos favores que te hago me ayudarás a arrancar a esa sanguijuela de Crisafio del palacio de mi hermano.

Nomos la miró, le temblaba el labio inferior.

—Yo no sé cómo deshacerme de Crisafio —susurró—. Si lo supiera, habría conspirado contra él y no contra tu hermano.

Ella levantó las cejas.

—Tal vez —dijo en un tono que demostraba cuan improbable le parecía—. Pero seguramente sabes algo que te será útil contra el gran chambelán. Tú eras íntimo de sus secuaces hasta el verano pasado... y no creo que él sea honrado.

Kalinikos volvió a entrar en la habitación con aire alegre, llevando un pequeño baúl de madera de sándalo en un brazo y una caja en el otro. Depositó ambos en la mesa, abrió el baúl y sacó el manto que Demetria había tejido. Lo extendió y volvió a introducir las manos en la caja para sacar una gruesa pila de cartas y un sello de arcilla.

—Hay otra caja con cartas —le dijo a Pulqueria—, todas ordenadas por nombres y fechas, como predijo tu sabiduría. Pero creo que son copias de éstas, y el manto ya habla por sí solo.

—Así es —dijo Aspar. Cogió una punta del manto y estudió el tapiz. Era la Victoria coronando a Alejandro—. ¿Se supone que éste eres tú? —le preguntó a Nomos—. ¿Matando a tu emperador? ¡Y siendo coronado por un ángel! ¡Mejor se diría que fue un demonio quien te puso semejante idea en la cabeza!

—Yo no encargué los dibujos —objetó Nomos quejándose—. Estos tapices fueron idea del procurador, y esa mujer que está ahí los tejió, no yo. —Le dirigió una mirada llena de odio a Demetria—. ¡Nunca tendría que haber confiado en ese idiota de Heraclas!

Pulqueria examinaba la elección de Hércules, el otro motivo del tapiz; pasó sus dedos de huesos grandes por la ladera de la montaña de seda resplandeciente; luego miró a Demetria y le dirigió una inusual sonrisa llena de dulzura.

—Es un hermoso trabajo, muchacha —dijo con suavidad—. Ruego que jamás tengas que volver a hacer algo tan hermoso para una mala causa.

—Yo también ruego por eso, señora —respondió Demetria en voz baja y conmovida.

Pulqueria suspiró e hizo un amplio gesto con la mano.

—Llévatelo todo —le dijo a Kalinikos— y ponlo en mi carruaje, junto con las otras cartas comprometedoras. Nomos, ¿hay algo más que pueda traicionarte?

Éste negó con la cabeza.

—Estaba todo en mi estudio... mi estudio secreto.

—Bien. Kalinikos, vuelve a revisar la habitación secreta, lleva todo lo que huelga a traición a mi coche y luego deja la habitación como estaba. —Kalinikos se inclinó,

volvió a guardar las cartas en la caja y recogió el manto. Lo sacudió y comenzó a doblarlo. Los ojos de Nomos estaban clavados en él con expresión de asombrada añoranza—. Ese manto jamás será para ti —le dijo Pulqueria, con serena ferocidad—. Jamás. Créeme, y olvida que una vez pensaste lo contrario. Sírveme bien, y podrás mantener el manto que llevas en este momento. Podrás volver a casarte si quieres, y formar una familia que tendrá riquezas y grandes honores. Sírveme mal y perderás la cabeza, y tus parientes se vestirán con harapos.

Nomos hizo una inclinación con la cabeza. Kalinikos guardó cuidadosamente el manto doblado en el baúl de madera de sándalo, volvió a inclinarse y salió de la habitación. En la puerta se tropezó con un esclavo de mediana edad que traía en el brazo un manto de seda roja, éste bajó la cabeza disculpándose y Kalinikos salió.

Nomos le indicó al hombre que entrara y el esclavo, confundido, le llevó el manto a su amo. Nomos lo miró y lo extendió sobre la mesa donde un momento antes había estado el manto púrpura. Era de un rojo brillante, profusamente adornado con oro en los bordes y decorado en los hombros, con dos dibujos pequeños que mostraban a Eros y a Afrodita con Príapo, el arte del tejedor mostraba la crudeza de las escenas con gran detalle. Pulqueria miró las imágenes, por un instante, como si se mirara la punta de la nariz y luego apartó los ojos aparatadamente.

Aspar rió.

—¡Si existe un manto para salir a putañar, es éste! —exclamó—. Entiendo que no lo uses a menudo.

—Es muy apropiado como regalo de un joven procurador para un joven prefecto —dijo Pulqueria con tono ofendido—. Y está en buen estado. Servirá perfectamente.

Nomos asintió y le devolvió el manto a su esclavo.

—Esto pertenece a mi amigo Filipo —le dijo—. Ponlo en su habitación, con su equipaje. —Se volvió a Pulqueria—. ¡Si lo apruebas, emperatriz!

Pulqueria sonrió y el esclavo salió.

—Nos queda poco tiempo —le dijo a Nomos—. Escribe las cartas que tengas que escribir y luego dime rápidamente todo lo que sepas del gran chambelán que pueda serme útil.

Pulqueria habló con Nomos durante una hora y después, cuando Kalinikos entró a informarla de que habían llegado más tropas imperiales a las puertas de la casa, y de que Eulogio estaba con ellas exigiendo el derecho de entrada que tenía como agente, la emperatriz le ordenó a Nomos que preparara a sus mensajeros y les dijo a sus guardias que le llevaran su carruaje. Al poco rato las puertas de la casa volvieron a abrirse y el carruaje de Pulqueria salió dando tumbos a la calle. Eulogio y el capitán escolario esperaban fuera, y Pulqueria le ordenó al conductor que se detuviera para poder cambiar unas palabras con ellos. Demetria, que iba sentada inmóvil, hecha un ovillo, en el asiento de delante de la emperatriz, con una caja llena de cartas que confirmaban una traición a un lado y el baúl de madera de sándalo con el manto bajo los pies, oyó cómo Pulqueria, sonriente, le dio a Eulogio la versión oficial de lo

sucedido en la casa y le advirtió que no se diera a ningún exceso de rudeza en su registro. Después, la emperatriz chasqueó los dedos, el conductor hizo restallar el látigo y el carruaje inició el camino hacia el Gran Palacio. En cuanto estuvieron lejos de la vista de las tropas imperiales, los mensajeros de Nomos salieron al galope hacia la ciudad para cancelar la rebelión.

La llegada de Pulqueria al Gran Palacio causó una considerable conmoción. La guardia se arremolinó alrededor del carruaje; el personal de palacio salía de la Magnaura y volvía a entrar y finalmente un chambelán de rango apareció para invitar a la augusta a conversar con el augusto. Pulqueria aceptó graciosamente y descendió de su carruaje para encontrarse en medio de la multitud bulliciosa de los eunucos de su hermano.

—Probablemente me quede a comer —le dijo a Kalinikos—, pero no es necesario que me esperéis todos. Mi hermano podrá, supongo, prestarme un carruaje para llevarme a casa; no necesitaré más que una escolta pequeña. Escoge treinta hombres para que se queden, lleva a los otros a casa y ocúpate de que sean recompensados por el día de trabajo.

El capitán hizo una pronunciada reverencia y Pulqueria avanzó hacia los dorados pasillos del palacio Magnaura. Kalinikos escogió a los hombres que se quedarían para escoltarla de vuelta a su palacio, montó su caballo y dio la señal para que el resto se reagrupara. El conductor del carruaje puso en movimiento con el látigo su aparatoso vehículo: los sirvientes de Crisafio no tendrían oportunidad de inspeccionar su contenido.

Demetria fue acurrucada en un lado del carruaje durante todo el movido viaje de vuelta al Hebdomón. En la calle, los ciudadanos de Constantinopla vitoreaban a la emperatriz, pero Demetria estaba demasiado cansada para prestar atención, demasiado cansada incluso para darse cuenta de lo extraño de la situación; las aclamaciones de alegría resbalaban por el tapizado oscuro donde ella y la secretaria Eunomia iban sentadas en silencio. «Me siento como si hubiera estado corriendo todo el día —pensó—, o no, no corriendo. Sosteniendo algo. Sosteniendo algo tan pesado como el mundo. Y lo único que he hecho ha sido observar, y haber sido exhibida una o dos veces como prueba. ¡Bien, ahora todo ha terminado, gracias a Dios! Y tal vez me mande a casa después de todo; tal vez incluso acceda a la petición de Marciano y me envíe pronto. Mi casa. Si pudiera verla, quedarme en pie junto a la vid que crece al lado de la puerta, mirar adentro y ver a Simeón sentado bajo la lámpara haciendo una trampa para múrices, y a Meli jugando con su cuchillito... si tan sólo pudiera ver eso y luego morir, me contentaría.»

Había oscurecido cuando el carruaje llegó al Hebdomón, y la casa estaba sumida en las plegarias. Eunomia se hizo cargo del baúl de madera de sándalo y de las cajas con cartas, tras requerir la ayuda de Demetria para llevarlas a las habitaciones privadas de la emperatriz, antes de ir a reunirse con el resto de la casa en la capilla. Demetria la siguió despacio a través de los oscuros pasillos. En la capilla, Eunomia se

dirigió en silencio a ocupar su lugar en el frente y se puso a escuchar, con la cabeza baja, a uno de los eunucos que leía las Escrituras. Demetria se quedó fuera, en el pasillo oscuro y frío, mirando el lugar de oración. Las inmensas lámparas de aceite brillaban sobre los mosaicos y los iconos dorados que adornaban las paredes, pero el personal de la casa estaba rígido y callado, vestido de negro, sombrío, y sólo los ojos fijos brillaban entre tanta magnificencia. «¿Qué tengo yo que ver con ellos? —se preguntó—. ¡Dios mío, permíteme irme de este lugar!»

—¿Quién ha metido las aguas en el hueco de su mano —leía el eunuco—, y medido los límites del cielo?... ¿Quién ha dirigido el espíritu del señor, o ha sido su consejero para instruirlo?... Atended, las naciones son una gota en un cubo, y se cuentan como el polvo...

«Sí, ¿y quién ha dirigido el espíritu de la emperatriz, o sido su consejero para instruirla? —se preguntó Demetria con amargura—. "Atended, que los poderosos de la tierra son como el polvo ante ella." Incluso Aspar y Nomos. Ella es como Dios, un dios humano, severo e inmisericorde. No quiero pertenecer a ella; Dios de los cielos, ¡no quiero! Y sin embargo, ¿tengo derecho a pedirle a Dios que me envíe a casa? ¿Para volver a una vida centrada en cosas terrenales, en el trabajo y los chismes del taller y en mi familia? Estas personas están dedicadas a Dios y a la emperatriz. Pero yo no quiero esa dedicación. Son demasiado elevados para mí y me aterrorizan. Dios tiene un universo, y Pulqueria quiere recuperar su imperio, ¿por qué tienen que preocuparse por mí? No soy pagana, y soy un súbdito tan leal como me es posible. Nunca he sido muy buena en lo referente al amor. Me doy cuenta de ello ahora; nunca seré una mártir, ni por Dios ni por la emperatriz, pero ¿es que alguno de los dos espera eso de mí? Nunca podría luchar por ganar el favor divino, ni la gloria, ni siquiera la felicidad. Me contentaría si pudiera evitar la miseria. Pero amo a Simeón. Y si mi amor no puede ser más grande y más amplio, seguramente, señor Dios, señora emperatriz, ¿no es mejor que lo use a que se desperdicie aquí, en la oscuridad?»

Las oraciones terminaron y el personal del palacio rompió filas, asintiendo y charlando felices, aunque en voz baja, mientras se dirigían a cenar. Teonoe vio a Demetria de pie junto a la puerta y se dirigió nerviosa a ella.

—¡Habéis vuelto! —exclamó la anciana—. ¿Dónde está nuestra querida señora?

—Fue a visitar a su hermano al Gran Palacio —respondió Demetria—. Creo que volverá después de la cena.

Teonoe asintió, pero frunció el entrecejo como si la respuesta no le hubiera gustado.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Ya no te necesitaba?

—No hay lugar para mí en una cena con la emperatriz en el Gran Palacio —respondió Demetria haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Sin embargo —dijo Teonoe amarga—, tampoco lo ha tenido la distinguida Eunomia, todavía. Espero que ninguna de nosotras tenga jamás un lugar allí. Pero no

creo que te esté permitido contar lo qué ha pasado.

Demetria vaciló. «Más que eso —pensó sintiéndose desdichada—, ahora estoy al tanto de tantos secretos, tan peligrosos, que probablemente tenga que hacer como que no existen. Ni siquiera se me permite decir que no se me permite decir nada.»

—Sería impropio hablar de los asuntos de nuestra señora —le dijo a Teonoe contemporizando.

—Bien me lo merezco por preguntar —exclamó resoplando—, pero estoy segura de que tu reserva es correcta, y que así lo quiere nuestra sagrada señora. Bien, ve a cenar. —Le dio la espalda y se fue hacia el comedor de la encargada; su manto negro crujía con enfado a cada paso corto y decidido.

—No le hagas caso —dijo Ágata, la clasificadora de seda, apareciendo detrás de Demetria y sonriéndole con alegría—. Ella cree que los asuntos públicos son malos y corruptores, y no quiere que la señora tenga nada que ver con ellos. Piensa que nuestra augusta tendría que haberse convertido en diaconisa. Ven a cenar conmigo, por favor, y ¡me explicarás lo que te hayan permitido contar! A mí me encantaría que ella recuperara el poder, nada me gustaría más que verla reinando en el Gran Palacio otra vez, como se merece.

—No sé de qué hablas —respondió Demetria. Pero se dejó llevar por la otra al comedor de las esclavas, donde el personal de la cocina había servido una cena de pan y sopa de cebada. En seguida se encontró siendo el centro de una pequeña multitud de compañeras, todas ansiosas por obtener información, todas mirándola con una atención aguda y curiosa. «¿Cómo han sabido que había una conspiración?— se preguntó. —No se les ha dicho nada; sólo saben que el carruaje fue a la ciudad y que se enviaron guardias a la casa de Nomos. No obstante, quieren que les diga si su señora se mudará al Gran Palacio y si tomará el control de las oficinas del Estado.»

Respondió a las preguntas que las otras esclavas le lanzaban con frases cortas y escuetas. Sí, habían estado en casa de Nomos. Sí, la augusta la había hecho registrar. No, no creía que el registro hubiera tenido éxito. No sabía qué era lo que buscaban los guardias; creía que todo había sido una falsa alarma. No, Nomos no había sido arrestado. No, no sabía para qué la habían llevado.

Las otras esclavas se miraban incrédulas, pero no la cuestionaron. Avergonzada, sintiéndose desesperadamente sola, apartó el pan y miró directamente a Ágata, deseando conseguir que lo entendiera. La clasificadora de seda era una trabajadora experimentada, unos diez años mayor que ella, una mujer animosa y jovial, muy dada a los chismes y las risas. Pero bajó los ojos ante la mirada de Demetria y agachó la cabeza; se hizo un silencio repentino y profundo alrededor de la mesa. Si bien Demetria era una esclava como ellas y una extranjera, nueva en el Hebdomón, también era una preferida de la señora, una privilegiada a quien se le confiaban secretos que no estaba dispuesta a compartir: las esclavas comunes debían tratarla con respeto.

«¡Oh, no! —pensó Demetria desesperada entendiendo demasiado bien el gesto—,

no quiero eso. No, por favor. Soy como vosotras, no como la emperatriz; si pertenezco a algún lugar en este palacio es aquí. No soportaría que me dejarais completamente sola.»

Una de las otras tejedoras habló.

—Me encantaría volver al Gran Palacio —dijo con nostalgia.

Otra estuvo en desacuerdo.

—A mí me gusta más éste. Es tranquilo, cómodo y ordenado. Una puede trabajar sin que la molesten. No me gustaría que tuviéramos que irnos.

—¡Ah, pero es tan aburrido! —exclamó Ágata—. Nunca pasa nada. En el Gran Palacio siempre pasaba algo... si no era recibir a un embajador era a un general.

—Una nunca sabía dónde estaba —se quejó la mujer a la que le gustaba el Hebdomón—. Nos sacaban continuamente de nuestras habitaciones para dejar espacio para los esclavos de algún visitante. Y no había la menor posibilidad de terminar un trabajo, siempre cambiaban de idea sobre qué era urgente y qué no. Y todo era siempre tan complicado... Yo nunca pude saber cuáles eran las prioridades.

—Sí, ¡pero era tan emocionante! ¡Conocer a aquellas personas! Y estábamos en el centro de la ciudad. Podíamos ir a las carreras y al hipódromo en vacaciones, y a las tiendas...

—¿Y podías coquetear con el personal del emperador?

—Bien, ¿por qué no? —preguntó Ágata riendo—. Hablar no le hace daño a nadie. Me encantaría volver. —Volvió a mirar a Demetria y esta vez había una súplica en sus ojos—. Si la señora regresa, al menos a ti te llevará con ella —comenzó a decir vacilante—, aunque a las demás nos deje aquí. ¿Crees que podrías...?

—¡Yo no sé nada de eso! —la interrumpió Demetria, sintiéndose otra vez muy desdichada, antes de que la otra terminara—. ¿Cómo puedo pedirle algo a la emperatriz? Yo lo único que quiero es volver a mi casa, a Tiro.

—Por supuesto —dijo Ágata, y volvió a bajar los ojos con humildad. Volvió a hacerse el silencio.

Demetria tragó saliva y miró la sopa, ya fría, que no había terminado, enferma por una repentina sensación de vergüenza. Ágata había sido solidaria y amable con ella, y ella se había negado a su petición sin ni siquiera esperar a oírla.

—¿Por qué piensa Teonoe que la augusta debería hacerse diaconisa? —preguntó, tratando con desesperación de iniciar una conversación, cualquiera, para llenar el vacío que se había hecho a su alrededor.

—¡Ah, eso! —dijo la clasificadora de seda con una alegría forzada que fue casi peor que su silencio—. Bien, porque, como te he dicho, para ella el poder secular es corrupto, y cree que sería mejor que se mantuviera alejada de él. Y los hábitos de diaconisa son los que la emperatriz Eudoxia sugirió que tomara. Aunque dicen que en realidad fue sugerencia de Crisafio.

—La señora y Eudoxia están enemistadas —informó otra mujer cuando vio que Demetria no entendía.

—Eudoxia adoptó la herejía monofisita —dijo la defensora del Hebdomón encantada—, que niega la absoluta y clara naturaleza humana de Cristo.

Demetria parpadeó.

—He oído hablar de eso —dijo con cautela. Tenía conciencia de la furiosa controversia teológica sobre la naturaleza humana de Cristo. Un obispo de Tiro había sido exiliado recientemente por haber adoptado una opinión con la que ninguna de las otras partes estaba de acuerdo, pero ella no había hecho el menor esfuerzo para entenderlo. Le había parecido demasiado abstracto y académico, demasiado alejado de la vida en el taller. ¿Cómo puede nadie determinar cuál era la naturaleza divina, ni tampoco la naturaleza humana, para decir cómo las dos podían relacionarse o no relacionarse? Pero sí sabía que Pulqueria había aceptado una de las dos teorías en discusión, y Eudoxia la otra.

—Eudoxia ni siquiera era cristiana antes de su matrimonio —explicó Ágata—. En realidad, no creo que le importara un bledo la teología, simplemente buscaba una excusa para discutir. Crisafio es monofisita, por supuesto, y ya se había aliado con ella: dicen que le recordaba continuamente a Eudoxia que nuestra señora tenía más rango que ella, que tenía control sobre sus despachos y su chambelán para administrarlos, mientras que Eudoxia no. Ésta declaró públicamente que la augusta debía tomar los hábitos sagrados, pues esto estaba más acorde con su piedad que gobernar un estado. Nuestra señora decidió que no podía enfrentarse a Eudoxia y a Crisafio juntos, le envió a Eudoxia su chambelán y se retiró aquí. Por supuesto que después Crisafio se las arregló para deshacerse de Eudoxia, en menos de dos años, y ahora tiene todo el Gran Palacio para él solo.

«Pero Pulqueria no aceptó ordenarse diaconisa —reflexionó Demetria—. Claro que no. A cualquiera que se hubiera ordenado le estaría prohibido tener poder secular... y la emperatriz siempre, siempre, ha tenido la intención de recuperar el poder a su debido tiempo. Me gustaría saber qué plan tendría originalmente contra Eudoxia, y por qué le falló.»

—Pero tal vez no por mucho tiempo —dijo otra de las mujeres dirigiendo a Demetria otra mirada de curioso ruego.

Demetria apartó la mirada.

—¿Quién sabe? —dijo vengativa.

Se sintió aliviada cuando sonó la campana llamando a la iglesia y salvándola de más mentiras. Las esclavas tragarón el final de la cena deprisa, hicieron la señal de la cruz y salieron del comedor hacia el servicio vespertino.

Cena, iglesia: la rutina diaria volvió a su vida. Pero el silencio del Hebdomón volvió a parecerle opresivo, se sentía amargada y desesperadamente sola. «Mañana por la mañana será mejor —se dijo cansada, mientras se desvestía para acostarse en su diminuto y frío cubículo—. Mañana volveré al trabajo y trataré de olvidarme de los poderosos del mundo, por un tiempo al menos.» Se quitó la túnica y apagó la lámpara.

Estaba quedándose dormida cuando oyó que llamaban a la puerta de su dormitorio y, seguidamente, la voz de Teonoe.

—¡Demetria! ¡Su sagrada majestad desea verte!

—¿Qué? —preguntó Demetria tontamente, sentándose en la oscuridad y mirando el hilo de luz que se veía debajo de la puerta—. ¿Ahora?

—¡Ahora! —respondió Teonoe impaciente—. ¡Date prisa, muchacha, vístete y ven conmigo!

Pulqueria estaba en su dormitorio, reclinada en el diván junto a la cama con sábanas color púrpura, remojándose los pies en un recipiente de oro con agua caliente mientras una de sus damas le deshacía las elaboradas trenzas de finos cabellos grises. La corona yacía a un lado, sobre el tocador de marfil, pero el manto púrpura aún la cubría, cayéndole desde los hombros. Cuando Demetria entró y se postró, la emperatriz sonrió.

—Aquí estás, muchacha —observó—. Quería hablar contigo. Teonoe, puedes irte a la cama, es tarde.

Teonoe se inclinó irradiando desaprobación, y se fue. Demetria permaneció en pie ante la emperatriz, con la cabeza inclinada y las manos enlazadas. Pulqueria sacó un pie huesudo del recipiente y se restregó un lado concienzudamente. Miró las sandalias de oro que había usado todo el día y suspiró.

—Hace tanto tiempo que no estoy en el poder —dijo—, que mis zapatos buenos me producen ampollas. Bien, criatura, ¿qué te parece lo que has visto hoy?

—¿Señora? —preguntó Demetria confundida con la pregunta.

Pulqueria la miró con expresión cínica.

—Te he preguntado qué te ha parecido lo que has visto hoy. Vamos, muchacha, eres lista, por más que simules ser la esclava ideal, sin una idea en tu bonita cabeza, sólo respeto por las órdenes de tu amo. Engañaste a Eulogio, estuviste a punto de engañar a Crisafio, engañaste a mi hermano y me engañaste a mí con tus mentiras sobre ese manto. Se necesita cierto grado de habilidad para engatusar a mentirosos tan hábiles como nosotros. Tienes una opinión y quiero oírla.

Demetria se mordió un labio.

—Señora —dijo despacio—, mi opinión no tiene importancia.

—En otras palabras, tienes miedo de ofenderme. Claro que tu opinión no tiene importancia y no cambiará nada. Pero de todas maneras quiero oírla.

Demetria miró el pie, dentro del recipiente, rojo de tanta friega. Podría haber pertenecido a cualquier anciana, cansada e impaciente tras un día de trabajo tejiendo, cocinando o vendiendo en el mercado.

—Señora —dijo—, hoy te he visto humillar al mayor general y al mayor ministro del imperio. Ambos eran hombres de gran poder y autoridad, y tú los arrastraste por el polvo con la misma facilidad con la que manejas el huso. Me has dado miedo.

—Ah —dijo Pulqueria con una especie de satisfacción. Volvió a meter el pie en el agua y movió los dedos—. ¿Y por qué te he dado miedo?

—Porque yo no tengo poder, señora, y porque soy tu esclava y para ti debo de ser menos que el agua de ese recipiente.

—¿Para ser usada y tirada? —preguntó Pulqueria volviendo a mirarla y a sonreír—. ¿Qué te hace pensar que no tienes poder, muchacha? Después de hoy ya verás que te buscarán por tu influencia. Tal vez ya lo hayas descubierto. ¡Ya veo que sí! Y eso te asusta, ¿no? Además, yo me negué a entregarte a Marciano, ¿no? Para que volvieras a ese tonto esposo tuyo, para volver a instalarte en la existencia insignificante y oscura que tenías antes. Eso te dio todavía más miedo, ¿no? —Se desperezó haciendo sonar las articulaciones rígidas y se pasó las manos por el pelo. Su dama, impasible, cogió un cepillo y reanudó su tarea en las trenzas enredadas—. Para decirte la verdad, creo que Marciano fue el elemento más interesante en los asuntos del día. Fue más que evidente que Aspar no le había dicho ni una palabra de sus planes, y a él no le gustó nada. Eso resultó interesante; y más aún que Aspar supiera que no le gustaría y que no hubiera confiado en su autoridad para superar ese disgusto. Y la preocupación de ese hombre por cumplir su promesa me pareció singular. Un hombre a tener en cuenta, ese Marciano, si alguna vez vuelve a haber necesidad de poner en vereda a Aspar... Lo cual sucederá... No, querida, yo no lo humillé; estoy por encima de eso. Le indiqué que no había tenido en cuenta sus planes más allá de lo inmediato, él se sintió aliviado de que su vieja protectora no hubiera perdido su instinto político y se rindió graciosamente. A su manera Aspar es un hombre leal, pero le gusta hacer las cosas a su modo, se imagina hacedor de reyes. Ahora bien, Crisafio... —Pulqueria inclinó la cabeza hacia el cepillo— Crisafio considera a Aspar un bárbaro, bruto y sin educación, que sólo comprende la guerra, y eso es precisamente lo que éste quiere que piense la gente. El mayor problema de Crisafio es que no tiene habilidad con las personas y no sabe juzgarlas. No sabe en quién confiar ni hasta qué punto, y termina no fiándose de nadie. Hay que confiar en alguien para poder gobernar de manera eficiente. Yo puedo fiarme de Aspar, siempre y cuando él recuerde quién de los dos está al mando. Y puedo confiar en Nomos de ahora en adelante, porque puedo destruirlo con unas pocas palabras. ¿Así que te resulto aterradora, muchacha? ¿Cruel, cínica y sedienta de poder? Bien, tal vez tengas razón.

Demetria apretó las manos.

—No he dicho eso, señora.

—No es necesario. —Pulqueria suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Su asistente seguía cepillándole el cabello—. Hice un voto hace mucho tiempo —dijo Pulqueria en voz muy baja, más para sí misma que para Demetria—, hace ya muchísimo tiempo. Entonces pensaba que lo hacía por amor a Dios. Me costó casi veinte años darme cuenta de que lo había hecho por amor al poder, pero al final lo hice; tenía que darme cuenta. Dios debió escucharme y me tomó la palabra: ahora, después de haberlo usado, el poder parece no tener sentido, o, al menos, ¿qué sentido tiene tiranizar a esclavos y asustar a viejos senadores estúpidos como Nomos? Sin

embargo, disfruté viéndolo asustado ante mí, ante la sagrada majestad de la casa de Teodosio. ¡Sagrada majestad! La única mujer con verdadero derecho a ese término fue la esposa de un carpintero, en Palestina. «Él ha arrojado a los poderosos de sus tronos, y ha elevado a los humildes; ha llenado de buenos alimentos a los hambrientos y a los ricos los ha echado sin nada.» —Pulqueria se incorporó bruscamente y la dama dejó el cepillo. La emperatriz se desabrochó el prendedor de esmeraldas del manto y se levantó para que pudieran quitárselo. La asistente sacudió la prenda y comenzó a cepillarla—. La púrpura sagrada también —añadió Pulqueria—. Me dieron el manto que perteneció a la Virgen. Lo hemos guardado en un baúl de oro y joyas, y tú estás ayudándonos a adornar la iglesia que he hecho construir para honrarla entre púrpura, pero el manto, su manto, es de sencilla lana azul. Azul como el cielo. Aspar tiene razón: estoy cansada del juego. No obstante, no puedo dejarlo.

Se hizo un largo silencio. La asistente dobló el manto y lo guardó, luego colocó la colcha de la cama.

—¿Por qué me cuentas esto, señora? —preguntó Demetria.

Pulqueria se encogió de hombros.

—Porque eres joven e inocente y parecías muy desdichada esta mañana. Y quería, además, hablar de tu posición aquí, a la luz de lo que ha sucedido. ¿Quieres hacer votos como virgen consagrada?

—Ya estoy casada —le recordó Demetria rápidamente.

Pulqueria levantó las cejas.

—Sí, y el tonto de tu esposo te ha echado encima esta cadena de calamidades entrometiéndose donde no debía.

—Le dijo la verdad a Marciano. Pensé que tu sabiduría estaba enfadada porque yo había mentido.

—Tú hiciste un análisis racional de las posibilidades de que te creyeran y de tu destino probable, y actuaste en consecuencia. Cuando viste que conmigo estabas a salvo, estuviste en seguida dispuesta a hablar. ¿Por qué iba a enfadarme por eso? Tú, diría yo, tienes derecho a estar enfadada con tu esposo. ¿O te sometes a él porque es el deber de una esposa cristiana?

Demetria miró al suelo un momento, y luego levantó la mirada.

—Lo admiro. Tal vez se haya equivocado, pero al menos no se rindió sin presentar batalla. Y pienso que se corren riesgos cuando se quiere a alguien, no pensando sólo en la propia seguridad y calculando cada paso que se da.

—¡Caramba! Un hombre prudente sabe cuándo pelear y cuándo rendirse. Muchacha, me gusta la discreción de que has dado muestras, me gusta tu sentido común, y tengo un altísimo concepto de tu arte. Te mereces algo más que una vida estrecha como esclava del Estado, casada con un hombre sin inteligencia suficiente para saber cuándo debe tener la boca cerrada.

Demetria aspiró hondo.

—Señora, no hay ninguna vergüenza en una vida estrecha. Tú misma has dicho

que la madre de nuestro señor era la esposa de un carpintero.

Pulqueria chasqueó la lengua.

—¡Buena respuesta! Pero de igual manera creo que tenemos el deber de conducirnos con prudencia en la vida y de utilizar de la mejor manera posible las virtudes que Dios nos ha dado. Mira a mi pobre hermano. Es un buen hombre y no es tonto, pero como tiene miedo de obrar le ha causado más problemas al imperio que si hubiera sido una mala persona. No estoy diciendo que un hombre malo sea un buen gobernante, pero a menudo el diablo tiene tanto que ver en el mundo como Dios. Yo podría, incluso, tolerar el gobierno de Crisafio, si no fuera tan fanático de los herejes, y si pudiera utilizar el poder con la mitad de la habilidad que demostró para conseguirlo. Pero ese individuo piensa sólo en sí mismo y no termina de salir de un grave problema cuando ya se mete en otro. Bien, pronto veremos su fin. —Demetria bajó la cabeza, otra vez con temor. La voz de Pulqueria siguió resonando, ahora más suave—. Pero tú no naciste para heredar ninguna gran autoridad, mucho menos un imperio. Sólo te tienes a ti misma, y por préstamo del Estado. Pero lamentaría ver que te desperdicias. Te lo diré con claridad: puedes esperar mi favor si decides quedarte y hacer los votos aquí. ¿Sigues insistiendo en irte a tu casa?

Demetria levantó la cabeza. La expresión de Pulqueria era amable, incluso afectuosa.

—Sí, señora —dijo con calma—. Lamento no ser digna de tu favor.

La emperatriz suspiró.

—Esperaba esa respuesta. Bien, la lealtad también es una virtud. Dejaremos las cosas como estaban: tienes tres años para pensarlo.

Demetria hizo una reverencia.

—¿Y Marciano, señora? Él quería...

—El momento en que Marciano debió cumplir su promesa fue cuando estabas en Tiro. Ahora que se ocupe de tu esposo, si lo desea: mi casa es asunto mío. Ahora ve a tu cama, muchacha, y duerme. Tu parte en estos asuntos ya ha terminado, puedes descansar tranquila esta noche.

Demetria se postró y salió. La emperatriz tenía razón: durmió tranquila. Sólo en sus sueños navegó... navegó con Simeón y Melecio a través de un mar azul como el manto de la Virgen, siguiendo a un delfín que saltaba feliz de entre las aguas resplandecientes. Incluso cuando despertó, sola en el frío cubículo, con el sonido de las campanas de palacio que llamaban a oración, la alegría del delfín la acompañaba y, extrañamente, se sintió feliz.

IX

Era la tarde del dos de abril cuando Simeón y Melecio llegaron a Constantinopla.

El viaje había durado más de tres meses. El amanecer rojo del día que dejaron la aldea al sur de Antioquía había pronosticado temporal, y cuando trataron de llegar a tierra hacia el mediodía, se les rompió el remo. Simeón supo que recordaría aquel momento durante el resto de su vida: el mar turbulento, de un verde negruzco festoneado de espuma, el cielo de un salvaje color cobrizo y la costa oscura; la *Procne* escoraba y las velas se agitaban como ropa colgada a secar, el remo roto, el mar sacudiendo la barca y Melecio, tras un grito, cayendo al agua. Por fortuna, el muchacho tuvo el buen tino de sumergirse y Simeón pudo girar la embarcación con el otro remo y rescatar a su hijo del agua. Pero no se habían animado a desafiar el viento y las olas para intentar otra vez llegar a la costa, todo el día y toda la noche navegaron a favor del viento. Cuando volvieron a ver tierra se encontraban ante la isla de Chipre, donde se tuvieron que quedar varios días reparando los daños del equipo y las velas. Luego el mal tiempo los retuvo dos semanas en un pequeño pueblo pesquero, cerca de Sida, y diez días más en Rodas y otros diez en Quíos; en Éfeso se vieron obligados a reabastecerse otra vez. El otro remo se rompió como consecuencia de una riña en el puerto de Rodas; se resquebrajó una de las tablas del casco, no lejos de Patara, y tuvieron que achicar agua desesperadamente durante toda la noche en medio de un furioso temporal; en Éfeso habían tenido que comprar velas nuevas. En Mitilene fueron atacados por ladrones y obligados a luchar para defender la vida; a la altura de Tróade se encontraron con una pequeña barca llena de supervivientes de un naufragio, a quienes salvaron. Y ahora, por fin, la *Procne*, remendada y gastada pero navegando tan maravillosamente como siempre, viraba luchando contra vientos contrarios para pasar la punta de la península de la ciudad, más allá del doble puerto de la flota, de los buques que transportaban cereales y de los muelles enlosados en mármol del Gran Palacio; y entraba suave como la seda en el Cuerno de Oro.

Las aguas de la ensenada estaban picadas, llenas de buques mercantes, de transbordadores y otras embarcaciones pequeñas. Simeón recogió la vela mayor hasta que la embarcación tuvo casi la velocidad necesaria para mantener el rumbo y se sentó empuñando los remos y mirando ceñudo el puerto atestado. En la proa, Melecio se movía entusiasmado, parloteando sin parar.

—¡Papá, hay una boya grande a estribor! Allí... allí. ¡Mira aquella estatua del león! ¡Es toda de oro! Cuidado, hay otro barco a babor, nos ha visto, ¡ha virado! ¿Ves el puente? ¡Cruza todo el puerto! El arco central está libre... no, no. Vira a estribor, papá, podemos pasar detrás de la barca. ¡Ah, mira, la ciudad continúa al otro lado del puente! ¡Es más grande que Éfeso! ¿Dónde crees que estarán las otras barcas de pescadores?

—El hombre de Heraclea dijo que había una playa al final de la ensenada — respondió Simeón virando bruscamente para evitar un transbordador y dando un poco

más de vela para recuperar la dirección de la barca—. ¿Todavía no la ves?

—No... ¡mira, otro puente! ¡Ah, mira los caballitos de mar y los delfines de oro!

—¿Está libre? —preguntó Simeón impaciente, sin prestar atención a los delfines.

—El arco de estribor está... no, no,... ¡sí, está libre! ¿Crees que tendremos problemas en la aduana, papá?

—El hombre de Heraclea dijo que no les interesan los barcos pesqueros. Si nos interrogan, Meli, recuerda que hemos venido a vender salmonetes. Podemos tener problemas si les contamos que hemos venido a buscar a tu madre. Recuerda que, según ellos, tendríamos que habernos quedado en Tiro.

—Sí, porque somos esclavos... bueno, más o menos —dijo Meli, inquieto y entusiasmado—. ¡Mira! ¡Una playa! ¡Allí, a babor! Un montón de barcos pesqueros, ¡mira! Todos con velas de abanico. A mí las velas de abanico me parecen horribles. Y seguro que, además, están hechos de esa madera blanda de pino y no de buen cedro. Apuesto a que no pueden navegar tan lejos como la *Procne*.

—Cuidado —le advirtió Simeón volviendo a cargar la vela y llevando la embarcación hacia la playa—. No digas que venimos de tan lejos, aunque, de todas maneras, la *Procne* llama mucho la atención. Recuerda, Meli, debemos decir que venimos de Tróade y que queremos vender nuestro pescado y ver la gran ciudad. No menciones a tu madre a nadie. Estamos en aguas desconocidas y tenemos que andarnos con cuidado hasta saber cómo están las cosas.

Melecio asintió obediente y Simeón llegó a tierra firme en un espacio vacío de playa enfangada, bajó de un salto y terminó de sacar la embarcación del agua. Melecio corrió a popa para subir los remos y luego saltó de la barca para ayudar a su padre a atarlo. Los otros pescadores interrumpieron su trabajo y se quedaron inmóviles observándoles con recelo.

—Salud —dijo Simeón volviéndose a ellos con una sonrisa—. ¿Algún problema si atracamos aquí?

Uno de los pescadores escupió.

—Ese lugar es de Juan *el Negro*.

—Juan *el Negro* estará fuera toda la semana —dijo otro con amabilidad—. No le molestará que un extranjero ponga su barca ahí. ¿Te quedarás mucho tiempo, extranjero?

—Oh, no lo creo —dijo Simeón—. Mi hijo y yo teníamos ganas de ver la gran ciudad, de la que tanto hemos oído hablar, tenemos un poco de pescado para vender. Si lo podemos vender hoy pasaremos un día o dos viendo la ciudad y luego nos iremos.

El pescador cordial asintió. Constantinopla atraía muchos visitantes.

—¿Sois de costa abajo? —preguntó—. Habláis con un acento extraño... y la barca también es extraña. ¿Ha sido construida en las islas?

—Al sur de las islas —respondió Simeón suelto—. Mi padre era sirio y viajó con ella hacia el norte. Mi nombre es Simeón.

—¿Simón? —preguntó receloso el pescador antipático—. Es un nombre muy raro.

—No, Simeón —dijo el otro con cautela—, como aquel santo, el que vive en una columna. Bien, yo soy Mataio. ¿Qué tal navegan esas velas?

Simeón habló del mérito relativo de las velas latinas, de las velas de abanico y de los aparejos cuadrados durante unos momentos, luego le dijeron dónde vender el pescado, cuánto pedir por él y qué ver en Constantinopla una vez que lo hubiera vendido. Melecio esperaba con impaciencia, saltando de un pie al otro e interrumpiendo a sus mayores con el comentario de que las velas de abanico eran horribles. Al fin descargaron el cajón de mimbre con los salmonetes que habían pescado esa misma mañana y los llevaron al mercado junto al muro de la ciudad. Simeón colocó los pescados sobre la caja y se sentó en el suelo junto a ella.

—¿Cuándo buscaremos a mamá? —preguntó Melecio.

—Tenemos que averiguar en primer lugar cuál es la situación —le dijo Simeón—. Venderemos primero el pescado, atraeremos mucho la atención si dejamos que se pudra. Ya es tarde. Esta noche dormiremos aquí y mañana entraremos en la ciudad y veremos si podemos encontrar la casa de Aspar.

—¿No hay problema en dejar sola a la *Procne*?

—Creo que no. Esos hombres ya saben quiénes somos. Compraré una buena jarra de vino para acompañar la cena e invitaremos a nuestros vecinos. De esa forma continuarán siendo amables. Además, allí hay guardias. —Simeón señaló a los aburridos guardias que mantenían la vigilancia, al menos en apariencia, bajo la puerta del mercado del Pescado, apoyados en la muralla de la ciudad.

Melecio se enfurruñó y se sentó junto a su padre. El viaje había sido mucho más largo de lo que él hubiera podido imaginarse jamás: en Tiro pensaba que no se podía navegar tan lejos sin salirse del mundo. Pero había trabajado mucho en la barca, ayudando todo lo posible con las velas, con el remo y con los sedales, y había tratado de portarse bien, sabiendo siempre que, al final, llegarían a Constantinopla y encontrarían a su madre. Cada día, durante toda la semana anterior, había esperado ver Constantinopla antes de anochecer. Ahora estaban aquí, pero él tenía que seguir siendo bueno y esperar. Jugueteó con la correa de la sandalia. El cuero estaba gastado y manchado por el agua salada; probablemente se rompería si tiraba de ella y su padre se enfadaría. La dejó y enlazó las manos. Si cerraba los ojos veía a su madre, sólida, sonrosada, con los brazos abiertos para abrazarlo. No siempre contenta o de buen humor, pero siempre allí, con su consuelo, su amor, sus cuidados y tan necesaria como el alimento. Ahora el mundo se había roto; se la habían llevado y él y su padre habían salido de entre los fragmentos familiares que quedaban para buscarla y llevarla a su lugar. Y ella estaba aquí, en alguna parte de esta ciudad, encerrada en una de las casas detrás de este sombrío muro, esperándolos. Entonces, ¿por qué se quedaban aquí sentados, vendiéndoles pescados diminutos a personas desconocidas?

Melecio levantó la mirada, severo, y declaró:

—Quiero encontrar a mamá ahora mismo. Tú sabes el nombre del hombre que se la llevó. ¿Para qué tenemos que ver a Aspar? ¿Dónde vive Eulogio?

Simeón suspiró y repitió pacientemente una explicación que ya había dado muchas veces durante el viaje.

—No podemos hacer mucho sin la ayuda de Marciano, tenemos que hablar con él y con su jefe Aspar antes de verla. Eulogio tiene una escritura de venta, Meli, en la que dice que él es dueño de mamá, y alguien tiene que comprársela o anular la escritura antes de que podamos volver a casa a salvo.

Podemos buscar la casa de Eulogio, pero la persona a quien debemos ver es Aspar. Si tenemos tiempo, esta misma noche, después de vender el pescado, podemos preguntar cómo llegar a su casa... ¡sí, señor, salmonetes rojos frescos, pescados esta misma mañana, a sólo veinte dracmas la unidad!

A los habitantes de Constantinopla les gustaba el pescado, y Simeón no tuvo dificultad en vender todos los salmonetes, aunque fueran pequeños. Tenían tiempo para una incursión en la ciudad y para hacer algunas discretas preguntas antes de la cena y del descanso nocturno en la barca.

A la mañana siguiente se ocuparon de la seguridad de la barca y salieron hacia la ciudad. Simeón llevaba consigo su mejor manto pero no le gustaba ponérselo ante los pescadores locales, pues podrían pensar que sería un buen negocio robarle. Lo guardó con cuidado en una de las cestas de mimbre y se la dio a Melecio para que la llevara. El pergamino sellado con la promesa de Marciano se lo guardó, doblado, en la bolsa que llevaba en el cinturón.

Desde el mercado del Pescado la ciudad se levantaba en una escarpada colina. Un camino principal corría a lo largo del puerto, pegado al muro que daba al mar, pero de él salían sólo diminutas callejuelas. La noche anterior le habían dicho a Simeón que subiera la colina hasta la calle Central y que allí preguntara, de manera que padre e hijo tomaron la primera callejuela que encontraron y comenzaron a subir la colina. El camino, empedrado con cantos rodados, serpenteaba estrecho y oscuro bajo los balcones salientes de las casas. De vez en cuando salía a la fugaz luz del sol en alguna diminuta plaza pública, con una fuente, algunos plátanos y la escalera de piedra desde donde se distribuía el pan público, cada plaza era exactamente igual a las anteriores. Al poco rato estaban perdidos pero siguieron subiendo y al fin encontraron una calle más importante. Era una calle ancha, bonita, pavimentada con grandes baldosas y flanqueada por una columnata de mármol a un lado y la sombra de un imponente acueducto al otro. Bullía de compradores y vendedores en aquella tibia mañana de primavera. Tras comprobar que ésta era, por fin, la calle Central, Simeón preguntó por la casa del general Aspar, y le indicaron que fuera hacia la izquierda, hasta el mercado Tauro. Fue despacio, tratando de descifrar los rostros atareados e indiferentes que lo rodeaban. Melecio correteaba tras él, mirando encantado las tiendas que vendían espadas, especias o juguetes, y asombrándose de vez en cuando al ver la estatua de un héroe o de algún animal mitológico.

El mercado Tauro era una inmensa plaza en la que aquel día se celebraba un mercado de ovejas. Todo el espacio estaba atiborrado por los animales lanudos y sus dueños, se oían los balidos de los animales y los gritos y el regateo de los vendedores. Después de urgentes averiguaciones por parte de Simeón, se enteraron de que el primer hombre a quien le había preguntado no le había entendido: había una estatua de Aspar en la plaza, pero la casa del general quedaba a unas seis millas hacia el oeste, cerca de la puerta de Oro. La imagen de Aspar en bronce, con armadura y montado sobre un caballo de guerra, miraba desafiante hacia el oeste por encima de los rebaños de ovejas, amenazándolas con la espada desenvainada. Melecio no estaba acostumbrado a las largas caminatas. Puso la cesta a los pies de la estatua y se sentó sobre ella desconsolado. Simeón se agachó junto al niño y le dio una palmada en el hombro.

—Quiero ver a mamá —dijo Melecio con tristeza—. Me dijiste que estaba en Constantinopla, y yo creía que íbamos a verla. Pero todavía está muy lejos.

—La veremos pronto, Meli. Dentro de pocos días y algunas millas más. Es difícil para gente como nosotros luchar contra los dueños del mundo; cuesta su tiempo.

Meli movió la cabeza y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Y si preguntamos si la casa de Eulogio queda cerca de aquí? —preguntó—. ¿Después podemos ir a ver a Aspar? Quiero ver a mi madre.

Simeón suspiró.

—Ni siquiera sabemos si Eulogio la tiene todavía. Dicen que iba a regalársela a su superior.

—¡Podemos averiguarlo! —dijo Melecio—. Por favor, papá.

Simeón vaciló mirando a su hijo: los ojos del muchacho estaban clavados en los suyos, rogándole. «No le hará daño a nadie que busquemos la casa —pensó—. No le hará daño que iniciemos una conversación con los esclavos, para averiguar dónde y cómo está Demetria. Tendremos algo más que contarle a Aspar, y a los dos nos pondrá de mejor humor.»

—Preguntaremos si la casa de Eulogio queda cerca —le dijo a Melecio—, y, si es así, veremos si alguien sabe lo que le pasó a tu madre. Pero recuerda que no debemos decirle a nadie quiénes somos. Si encontramos la casa de Eulogio y podemos entrar con facilidad, simularemos... simularemos que estamos vendiendo tinturas para un importador del puerto. Podemos decir que mi manto es una muestra de tela teñida con esos tintes. De esa manera podremos hablar con los esclavos de la casa sobre tejedoras sin que nadie sospeche quiénes somos.

A Melecio la cara se le iluminó como un faro, se levantó de un salto y miró nervioso a su alrededor. Simeón sonrió y comenzó a preguntar dónde quedaba la casa del agente Eulogio.

Las dos primeras personas a quienes les preguntó no tenían ni idea: un princeps de los agentes in rebus no era una figura pública tan importante como para que su casa fuera conocida en la ciudad. Sin embargo, resultó que la casa no quedaba lejos, y

la tercera persona a la que Simeón interrogó, una mujer dueña de un puesto de venta de flores, conocía al agente.

—Es un desgraciado soberbio —le dijo a Simeón—. Pasa por aquí a caballo con sus bárbaros, vestido como un tetrarca, y ¡ay de quien se interponga en su camino! Uno de sus salvajes golpeó a mi hija en cierta ocasión porque se detuvo a recoger su muñeca. ¡Mal rayo le parta! ¿Para qué quieres verlo?

—He oído decir que podría estar interesado en comprar tintes —dijo Simeón con indiferencia—. ¿Dónde está la casa?

La mujer se lo dijo, Simeón le dio las gracias, cogió la cesta de Melecio, le dio la mano al pequeño y salió hacia el sur.

Cuando llegaron, vieron que la casa era impresionante. Un muro alto, sobrio y sin ventanas se erguía sobre la calle, y las grandes puertas de roble estaban cerradas. La única ventana que había en la caseta del portero estaba cerrada, como un ojo ciego clavándose amenazador en la calle tranquila. Simeón se detuvo un momento ante la ventana, mirándola sin moverse. Se había imaginado una amplia mansión con una puerta trasera por donde pudiera entrar como si pasara por allí, presentar su supuesta muestra al encargado de la casa y ponerse a charlar con los esclavos. El edificio reservado, con aquella mirada vacía y sin ojos le puso nervioso. Al mirar la ventana cerrada sintió de pronto que sería peligroso hacerla abrir. Era como si dentro estuviera encerrado un animal peligroso. Si aquellas puertas reforzadas con barras de hierro se cerraran tras él alguna vez, jamás volvería a salir.

Se estremeció y dio un paso para alejarse de la caseta. Podía llamar, podía inventar algún asunto legítimo que lo llevaba allí, pero no podía entrar como si tal cosa. El portero sabría su nombre, y sus idas y venidas serían registradas. ¿Y si alguien adivinaba la verdad? El esposo de la nueva esclava de Eulogio sería arrestado por fugitivo y enviado de vuelta a Tiro. «Lo arriesgaría todo —pensó—, sólo por verla unos días antes. No podemos. No vale la pena correr el riesgo.»

—¿No es ésta la casa? —preguntó Melecio expectante.

—No creo que podamos entrar —respondió Simeón—. No es seguro, y podrían darse cuenta de quiénes somos.

Meli miró a su padre por un momento. Entonces hizo un puchero y estalló en llanto.

—Pero yo creía... —empezó a decir.

—¡Silencio! —dijo Simeón alarmado, y cogió a su hijo de la mano.

Un cerrojo sonó al otro lado de la ventana: el portero estaba abriéndola. Melecio se tragó el sollozo y Simeón se volvió y comenzó a caminar de vuelta al mercado. Melecio lo siguió, a medias corriendo y a medias arrastrado por su padre, todavía tragándose las lágrimas. Una cara gris se asomó a la ventana y los siguió con la mirada, pero Simeón se limitó a apurar el paso. No se detuvo hasta que estuvieron a salvo en el mercado de enfrente.

—¡Yo quería ver a mi madre! —se quejó Melecio, entre sollozo y sollozo, cuando

se detuvieron en la esquina—. Tú me dijiste que la veríamos en Constantinopla hace mucho tiempo, navegamos y navegamos, hemos cruzado el mundo entero, y ahora...

—¡Silencio! —volvió a decir Simeón—. No me parece prudente entrar en la casa de Eulogio. Es un hombre malo, Meli. Te aseguro que yo quiero verla tanto como tú, y voy a hacer todo lo que pueda para encontrarla. Mira, veremos a Aspar esta tarde, y él nos ayudará a sacarla de allí. Ahora iremos a la taberna y te compraré algo para beber y una torta.

Melecio sorbió aire por la nariz y siguió a su padre en silencio.

Encontraron una pequeña tienda de vinos en la esquina del mercado. El lado opuesto de la calle estaba ocupado por bancos, lleno de vendedores de ovejas cubiertos con mantos de lana y un grupo de hombres armados: los guardias privados de algún caballero local. Simeón cogió en brazos a su hijo y se abrió camino dentro de la tienda. Compró una jarra de vino bien aguado y una torta de miel para Melecio, entonces volvió a salir al sol de fuera, encontró un rincón en un banco y sentó a su hijo sobre sus rodillas. Melecio cogió la torta de miel, pero estaba todavía demasiado triste para comérsela. La olió y volvió a frotarse los ojos. Uno de los clientes lo vio y sonrió al niño. Melecio se lo quedó mirando asombrado: el otro cliente era un bárbaro con la cara deforme y llena de horribles cicatrices, cubierto con un manto sucio de piel.

El huno le dirigió una sonrisa más amplia, mostrando la falta de un diente.

—¡Caramba! —exclamó moviendo la cabeza y dirigiéndose a Melecio—. ¿Por qué no te comes rica torta, niño? ¿No gusta? ¿Quieres dármela para mí? —Melecio cerró la boca y agarró la torta. Miró a su padre, nervioso. El huno rió, se levantó y se acercó. El manto de piel, que se había aflojado por el calor del día primaveral, rozaba la vaina de la daga que llevaba en el costado. Pero debajo de las cicatrices su rostro era amable, con la expresión de un padre cariñoso que bromea afectuosamente con el hijo de otra persona. Sus compañeros, todos bárbaros armados, lo miraron molestos, como si consideraran que su actitud no estaba a la altura de su dignidad—. ¿No te gusta torta? —le preguntó de nuevo a Melecio agachándose junto a él.

Melecio volvió a mirar a su padre. El huno le sonrió a Simeón y éste le devolvió la sonrisa.

—Está desilusionado —le dijo Simeón al otro con la resignada aceptación de un padre ante los caprichos de los niños.

El huno asintió.

—¿Es grande desilusión? —preguntó—. Bien. Eres niño grande y bueno. Siéntate con tu padre y come torta, sé valiente.

—¡Pero yo quería ver a mi madre! —estalló Melecio olvidándolo todo ante la urgencia de su necesidad—. ¡Y no podemos!

—¿A tu madre? —preguntó el huno sorprendido—. ¿Por qué no ves?

—Porque ese Eulogio es un hombre malo —dijo Melecio con amargura—. No nos deja verla.

Ante esto, los otros guardias levantaron los ojos y su irritación con su compañero desapareció. Eran los guardias de Eulogio, y Simeón se dio cuenta en seguida, fuera de servicio y bebiendo algo en la taberna local. Le apretó el brazo a Melecio y el niño lo miró, sorprendido.

—¿Eulogio? —dijo el huno—. Es mi amo. No es tan malo. Tu madre, ¿trabaja en su casa?

Perplejo y angustiado, el muchacho ahora miró a su padre, sin saber qué decir.

—Trabaja en su casa como criada —le dijo Simeón al huno con calma aparente—, haciendo algunos trabajos cuando las esclavas están muy ocupadas. Teníamos la mañana libre y esperábamos que ella pudiera venir con nosotros, eso es todo. No fue nuestra intención ser ofensivos con tu amo.

Pero el huno había fruncido el entrecejo, y uno de los otros guardias se había acercado. Era un hombre de rostro duro con un collar de oro, muy alto y muy rubio.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el huno—. Yo consigo permiso para ella venga contigo, ¿está bien? Ahora no hay mucho trabajo en la casa; es bueno si ella viene contigo.

Simeón apretó fuerte a Melecio.

—Su nombre es María —dijo tras un momento. Era casi seguro que hubiera alguna mujer llamada María en la casa de Eulogio; tenía que haber una mujer llamada María en cualquier casa con mucho personal. Sólo rogaba a la Virgen que fuera de la edad adecuada y que los guardias no la conocieran mucho. Era posible. Los guardias de un noble no podían conocer la historia de todas las criadas que su amo contrataba.

—¿Es casada María, la de los ojos negros? —preguntó sorprendido el otro guardia—. Me pareció que era demasiado joven para tener un hombre, y mucho menos un hijo.

—Es mayor de lo que parece —se apresuró a decir Simeón dando las gracias a la Virgen María.

Pero el huno seguía ceñudo.

—Podemos ir la casa ahora —dijo—. Preguntaré en tu nombre y haré salir a tu esposa. Es bueno. Yo puedo. Ven.

—Gracias, pero ya nos dijeron que está ocupada. No te molestes, amigo.

—No es molestia —dijo el huno levantándose y llevándose una mano al cinturón—. Vamos.

Simeón por un momento no se movió, agarrando a su hijo. «Es una taberna pública —pensó—. No pueden atacarme aquí.»

—No —dijo despacio—. No quiero molestarla. —Bebió un sorbo de vino tratando de aparentar indiferencia. El líquido aguado le supo amargo, no le fue fácil tragarlo y después lo sintió como un nudo en el estómago contraído.

—Es un espía —dijo en voz baja el otro guardia—. Fue a la casa a espiar al amo. El niño es una excusa. —Se oyó ruido de metales y, al levantar la vista de su bebida, Simeón se encontró ante una espada desenvainada y con los otros guardias que se

habían levantado para formar un círculo a su alrededor, mientras que el resto de la multitud que colmaba la taberna observaba paralizada.

Con los ojos muy abiertos, Melecio se agarraba con fuerza a su padre.

—No soy un espía —les dijo Simeón a los guardias. Con cuidado, soltó los brazos de su hijo de su cuello y depositó al niño en el suelo junto a él.

—Ven con nosotros —dijo el guardia del rostro duro. Aunque era rubio con el pelo rizado y a todas luces un bárbaro, su griego era mucho mejor que el del huno, que había retrocedido, ceñudo y a disgusto por la situación—. Si no eres espía no tienes nada que temer.

Simeón negó con la cabeza.

—No creo que tu amo tenga ningún derecho a interrogarme. ¿Quién gobierna en esta ciudad, un princeps de los agentes o los magistrados? Si tienes alguna queja contra mí, puedes recurrir a ellos, y yo iré contigo. —No se animaba a mirar hacia un lado para ver si los vendedores de ovejas lo habían oído y lo aprobaban; no se animaba a apartar los ojos de los guardias.

—¡Vendrás con nosotros, espía, y responderás a nuestro amo, no a esos malditos magistrados! —exclamó el guardia—. ¡En pie!

Simeón bajó la cabeza. Apoyó las manos en el banco como para ayudarse a levantarse y saltó hacia atrás por encima de éste, lo levantó y lo arrojó contra los guardias. Agarró a Melecio y salió corriendo frenéticamente hacia la multitud asombrada de vendedores de ovejas. Detrás lo siguieron furiosos gritos de ira y un alarido de terror. Se abrió camino entre la muchedumbre, dirigiéndose al mercado; sentía que la gente se apartaba a sus espaldas a medida que los guardias se acercaban. Melecio lloraba. Oyó un súbito ruido, como un silbido, sus pies se enredaron en algo y cayó de bruces sobre las piedras del mercado, volviéndose instintivamente al caer para no aplastar a Melecio. Varios pies se acercaron a él; con un esfuerzo se puso de rodillas y se encontró rodeado de un círculo de espadas. Permaneció inmóvil, sin soltar al niño, respirando entre sollozos entrecortados. Melecio se aferraba a su cuello y lloraba.

—Levántate y ven con nosotros —dijo el guardia rubio.

Simeón no se movió. Una de las espadas subió y bajó, golpeándolo medio de canto, hiriéndolo casi sin cortarle, pero haciéndole sangre. Melecio gritó y escondió la cabeza en el cuello de su padre. Simeón contuvo el aliento y miró a su alrededor, al círculo de rostros airados encima de las espadas. Seis. Sólo seis. Sin embargo, la multitud no hacía nada, aceptaba la situación sin un rumor.

—¡No soy ningún espía, y tu amo no tiene ningún derecho a arrestarme! —dijo enfadado.

Uno de los hombres le dio salvajemente una patada en el costado; el golpe fue atenuado por el cinturón con el dinero que aún llevaba bajo la ropa, y logró mantener el equilibrio. Trató de incorporarse para enfrentarse a ellos, pero las piernas no le respondieron, algo seguía sujetándolas.

—No es bueno —dijo el huno acercándose entre las espadas—. Todavía tiene las boleadoras en las piernas, no puede tenerse en pie. Aquí, espía, toma asiento. Te las quitaré.

Simeón se inclinó hacia atrás, pero entre la extraña presión de sus piernas y el peso del niño en el cuello, cayó de costado. Uno de los guardias rió. El huno no le hizo caso y se puso a desenredar metódicamente una maraña de los tobillos de Simeón. Ésta resultó ser una cuerda de cuero con un peso en ambas puntas. El huno la enrolló y se la colgó de la cintura.

—Bonita arma, Chelchal —dijo el guardia más alto—. Y tu puntería ha sido tan hermosa como una prostituta siria.

Chelchal sonrió.

—Es buena arma. Entre los acatziros la usamos para atrapar ovejas y caballos. Ahora vienes con nosotros espía.

Simeón se había levantado, con Melecio aún agarrado a él, escondiendo la cara en el cuello de su padre. El muchacho temblaba. «Yo también», pensó Simeón: sentía las piernas flojas y el estómago revuelto. En cuanto llegaran a la casa, los guardias sabrían que les había mentado; el portero lo recordaría y les diría que simplemente había estado fuera, pero que no había preguntado por nadie. Y, si temían que hubiera espías, lo interrogarían.

—No soy ningún espía —volvió a decir furioso—. Fui a la casa de tu amo a ver a mi esposa, pero me arrepentí porque sé que tu amo es un desgraciado y un bandido. Exijo ver a los magistrados. ¡No tenéis derecho a hacerme esto!

El huno levantó las cejas y volvió a sonreír.

—Eso dices a amo —sugirió. Pero entonces sus ojos se posaron en Melecio y se le congeló la sonrisa—. ¿Qué hacemos con niño? —les preguntó a sus compañeros.

El guardia alto se encogió de hombros.

—Su eminencia no querrá ver a un niño chillón. A ti te gustan los niños, cuídalo tú. Y yo llevaré al hombre a la casa a que lo interroguen.

Chelchal asintió y, sin otra palabra, cogió a Melecio y lo arrancó de los brazos de su padre. El niño gritó y pateó con desesperación pero el huno no le hizo caso, se puso sobre el hombro y lo llevó hacia la casa de su amo. Los guardias levantaron a Simeón y, pinchándolo con tres espadas en la espalda, lo hicieron caminar tras Chelchal. La multitud de Constantinopla observaba con ira pero sin presentar la menor resistencia. Los guardias de un hombre poderoso podían hacer lo que quisieran. Dios lo vengaría, pero sería una insensatez que un ciudadano interviniese. Además, tenían que vender las ovejas.

Las grandes puertas de hierro se cerraron y atrancaron detrás del grupo. Simeón tenía las manos atadas; lo llevaron a la casa para ser interrogado por el amo mientras Chelchal llevaba a Melecio al establo y lo dejaba sobre una parva de paja. Meli se levantó de un salto, llorando todavía, pero ahora de terror. Sacó el cuchillo con mango de asta que con tanto orgullo se había puesto a la cintura en Tiro. Lo había

recordado mientras el huno lo llevaba a la casa, pero lamentablemente estaba apretado contra el hombro de Chelchal y el niño no había podido sacarlo. Entonces lo empuñó y gritó:

—¡Suelta a mi padre! ¡Suéltalo ahora mismo o te mato!

Chelchal dio un paso atrás y volvió a coger las boleadoras de cuero. Las hizo girar despacio, mirando a Melecio con gesto de aprobación.

—Eres un niño valiente —dijo con suavidad—, pero esto es inútil. No te haré daño. Deja cuchillo.

Melecio había perdido a su padre y a su madre, y estaba a miles de millas de su casa; sabía con certeza que estos hombres ya le habían hecho daño y que, si no se defendía, le harían todavía más. Se lanzó en un ataque desesperado y torpe contra su antagonista. Chelchal lanzó las boleadoras hacia el brazo del niño, dio un tirón y el cuchillo cayó al suelo, de donde lo recogió. Melecio comenzó a llorar otra vez y se echó sobre la paja a esperar la muerte.

—Caramba —dijo Chelchal comprensivo. Había iniciado la conversación en la taberna porque le gustaban los niños; le gustaba mucho este niño por su coraje al defender a su padre, le dio una palmada en el brazo. Melecio, enfadado, le apartó la mano y se cubrió la cabeza, para protegerse del golpe que esperaba. Chelchal se sentó sobre los talones.

—Sé valiente —dijo tras de un momento—. No es bueno llorar. No ayuda. —Melecio no le hizo caso—. Dime la verdad —continuó Chelchal levantando la voz para que Melecio lo oyera por encima de los sollozos—. ¿Tu padre es espía?

Melecio levantó la cabeza y lo miró con odio.

—¡Mi padre nunca ha espiado a nadie! —gritó casi sin poder articular las palabras por las lágrimas.

—Entonces, ¿por qué me mintió? ¿Por qué vino aquí y luego no quiso entrar?

—¡Porque vosotros sois malos! ¡Me dijo que erais malos y que no debíamos entrar! ¡Sois malos, malos, malos! ¡Os llevasteis a mi madre y ahora también os lleváis a mi padre! —Pensarlo le resultaba insoportable. Lo había perdido todo y a todos, presentía el peligro en todas partes y ni siquiera podía luchar. Meli se acurrucó en el suelo, abrazándose y gritando de angustia.

Chelchal lo miró pensativo. Esperó a que se apaciguara la violencia de los gritos y luego preguntó:

—¿Quién se llevó a tu madre?

—¡Eulogio! —respondió Melecio inmediatamente. Por el miedo y la ciega necesidad de desafiar a sus enemigos, olvidó la cautela y el prometido silencio—. Fue a Tiro y se la llevó. Todo fue por ese manto. Odio ese manto. Lo odio. Odio al procurador, y os odio a vosotros, ¡a todos vosotros!

—¿Tú eres de Tiro? —preguntó Chelchal atónito—. ¿Tú eres hijo de Demetria? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

El nombre de su madre penetró incluso en el dolor descontrolado del niño. Miró

al huno con la cara contorsionada por el llanto. Los sollozos se hicieron irregulares, sofocados a medias. Era difícil dejar de llorar, con el terror y la pérdida tan patente e insoportable, pero lo intentó.

—¿Tú conoces a mi madre? —preguntó al fin—. ¿Está aquí?

Chelchal negó con la cabeza.

—No está aquí. Pero yo fui con amo mío a Tiro, este invierno, y volvimos con ella. Hablé mucho con ella en el viaje, ella es buena mujer. ¿Cómo llegasteis vosotros desde Tiro? Es muy lejos, mil quinientas millas. Y es invierno. ¿Cómo llegasteis? —Melecio lo miró con recelo, recordando tarde las instrucciones de su padre—. Es bueno que me digas —lo instó Chelchal—. Soy amigo de tu madre. Ayudaré, si puedo. Tú me dices cómo llegasteis aquí.

Melecio lo miró parpadeando. ¿Este monstruo deforme era amigo de su madre? No lo creía. Pero quería creerlo; necesitaba ayuda, y aquí se la ofrecían. Ya lo había perdido todo; decir la verdad no podía empeorar las cosas.

—Vinimos en la *Procne* —dijo al fin—. Puede navegar incluso en invierno. Es una barca muy buena, mucho mejor que las que tienen aquí.

Chelchal silbó.

—¿Robasteis una barca?

—¡Mi padre es el dueño de la *Procne*! —dijo Melecio con desprecio—. No somos ladrones. Vosotros robáis. Vosotros me robasteis a mi madre. No tenéis derecho a hacerlo; somos esclavos del Estado y nadie puede vendernos.

Chelchal lo observó con admiración. Él era un jinete, nacido en una tierra de pastos cortos, de estepa seca y colinas; no había conocido el mar hasta llegar a Constantinopla. Encomendarse a la frágil protección de dos dedos de plancha y atravesar las aguas profundas a merced de los vientos requería, en su opinión, un coraje que rozaba la locura. Cada vez que se había visto obligado a realizar trayectos breves por mar, siguiendo a su amo, sólo había logrado quedarse quieto en la cubierta después de haberse fortalecido por el alcohol. Y sabía que hasta los navegantes experimentados temían navegar por el mar Mediterráneo en invierno. Sin embargo, este niño y su padre habían navegado nada menos que desde Tiro para buscar a una mujer. «Yo no habría podido hacerlo —pensó Chelchal—. Es más, no estoy dispuesto ni siquiera a ir a reclamarle mi mujer a Atila. Pero tendría que haber adivinado que una mujer valiente debe tener un esposo valiente, él también es un luchador, y esta mañana estuvo a punto de salvarse. El niño tiene el espíritu que era de esperar en un hijo de Demetria. Pero no la recuperarán, así como yo tampoco recuperaré a Kreka; aunque Eulogio la tuviera, no la entregaría. ¿Y qué va a ser ahora de ese hombre? ¿Él también es esclavo?»

—¿Qué hace padre tuyo? —preguntó.

—Es pescador de púrpura —dijo Melecio con orgullo—. Yo también voy a ser pescador de púrpura, cuando sea mayor.

—Tal vez —dijo el huno y se encogió de hombros. Las costumbres de los

romanos seguían intrigándole, no sabía qué hacía un pescador de púrpura y mucho menos si era esclavo u hombre libre: el concepto mismo de esclavitud del Estado era para él un sinsentido. Pero sospechaba que el esposo de una esclava debía ser también esclavo. Si un esclavo hubiera demostrado semejante coraje entre su gente, se le habría recompensado con la libertad y el rango de guerrero. «Pero a los romanos no les gusta el coraje en los esclavos», pensó Chelchal resignado. «Prefieren la obediencia. Si el hombre es esclavo, probablemente lo devuelvan a su dueño. Bien, al menos se llevará al niño con él; la criatura no quedará huérfana»—. Tu padre es hombre valiente por venir tan lejos en busca de esposa suya —le dijo a Melecio, y luego, intrigado aún por los sucesos de la mañana, añadió—: Pero hicisteis un camino muy largo, llegasteis a esta casa y luego no entrasteis, ¿por qué?

—Mi padre dijo que si entrábamos nos enviarían otra vez a Tiro —dijo el muchacho con tristeza—. Dijo que era mejor que viéramos... no, no te contaré nada. Mi padre tenía un plan; iba a rescatar a mi madre y llevarla a casa. Pero ahora... —Se interrumpió pensando en lo terrible que era ese «ahora». No rescatarían a su madre, la perderían para siempre. Y su padre tampoco estaba a salvo, estaba atado y a merced de los hombres malos—. ¿Qué le van a hacer a mi padre? —le preguntó a Chelchal desesperado—. ¿Lo van a... matar?

Chelchal se encogió de hombros.

—Le harán muchas muchas preguntas. Luego... veremos. Creo que tiene razón: os enviarán a ambos a casa.

Melecio se secó la cara. Sentía los ojos hinchados y la cara caliente, y algo dentro de él no dejaba de temblar, amenazando con explotarle en la garganta. Pero al menos parecía que nadie iba a matarlos, ni a él ni a su padre. Trató de hacerse el fuerte, de estar preparado para ayudar a su padre si se le presentaba la oportunidad. «Ha sido por mi culpa —pensó sintiéndose muy desgraciado—, ha sido por mi culpa que haya pasado todo esto. Mi padre me dijo que primero teníamos que ir a ver a Aspar. No volveré a hacerlo, por favor, papá, me portaré bien.»

Pero su padre no estaba allí para oír su arrepentimiento. Tampoco su madre. Sólo estaba ese aterrador monstruo semihumano que, sin embargo, parecía realmente su amigo.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó nervioso—. Me has dicho que no estaba aquí.

El interés de Chelchal en Demetria había sido respetado; le habían contado lo que había sucedido con ella.

—Está a salvo —le dijo suavemente a Melecio—. Es esclava de la reina, Pulqueria augusta, en palacio de Hebdomón, fuera de la ciudad.

—Ah —dijo Meli. Esto no parecía demasiado espantoso, pero era intrigante—. ¿Por qué está allí? —preguntó lleno de dudas.

Chelchal rió.

—Mi amo se la regaló a su amo, Crisafio. Crisafio se la regaló al rey Teodosio. El

rey Teodosio se la regaló a su hermana, la vieja reina Pulqueria. Hubo problema grande con eso aquí. Mi amo y su amo están muy muy enfadados. Quieren que la augusta les devuelva a tu madre para poder hacerle más preguntas. Pero no: la vieja es grande y nunca devuelve nada.

Melecio permaneció unos momentos en silencio, reflexionando. Había visto la estatua de Pulqueria en Tiro y en todas las otras ciudades en las que se habían detenido durante el viaje; su imagen le era familiar, y sabía vagamente que se la suponía muy santa. Si este monstruo le estaba diciendo la verdad, entonces era cierto que su madre estaba a salvo. Y una emperatriz santa se la devolvería, sin duda, a su familia, si sabía que la querían. Melecio se sintió mucho mejor.

—¿Cuándo volveré a ver a mi padre? —le preguntó a Chelchal.

—Iré a preguntar en seguida. ¿Puedes ser niño bueno y valiente y esperar aquí tranquilo? Si me prometes ser bueno y no escaparte, te llevaré ahora a cocinas y te dejaré con la encargada. Entonces puedo ir a preguntar por tu padre.

—Esperaré a que vuelvas si me cuentas lo que le está pasando a mi padre — prometió Melecio muy serio—. Lo juro por san Tiranio.

Chelchal aceptó el juramento y solemnemente escoltó a Melecio hasta las cocinas. Luego fue a ver a su amo.

•••

Eulogio tenía una sala de recepciones junto al patio; era un recinto grande y decorado ostentosamente, como a él le gustaba. La decoración no era ningún éxito. Los paneles pintados de las paredes no hacían juego con el color de las imágenes colgadas en ellas; los delicados verdes del paisaje del mosaico del suelo se apagaban y estropeaban por culpa de los rojos y anaranjados, no menos delicados, de la alfombra de seda. Los muebles eran de una excelente manufactura, pero espantosos e incómodos, y las ventanas de buen cristal simplemente daban una luz inmisericorde sobre los peores defectos. No obstante, a Eulogio le gustaba la habitación. Estaba sentado a una pequeña mesa de oro revisando las cuentas de una de las casas de postas a su cargo, cuando sus guardias le llevaron al prisionero.

El agente estaba de malhumor. Hacía casi tres meses que estaba de malhumor. Cuando Filipo llegó a Constantinopla, Crisafio mandó a buscar a Eulogio y le ofreció «una última oportunidad» para redimir su fracaso anterior. Eulogio había ido nervioso al Hebdomón, de donde salió furioso y frustrado. El trabajo de registrar la casa de Nomos se había emprendido con pasión. El agente irrumpió, amenazó y golpeó a esclavos, pero no encontró nada. Cuando informó a Crisafio, el gran chambelán supo que Pulqueria se había llevado las pruebas de la traición de Nomos y que las usaría para chantajear a éste y para que informara en contra suya. Furioso, había despedido a Eulogio, que se había ido a su casa, haciéndole la vida imposible a sus esclavos, ni siquiera sus guardias se habían salvado de sus rabietas. Sin embargo, habían pasado

tres meses y no había sucedido nada. Eulogio comenzaba a sentir que había superado lo peor: no había encontrado nada porque no había nada que encontrar; la presencia de Marciano en Tiro, con su regreso tras Filippo, no había sido más que una sencilla coincidencia. El manto era rojo: él lo había visto. «Tal vez —le había dado por pensar a medida que el tiempo se hacía más y más cálido—, tal vez Crisafio me llame hoy, admita que no cometí ningún error y me dé otro trabajo. No puede ser que me haya despedido para siempre. Tal vez pueda esperar una promoción pronto...»

Pero tal vez no. Las oficinas sagradas estaban llenas de hombres, y Eulogio tenía incómoda la conciencia por la facilidad con la que podía ser reemplazado. En cuanto a Chelchal, su contrato por un año terminaría en pocos meses y, a menos que específicamente se le indicara lo contrario, volvería al Gran Palacio y se reincorporaría a las fuerzas del gran chambelán. Eulogio tendría que vivir de su sueldo, protegido por sus guardias y sin posibilidad de promoción. «¡No fue culpa mía!», se repetía, y luego, irritable e impaciente, buscaba algún fallo en alguno de sus esclavos para poder ordenar que lo azotaran. Se alegró cuando sus guardias le llevaron a un hombre al que dijeron haber encontrado espiondo.

—Vino a la casa y anduvo merodeando sospechosamente —le informó Berico, el jefe—. El portero lo vio. Después fue a la taberna del mercado. Chelchal se puso a conversar con su hijo y tanto él como el niño hablaron de tu eminencia en términos ofensivos, sin darse cuenta de quiénes éramos. Cuando se dio cuenta, trató de cubrirse mintiendo, y dijo que era el esposo de una criada contratada aquí, lo que es mentira. Cuando lo acusamos de ser un espía e insistimos en que viniera a dar explicaciones, trató de escapar y lo habría hecho si Chelchal no lo hubiera atrapado con las boleadoras. Se niega a explicar quién es y por qué andaba por aquí.

Eulogio miró a Simeón con satisfacción. «De manera que todavía a alguien le parezco merecedor de ponerme un espía. ¿Quién? ¿Uno de mis rivales? ¿Un rival de Crisafio? ¿Crisafio mismo? ¡Dios mío, eso no! Si es un hombre de Crisafio, tendré problemas por haberme metido con él. Pero ¿por qué iba Crisafio a tomarse esa molestia. Si es Crisafio, alguna razón tendrá. Mejor no propasarme con él hasta saber quién le paga.»

Simeón tenía las piernas amarradas, las manos atadas a la espalda y la cabeza baja. Sentía un miedo enfermo, desesperado. El miedo no tenía tanto que ver con los guardias ni, por cierto, con ese hombre ridículamente vestido que tenía enfrente: Eulogio parecía casi demasiado ridículo para merecer el odio que Simeón había sentido por él en Tiro. No, de una manera extraña le temía a la casa, a las ventanas cerradas que lo habían mirado como ojos ciegos, y a las puertas con rejas de hierro que se habían cerrado como los dientes de un tiburón a sus espaldas. No podía hacer nada para defenderse. Desde el momento en que las boleadoras de Chelchal se habían enrollado en sus piernas, había sido como una oveja atada en el mercado.

Apenas había tenido el tiempo suficiente para pensar en el camino desde el mercado a la casa, el tiempo suficiente para decidir que su única oportunidad de

salvación radicaba en mentir. No le gustaba mentir y era malo haciéndolo, pero cualquier otro camino conduciría al desastre. Debía buscar una historia convincente para explicar todas las circunstancias que lo acusaban. «Dios Nuestro Señor —rezó desesperado—, dame una inteligencia rápida y una lengua dispuesta; ¡que me crea! ¡Y protege a mi pequeño Meli! ¡Ay de mí, y si no puedo salvar a Demetria, al menos no permitas que mi presencia aquí la perjudique!»

Se aclaró la garganta vacilante y, con el corazón saltándole en el pecho, se lanzó a imitar el lamento adulator de un mercader sidonio que una vez había intentado comprarle múrice ilegalmente.

—Tu eminencia —dijo—, lamento molestar a un caballero como tú, pero tus hombres han cometido un error. No soy ningún espía.

Uno de los guardias le dio un codazo en el estómago; Simeón se dobló en dos pero se enderezó otra vez.

Eulogio sonrió y les hizo un gesto a los guardias para que se abstuvieran de pegarle.

—Si no eres un espía no sufrirás ningún daño —dijo tranquilizador—. ¿Qué querías?

Simeón luchó por esbozar una sonrisa desagradable.

—Quería hacer negocios, excelencia. Quería hablar con los esclavos de tu bondad sobre unas tinturas, yo vendo tinturas, señor, de un proveedor del puerto, pero cuando vi lo cerrada que estaba la casa, decidí que tal vez no fuera bienvenido. No es ningún crimen, ¿no es verdad, eminencia?

El agente entrecerró los ojos.

—Tú no eres de Constantinopla, ¿no? —preguntó—. Tu acento es sirio. ¿Cómo viniste de tan lejos sólo para vender tinturas? ¿Y por qué necesitas mentir al respecto?

—Su hijo dice que vinieron a ver a una mujer —terció Berico—. Supongo que por eso no contó esta historia antes.

—Aja. Sirio, ¿para qué viniste aquí? —preguntó Eulogio.

—Para vender tinturas —dijo Simeón—. Muchos en mi pueblo se ocupan del comercio en todas las ciudades del imperio, señor; levantamos nuestros hogares donde podemos ganarnos la vida. Y admito que mi hijo tenía la fantasía de encontrar a su madre aquí. Ella... se fue hace un año, con otro hombre. En un tiempo trabajó para un Eulogio, tal vez fuera otro caballero. No me contaba lo que hacía, señor, supongo que no serían cosas buenas. La cuestión es que mi hijo quería buscarla. Yo no les dije todo esto a tus hombres porque no alardeo de ser un cornudo, y no hay nada extraño en eso. «Dios mío, estoy hablando como un esclavo, cuento mentiras como un esclavo. ¡Espero que me crea!»

—Eres un mentiroso muy convincente —le dijo Eulogio con un deje de ira en la voz—, pero yo quiero la verdad. Si estás vendiendo tinturas, has de tener algunas muestras.

—Las tengo —dijo Simeón en seguida, nervioso—. No de las tinturas, por

supuesto, es engorroso llevarlas de un lado a otro. Pero tengo un manto en una cesta, teñido con las tinturas que vendo. Creo que lo tiene uno de tus hombres.

Eulogio lo miró irritadísimo, y luego miró a sus guardias. Uno de ellos alcanzó la cesta de mimbre que había recogido de la taberna. Eulogio la abrió y sacó el manto. «Rojo —pensó con amargura—, y teñido con... sí, creo que es quermes. Virgen María, ¡cómo me persigue ese color!» Clavó la mirada en Simeón.

—¿Eso es una muestra?

—Sí, eminencia —dijo Simeón casi gozoso. Cualquier trabajador de los talleres de Tiro sabía de tinturas y podía pasar por un vendedor del producto—. El azul es índigo; tengo un proveedor que puede conseguirlo, de la mejor calidad, ya preparado y muy barato, señor. Y el rojo es quermes... un color hermoso, ¿no?

—¡Un color horrible, una abominación! —gritó Eulogio. Hizo una bola con el manto y lo arrojó dentro de la cesta.

—Lamento haberte ofendido —dijo Simeón con humildad.

Eulogio volvió a clavarle la mirada.

—¿Por qué no les dijiste eso a mis guardias?

—Como dije, eminencia, no alardeo de ser un cornudo. Soy un hombre de carácter y pierdo los estribos cuando no debería. No me gusta recibir órdenes de bárbaros. Bien, ya me han hecho pagar por eso.

«Y pueden seguir haciéndotelo pagar —pensó Eulogio— por hacerme perder el tiempo.»

—Registradlo —ordenó sucintamente a sus hombres.

Berico captó la rabia en la mirada de su amo y sonrió. Se sentía humillado por cómo estaban saliendo las cosas y estaba ansioso por vengarse del sirio, vendedor de tinturas o espía o lo que fuera. Le dio una patada a Simeón en la canilla que lo hizo caer pesadamente de rodillas y luego le dio una bofetada. Otro de los guardias agarró a Simeón por el pelo para mantenerlo erguido, Berico le aflojó el cinturón y sacó de él la bolsa. Hizo una pausa y en seguida, con total deliberación, le dio una patada en el estómago antes de volcar el contenido de la bolsa sobre la mesa de su amo. Un puñado de monedas y una carta. Eulogio cogió la carta y la leyó en voz alta, sin esperar nada.

—«Yo, Flavio Marciano de Tracia...» —comenzó a leer, y se interrumpió. La voz ronca fue como la de un ángel leyendo el día del Juicio Final algún pecado secreto y largamente escondido. De rodillas y dolorido sobre la alfombra de seda, tratando de no vomitar, Simeón oyó la sentencia que lo condenaba. Levantó hacia Eulogio su rostro y no dijo nada—. Flavio Marciano de Tracia —repitió Eulogio con furia, con odio, con el triunfo en la voz—. Marciano. «Yo, Flavio Marciano de Tracia, he hecho los más fuertes juramentos de proteger a Simeón y a Demetria...» —Volvió a interrumpirse—. ¡Y a Demetria! Conozco a esa puta y Marciano parecía muy interesado en un asunto relacionado con ella. —Se levantó de un salto y se quedó en pie frente a Simeón, mostrándole los dientes en una parodia de sonrisa—. Ahora me

vas a decir la verdad, me lo vas a contar todo. ¿Por qué Marciano os prometió protección a ti y a Demetria? ¿Eh? —Cogió a Simeón de la túnica, se la retorció y avanzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Será mejor que me lo digas rápidamente y sin que te lo pida otra vez o de lo contrario lo dirás en el potro de tormento —susurró. Soltó la túnica, pero como Simeón no dijo nada, le dio un par de bofetadas—. ¡Dime la verdad! No quiero más mentiras... Simeón te llamas, ¿no? ¿Ése es tu nombre? No esperes ayuda de tu superior. Marciano no tiene influencia aquí.

Simeón se mordió el labio. Tenía la cabeza atontada por el pánico y la única imagen que se le aparecía era la de Demetria. «Le he acarreado la desgracia —pensó desolado—. No debo decir nada. Cualquier cosa que diga puede incriminarla. Lo menos que puedo hacer ahora es protegerla. ¡Dios de los cielos!, ¿qué he hecho? Nos pondrán a los dos en el potro de tormento, y todo por mi obstinación, por mi negativa a admitir que había personas a quienes no podía enfrentarme. Mi arrogancia. ¡Dios mío, perdóname y dame ahora la fuerza necesaria para callar!»

Chelchal llegó a la habitación unos momentos más tarde. Iba a llamar cuando oyó el ruido de un golpe seguido por el ruido inconfundible de alguien vomitando. Vaciló sorprendido. Reconoció los ruidos al instante, pero no entendía por qué a su amo le parecía necesario castigar al marido de Demetria.

Llamó con fuerza a la puerta y entró. Habían enrollado y apartado la alfombra de seda y Simeón estaba tirado sobre el mosaico, doblado en dos sobre un charco de vómito, con las manos atadas todavía y jadeando. Le sangraba la nariz. Berico y los otros lo rodeaban y Eulogio estaba sentado en el diván esperando a que su víctima pudiera hablar.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó Chelchal aprovechando su posición privilegiada en la casa para interrogar a su amo.

—¡Ah, Chelchal! —exclamó Eulogio sonriendo—. Tengo entendido que eres responsable de haber atrapado a nuestro espía: serás recompensado. Nuestro espía es reacio a hablar; trabajas para Marciano, ¿no?

Simeón sólo trataba de respirar. Tenía la nariz llena de sangre y vómito y casi no alcanzaba a entender lo que le decía Eulogio.

—¿Él? —preguntó Chelchal—. Es esposo de Demetria, la de Tiro. Vino aquí por mar con su hijo pequeño en busca de su esposa. No es un espía. No hay necesidad pegarle.

Eulogio lo miró y luego preguntó, enfadado:

—¿Tú qué sabes?

—Hablo con niño. Dice que vinieron a buscar a su madre y que tenían plan para rescatarla y llevarla de vuelta a Tiro.

—¡Un plan! —exclamó Eulogio agitado—. ¡Tiene un documento firmado por Flavio Marciano de Tracia en el que les promete protección, a él y a la esposa! ¡Ambos estuvieron todo el tiempo al servicio de Aspar!

Chelchal movió la cabeza dubitativo.

—Tal vez fue a Marciano a pedir ayuda cuando llegó a la ciudad y le prometió espiar después. Tal vez falsificó carta o la robó. Vino a buscar a su esposa. El niño no sabe decir mentiras grandes; es demasiado pequeño.

Berico había dicho que había un niño, pero Eulogio lo había olvidado. Le disgustó el tono de autoridad con que Chelchal aseguró la honestidad del niño y clavó los ojos en él; Chelchal respondió con su sonrisa usual. «Este bárbaro no tiene el menor respeto por sus superiores», pensó Eulogio furioso.

No obstante, tal vez el huno tuviera algo de razón. Un niño no tendría la habilidad de su padre para mentir, y no sería tan obstinado... Simeón no había dicho una palabra desde que encontraron la carta. Tal vez el niño fuera de utilidad.

—El niño parece más locuaz que el padre —dijo Eulogio secamente—. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco o seis. Un niño muy valiente. Vengo a preguntar a tu excelencia si piensa enviarle con padre de vuelta a Tiro. Tal vez ahora no sirva de nada.

—Tráelo aquí —dijo Eulogio—. Yo hablaré con él.

Simeón gimió y trató de sentarse. A Chelchal se le borró la sonrisa. Miró la figura desvalida en el suelo y luego miró a su amo. Reconoció la expresión de impaciencia, con los labios blancos de tanto apretarlos. Eulogio no aceptaría ningún argumento, y cualquier intento de contradecirle no haría más que sumirlo en una de sus rabietas. Chelchal se encogió de hombros y se fue a buscar a Melecio.

El niño estaba sentado muy quieto en el suelo, en el rincón de la cocina donde lo había dejado Chelchal, abrazado a sus rodillas. Las esclavas estaban preparando la comida para la casa. Alguien había tratado de darle a Melecio un pedazo de pan tierno, pero él no estaba interesado por la comida, y el pan continuaba intacto y humeante en una repisa. Cuando apareció Chelchal, Melecio se levantó de un salto y miró al huno que se acercaba con una expresión casi de desesperanza. Chelchal se encogió. Nunca habría deseado que su hijo lo viera azotado por sus enemigos; pensaba que un niño debía creer en la fuerza y el coraje de su padre. Pero no se podía hacer nada. Había jurado servir a Crisafio para librarse de estar al servicio de Atila, y Crisafio le había dado instrucciones de que obedeciera a Eulogio.

—Silencio —dijo Chelchal en voz baja cogiendo al niño de la mano—. Ahora debes ser niño valiente. Mi amo sigue creyendo que tu padre es un espía y ordenó el asno Berico que golpeará tu padre. Tu padre es hombre valiente y no dijo nada. Ahora mi amo quiere preguntarte también sobre espías. Debes decirle la verdad. ¿Entiendes?

Melecio parpadeó.

—¿Eso ayudará a mi padre?

—Creo que sí. Ahora ven, y recuerda que debes ser valiente.

Cuando entró Melecio, Simeón había conseguido ponerse de rodillas. Pero no podía sostenerse. Le habían dado tres patadas en el estómago y estaba doblado en dos. De la nariz le salía sangre que caía sobre las hojas verdes del mosaico. Cuando la

puerta se abrió con un crujido tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar. Éste no era lugar para Melecio. «¿Qué he hecho? —Volvió a pensar—. Tengo que pagar por mi estupidez, pero tengo que pagar yo solo. Sin embargo, he arrastrado a mi esposa y a mi hijo, y cualquier cosa que haga empeorará su situación.»

Melecio vio a su padre de rodillas, cubierto de sangre y vómito y, en un movimiento convulsivo, se alejó de él. Trató de salir de la habitación, blanco por el miedo. Chelchal lo cogió de un brazo y se inclinó para hablarle en un susurro.

—No es tan malo como parece —le dijo el huno con suavidad—. Le sale sangre de la nariz. No tiene nada roto.

Melecio se echó a llorar; se limpiaba la nariz en el dorso de la mano y miraba a su padre con desesperación. Simeón lo miró en silencio.

—Bien, muchacho —dijo Eulogio—. Ya ves lo que puede sucederle a los espías.

—¡Mi padre nunca ha espiado a nadie! —gritó Melecio súbitamente, colorado y furioso—. ¡Eres... eres un demonio! ¡Suéltalo!

—Lo soltaré si me dices a qué vinisteis aquí —respondió Eulogio sin piedad.

—Vinimos a buscar a mi madre para llevarla a casa —dijo Melecio—. ¡Tú la robaste! ¡Tú! No tenías derecho a comprarla, pero te la llevaste. Mi padre iba a llevarla otra vez a casa.

Eulogio le hizo una seña a Berico y el godo se volvió y tiró al suelo a Simeón de un puñetazo en la nariz, después volvió a darle patadas. Melecio gritó y trató de lanzarse contra el godo. Chelchal lo cogió del hombro y lo contuvo.

—Dime cuál era el plan de tu padre, muchacho —dijo Eulogio enfadado—, o haré que lo maten.

Melecio gritó histérico, luchando con Chelchal. El huno lo levantó en brazos.

—¡Haz lo que está diciendo! —le susurró al oído al niño—. Está pensando en cosas peores. Lo que digas puede ayudar. —Melecio dejó de gritar pero sollozaba violentamente y tenía los ojos bordeados de blanco. Chelchal lo dejó en el suelo—. Díselo —le instó.

—Mi padre tenía un pergamino con una promesa —balbuceó Melecio—. Se lo dio un hombre llamado Marciano, que tiene una casa grande en la Ciudad Vieja y es muy poderoso. Él prometió ayudar a mi padre si había problemas con el manto, pero no lo ayudó. Mi padre iba a enseñarle el pergamino a Aspar, que tiene una estatua grandota en el mercado, con una espada. Aspar es el amo de Marciano, y mi padre dijo que él obligaría a Marciano a cumplir su promesa, y que harían anular la... la escritura de compra... por mi madre, y mi madre volvería a casa con nosotros.

Simeón gimió tratando otra vez de levantarse. Melecio lo miró.

—¡Perdóname, papá! —dijo muy dolido.

—Meli —dijo Simeón escupiendo sangre—. Meli... tú perdóname... dile que tu madre no sabía nada del pergamino. ¡No lo sabía! —Miró a Eulogio—. Fui a ver a Marciano, pero no le dije nada a ella. Ella no sabía nada. No... no la toque, por favor... —Sintió las lágrimas que le inundaban los ojos y parpadeó para poder ver.

Nunca antes había rogado en su vida, y se daba cuenta de que en aquel momento no serviría de nada, pero sentía los ruegos temblándole en la garganta. No le hagas daño a mi hijo. No le hagas daño a mi esposa. No fue culpa suya.

Pero a Eulogio no le importaba de quién era la culpa, y el hecho de que Demetria supiera o no lo de Marciano le era irrelevante. Lo único que quería averiguar era si había una conspiración o no, quería encontrar la prueba para agradecer a Crisafio.

—Pero papá —dijo Melecio—, mamá no está aquí. Está en...

—¡Silencio! —gritó Eulogio—. ¡Esclavo asqueroso! ¡Te enseñaré a hablar sin que te pregunten! ¡Chelchal!

El huno se encogió de hombros, con una mano sobre Melecio.

—¿Qué dijo malo, señor? Respondió a tu pregunta.

Eulogio emitió un sonido iracundo.

—No respondió nada. Muchacho, ¿por qué Marciano le prometió protección a tu padre? Dímelo rápidamente.

Melecio lo miró aturdido y desorientado.

—Fue... fue por aquel manto, creo. ¿Verdad, papá?

Simeón apretó los dientes y no dijo nada.

—¿Qué manto?

—El manto que tejió mamá en las tintorerías. El procurador le ordenó tejer un manto y mi padre no estaba contento, porque el procurador es un hombre malo. Y ella trabajó muchísimo en él, todo el día hasta que oscurecía, durante mucho tiempo. Y... y creo que mi padre le dijo a Marciano lo malo que era el procurador, y Marciano prometió ayudarlo. Pero viniste tú, que también estabas enfadado por el manto, y te llevaste a mi madre...

—¿De qué color era el manto? —preguntó Eulogio con ansia.

—No lo sé —respondió el niño—. Lo tejió en las tintorerías. Por favor, señor, mi padre... —Eulogio le hizo una seña entonces a Berico, que le dio una patada en la ingle a Simeón. Éste se encogió y sofocó un grito de dolor. Melecio volvió a echarse a llorar—. ¡No lo sé! —continuó diciéndole a Eulogio con el rostro contorsionado por el llanto—. ¡No lo sé! ¡Papá!

Eulogio volvió a hacer una seña; esta vez el golpe fue a la cara de Simeón.

—¡Papá! —volvió a gritar Melecio y forcejeó para soltarse de Chelchal, que lo tenía sujeto con fuerza por los brazos.

—No lo sabe —dijo Chelchal enfadado—. Señor, esto es malo, es muy malo. No es bueno pegarle a un hombre frente a su hijo. Llevaré a niño de aquí.

—Dentro de un momento —respondió Eulogio—. El niño puede no saberlo, pero creo que el padre lo sabe. ¿De qué color era el manto que tejió tu esposa en las tintorerías? ¿Eh? No era de un color cualquiera, porque Marciano te ofreció protección a cambio de información sobre él. Habla.

Simeón yacía en el suelo, mareado por el dolor. «Si digo la verdad —pensó—, alguien hará sufrir a Demetria. Movié la cabeza y apretó los dientes.»

—Yo... no lo vi nunca —dijo jadeando—. Sólo supuse... tú tienes que haberlo visto... decidme el color...

Eulogio lo miró un momento y luego miró a sus guardias.

—Berico —dijo despacio—, coge al niño.

—¡No! —gritó Simeón luchando por levantarse—. ¡Por el amor de Dios! —Lloraba y no podía ver al godo, ni siquiera podía ver a Melecio.

Berico dio un paso hacia Melecio. Chelchal quitó la mano del hombro del muchacho y la apoyó en las boleadoras que llevaba en la cintura. Había luchado y había matado a muchos hombres; en escaramuzas, a ancianos y a mujeres; una vez, después de incendiar una aldea enemiga, lo habían obligado a matar a una huérfana de tres años. Pero aquello había sido en la guerra; la niña era demasiado pequeña para llevarla cautiva y habría muerto de hambre si la abandonaban. Pero él no contribuiría a la tortura deliberada de un niño por una ventaja política improbable y sin fundamento, y tampoco toleraría que nadie lo hiciera. Sus ojos se encontraron con los de Berico y negó con la cabeza. El godo se detuvo. Chelchal se volvió hacia su amo.

—No —dijo—. Señor, esto es muy malo. Es mala suerte, señor. No es bueno torturar a niño, señor, no es bueno. Conozco a hombres, hunos, que golpearon niños antes de matarlos. Todos murieron pronto. Es algo malísimo. No debes hacerlo.

Eulogio vaciló. Estaba seguro de que Simeón confesaría todo si torturaban al niño, pero probablemente Simeón confesaría de todas maneras. Tal vez fuera mejor esperar y dejar que Crisafio le sacara toda la verdad: eso le gustaría a Crisafio. Sí, probablemente fuera una muestra necesaria de tacto permitir que el gran chambelán en persona descubriera la verdad. Y tal vez diera mala suerte torturar niños, una arrogancia que invitaba a la venganza divina. Mejor evitarlo, ya que no era necesario.

—Muy bien —le dijo a Chelchal irritado—, quédate con el niño. Véndelo si quieres: será tu recompensa por capturar al padre. Berico, quiero que vayas al Gran Palacio e informes a su ilustrísima sobre el espía, te daré una carta para él. Y vosotros, sacad de aquí a este individuo y encerradlo en un almacén. Desatadle las manos y dadle de comer y beber: quiero que esté en buen estado para el interrogatorio de mañana. Y traed a las mujeres para que limpien el suelo... esto apesta.

Chelchal levantó a Melecio y lo sacó de la habitación mientras los otros se llevaban a Simeón a rastras. Eulogio se sentó a escribir la carta para Crisafio y las esclavas entraron para limpiar el suelo. «¡Qué buena suerte! —pensó contento afilando la pluma—. Su ilustrísima estará encantado. ¡Esta vez seguro que me asciende!»

Mojó la pluma con tinta y comenzó a escribir.

Melecio estaba histérico. Chelchal, sombrío, lo llevó de vuelta al establo y lo dejó con suavidad sobre la paja. Fue a las caballerías, a un lado del edificio bajo, y se dispuso a ensillar su caballo. Cuando el animal estuvo listo, lo llevó hasta donde estaba Melecio y se agachó junto al niño, con las riendas en el brazo.

—Ahora debemos irnos —le dijo.

—¡Mi padre! —dijo Melecio angustiado.

—Es muy malo, sí, lo sé. Pero no van a matar a tu padre. Ahora está bien, por hoy dejará tranquilo a tu padre. Esperará a mañana a que Crisafio diga qué hacer. Ahora nos vamos.

Melecio miró al huno. Tenía la cara hinchada y colorada por el llanto y moqueaba. Parecía un niño totalmente diferente al que Chelchal había conocido en la taberna del mercado, sentado sobre las rodillas de su padre.

—¿Dónde vamos? —preguntó tras de un momento—. ¿Vas a venderme?

—No —dijo Chelchal firme—. Yo tengo un hijo pequeño. Tenía tu edad la última vez que yo vi. Ahora es esclavo. No me gusta eso y no quiero venderte. No es bueno vender niños pequeños a hombres desconocidos en las grandes ciudades. Yo soy amigo de tu madre y no lo haré. Te llevaré... pronto. Vamos. —Melecio se levantó; Chelchal lo sentó en la parte delantera de la alta silla de madera y luego saltó detrás de él, cogió las riendas y el caballo salió trotando al patio. Melecio siempre había querido montar a caballo, pero ahora casi no se dio cuenta, envuelto en su desgracia—. Voy a la ciudad a hacer algo con el niño —le gritó al portero—. Volveré tarde, tal vez de noche.

Gruñendo, el portero abrió las puertas. Chelchal la cruzó al trote, salió a la calle y volvió al mercado Tauro. Melecio empezó a llorar otra vez.

—Mi padre... —repetía.

—Es muy malo —dijo Chelchal.

—Eulogio es un diablo —dijo Melecio con una chispa de su antiguo valor—. Es muy malo, malísimo. ¡Mi padre!

—Tu padre es hombre muy valiente —respondió Chelchal—. No dirá lo que mi amo quiere que le diga. Es mejor que tú estés lejos de él, porque entonces podrá ser más fuerte, no tendrá que tener miedo por ti.

—Fue por culpa mía —sollozó Meli—. Yo quería ver a mi madre. Le insistí para que fuéramos a aquella casa. Él sabía que era peligroso, ¡pero yo le insistí para que fuéramos!

—Pero él no entró en la casa —señaló Chelchal—. Fue mala suerte que yo me puse hablar contigo, eso es todo. No te preocupes. —Hizo girar el caballo hacia el oeste, dando un rodeo para evitar a los vendedores de ovejas, que ya se iban después de los negocios de la mañana.

—¿Dónde vamos? —preguntó Melecio tras un largo silencio marcado sólo por sollozos ahogados.

La sonrisa de Chelchal volvió a aparecer.

—Vamos al Hebdomón. Es bueno que los niños estén con sus padres y sus madres. No puedes estar con tu padre, entonces te llevo con madre tuya. Eso es todo.

—¿Con mi madre? —preguntó Meli sin atreverse a creerlo.

—Ya verás —respondió Chelchal—. ¿Estás bien sentado, cómodo? Es un camino largo, vamos a ir rápido.

Aseguró más al niño e hizo acelerar el paso al caballo, que se abría camino entre las multitudes de la calle Central en dirección a la puerta de Oro. Melecio se sujetó a la silla, con el aliento entrecortado. Iba a ver a su madre. Tal vez el mundo no fuera tan horrible y desalmado como parecía. Tal vez alguien pudiera liberar a su padre, destruir a los horribles diablos que tenían el poder y los tres podrían irse a casa, a Tiro, y todo volvería a ser como antes.

Pero la confianza de sus seis años había sido rota de raíz y él ya sabía, con certeza y sin la menor duda, que ya nada podría volver a ser como había sido.

X

Durante la sesión de trabajo de la tarde, Teonoe se acercó a Demetria y le comunicó que preguntaban por ella en la puerta.

Demetria clavó con cuidado la aguja de tapiz en la imagen recién comenzada de Las bodas de Cana y se persignó antes de ponerse en pie. El gesto era usual en el Hebdomón, la gente de Pulqueria se persignaba cada vez que terminaban una tarea y antes de comenzar otra: antes y después de comer y ante cualquier mención casual de Cristo o de Su Santa Madre. Demetria había adoptado la costumbre casi sin darse cuenta, era sencillamente otra insignificante muestra de su adaptación a la vida en el Hebdomón, una vida que ya no le resultaba ajena. Se había habituado a la ropa negra, al silencio y a la jerarquía de palacio. La rutina del trabajo y las oraciones era tranquilizadora, una quietud que le resultaba relajante después de los miedos que la habían precedido. Se le reconocía una posición de privilegio e influencia y, aunque a ella continuaba sin gustarle, estaba resignada. Al menos, las otras tejedoras seguían siendo amables. El trabajo era, como siempre, absorbente. Todos en el palacio habían admirado su tapiz de la Huida a Egipto. «Me duelen los huesos sólo con mirarlo», había sido el comentario de Ágata. «Las bodas de Cana —pensó— emanarán gozo en la cortina.» Otra vez volvió a sentir que la vida como esclava de Pulqueria sería tolerable, hasta que volviera a comenzar su verdadera vida. Pero estaba más segura que nunca de que el palacio de Pulqueria, incluso aunque muriera en él, jamás sería su hogar.

—¿Quién me busca? —le preguntó sorprendida a Teonoe.

La anciana frunció el entrecejo.

—Un hombre, un bárbaro me han dicho, que ha pedido verte con urgencia. Te escoltaré, muchacha, y oiré la conversación. Espero que no hayas hecho nada impropio...

—Por supuesto que no —respondió Demetria—. Nunca he hecho nada impropio por mi voluntad, y una de las razones por las que me gusta este lugar es que nadie me ha pedido que lo hiciera. —Volvió a persignarse. Teonoe se suavizó y asintió, salieron a través de los silenciosos pasillos hacia la puerta.

«Lo que dije es cierto —pensó Demetria incómoda—, aunque lo haya dicho para agradar a Teonoe. Pero me pregunto qué bárbaro ha venido a verme. Espero que no sea Chelchal. Ha sido bueno conmigo y no deseo ofenderlo, pero deberé hacerlo si insiste en querer algo de mí. Bien, pronto lo sabré.»

En realidad Chelchal no esperaba en la caseta de la guardia sino en el patio. El melocotonero estaba lleno de brotes y el azafrán había florecido, púrpura y dorado, en los parterres bajo la pared de ladrillos de aquélla. El huno estaba dándole agua a su caballo en la fuente, de espaldas a la caseta, pero Demetria reconoció al instante el sucio manto de piel de marmota. Miró a Teonoe y la anciana levantó las cejas en un gesto interrogativo. Demetria suspiró, se tapó con el manto y salió al sol de la tarde.

—¿Chelchal? —llamó.

Él se volvió y un niño apareció corriendo hacia ella por el otro lado del caballo. Se detuvo un momento al ver el manto negro y desconocido, pero la miró a la cara y volvió a correr hacia ella.

—¡Mamá! —gritó un instante antes de echarse en sus brazos.

Demetria cayó de rodillas para abrazarlo. Miró incrédula los ensortijados rizos castaños. Su pequeño cuerpo se estremecía contra ella, y los brazos la abrazaban con fuerza por el cuello. Ella había dado a luz ese cuerpo, lo había amamantado, acunado para que se durmiera, lavado y alimentado y lo había visto crecer. Cada palmo le era conocido y desconocido a la vez, había cambiado tanto en tan pocos meses. Sintió como si se hubiera roto un hechizo, y como si la tranquila mujer resignada que había salido hacía sólo un momento del palacio hubiera sufrido una metamorfosis, Procne transformada de ave en mujer.

—Meli —susurró—. Meli, cariño mío, mi amor, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—¿Qué es esto? —preguntó Teonoe con voz gélida.

Sin moverse, Demetria le respondió a la anciana.

—Es mi hijo —dijo—. Éste es Melecio. Lo dejé en Tiro.

—¿Estás segura? —preguntó Teonoe aún con frialdad.

—¡Conozco a mi hijo! —replicó Demetria. Se apartó un instante y le cogió la cara con las manos—. Meli, mi amor, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—Me ha traído Chelchal —le dijo Melecio—. Eulogio le dijo que me vendiera, pero no me vendió porque él tiene un hijo que es esclavo y le parece mal.

Demetria miró a Chelchal, que se había acercado sonriente. El huno asintió, avalando la descripción de su opinión.

—Los niños deben estar con sus madres y sus padres —dijo con autoridad.

—Pero... ¿cómo lo has traído aquí, a Constantinopla?

Melecio respondió antes de que el huno abriera la boca.

—¡No! Mi padre y yo hemos venido en la *Procne*. Pero yo quise ir a casa de Eulogio a ver si todavía estabas allí, mi padre no quiso entrar, pero se detuvo en una taberna para comprarme una torta de miel, allí había unos hombres malos que nos atraparon y nos llevaron a casa de Eulogio, dijeron que éramos espías y... y... — Melecio recordó a su padre gritando y se echó a llorar. Ahora, en brazos de su madre, podía llorar. Se acomodó en su regazo y lloró, sin luchar ya por ahogar los sollozos.

—Tu esposo tendrá grandes problemas —le dijo Chelchal. La miró con pena, viéndola arrodillada en el suelo ante las flores, con el sol de la tarde haciendo brillar sus cabellos dorados y los del niño que tenía en brazos, con los ojos verdes levantados hacia él, llenos de dudas y asombro. «Una hermosa mujer— volvió a pensar. —¿Cómo dejó a mi amo como un tonto! Sí, habría valido la pena desposarla, y supongo que su esposo lo sabe. Bien, no es para mí, ahora es para Dios o para el hombre que tienen encerrado en el depósito.»

Chelchal creía con firmeza que todas las mujeres deben casarse, cuidar a sus

hombres y tener hijos. Después de todo era para lo que habían sido creadas. La admiración romana por la virginidad lo dejaba atónito. ¿Para qué quería Dios una mujer? Era verdad que si los romanos tenían razón a propósito de su Dios, Éste había tenido un hijo con una virgen, pero todos insistían en que era un hecho único y que no era probable que volviera a suceder. ¿Por qué todo el mundo aplaudía a una mujer hermosa que se encerraba y juraba no dormir nunca con un hombre? Demetria estaría mucho mejor casada, incluso con otro, que encerrada en el palacio del Hebdomón. «Pero dudo que el hombre de Demetria vuelva a ser libre —pensó con tristeza—. Mi amo y Crisafio lo interrogarán hasta dejarlo hecho un montón de piel y huesos rotos y luego lo matarán. Tendrán que matarlo. Lo que están haciendo ha de ser contrario a sus leyes, por eso no podrán dejarlo libre. Y Pulqueria no permitirá que Demetria vuelva a casarse: pasará los años aquí, en el Hebdomón, con la única compañía de Dios y de las ancianas, aparte del niño, que terminará de sacerdote o monje, con semejante compañía. ¡Qué desperdicio!»

—Cuando mi amo registró a esposo tuyo —continuó con pena—, encontró un pergamino que dice que Marciano prometió protegeros a ti y a esposo tuyo. Por eso hizo golpear a marido tuyo y le hizo muchas preguntas a hijo. Luego mandó avisar a su amo, Crisafio. Tú sabías por qué Marciano firmó ese documento. Tu esposo no dijo nada, y creo que no dirá nada, ni siquiera a Crisafio.

—¿Mi esposo está en casa de Eulogio? —preguntó Demetria ruborizándose—. ¿Está prisionero? ¿Le han hecho daño?

Chelchal asintió sobriamente, y echó las riendas sobre el cuello del caballo.

—Eulogio dijo que vendiera a hijo tuyo. Pero yo lo traje aquí. Ahora volveré a mi amo. —Puso un pie en el estribo.

—¡Espera! —Demetria se incorporó de un salto, aunque sin soltar a Melecio—. Yo... tengo que darte las gracias. Pero mi esposo... cómo...

«Leal a su hombre —observó Chelchal sin resentimientos—, daría lo mismo que yo no existiese.» Le sonrió pero montó a caballo.

—No hay problema. Ahora me voy. Le diré a esposo tuyo que estás a salvo aquí. Que no debe temer por ti.

—Sí... sí. Dile que encontraré la manera de ayudarle. ¡Ay, gracias! ¿Qué puedo hacer para darte las gracias?

—Algún día me harás un manto, ¿eh? ¡Uno mejor que el que hiciste para el rey Atila, ja! Eso es bueno. ¡Salud! ¡Meli, sé muchacho valiente! —Sonriendo, Chelchal hizo girar al caballo, salió del patio y se alejó, mientras el sol resplandecía sobre el repujado de plata del arnés.

—¡Bien! —exclamó Teonoe rígida por la ira y la afrenta—. ¿Qué intriga es ésta? ¿Qué tiene que ver ese bárbaro contigo, muchacha?

—Es uno de los guardias de Eulogio —respondió Demetria sin alterarse—. Estaba en el grupo que me trajo desde Tiro; fue el único que me trató con bondad. Y acaba de mostrarse más bondadoso todavía. —Abrazó a Melecio, que había dejado de

llorar y apoyaba la cabeza sobre el hombro de su madre, un peso muerto en sus brazos. «Mi hijo», pensó ella triunfante. «Mío. Y Simeón está aquí, en Constantinopla; ha venido a buscarme. Eulogio lo ha capturado y torturado, pero yo cuento con alguien más fuerte que Eulogio, y todos dicen que tengo influencias. Muy bien, si tengo poder lo usaré, y Eulogio lamentará lo que ha hecho»—. Teonoe, ya oíste lo que dijo. Mi esposo ha venido aquí y ha sido capturado por la gente de Crisafio. No es sólo un asunto mío, sino que podría afectar... es decir, la augusta querrá saberlo. Debemos informarla de inmediato.

Teonoe la miró con gesto amargo.

—¿Y qué piensas hacer con el niño?

—Es mi hijo, se quedará conmigo.

—Es un hombre. No puede vivir en palacio.

—¡No seas absurda! —exclamó Demetria impaciente—. ¡No tiene más que seis años! Y no será el único niño en el Hebdomón.

Teonoe le clavó la mirada. Habían pasado tres meses desde la llegada de Demetria al Hebdomón, y ella había comenzado a tener esperanzas de que sus temores fueran infundados: que no existía ningún plan para que su ama recuperara un poder que consideraba inevitablemente corrupto. Pero he aquí una clara señal de que no se había equivocado, las noticias que había traído el bárbaro podían «afectar» a algo que tenía que ver con la emperatriz. Antes de que pasara un año, tal vez, tendría que dejar el silencio contemplativo del Hebdomón y volver al complicado y despreciable mundo del Gran Palacio. Más aún, Teonoe había llegado a sentir afecto por Demetria y tenía esperanzas sobre su futuro, pero ahora la muchacha parecía más determinada que nunca a dedicarse a los asuntos de las mujeres comunes, e incluso se proponía introducir a un chiquillo llorón en los sagrados pasillos del Hebdomón.

—Las criadas casadas viven fuera del palacio —dijo—, con sus encantadores esposos guardias o palafreneros. ¡Ése no es lugar para ti, muchacha!

—¡Entonces alguien tendrá que encontrar un lugar apropiado donde pueda tener a mi hijo conmigo! ¡Teonoe, por favor! Es muy pequeño y está asustado. Supongo que nadie nos separará. Ve a ver a la señora y cuéntale lo que ha sucedido: estoy segura de que ella lo arreglará todo.

Teonoe volvió a resoplar y bajó la cabeza. Pensara lo que pensase de los planes de la emperatriz, su primer deber era la obediencia.

—Pero quédate aquí —le ordenó—, y no llesves al muchacho a palacio hasta que yo vuelva. —Salió rauda, muy rígida y erguida con su ropa negra.

—No me gusta esa mujer —dijo Melecio observándola.

—Calla, cariño —le dijo su madre—, no debes decir eso. Es encargada y dama de compañía de la emperatriz Pulqueria. Y en realidad es muy buena, sólo que no le gustan los hombres ni los niños. —Se sentó en el suelo abrazando fuerte a Melecio—. ¡Meli! Escucha, espero que la emperatriz nos llame pronto. Es una mujer mayor y da un poco de miedo, pero nos quiere. Es muy poderosa. Para ella los procuradores y los

prefectos son como tú y yo para los procuradores. Si te hacen entrar a verla, debes tirarte al suelo ante sus pies y luego levantarte y quedarte callado a menos que te pregunte algo, si lo hace debes responder la verdad y en seguida. Queremos ayudar a tu padre, pequeño, así que tienes que ser muy bueno cuando estés frente a ella. ¿Comprendes?

Melecio asintió con los ojos muy abiertos.

—¿Es más poderosa que Eulogio? —preguntó.

—Mucho más poderosa.

—¡Eulogio es un hombre muy malo! —exclamó el niño comenzando a temblar—. ¡Le pegaron y estaba cubierto de sangre, lloraba y a mí me preguntaban y me preguntaban por el manto, dijeron que matarían a mi padre si yo no les decía de qué color era, pero yo no lo sabía, mamá, no lo sabía!

—Tranquilo —dijo Demetria, y comenzó a mecerle para calmarlo. Pero la imagen de Simeón, cubierto de sangre y llorando, tomó una horrible forma en su mente y, mientras mecía a su hijo, sintió que un miedo espantoso se apoderaba de ella. ¿Simeón llorando? ¡Simeón! Dios santo, ¿qué le han hecho? ¿Qué le van a hacer?

La imagen de su marido sufriendo le provocaba una inmensa angustia que la llenaba de una impotencia y una rabia tan grandes que se dio cuenta, sorprendida, de que preferiría soportar ella misma la tortura antes que imaginarlo a él padeciéndola. «¡Ay, necio Simeón! ¿Por qué te acercaste a Eulogio? ¡Dios mío, por favor, que Pulqueria le ayude!»

Meció a Melecio hasta que el niño se tranquilizó; luego le limpió en la fuente la cara sucia y empapada de lágrimas, se sentó en el borde y logró obtener un informe coherente de los hechos del día. Melecio estaba terminando su historia cuando volvió Teonoe con la esperada llamada de la emperatriz.

Pulqueria estaba en la sala azul de las visitas, con su ropa negra. Le dictaba una carta a una de sus secretarias cuando hicieron entrar a Demetria, de inmediato se interrumpió y con un gesto de la cabeza y de la mano despidió a la secretaria. Demetria esperó a que la secretaria cerrara las tablillas, se inclinara y saliera, entonces se acercó y se postró. Estaba más pendiente de Melecio que de la emperatriz; el niño se tendió en el suelo como ella le había enseñado, luego se levantó y se puso a mirar a su alrededor con agudo interés. Demetria se levantó más despacio, justo a tiempo para percibir la sonrisa contenida en los labios de Pulqueria al ver al niño mirar su palacio con tanto asombro.

—Así que éste es tu hijo —dijo Pulqueria con sequedad—. No he entendido muy bien cómo ha llegado hasta aquí. Cuéntame.

Demetria aspiró hondo y le contó a la emperatriz lo que Melecio acababa de contarle a ella. Pulqueria permaneció impassible durante toda la narración, con los ojos entrecerrados y las manos delgadas y fuertes aferradas como garras a los brazos del trono. Cuando Demetria terminó, la emperatriz suspiró profundamente.

—Tu esposo es tonto —le dijo sucintamente a Demetria.

Demetria bajó la cabeza.

—Fue tonto por acercarse a la casa de Eulogio. Pero, señora, quería verme; mi hijo quería verme y lo instó a ir. Tenía planeado recoger información de los esclavos sin revelar quién era, no quiso entrar. Por favor, señora, no lo culpéis por eso.

—¡Fue culpa mía! —terció Melecio, en un doloroso susurro, olvidando las instrucciones de su madre de permanecer en silencio—. Yo quería ver a mi madre, pensaba que estaba allí.

—¡Es tonto sólo por salir de Tiro! —dijo Pulqueria impaciente—. Marciano había dejado a un hombre allí para hacerse cargo de este asunto. Ese hombre estaba dispuesto a hacer algo, pero no pudo actuar a tiempo: al parecer le prometió a tu esposo seguir hasta aquí a Eulogio y ver qué podía hacer por ti. Llegó hace seis semanas, Marciano me escribió contándome todo esto sobre ti y pretendiendo comprarte. Parece que le preocupa su promesa. ¿Tu esposo pensaba que podía conseguir lo que Marciano no pudo?

«Tal vez Simeón actuó como un tonto —pensó Demetria—, pero ¿qué derecho tiene nadie a reprochárselo ahora que está siendo torturado por lo que hizo?»

—¿Por qué iba a creer a Marciano? —preguntó Demetria tajante levantando la mirada y encontrándose con los ojos de Pulqueria—. Marciano se había ido y, si es que dejó a alguien en Tiro, esa persona no nos ayudó cuando lo necesitamos. Simeón creyó lo que tiene que creer todo esclavo: que no puede fiarse de ningún amo, que debe confiar en sus fuerzas en lo que respecta a su seguridad. —Luego se mordió un labio tratando de compensar la amargura de las palabras. Pero Pulqueria parecía satisfecha por su franqueza.

—A mí me parece que tu esposo confió en sus fuerzas más de lo que podía —observó—, pero supongo que no tenía otra opción si quería volver a verte. Y parece que te quiere tanto como tú a él, ya que estuvo dispuesto a navegar desde tan lejos para llevarte a tu hogar. Supongo que, si hubiera ido directamente a ver a Marciano, yo habría quedado tan impresionada por vuestra mutua devoción que te hubiera enviado a Tiro. —Demetria miraba a la emperatriz con ansiedad mientras el corazón latía con fuerza dentro de su pecho. Melecio dio un paso adelante y cogió la mano de su madre. Esperó impaciente a que ella dijera algo, que pidiera la libertad de su padre. Pero Demetria no decía nada, simplemente miraba a su señora con desesperación. Rogar era inútil. No se podía forzar a Pulqueria a hacer uso de su poder. Los ojos cansados de la augusta parpadearon en sus huecos óseos y la boca se torció levemente en una mueca fugaz que no fue ni sonrisa ni gesto de enfado—. Esperas que yo intervenga para liberar a tu esposo —continuó Pulqueria.

Demetria se inclinó hasta el suelo y se arrodilló sin dejar de mirar a Pulqueria.

—Señora, sólo ruego de tu bondad que nos salves. Todo lo que tengo para conmoverte es la plegaria y todo lo que tengo para ofrecerte es mi profundo agradecimiento.

Pulqueria suspiró. Comenzó a mover la cabeza y luego hizo un movimiento

airado e impaciente con la mano.

—Muchacha, no puedo —dijo—. Me gustaría, pero no puedo.

Demetria la miró con una incredulidad espantada. Melecio avanzó otro paso y se detuvo, mirando a su madre, sin entender todavía que habían fracasado.

—Tú no eres tonta y tienes alguna idea sobre el asunto que tenemos entre manos —dijo Pulqueria—. Piensa un poco. Mi intención es deshacerme del gran chambelán de mi hermano. Él no tiene voluntad y es muy bondadoso y está bajo la influencia de Crisafio; nadie puede acercársele, ni siquiera yo, sin pasar por el despacho del gran chambelán. Si acudo a mi hermano con las pruebas que me ha dado Nomos de los crímenes del gran chambelán, Crisafio no podría detenerme, pero lo sabrá. Mucho de lo que me dijo Nomos son rumores, sin pruebas; las pruebas condenatorias están solamente en manos de Crisafio. Si él supiera lo que estoy haciendo las destruiría sin demora. Entonces pondría en práctica un elaborado plan de arrepentimiento por los crímenes de los que es incuestionablemente culpable, llorando y rogando, y mi pobre hermano lo perdonaría y lo dejaría en su lugar. Y después de eso, ¿te imaginas lo que nos sucedería a aquéllos de nosotros que conspiramos contra él? Pero tendremos una ocasión para atraparlo. Nomos fue maestro de oficios hasta la primavera pasada; hizo muchos contactos entre los bárbaros, y muchos de sus agentes entre los hunos han permanecido leales a él y no a su sucesor. Por boca de ellos, Nomos se ha enterado de que nuestro valiente gran chambelán sobornó a un hombre para que matara al rey Atila. Yo no encuentro nada objetable en eso, excepto que al parecer Crisafio utilizó su proverbial falta de criterio y eligió a quien no debía para hacer el trabajo; Atila se ha enterado de todo. Pronto estará mandando a un enviado a la corte, seguramente el próximo mes. Habrá una vista, por supuesto, y acusaciones; Crisafio será sin duda relevado de sus funciones mientras el enviado se encuentre en palacio y volverá, también sin duda, a su despacho en cuanto se haya apaciguado a éste con dinero y se le devuelva a casa. Pero mientras Crisafio esté suspendido de su cargo yo podré actuar. Deberé probar mis acusaciones de manera tan contundente que hasta mi hermano tendrá que deponer a Crisafio y exiliarlo por peligroso para el Estado. ¿Te das cuenta? Debemos esperar, no podemos hacer nada que perturbe el estado actual de las cosas antes de que llegue ese momento. Crisafio sospecha lo que he hecho con Nomos, pero no lo sabe y, además, no tiene nada de qué acusarme, no hay nada que pueda utilizar para ganarme por la mano. Por el éxito de nuestro plan, no debo cambiar esa situación.

—¡Pero Simeón sabe lo del manto! —exclamó Demetria enfadada—. Yo se lo dije, lo sabe todo... Seguramente...

—¡Claro que lo sabe! Me enteré por Marciano. Pero lo que él sabe no constituye prueba alguna. Un esclavo de Tiro dice bajo tortura que se le envió un manto púrpura a Nomos, ¿de qué sirve eso? Se ha registrado la casa de Nomos y no se ha encontrado ningún manto púrpura. Nadie tomará en serio la confesión de un esclavo. Por otro lado, si el esclavo dice bajo tortura que se hizo un manto púrpura y si después ese

mismo esclavo es recuperado por la augusta, que fue la primera en registrar la casa de Nomos, eso le daría un matiz completamente diferente al asunto. Crisafio podría exigir que se registrara mi palacio y, si me niego, pedirle a mi hermano que me despoje de mis títulos y de mi rango por sospecha de traición.

—Me estás diciendo que acepte que mi esposo debe ser torturado hasta morir —dijo Demetria con voz sofocada—. Señora, seguramente puedes...

—¡Muchacha, tengo un imperio del que ocuparme! ¡No puedo arriesgar el gobierno de cientos de miles de personas por el esposo de una tejedora de seda! Lo siento, pero deberemos dejarlo a su suerte.

Melecio había llorado tanto ese día que ya no le quedaban lágrimas. Permaneció inmóvil, mirando a la emperatriz en silencio. Demetria lloró: podía ahogar los sollozos, pero las lágrimas calientes se resbalaron de sus ojos contra su voluntad. Se las secó con rabia. «Yo sabía, tan bien como Simeón, que no podía depositar la menor confianza en un ama —pensó—. Los esclavos son prescindibles. Pero no abandonaré a Simeón, no mientras siga con vida. Si Pulqueria no puede hacer nada, veré qué puedo hacer yo. Seguramente no estropearé su plan el que una tejedora de seda de Tiro se dedique privadamente a liberar a su esposo.»

—Al menos tienes a tu hijo —dijo Pulqueria con más suavidad—. Te doy permiso para que lo tengas aquí por el momento. Cuando sea mayor tendrás que irte de palacio con él, pero, por ahora, puede compartir tu habitación y recibir raciones con los otros esclavos. Seguramente podremos encontrarle algún trabajo apropiado. Ahora ve y ocúpate de él. Tienes el resto del día libre.

Demetria se postró en silencio y salió llevándose a Melecio. Pulqueria, arrepentida, la observó irse. «Le he contado demasiado —pensó—. Me dejé llevar por los sentimientos, a mi edad. Pero quise ayudarla. Pobre... la han usado y luego la han hecho a un lado, todos, incluida yo. Sin embargo, es hábil e inteligente y capaz de mucho más de lo que le han permitido en su vida. Quería que entendiera por qué le respondí como lo hice. Vaya pareja han de haber sido esos dos, ella y su esposo, ¡pero qué tonto ese hombre, ir a caer de bruces en manos de Eulogio! Virgen Santísima, ayúdalo en la hora de su dolor, y llévalo a la gloria a tu lado.»

Pulqueria hizo la señal de la cruz y luego dio una palmada para llamar a su secretaria y retomar la carta interrumpida.

•••

Cuando Demetria terminó su audiencia con Pulqueria era ya el final de la tarde, pero casi todo el personal del palacio seguía trabajando, aunque algunos pocos se reunían para las oraciones. Llevó a Melecio a la cocina y pidió un poco de pan para él, luego llevó al niño a su habitación y le dijo que se sentara en la cama. Él la miró angustiado.

—¿Va a morir papá? —preguntó.

Ella le dio un beso.

—Criatura —le dijo con mucha suavidad—, yo no quiero que muera. Pero, para que viva, tendremos que ser nosotros quienes lo salvemos, porque la emperatriz no puede hacerlo.

—No entiendo —susurró el niño.

—No importa. No pienses en eso y no le digas a nadie lo que dijo, porque es un secreto. Ella no puede salvar a papá, pero yo tengo que intentarlo. Meli, quiero que te quedes aquí un rato, tú solo. ¿Puedes seguir siendo valiente?

El niño la miró asustado.

—¡No te vayas! —gimió—. ¡No me dejes solo, no vayas a casa de Eulogio, por favor, mamá, por favor!

—Quiero ver a Marciano —le dijo ella—, no a Eulogio. Papá le pidió ayuda y, por lo que dijo la augusta, él quiso ayudarnos. Tal vez pueda hacerlo ahora... Tengo una idea, Meli. Es la única oportunidad que tenemos de salvar a tu padre.

Melecio hizo un puchero y se abrazó a su madre con fuerza.

—¡No quiero quedarme solo! —gimió.

—Tranquilo, cariño. —Le acarició el cabello—. Te prometo que sólo iré a la casa de Marciano. Sólo está a unas tres millas de distancia, muy lejos de la casa de Eulogio. Le explicaré mi idea a Marciano y tal vez... tal vez pasado mañana, al despertar, podamos estar todos juntos otra vez, como si todo esto no hubiera sido más que una pesadilla. Trata de pensar que ha sido una pesadilla, mi amor. Come algo y duerme, que yo estaré aquí mañana por la mañana.

Estaba a mil seiscientas millas de su casa y en algún lugar estaban matando a su padre. No era una pesadilla, era la realidad: el mundo era un lugar espantoso en el cual no se podía confiar en el amor, y las personas que él había creído fuertes y prudentes habían resultado incapaces de protegerse, y mucho menos de protegerlo a él. Separarse de su madre en ese momento era terrible. Pero no podía retenerla. La vida de su padre estaba en juego y él sabía, sin entender cómo ni por qué, que ella estaba inexorablemente obligada a hacer lo que pudiera por salvarlo.

—¿Me prometes que volverás? —preguntó levantando muy serio la cara hacia su madre.

—Te lo prometo. Ahora hazme caso y acuéstate. Hay una bacinilla debajo de la cama por si la necesitas, y si tienes mucho miedo durante la noche puedes llamar a la habitación de al lado. La mujer que duerme allí se llama Ágata y es clasificadora de seda. Es muy buena, no tiene hijos y te cuidará con dedicación. Nadie en palacio te hará daño, así que estás a salvo, amor mío. Ahora me voy, mientras están en las oraciones. Apagaré la lámpara, y si alguien llama hazte el dormido.

—¿Y si alguien me pregunta dónde estás?

—Entonces debes decir la verdad. Nadie nos hará daño, cariño, no tienes por qué tener miedo. Pero si se enteran de que quiero ir intentarán impedírmelo, por eso es mejor que no hables con nadie antes de la mañana. ¿Serás valiente?

Melecio asintió no muy seguro. Demetria lo levantó y lo besó, casi con rabia, luego lo dejó en la cama, le acarició el cabello y, silenciosa y decidida, salió de la habitación.

Marciano tenía una casa cerca de la de su jefe, Aspar, en la región de Constantinopla llamada Psamatia, las Arenas, cerca de la gran fortaleza de la puerta de Oro. La mansión de Aspar ocupaba toda la manzana de enfrente; la de Marciano era más modesta, una más entre una hilera de grandes casas urbanas que pertenecían principalmente a oficiales del ejército cuyas tropas estaban acantonadas en la región. Tenía tierras en otros lugares y pasaba más tiempo fuera de Constantinopla que en la ciudad, pero seguía considerando esta casa su hogar. Su hija de dieciséis años, la menor y la única viva de sus descendientes, vivía allí: ella y el ama de llaves se ocupaban de la casa y de los diez esclavos durante sus frecuentes ausencias. Su esposa había desempeñado esa tarea antes de su muerte; ella había escogido las pinturas de las paredes, la alegre alfombra azul y roja del recibidor, y había trazado el jardín de atrás, plantando los setos bajos de romero y espliego con sus manos. A Marciano le gustaba sentarse en este jardín por las tardes, una vez terminado el trabajo del día, escuchando el canto de los grillos por encima del bullicio lejano de la ciudad, entre el aroma de las plantas y del carbón de las hogueras vespertinas. A pesar del frío de aquel atardecer de principios de primavera, estaba sentado allí, envuelto en su manto, cuando apareció uno de sus esclavos para decirle que una joven había llamado a la puerta y solicitado verle con urgencia.

Marciano suspiró reacio a dejar la paz del jardín.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Dice que es con relación al pescador de púrpura Simeón —dijo el esclavo, como disculpándose—. Dice que querrás verla.

Marciano se sobresaltó.

—Y tiene razón. ¿Dónde está? ¿En el recibidor?

Ante el asentimiento del esclavo se dirigió allí directamente.

Demetria estaba muy quieta en el centro de la alfombra azul y roja, mirando las pinturas de las paredes, cálidas y vividas a la luz de la hilera de lámparas. Marciano la reconoció al momento y se detuvo en la puerta; ella dejó de mirar las imágenes y le devolvió la mirada. Su expresión era tranquila y determinada, «como la de un soldado antes de la batalla», pensó él algo sorprendido.

—Tu nombre es Demetria —dijo al entrar en la habitación—. Es un placer para mí verte aquí. ¿Sabe tu señora que has venido? —Le señaló uno de los divanes de madera de cerezo y él se sentó en otro.

Ella negó con la cabeza e ignoró la invitación a sentarse.

—Si ella hubiera sabido que venía, me lo habría impedido —le dijo con calma—. Pero he sabido que tú aún tratas de cumplir la promesa que le hiciste a mi esposo. He venido a pedirte que lo hagas.

Él vaciló y le dio un vuelco el corazón. De modo que, después de todo, ella quería

volver con su esposo. Pero pertenecía a la emperatriz, a quien él había jurado servir.

—No puedo robarte, si es lo que quieres —le dijo sintiéndose desdichado.

—No es eso —respondió ella tajante, pero luego hizo una pausa antes de decir muy despacio—: Esta tarde me he enterado de que mi esposo ha llegado a Constantinopla por propia iniciativa: navegando desde Tiro en su barca de pesca con la única compañía de nuestro hijo. Quería ir a verte y obligarte a cumplir tu promesa. —Marciano se quedó mirándola, perplejo. Demetria asintió y continuó con firmeza —: Pero primero fue a casa del agente Eulogio, con la intención de averiguar mi paradero, y allí fue capturado.

—Dios santo —murmuró, y cuando tomó plena conciencia añadió con urgencia —: ¿él les ha... les ha dicho algo?

El rostro de la mujer no perdió la calma, pero la voz adquirió un deje de ira.

—No les habría dicho nada, nada más que mentiras para despistarlos. Pero mientras lo interrogaba, Eulogio le encontró un pergamino firmado por ti, prometiendo tu protección. Ahora saben que estás involucrado y saben que esto tiene relación con el manto. Están torturando a Simeón por espía, tratando de hacerle hablar.

Marciano se encogió y permaneció quieto un momento, evaluando la situación. ¿Qué podía decir Simeón si lo decía «todo»? Sabía que el manto era púrpura y que Marciano y Aspar habían estado esperando a que llegara a Constantinopla antes de actuar contra Nomos. No sabía nada de la intervención de Pulqueria, ni de lo que Nomos le había dicho a ella, ni ningún detalle del plan. Después de sonsacarle «todo» a Simeón, Crisafio debería creer o que Simeón había mentido y seguía mintiendo sobre el color del manto o que lo que Nomos le había confesado a Pulqueria no era suficiente para que ella actuara en consecuencia: se preocuparía y sospecharía, pero casi seguro que no haría nada que amenazara el éxito del plan.

Pero ahora ese éxito dependía de abandonar a Simeón, y a su promesa, a una muerte vil.

—Lo siento mucho —dijo con voz baja y débil.

—Tu protección no nos ha causado más que sufrimiento —dijo Demetria con amargura—. Pero he venido a pedirte que cambies eso. —Sus ojos, clavados en los de Marciano, no tenían piedad, eran la Justicia, sopesando la promesa que él había hecho y observando en silencio cómo la balanza se inclinaba.

Marciano bruscamente apartó la mirada.

—Me sorprende que primero no hayas apelado a Pulqueria —dijo.

—Sí, apelé a ella —respondió Demetria al instante—, pero se negó a ayudarme. Probablemente entiendas por qué sin necesidad de que yo te lo diga, indudablemente ella te contó sus planes.

Marciano volvió a encogerse pero en seguida se esforzó por someterse a la mirada acusadora de Demetria.

—También le he hecho una promesa a ella —le dijo—. No puedo traicionar, ni

siquiera por mi honor, la seguridad de nuestro plan y la seguridad del imperio.

—¡No tienes que hacerlo! —Ella dio un paso hacia él y repentinamente su quietud se transformó en un remolino de pasión—. ¡Tengo una idea, sólo te pido que me escuches! Creo que Simeón está todavía en la casa de Eulogio, que aún no lo han enviado a Crisafio. Si no lo encuentran mañana por la mañana y les hacemos creer que sobornó a sus guardias para que lo ayudaran, ¿no dejaría eso a salvo a él y al plan? ¿No se limitaría Crisafio a castigar a Eulogio por su ineficiencia, y dejaría de investigar?

Marciano la miró un momento. El rostro claro y bonito que se destacaba del manto negro estaba ruborizado, y los ojos brillaban con una luz dura. Era el rostro de un joven soldado a punto de liderar a sus tropas en su primera escaramuza, o el de un voluntario para una misión suicida. «Inteligencia —pensó Marciano juzgándola de pronto como sopesaría a un soldado—, fortaleza de espíritu y coraje. Pero no imprudencia, es de los que piensan, se retrasa en proponer algo, pero una vez que ha tomado una decisión, no se da por vencida. Ha sopesado las probabilidades y los costes, y no da palos de ciego. Si fuera hombre sería de la pasta con que se hacen los oficiales. La juzgué mal. Tendría que haberme dado cuenta de que cualquier mujer valorada por Pulqueria no podía ser una necia. ¿Llegué a dudar en algún momento de que quiere que le devuelvan a su hombre?

»Pero ¿es sensato ese plan? Puede que haya evaluado los costes, pero el precio que está preparada a pagar es alto, su vida y, por cierto, también la mía. Sin embargo, la idea básica parece bastante plausible. ¿Será alguno de los guardias susceptible al soborno? Ella ha de tener razones para creer que al menos uno lo es y ha de haber conocido a varios de los hombres de Eulogio en el camino de Tiro. Tal vez, tal vez haya una oportunidad.» Sintió renacer con ferocidad sus esperanzas de escapar de aquella maraña de lealtades encontradas con todos sus juramentos intactos y sus obligaciones cumplidas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó—. Cuéntamelo todo, qué nos hará falta: si hay alguna posibilidad de que funcione, haré todo lo que pueda para ayudar.

Chelchal no llegó tarde de su expedición al Hebdomón; aunque se detuvo en el camino de vuelta para observar un espectáculo de lucha de perros contra un oso y una pelea de gallos cerca de la puerta, llegó a la casa de Eulogio antes de oscurecer, sólo un poco tarde para la cena. Todos, salvo dos de los guardias, habían ocupado sus lugares en el banco de la sala de los criados, pero acababan de servir la comida. Los demás guardias estaban muy contentos.

—¡El espía era rico! —le dijo Berico a Chelchal, en gótico, al sentarse en su lugar en el banco—. ¡Tenía sesenta y dos sólidos cosidos en un cinturón dentro de la túnica! ¡Y son para nosotros!

Chelchal lo miró sorprendido.

—¡Es mucho dinero! —exclamó—. ¿Cuándo lo encontraste? Creía que iban a dejarlo en el depósito toda la tarde.

Berico resopló.

—Cuando le hablamos al amo de este hombre, se puso loco de alegría, no podía esperar para ponerse a trabajar con él. En seguida envió a uno de sus expertos en interrogatorios, aunque quiere que el espía se quede aquí por el momento. Le preocupa que alguien pueda decirle al augusto lo que está sucediendo si se le lleva a palacio, supongo que no querrá caer dos veces en la misma trampa. A propósito, nosotros tenemos que vigilarle; tú y yo tenemos la segunda guardia, de medianoche al alba. Bien, pero la cuestión es que el verdugo montó el potro y esta tarde se lo hizo probar al espía. Cuando lo sacamos de allí le encontramos el dinero.

Chelchal gruñó y apartó la comida a un lado. «Pobre pescador —pensó—, pobre desgraciado, venir de tan lejos con los ahorros de toda una vida con la intención de llevarse de vuelta a la dulce Demetria, y que lo despojen, lo torturen y lo que venga... Si comparto la guardia con Berico no podré ni siquiera decirle que su esposa está a salvo sin que me castiguen: mi compañero me delataría al amo. Máximo o Atalarico serían más tolerantes. ¿Por qué siempre me emparejan con este godo animal y estúpido?»

—¿Dijo algo en el potro? —le preguntó a Berico.

El godo se encogió de hombros.

—Ni una palabra. Gritó un poco, eso es todo. Pero el experto en interrogatorios no lo torturó mucho rato, sólo quería prepararlo para mañana. Dice que funciona muy bien si uno los ablanda primero, se pasan la noche pensando en qué les sucederá al día siguiente. ¿Has vendido al niño?

Chelchal volvió a gruñir. No tenía intenciones de comentar lo que había hecho con Melecio, ya que sabía perfectamente que, a pesar del favor de que gozaba, sería castigado por su decisión.

—¿Te dieron mucho por él? —preguntó otro de los guardias—. Has tardado mucho.

Chelchal se encogió de hombros y movió la cabeza.

—Después de dejar a salvo al niño fui a encargarme un manto nuevo. —Sonrió pensando que no mentía.

—¿Un manto nuevo? ¿Para qué quieres un manto nuevo?

Chelchal se miró las pieles sucias de marmota.

—Éste está viejo —dijo muy serio.

La afirmación era tan evidentemente cierta que los otros guardias sonrieron.

—¿Se consiguen mantos de piel aquí? —preguntó uno de ellos.

—Me compraré uno tejido —respondió Chelchal—. Uno muy bonito, de tapiz. Eso significa lo mismo aquí que las pieles de marmota entre mi pueblo.

—Si has ganado tanto con la venta del niño como para comprarte un manto de tapiz, entonces no querrás tu parte del dinero del padre —dijo Berico con un relámpago de codicia en los ojos.

Chelchal se limitó a sonreír.

—El niño fue una recompensa. Yo atrapé al espía, no tú. Además, no me preocupé de sacar mucho dinero por él, quería estar seguro de que lo tratarían bien. Quiero mi parte. Son... diez sólidos y un tremís.

Berico y los otros guardias se malhumoraron y movieron las cabezas.

—No, son sólo siete —dijo uno sombrío—. El verdugo quiso la parte del león. Por lo menos el amo no decidió quedarse con todo.

Chelchal se quedó mirándolos.

—¿El torturador se quedó con veinte sólidos? ¿Sólo por poner en el potro a un hombre atado que no podía defenderse?

Los otros asintieron. «A veces creo que el rey Atila sería mejor que Eulogio —pensó Chelchal con amargura—. ¡Veinte sólidos, además de su salario, por torturar a un esclavo! ¡Estos griegos!» Escupió.

—No saben valorar a los guerreros aquí —dijo en voz alta—. Tendríamos que recibir más que el verdugo; nosotros atrapamos al espía.

Los otros volvieron a asentir, todavía más sombríos.

Pero al menos los griegos eran neutrales, Atila era un enemigo; cualquier cosa era mejor que servirle, incluso estar por debajo de un torturador. Chelchal se encogió de hombros, dando por terminado el asunto, y cogió una porción de la cabra asada que constituía el plato fuerte de la cena de los guardias, una carne que era una extravagancia poco usual entre los romanos pero permitida como concesión especial al gusto de los bárbaros. La comió sin saborearla; no podía dejar de pensar en Simeón.

—Era mucho dinero para un esclavo —dijo tras un momento.

—Probablemente se lo dio Marciano —dijo Berico—. ¿Tendrá más?

Chelchal negó con la cabeza.

—Más es demasiado para cualquier esclavo.

—Pero él vino en una barca —dijo Berico obstinado—. Puede haber dejado otras cosas de valor en ella. Algunos de esos esclavos del Estado ganan una fortuna, y trabajar de espía para un hombre tan rico como Aspar ha de haber sido incluso mejor.

Chelchal bufó.

—¡Ve a buscar la barca, entonces! ¡Ve a navegar en ella! —Berico era tan hombre de mar como él.

El godo lo miró con rabia.

—¡No tienes derecho a burlarte de mí, huno! —le dijo—. Estabas chocho como una vieja con ese niño, babeando por él como si fueras su abuela.

Chelchal se limitó a sonreírle.

—Mi abuela no chocheaba, godo, aunque no sé cómo era la tuya. Las mujeres de los acatziros engendran guerreros. Ahora tu pueblo lo sabe. ¿Por qué no me iban a gustar los niños? ¡Me gusta engendrarlos!

Berico se llevó la mano a la espada pero la retiró.

—Yo también he tenido bastardos —dijo enfadado—. Pero no se me cae la baba

al verlos y mucho menos cuando se trata de un mocoso hecho por una puta tiria y un pescador apestoso.

Chelchal rió y chascó la lengua.

—¡Por la cabeza de mi abuelo, qué bruto eres! Nadie diría que la puta te dio una patada en los huevos y que el pescador te tiró encima el banco de la taberna.

—A ti también te lo tiró —respondió Berico.

Chelchal se encogió de hombros.

—Así es. Pero yo los atrapé, a él y al niño. Le saqué toda la historia al niño. Lo único que hiciste tú fue pegarle al padre, pero cuando estuvo atado. ¿Cuál de los dos chochea?

Berico se tensó.

—¿Estás diciendo que tendría miedo de enfrentarme a ese hombre... un esclavo apestoso... en una pelea de igual a igual?

—No, no tendrías miedo —dijo Chelchal despectivo—. Ese pescador es presa fácil aun con las manos desatadas, probablemente nunca ha tenido una espada en la mano. Pero apostarí a que te señalaría primero; era muy rápido de piernas. A veces, Berico, me gustaría participar en una pelea igualada, una buena pelea, yo contra otro guerrero. —Sus ojos se encontraron con los del godo y le sostuvieron la mirada un momento. La mano de Berico volvió a apoyarse en la empuñadura de la espada y esta vez la dejó allí—. Estoy harto de pegar a esclavos —continuó Chelchal con voz tranquila—. Me gustaría volver a la batalla. Incluso a veces me gustaría ver qué tal resultan las boleadoras y el arco contra una espada. Así de chocho soy, godo. — Berico seguía reclinado hacia atrás en el asiento, esperando, pero había empezado a sudar. Había visto al huno disparando y tenía un profundo respeto por las boleadoras. Satisfecho al ver la reacción del otro, Chelchal sonrió y sus cicatrices se le retorcieron —. Pero —terminó tajante—, o soy un sirviente leal del amo, o sirviente del rey Atila. Con los debidos honores y respetos a los torturadores; no quiero enfrentarme a ellos, y no peleo con mis camaradas. —Arrojó a la fuente el hueso de cabra y se levantó—. Voy a ver el arnés de mi caballo; nos vemos en la guardia, Berico.

Simeón yacía de lado sobre el suelo del almacén, mirando la luz que entraba por debajo de la puerta y tratando de no moverse. Las articulaciones de las caderas y los hombros le ardían con un dolor espantoso cada vez que se movía, ése era el peor dolor, el legado del potro. También le dolían horriblemente el estómago, la ingle y la cara, en especial el lado izquierdo, donde un golpe le había aflojado los dientes; y le dolían las rodillas, pues había caído sobre ellas. «Sin embargo —pensó amargamente —, todavía no estoy tan mal. Mañana...»

Apretó la cabeza contra los ladrillos del suelo, tratando de no pensar en el mañana. El suelo era duro pero reconfortante, como la habitación que olía a polvo, aceite de lámpara, cera de abeja y jabón de sebo, los artículos que de ordinario se guardaban en ese lugar cuando no se utilizaba para los prisioneros. Todavía había trapos de limpieza, pabilos colgando de las paredes y una pila de escobas en un

rincón. Parecía imposible que lo torturaran en un lugar tan común. Pero el experto en interrogatorios de Crisafio, el hombre pálido y totalmente calvo que había instalado el potro tan rápidamente, le había susurrado varias posibilidades mientras ajustaba los pesos de plomo a los brazos y piernas de Simeón: el látigo, los hierros, el fuego, el aceite hirviendo, la castración, la mutilación, la ceguera. «Ay, señor —pensó, recordando contra su voluntad todos los susurros—, no podré soportarlo. Si hablo, ellos torturarán también a Demetria. Dondequiera que esté. Meli iba a decirme algo, pero se lo impidieron. Mi pobre Meli. Espero que el huno lo haya vendido a una buena persona, alguien que lo trate bien. ¡Bendito sea ese hombre por haber impedido que su amo dejara que ese animal se encarnizara con mi hijo! ¡Cualquier lugar será mejor que éste para él!»

Cerró los ojos. Estaba exhausto de sufrimiento y pesar, pero el miedo y los dolores le impedían dormir. «¿Qué puedo decirles mañana? —volvió a preguntarse—. No debo decirles la verdad, pero tendré que contarles algo. Tienen que creer que Demetria es inocente; tienen que dejarla tranquila.» La cabeza se le llenó de imágenes: la luz reflejándose en su cabello, la soñadora felicidad de sus ojos cuando trabajaba, la suavidad de su piel bajo su mano y las delicadas curvas de su cuerpo contra el suyo. Las noches en su casa, el olor del pescado cocinándose en una salsa de vino y especias; caminar con ella hacia la playa por las mañanas, con el viento que dejaba blancas las olas y agitaba los mantos tejidos por ella. «Yo la quería allí —pensó desesperanzado—. Lo arriesgué todo para llevarla de vuelta, y ahora todo está perdido, pero no sólo para mí, también para ella y para Meli. Y probablemente ella ni siquiera quiera volver a casa. Le haya sucedido lo que le haya sucedido en el viaje, ahora hace meses que está a salvo. Ha de ser esclava de Crisafio, con una buena posición en la casa. Seguramente la valoran, cualquiera la valoraría, aunque sólo sea por su arte. Probablemente es feliz. A mí nunca me amó. Nunca pude darle nada que ella quisiera, pero tomé lo que ella odiaba dar. Vine a buscarla por mí, no por ella; vine porque ella era mía, aunque nunca lo fue, no de la manera que importa. Me casé con ella, me acosté con ella, viví y tuve un hijo con ella, pero nunca importó, a ella no la tuve nunca. No podría siquiera decir que la conozco. Y ahora he venido para volver a destruir todo lo que tiene. Dios mío, no debo hacerlo. ¿Qué puedo decirles?»

»Dios Todopoderoso, Cristo Eterno, no pido mi libertad ni mi vida, sólo las fuerzas para inventar una buena mentira, aferrarme a ella y salvar a mi esposa.»

Se oyeron pisadas al otro lado de la puerta, y unas palabras en gótico: había cambio de guardia. Los nuevos soldados se instalaron con gruñidos ante la puerta y uno llamó.

—¿Estás ahí? —preguntó. Era la voz del huno. Simeón se incorporó dolorido sobre los codos.

—Estoy aquí —respondió—. ¿Eres tú, Chelchal? Por el amor de Dios, ¿puedes decirme lo que hiciste con mi hijo?

—Está seguro —dijo la voz, jovial y tranquila—. Me he asegurado de que lo

cuiden. ¿Estás bien?

—Pero ¿dónde está?

—¿Qué importa eso? Está en la ciudad, está seguro y bien cuidado. Ahora descansa.

Simeón volvió a tenderse en el suelo, mirando hacia la puerta. El huno se puso a hablar en gótico con su compañero y la conversación continuó durante un buen rato.

«Puedo decirles que nunca vi el manto —pensó Simeón, volviendo a cerrar los ojos—. Es absolutamente cierto, nunca lo vi. Después puedo decirles que no sé de qué color era, que Demetria nunca me lo explicó; sólo puedo decir que actué como actué porque tenía celos del procurador, que quería crearle problemas, en eso también hay algo de cierto. Puedo decir que exageré mis sospechas ante Marciano para obtener su ayuda contra Heraclas. ¿Funcionará? ¿Dónde puede haber un fallo?» Se quedó quieto, medio dormido sin darse cuenta, inventando complicados defectos en su historia y buscando sin cesar alternativas cada vez más improbables; al otro lado de la puerta las voces de los dos guardias continuaban su murmullo.

Simeón despertó bruscamente cuando, por encima de las voces, oyó pisadas que se acercaban. Los dos guardias dejaron de hablar repentinamente. La luz cambió cuando ambos se levantaron y Simeón notó la existencia de un trozo de pergamino en el suelo, a un lado de la puerta. Lo miró atónito. ¿Estaba allí antes?

—Chelchal —dijo otra voz, una voz que hablaba en griego de Constantinopla, con el acento de la clase alta, con un deje sombrío: era la de Eulogio—, he estado pensando en lo que dijiste...

—¿Ah, sí? —dijo el huno receloso.

—Supongo que podría determinar un pago extra para ti, dado que sacaste tan poco con la venta del niño... digamos, por ejemplo, diez piezas de oro...

—¡No es bueno! —dijo Chelchal—. Capturé a espía con mis boleadoras, yo solo. Sin mí, hubiera escapado. Me dais niño para vender. Sabes que me gustan los niños y que no lo vendo a ningún hombre malo. Lo vendo barato, sólo por dos sólidos, para que tenga una buena casa. ¿Dónde está recompensa para mí por la captura? El espía tiene dinero, mucho dinero. Ese experto se llevó una parte doble, ¡triple, casi! ¿Por qué? ¡Por torturar a hombre a que yo atrapo, hombre que está atado y hombre que no puede defenderse! Es un trabajo de cobardes, de un hombre malo, de un esclavo. Yo soy un guerrero. Dame la parte del experto en interrogatorios.

—¡Pero es el verdugo de Crisafio! —objetó Eulogio—. No puedo quitarle el dinero. Si te doy once sólidos habrás ganado tanto como él...

—¡Tanto como él, tanto como él! ¡Yo valgo más! ¡Ja! Tanto como un cobarde torturador. No es bueno. Yo soy un bravo guerrero de los acatziros, yo capturé a espía, ¡yo valgo más!

—¡Vales más para Atila! —exclamó Eulogio perdiendo la paciencia—. No te olvides de que se te puede devolver a Tracia si consideras que aquí no se te valora lo suficiente... y el rey Atila estaría encantado contigo, aunque dudo de que te pague tan

bien como yo.

Chelchal guardó silencio.

—Te daré una propina de diez sólidos como recompensa por haber capturado al espía —dijo Eulogio—. Y nada más. Buenas noches.

Las pisadas se alejaron y la luz disminuyó cuando los guardias se sentaron. Simeón alargó muy despacio el brazo y levantó el pergamino. Había algo escrito en él. Lo ladeó para que le diera la luz y las letras parecieron saltar hacia él, negras y nítidas.

Simula que tienes un gran tesoro en la barca y que le dirás cómo encontrarlo al hombre que te ayude a escapar. Destruye esto.

Simeón lo leyó dos veces murmurando despacio, luego se quedó mirándolo. «Antes no estaba aquí —pensó, todavía atontado por la sorpresa—. No estaba cuando se fue el verdugo. Uno de los guardias tiene que haberlo pasado por debajo de la puerta. ¿Quién? La letra... la letra me parece conocida. ¡Marciano!» El recuerdo de la otra carta le llevó un renacer de la esperanza tan violento que por un momento creyó que iba a vomitar. Se metió el pergamino en la boca y lo masticó con torpeza, por el dolor de la mandíbula; el sabor a lejía y tinta estuvo a punto de vencerlo. Chelchal y su compañero hablaban otra vez en gótico, más animadamente que antes. Sus voces se elevaban y caían como olas. De vez en cuando alcanzaba a distinguir el nombre de Eulogio dentro del mar de palabras ininteligibles. Simeón se tragó el montoncito de cuero empapado. Las voces subieron de volumen y la luz volvió a cambiar. Una sombra se movió y la otra se puso en pie. Simeón se sentó, con una punzada de agonía, justo en el momento en que se abría la puerta.

Reconoció al otro guardia, era el bruto de Berico, el que se había complacido tanto golpeándole. Ahora sonreía. Chelchal también sonreía, tenía en la mano las boleadoras de cuero y las mecía con indolencia de un lado a otro.

—Tenemos unas preguntas para hacerte, espía —dijo Berico. La lámpara del pasillo dibujaba la sombra del hombre, negra y amenazadora, incluso en los rincones más oscuros del almacén.

Simeón gimió y, rígido, se sentó sobre los talones.

—Todos tenéis preguntas —dijo con amargura.

—Tenemos preguntas personales —le dijo Berico—, que tal vez tengas ganas de responder. ¿De dónde sacaste todo ese dinero que tenías?

Simeón vaciló, sin poder decidir si mentir o decir la verdad.

—¿Qué importa? —preguntó para ganar tiempo.

—¿Era todo el dinero que tenías? —preguntó Berico agachándose frente a él. El godo sacó una daga y se puso a limpiarse las uñas con una sonrisa desagradable.

Simeón se pasó la lengua por los labios.

—No —dijo—, hay más. Pero ¿a ti qué te importa?

—Queremos el resto —le dijo Berico y le apoyó la daga en el mentón. Los ojos azules parecían de cristal, sin profundidad, a pocos dedos de los suyos—. Puedes

decírnoslo a nosotros y quizá podamos ayudarte.

Simeón volvió a pasarse la lengua por los labios, tocándose los dientes doloridos.

—Guardé casi todo mi dinero en la barca —susurró—. Tiene que estar allí todavía. Tenía tres veces lo que me encontrasteis. Más todavía.

El godo abrió la boca, húmeda y roja, con dientes desparejos y muy blancos.

—¿Ciento cincuenta sólidos? ¿Doscientos? Marciano ha de haber sido muy generoso.

—¡No importa de dónde lo saqué! —exclamó Simeón, enfermo por el temor a que resultara ser una trampa—. Podéis quedaros con todo si me ayudáis a escapar.

—¿Dónde está la barca?

—Sacadme de la casa y os lo enseñaré.

—Puedes decírnoslo —susurró Berico con los ojos brillantes.

—No. Os quedaríais con el dinero y me dejaríais aquí. No soy tan estúpido.

Berico le dio un golpe en la mandíbula herida y sintió una punzada que le recorrió todo el cuerpo. Simeón mantuvo la cara alta, parpadeando; con el ojo izquierdo lo vio todo negro, luego unas pinceladas de luz cegadora.

—Dinos dónde está la barca —susurró el godo— o lo lamentarás.

—¿Qué podrías hacerme peor de lo que me van a hacer mañana? —preguntó Simeón enfadado—. Además, el hombre de Crisafio no se va a alegrar si usas ese cuchillo conmigo; tiene sus planes.

Berico se sentó sobre los talones para pensar, y volvió a sonreír.

—Dímelo —le dijo—, y te daré esto. —Le mostró la daga.

«Una muerte indolora —pensó Simeón mirando el metal que resplandecía con una luz dorada a la claridad de la lámpara—. Sí, eso bien vale doscientos sólidos. Yo haría ese trato si no me hubieran animado a esperar más.»

—La barca está en el puerto del mercado del Pescado —susurró—. Llévame allí y te diré cuál es.

—¿Cómo es? —preguntó Berico volviendo a inclinarse hacia delante, ansioso—. Dímelo, y puedes...

Hubo un movimiento y un ruido seco y en seguida el sonido de un cuerpo al chocar con otro. De pronto Berico estaba en el suelo y Chelchal sentado sobre él, con la daga rozándole la garganta.

—No grites —dijo el huno sonriendo—. No quiero matar a un camarada, Berico, pero nunca me has gustado.

Berico estaba atontado y miraba a Chelchal sin poder creerlo. Simeón se dio cuenta de que el godo tenía las manos amarradas por las boleadoras. Con dolor, se movió y se levantó. Chelchal lo miró sonriendo.

—Me llevas a la barca —dijo—. Sólo a mí. Yo te ayudo y tú me das todo el dinero, ¿eh?

—Sí —accedió Simeón con expresión de asombro. ¿De manera que había sido Chelchal el que había pasado el pergamino por debajo de la puerta? Si era así, ¿para

qué toda esta pantomima?

—Busca cuerdas —le ordenó Chelchal— y trapos para una mordaza.

Deprisa, Simeón miró a su alrededor. Encontró un rollo de mechas, no era lo bastante fuerte para atar a un hombre, pero serviría para la mordaza. Había muchos trapos entre los artículos de limpieza, agarró uno fuerte. Había aproximadamente un brazo de una gruesa sogas detrás de los trapos. La desenrolló, la sacó y se la alcanzó a Chelchal. El huno indicó a Berico con la cabeza.

—Primero la mordaza —dijo.

—Chelchal —murmuró Berico furioso—, no puedes...

—Nunca me has gustado, Berico. Y nunca me ha gustado Eulogio. ¡Que valgo lo mismo que un cobarde torturador! ¡Ja! No sabe valorar a un guerrero. Te quedas callado o te hago callar para siempre. Abre la boca.

Berico lo miraba con los ojos desorbitados. Chelchal le sonrió. En las largas sombras que proyectaba la lámpara parecía un monstruo, con su cabeza deforme y la cara llena de cicatrices tenía el aspecto de un mono metido en un cuerpo de hombre. Berico abrió la boca y Simeón le metió el trazo. Chelchal le quitó el yelmo al godo y Simeón ató la mordaza firmemente con el pabilo. Inmediatamente Chelchal cogió la sogas y le ató los tobillos a Berico, luego le aflojó el cinto de la espada, desenvainó el arma y la pisó, sólo entonces le soltó las boleadoras que aún le sostenían los brazos. Le ató las manos con el cinto, tan fuerte que le cortó la carne, luego se sentó sobre los talones y miró a Simeón, observándolo.

—Toma su yelmo —ordenó, y comenzó a enrollar sus boleadoras—. El manto también. Saldremos en la oscuridad por la puerta de enfrente, nadie sabrá quién eres.

Simeón cogió el yelmo y se lo puso; era demasiado grande, pero no tanto como para que se notara. Le quitó el manto a Berico y se lo echó sobre los hombros. Era un manto de montar, por encima de las rodillas. Las piernas de Simeón, desnudas bajo la túnica, con las sandalias tirias resultaban ridículas. Chelchal lo observó con ojo crítico y movió la cabeza. Cogió la espada de Berico y la apoyó, significativamente, sobre la ingle del godo, luego le desató la sogas que le amarraba los tobillos: Berico ni se movió. Chelchal le quitó las botas a su compañero, cogió su espada y le quitó los pantalones. Se los alcanzó a Simeón y volvió a atar la sogas. Simeón se los puso y Chelchal asintió.

—Me llevarás a barca tuya —le ordenó—. ¿Sabes montar caballo?

—No he montado en mi vida y apenas puedo andar —respondió Simeón preocupado.

—Entonces deberemos caminar. De todos modos, nos costaría mucho tiempo ir buscar los caballos, podríamos encontrarnos con alguien. Vamos. —Chelchal salió de la habitación y Simeón, sin atreverse aún a creerlo, lo siguió. El huno cerró la puerta y echó el cerrojo sonriendo—. Nunca me gustó ese estúpido de Berico —confesó—. Vamos, vamos, rápido.

Simeón fue, aunque lo de rápido era más difícil: sentía las caderas como si llevara

hierros candentes atravesados que se le clavaban a cada paso. La casa dormía. Siguieron por el pasillo, traspasaron una puerta y llegaron a un patio. El aire de la noche era helado y las estrellas brillaban muy blancas en el cielo claro. Simeón aspiró hondo, luchando por contener las lágrimas: no era momento de llorar.

Chelchal le tiraba del brazo para meterle prisa.

Llegaron a la caseta que se alzaba junto a las puertas. El huno llamó a la ventana y repitió la llamada. Después de un momento la ventana se abrió y apareció el portero, con los ojos irritados y furioso.

—¿Quién llama a estas horas? —preguntó.

—Berico y yo que vamos buscar putas —respondió Chelchal con tranquilidad—. ¡Abre!

El portero no tenía idea de los turnos de la guardia y estaba acostumbrado a las salidas nocturnas, aunque por lo general nunca eran tan tarde. Maldijo entre dientes pero salió y abrió la puerta. Chelchal y el otro pasaron. Medio dormido y apresurado por escapar del frío, no se dio cuenta de que Berico no era tan alto como de costumbre, ni de que caminaba rígido, como un viejo que trata de no resbalarse en una calle con hielo. Cerró las puertas, las atrancó y volvió a la cama.

Caminaron una manzana en silencio; Simeón apoyaba a ciegas un pie delante del otro, borracho por el aire limpio y frío y la visión de las estrellas. Las palabras se le amontonaban en la cabeza, una mezcolanza de los salmos que cantaban en la iglesia de Tiro: «Entonces las aguas nos alcanzaron, pero la corriente pasó por encima de nuestras cabezas. Bendito sea el Señor que no nos convirtió en presa para sus dientes». «¡Ah, Demetria, estoy vivo y, de alguna manera, te liberaré a ti también!» «Nuestra alma escapó como un ave escapa de la trampa de los cazadores; la trampa se ha roto y escapamos.» «Escapamos de la muerte, de la muerte segura, y llegamos a esta noche, a este aire, a esta libertad.»

La cadera se le aflojó con una punzada de inmenso dolor y Simeón se tambaleó. Chelchal lo agarró del brazo. El huno rió.

—Es bueno, ¿no? —dijo sonriéndole a Simeón.

—No tengo ni un dracma de cobre en la barca —le dijo Simeón con expresión tonta devolviéndole la sonrisa, aunque en seguida deseó haberse mordido la lengua—. Es decir... —comenzó, tratando rápidamente de corregirse.

Pero Chelchal volvió a sonreír.

—Lo sé. Está bien. Vamos rápido ahora, no tenemos mucho tiempo.

Más perplejo que antes, Simeón comenzó a avanzar más rápido, pero volvió a tambalearse y casi cayó. Chelchal le pasó el brazo a Simeón por debajo del hombro y le ayudó durante el resto del camino hasta llegar al mercado.

En el mercado todo estaba en silencio. Las tiendas estaban cerradas e incluso los noctámbulos estaban en sus camas. Las antorchas junto a las grandes mansiones ardían bajas. Chelchal ayudó a Simeón a cruzar la plaza, en dirección a una gran mansión; cuando llegaron al espacio iluminado ante la puerta, ésta se abrió y una

figura envuelta en un manto negro corrió hacia ellos, seguida de la sombra de otra. Simeón se detuvo; la forma de negro se detuvo también, buscándole el rostro debajo del yelmo, entonces corrió hacia él y lo cogió del brazo libre.

—Simeón —susurró sin aliento—. Ven, debemos darnos prisa. Por aquí; tenemos un carro.

Era Demetria: su voz, su rostro bajo la capucha, su cuerpo instándolo ahora a avanzar, pero ¿cómo podía ser ella? Simeón volvió a detenerse.

—Demetria —susurró asombrado. Se soltó de Chelchal, la cogió de los hombros y la miró a los ojos. Había recorrido más de mil quinientas millas y había cruzado las profundidades del dolor y de la desolación hasta encontrarla, y ahora que lo había conseguido no sabía qué hacer.

Ella se estiró, le pasó las manos por el cuello y le besó con fuerza. Luego se quedó mirándolo. Tenía la boca apretada, con decisión y rabia, pero los ojos estaban abiertos, grandes y oscuros, clavados en los suyos con una intensa quietud. A Simeón se le desmoronaron las pocas fuerzas que le quedaban y cayó sobre ella, incapaz de tenerse en pie; las lágrimas que antes había podido contener ahora le ardían en los ojos, mientras susurraba su nombre sin poder creerlo.

—¡Rápido! —le dijo ella volviendo a cogerlo del brazo—. No sabemos cuándo descubrirán tu ausencia y todavía tenemos muchas cosas que hacer antes de la mañana.

La figura que la había seguido desde la puerta le hizo una señal a alguien invisible detrás de él y un carro salió de la mansión. Simeón reconoció a Marciano cuando éste lo cogió del brazo, y se dejó izar al carro que les esperaba.

XI

A la mañana siguiente, Pulqueria tomaba un frugal desayuno después de las primeras oraciones, cuando apareció Teonoe muy agitada.

—¡Señora! —exclamó la anciana, que llegó corriendo, se tendió en el suelo junto a la mesa del desayuno, se incorporó hasta quedarse de rodillas y añadió—: ¡Señora! ¡Tu esclava Demetria se ha ido!

—¿Se ha ido? —repitió Pulqueria alarmada. Dejó sobre la mesa una hogaza de pan tosco. Todavía era temprano y ella sólo llevaba la túnica y unas medias negras; los finos cabellos grises le caían, como si hubieran llovido sobre sus hombros huesudos—. ¿Estás segura?

—Sí, señora. A Ágata la ha despertado su hijo, que está histérico. El niño dice que su madre se fue anoche diciendo que iba a ver al hombre de Aspar, Marciano, pero no ha vuelto. El niño cree que está muerta.

—¡Ay, qué estupidez! —exclamó Pulqueria apasionadamente dando un golpe sobre la mesa—. ¡Santa María, dame paciencia! ¡Qué muchacha tan tonta! ¡Cómo pude haber sido tan estúpida... por supuesto, se fue detrás del imbécil de su marido, cualquiera se hubiera dado cuenta de que era lo que iba a hacer! Teonoe, ve a buscar a Eunomia y a Mario, del cuerpo de mensajeros, ¡en seguida! ¿Dónde hay un pergamino? Tengo que enviar algo a Marciano a ver si podemos impedir esto... ¡gracias a Dios que a esa chica no se le ocurrió ir directamente a ver a Eulogio, como el idiota del marido!

Había escrito un mensaje breve pero imperioso a Marciano, se lo estaba entregando al más rápido de sus mensajeros cuando apareció la dama de compañía que hacía las veces de chambelán esa mañana.

—Señora —dijo después de postrarse—, acabo de ser informada de que Flavio Marciano está en la puerta con una de tus esclavas, solicita permiso para ser admitido ante tu serena presencia.

Pulqueria cerró los ojos un momento y exhaló un suspiro de alivio no muy sereno.

—Virgen Santísima, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, gracias —dijo con fervor. Se hizo la señal de la cruz, abrió los ojos y miró el pergamino que tenía en la mano—. No te necesitaré, Mario —le dijo al mensajero—. Puedes volver a tus habitaciones a esperar mis órdenes. —El mensajero hizo una reverencia y ella se volvió hacia su dama de compañía—. Haz entrar a Marciano de inmediato. Le recibiré en el salón azul en cuanto termine de vestirme.

No hacía más que un momento que Marciano y Demetria esperaban cuando la soberana augusta hizo su entrada, envuelta en su manto negro y con la cabeza descubierta, con los finos cabellos recogidos en la nuca y sujetos sin mucho esmero. La seguían su chambelán, Teonoe y la secretaria. Los dos suplicantes se postraron de inmediato. Pulqueria los miró con el entrecejo fruncido y se sentó entre un silencio

gélido.

—Bien —dijo, acomodándose con firmeza en el trono—, Demetria, te has ganado unos azotes cuando todo lo que has obtenido ha sido escaparte, aunque me temo que ésa sea la menor de tus ofensas. ¿Puedo saber el daño que se le ha hecho a nuestra causa, Marciano?

Marciano se inclinó.

—Nuestra causa no ha sufrido ningún daño, emperatriz.

Ella resopló.

—Me quedo profundamente aliviada. Esperaba que tuvieras el buen sentido de no dejarte arrastrar en ninguna empresa no aprobada, pero no me atrevía a confiar demasiado.

¿Mi esclava fue a verte y te pidió ayuda para liberar al idiota de su marido?

—Así es, emperatriz. Me dijo también que te habías negado a ayudarla en este asunto, y que le habías explicado por qué. Entonces ella me explicó un plan que había ideado para liberar a su esposo sin implicar a tu sagrada majestad y, como me pareció un buen plan, lo adopté, modificándolo ligeramente en interés de nuestra seguridad, y lo hemos llevado a cabo.

Pulqueria lo miró atónita. Le echó una rápida mirada a Demetria.

—¿Dónde está el hombre? —preguntó tras un momento de silencio.

—En mi casa, oculto —respondió Marciano con calma—. Permíteme asegurar a tu sagrada majestad que estoy completamente satisfecho porque nada de lo que hicimos anoche amenaza la seguridad de nuestro plan. Crisafio creerá que el prisionero de Eulogio sobornó a sus guardias y escapó, solamente castigará a Eulogio. En cuanto a Simeón, le había hecho una promesa y he hecho lo posible por cumplirla, pero devuelvo la esclava de tu providencia, dado que no debo robar a aquéllos a quienes profeso obediencia.

Pulqueria le dirigió a Demetria una mirada fulminante y clavó los ojos en Marciano.

—Dime exactamente qué ha pasado —le ordenó—, y permite que juzgue por mí misma sobre el tema de la seguridad.

Marciano no se movió mientras ordenaba sus pensamientos, luego levantó los ojos, se encontró con los de la emperatriz y comenzó su narración.

—Tu esclava Demetria me dijo que casi todos los guardias de Eulogio eran susceptibles al soborno pero que uno, un huno, no sólo mantenía buenas relaciones con ella sino que además estaba profundamente descontento con su posición al servicio del agente. Me dio a entender que él estaría dispuesto a ayudarnos, siempre que se le asegurara que no sería devuelto al rey Atila como desertor si lo hacía; Demetria añadió que odiaba al rey de los hunos y que estaría dispuesto a pelear en una guerra contra él. Fue este mismo hombre el que llevó a su hijo a tu palacio y le contó a ella lo que había sucedido. Demetria me explicó que, en aquella ocasión, él le había pedido que le hiciera un manto mejor del que había tejido para el rey de los

hunos, y entonces ella sugirió que le enviáramos un mensaje al huno a la casa de Eulogio, supuestamente proveniente de un miembro del gremio de los tejedores, pidiéndole datos sobre el dibujo del nuevo manto que había encargado, un mensaje que él comprendería de inmediato pero que, para el resto de la casa, sería inocente. Ella quería llevar el mensaje en persona, pero se lo impedí y envié a uno de los esclavos de mi casa, considerando que no podía arriesgar a una mujer a quien tu habías honrado con tu confianza. —Marciano le dirigió a Pulqueria una cortés inclinación de cabeza.

La emperatriz resopló.

—Equivocadamente, según parece —comentó con amargura.

—No lo creo, emperatriz —respondió Marciano sereno—. La treta fué un éxito. Al parecer el huno ya les había mencionado a sus camaradas que había encargado un manto nuevo, y vino en cuanto recibió el mensaje.

—¿Dónde? —preguntó Pulqueria—. ¿Lo ha visto alguien?

—Tu nobilísima hermana Marina tenía una casa en el mercado Tauro que ha estado vacía desde su lamentado fallecimiento; nos encontramos con el huno en el patio y cerramos la puerta. Antes de hablar me aseguré de que nadie de la casa de su amo lo hubiera seguido. No nos vio nadie.

—¿La casa de Marina? —preguntó Pulqueria sorprendida—. ¿Cómo entrasteis?

Marciano tosió tapándose la boca con una mano.

—Forcé la cerradura... es una habilidad que aprendí de un ladrón que conocí en una prisión vándala en África; me ha resultado de suma utilidad en algunas ocasiones.

Pulqueria lo miró sin expresión.

—Ya veo —dijo por fin—. Muy bien, ¿y lograste convencer al huno de que os ayudara?

—Desde luego, emperatriz. Le convencí de que ningún enemigo de Atila puede servir a Crisafio, cuya política apoya al rey de los hunos, y le ofrecí una recompensa y un puesto en mi guardia si dejaba a Eulogio. De hecho, es un hombre muy valioso y me alegro de tenerlo como empleado. No obstante, yo no confiaba absolutamente en su buena voluntad, de manera que aposté a uno de mis arqueros en el techo de la casa de tu hermana, por si el huno resultaba indigno de confianza. Me alegró comprobar que la precaución fue innecesaria.

Demetria, que había estado observando a su aliado, apartó la mirada. Recordó la larga pesadilla en ese patio, esperando en silencio bajo la brillante luz de la luna junto a una fuente seca, mientras Marciano y Chelchal hablaban, horriblemente consciente del hombre oculto que esperaba para matar al huno si éste se negaba a ayudar. Marciano había insistido en poner al arquero. «Puede que tenga que decirle a tu amigo que pensamos deshacernos del gran chambelán —había dicho—. No puedo dejarlo volver y que informe a su amo.» Ella lo había aceptado. «El poder endurece a la gente —pensaba ahora mirando el rostro impassible de la emperatriz—. No

solamente estás de acuerdo en pagar por lo que quieres; estás dispuesto a hacer que otros también paguen. Yo no lo habría hecho por nadie que no fuera Simeón, pero eso no habría sido ningún consuelo para Chelchal. ¡Bien, gracias a Dios, aceptó ayudar! ¿Podría haber vivido yo con eso en la conciencia si se hubiera negado?»

—Por el huno nos enteramos —continuó Marciano— de que Crisafio ya había enviado a un torturador profesional a interrogar al pescador de púrpura, pero que, al parecer, no tenía intenciones de llevarlo al Gran Palacio, temeroso de que alguien detectara lo ilegal del procedimiento si lo hacía. Los guardias de Eulogio deberían vigilar al prisionero por parejas; al huno y a un godo se les habían encomendado la segunda guardia, desde medianoche hasta el alba. Tu esclava instó al huno a suscitar por dinero una discusión con su amo, de forma que todo el mundo supiera que existía una causa que justificara su desertión, y sugerirle a su compañero que le preguntaran al prisionero si tenía dinero. Esta tarea se facilitó por el hecho de que ya habían descubierto que el prisionero tenía una cantidad considerable oculta en su cuerpo, y por la avaricia del godo. Escribí a Simeón una nota, que el huno le pasó en secreto, diciéndole que simulara tener un inmenso tesoro escondido en su barca con el cual recompensaría al hombre que lo liberara, y eso hizo. Luego el huno atacó al godo, lo ató, lo amordazó y lo dejó en el lugar del prisionero, para que le dijera a su amo que el huno había desertado a cambio de algún dinero que había en una barca en el puerto del mercado del Pescado. Simeón salió de la casa con el manto y el yelmo del godo y caminó hasta el mercado Tauro, donde teníamos un carro esperándolo. Habíamos pensado que tal vez no pudiera andar, y la verdad es que no podría haber ido mucho más lejos a pie.

«Lo habían torturado brutalmente», pensó Demetria con un destello del odio que había sentido entonces. Lo recordó tambaleándose al cruzar el mercado, apoyado en Chelchal como un abuelo que se apoya en su nieto; recordó su cara mirándola durante ese largo momento bajo la luz de la luna. La tenía hinchada por los golpes, con la barba apelmazada por la sangre y apestaba a vómito y a suciedad. Cuando ella lo ayudó a subir al carro él se había quedado muy quieto sobre la paja que lo cubría, temblando de dolor con cada sacudida. Entre la rabia por cómo lo habían hecho sufrir y la ansiedad por el resto del plan, ella no había sabido qué decirle. No fue el encuentro lleno de alegría y triunfo que ella había imaginado.

—¿Todo eso fue idea tuya? —le preguntó Pulqueria a Demetria.

—Sí, señora —dijo ella en voz baja.

La emperatriz la miró entrecerrando los ojos, mientras que con un dedo recorría la talla en espiral del brazo de la silla.

—¿Y tiene tu esposo una barca en el puerto del mercado del Pescado? —preguntó.

—La tenía, señora. Claro que no había ningún tesoro en ella: el dinero que encontraron los guardias era simplemente los ahorros que había traído para pagar nuestro viaje de vuelta a Tiro. Pero yo pensé que ayudaría si Eulogio sabía que la

barca había estado allí y que había desaparecido.

—¿Y ha desaparecido?

—Sí, señora. Fuimos directamente al puerto del mercado del Pescado y uno de los esclavos de su honor Marciano ayudó a Simeón a llevarla al Cuerno.

Marciano sonrió.

—Simeón bajó del carro una manzana antes de llegar y se fue al puerto con el huno: los guardias de las puertas del mercado del Pescado los recordarán. Ambos hicieron muchos aspavientos al registrar la barca, lo cual muchas de las personas de las casas vecinas tienen que haber visto, y dejaron los aparejos de la embarcación desparramados por la playa, con otras cosas que había dentro. Cuando el pescador sacó la barca al mar, el huno volvió al carro por la puerta, cargando una caja grande que en realidad contenía ropa.

Demetria recordaba bien ese momento: la aparición de Chelchal, contento como siempre, alcanzándole una selección de sus ropas de Tiro. «¡Es una barca muy pequeña! —le dijo cuando volvían deprisa atravesando la ciudad—. ¡Pequeña, pequeña! Yo no quiero navegar por el Cuerno subido a esa cosa. ¡Y él ha venido de Tiro!»

—Simeón navegó rodeando la ciudad hasta el puerto de Psamatia, al otro lado —continuó Marciano—. Tal puerto está cerca de mi casa y, como sin duda tu sabiduría no ignora, se utiliza muy poco desde que tu hermano ordenó realizar mejoras en los cercanos muelles de Eleuteria. Mis esclavos esperaban cerca de allí con una barca más grande, que ese mismo día habían pedido prestado a mi superior con la excusa de pescar por la noche. Simeón y su asistente se pasaron a ésta, llenaron su barca de piedras, le hicieron un agujero y la dejaron hundirse en aguas profundas.

Demetria también recordaba aquello, aunque ella no había visto como la *Procne* se sumergía silenciosamente bajo las negras aguas, sólo un remolino blanco sobre la superficie del mar señalaba su descenso. Simeón había llorado y seguía llorando cuando los otros lo llevaron a la costa y lo colocaron otra vez en el carro que esperaba. «Era una buena barca», dijo con rabia. No dijo que la había querido; le daba vergüenza confesar su cariño por casi cinco brazos de madera de cedro, sogas y pintura. Pero Demetria recordaba cómo la había pintado, tocando con ternura la decoración de popa, cómo había navegado en ella, enorgulleciéndose de ponerla contra el viento y hacerla saltar sobre las olas. Ella le había tocado la mano bajo la media luz gris del alba, rogándole en silencio que comprendiera. Era importante que Simeón y su barca desaparecieran sin dejar rastro, de manera que Crisafio, al no poder encontrarlos, tuviera que aceptar que se habían ido navegando fuera de su alcance.

—Después volvimos a mi casa —dijo Marciano para terminar—. Hice que pusieran cómodo al pescador y recompensé al huno por su asistencia, y en seguida emprendí el camino hacia tu palacio para devolverte a tu esclava y para someter a tu sagrado juicio todo lo que he hecho.

Pulqueria permaneció en silencio un momento, ceñuda.

—¿Cuánto tiempo estuvo el pescador de púrpura en la ciudad antes de que Crisafio lo atrapara? —preguntó.

—Había llegado la noche anterior —respondió Marciano con satisfacción—. Crisafio podrá comprobar sin lugar a dudas que había pasado la noche en el puerto del mercado del Pescado y que no había tenido tiempo de contactar con nadie de la ciudad. El huno no le comentó a nadie su visita aquí la tarde siguiente. No habrá prueba alguna que lo relacione con ninguno de nosotros.

Pulqueria gruñó y permaneció en silencio otro momento.

—Estuvo bien planeado y bien llevado a cabo —dijo por fin—. Creo que tienes razón en estar satisfecho, Marciano. Engañará a Crisafio. —Marciano se inclinó—. Pero todavía me parece, sin embargo, que fue un riesgo innecesario.

—No hubo riesgo para el Estado, emperatriz. Mi nombre ya había sido mencionado con relación al pescador de púrpura y, de haber sido atrapados en cualquier momento, el plan habría sido responsabilidad mía. No involucré a ningún empleado de mi superior, y mucho menos de tu sagrada majestad.

—Excepto a Demetria. Que sabe más de lo que debería.

—No la habrían capturado, emperatriz —dijo Marciano en voz baja—. Ya que yo la hubiera matado antes.

Demetria lo miró atónita, recordando súbitamente que él había estado muy cerca de ella durante toda la larga noche, y que habían esperado juntos, amistosamente, junto a la fuente seca. Se estremeció.

Pulqueria parpadeó estudiando a Marciano.

—¿Y cómo habrías reconciliado eso con tu promesa? —preguntó.

Él bajó la cabeza e hizo un gesto de rendición abriendo ambas manos.

—Emperatriz, no habría podido reconciliarlo con mi promesa, y sería culpable de perjurio y asesinato. Pero no hacerlo habría ido contra mi juramento de lealtad a tu sagrada casa y habría quedado como un traidor y un perjuro. Últimamente mis promesas y mis lealtades se han visto enfrentadas. Ante esto, resolví que mantendría mi juramento privado de la mejor manera posible para guardar mi honor, pero que cuando entrara en conflicto con el bien público, debería sacrificarlo. Los monjes tienen razón cuando aducen que en la vida pública nadie puede mantenerse libre de pecado. El mundo es corrupto, nadie que trate de mantenerse sin pecado puede ostentar poder en él. No obstante, ¿cómo puede alguien a quien le interesa la justicia dejar todo el poder en manos de aquéllos que sabe malvados, que gobiernan de manera corrupta y arruinan y matan a los inocentes? Creí que debía actuar de la mejor manera posible y confiar en que Dios viera las intenciones de mi corazón y me juzgara con justicia.

—Bien dicho —respondió ella con suavidad. Estuvo sentada un rato más, observándolo con ojos entrecerrados y calculadores, y luego dijo bruscamente—: A lo mejor registran tu casa. Como has dicho, tu nombre ya ha sido mencionado con

relación al pescador y, ahora que lo ha perdido, Crisafio puede intentar sonsacarte a ti. Tendrás que trasladar a Simeón y al huno a otro lugar.

—Deseaba pedir tu augusta ayuda en ese asunto, emperatriz.

Ella sonrió.

—Tengo una casa en la ciudad, cerca del Cuerno, que a veces utilizo cuando visito mis iglesias. Enviaré una carta al mayordomo; debes trasladar a tu gente allí inmediatamente y en secreto. Si lo deseas, puedo ordenar que una carreta llena de tapices para la iglesia de Blanquerna se detenga cerca de tu casa y después en la mía. Sería una manera discreta de trasladar... cualquier cosa que haya que trasladar.

Él hizo una inclinación.

—Eso sería sumamente apropiado, emperatriz. Gracias.

Ella hizo otra pausa y luego dijo con intención:

—Me has dicho que habías convencido al huno de que, como enemigo de Atila, no podía servir a Crisafio, cuyas políticas apoyan al rey de los hunos. Me gustaría que te explicaras en ese sentido.

Marciano se sorprendió.

—Soy tracio, emperatriz —dijo tras unos instantes—. He visto mi patria destruida. Odio al rey de los hunos y su imperio, y detesto la política de tributos que fortalece a nuestros enemigos. El gran chambelán Crisafio ha dado más con menos resistencia que cualquier gobernante de los romanos antes que él, esto es lo que le dije a Chelchal. Fue fácil convencerlo: todos los hunos saben lo esencial que es el dinero romano para el gobierno de Atila.

—Pero dejar de pagar los tributos llevaría de inmediato a una guerra contra Atila —objetó Pulqueria—. Ya peleamos antes del gobierno de Crisafio y perdimos batallas y a miles de hombres, y nos obligaron a pagar más para mantener a salvo nuestras provincias. Si fueras emperador, ¿de verdad interrumpirías los pagos para ver tus provincias, tu hogar, todo otra vez entregado a la espada?

—Hemos perdido batallas por muy poco —respondió Marciano impaciente—, y pagamos por holgazanería, porque no tenemos ganas de reunir más hombres y de continuar la lucha. En cuanto a entregar a Tracia a la espada... la espada ya la atravesó. El norte de la diócesis pertenece por entero al rey Atila, el centro es un desierto y, si la política actual continúa, no pasará mucho tiempo antes que el sur también desaparezca. Sí, si yo fuera emperador interrumpiría los tributos. Y haría más: cerraría todos los mercados donde los hunos compran nuestras armas con nuestro dinero, y castigaría con la muerte a cualquier mercader que negociara con ellos. ¡No saben forjar una espada solos! Eso sí, haría una buena oferta a los aliados de los hunos que quisieran aliarse con nosotros. Su tolerancia para con ellos se acabaría pronto cuando los hunos se quedaran sin dinero y ellos no pudieran comerciar con nosotros por causa de Atila. Reclutaría un nuevo ejército y utilizaría el dinero de los impuestos a los hunos para pagarlo. ¡Entonces veríamos lo dispuesto que está Atila a luchar contra nosotros! Si pudiéramos hacer que, al menos por unos

meses, no tuviera una victoria decisiva ni pudiera saquear una ciudad, creo que Atila sufriría una gran rebelión en sus dominios.

Pulqueria lo miraba sonriendo.

—Una estrategia muy interesante —dijo al fin—. Me gustaría hablar más sobre ella, pero en otro momento. Pero tus asuntos ahora son urgentes. Teonoe —dijo mientras chasqueaba los dedos—, corre y haz que preparen un carro para llevar unos tapices a la iglesia de Blanquerna, los que estén listos; ordénale al conductor que salga inmediatamente hacia la ciudad y que pase por la casa del excelentísimo Marciano a buscar algunos artículos que ha de dejar en mi casa del Cuerno. Eunomia, te dictaré una carta dentro de un momento que Mario llevará a mi casa de la ciudad. Marciano, ¿necesitas un caballo de refresco para que te lleve a casa?

—No, gracias, emperatriz —dijo él inclinándose—. ¿Puedo preguntar si Demetria se quedará aquí? Mi interés en comprarla no se ha alterado.

—Por el momento se quedará aquí —respondió Pulqueria con firmeza—. Decidiré qué hacer con ella llegado el momento... pero no cambiara nada hasta que haya depuesto a Crisafio. Puedes irte.

Marciano se postró y se fue. Demetria, que no había sido despedida aún, permaneció en silencio y con las manos enlazadas ante la emperatriz. Se preguntaba dónde estaría Melecio, y si sabía que su madre estaba a salvo.

Pulqueria se desperezó, sonriendo satisfecha, bostezó y cerró las mandíbulas de golpe. Miró a Demetria con tolerancia.

—Bien, muchacha —dijo casi con afecto—, escapar fue realmente la menor de tus ofensas y, como ya te he dicho, te mereces unos azotes aunque sólo sea por eso, pero no se ha hecho ningún daño, de manera que pasaré el asunto por alto. Así que has rescatado a tu precioso esposo. ¿Qué voy a hacer contigo ahora?

Demetria miraba al suelo tratando de darles forma a sus pensamientos, desordenados por el agotamiento y los apasionados acontecimientos de la noche anterior.

—Señora —comenzó a decir muy despacio, levantando los ojos hacia el rostro duro y cínico de la mujer sentada en el trono—, una vez fuiste tan generosa como para confesarme que habías hecho voto de virginidad por razones sumamente inadecuadas, y sólo en parte por amor a Dios. Pero Dios te tomó la palabra, de manera que las otras razones ahora parecen sin sentido, y sólo el amor sigue importando. Señora, mi matrimonio fue muy parecido. Cuando accedí a él, había una parte de amor, pero también mucho temor, una imperiosa necesidad de seguridad y protección, una obediencia impotente a las expectativas del mundo. Supongo que podría igualmente haber abrazado la virginidad y haber elegido una vida como la que tu bondad me ha ofrecido. Probablemente habría sido feliz, habría aprendido a tener fortaleza. Pero hace más de seis años que estoy casada, mi vida se formó junto a la vida de Simeón. Ahora sé que no podemos ofrecernos protección el uno al otro, y que la obediencia no me servirá de nada. Pero el amor ha crecido. Me ha formado, señora,

y ha pasado a ser lo mejor de mí; mientras mi esposo viva no podré abandonarlo. Si hago un manto en el telar con un borde sencillo y a mitad del trabajo alguien viene a mí y me dice: «Ese borde tendría que haber tenido un dibujo más complejo», ¿qué puedo hacer? No puedo empezar el borde cuando voy por la mitad del manto. Tendría que deshacerlo todo y comenzar de nuevo desde el principio. Yo no puedo deshacer mi vida: el borde sencillo ya está hecho, y el más elaborado no puede ser incluido. Soy una esposa y no puedo hacer votos como virgen. Y te ruego, señora, que me devuelvas a lo que soy y siempre seré y que nos envíes, a mí y a mi esposo a casa.

—No puedes ir a tu casa, muchacha —dijo Pulqueria con suavidad—. Tu casa ya no está donde estaba. Tu esposo dejó Tiro por ti, y creo que, si volvierais, los dos os encontraríais con que la vida que dejasteis se ha ido para siempre. Pero puedo, y lo haré, devolverte a tu esposo: que Dios no permita que yo separe lo que Su voluntad ha unido. En cuanto a la fortaleza, creo que ya has aprendido. Debes esperar a que deponga a Crisafio para evitar despertar sospechas, entonces podrás irte de palacio con tu hijo, quedarte con tu Simeón y terminar tu manto con borde sencillo en paz. Ahora ve. Tu hijo te ha echado de menos.

Demetria se postró y se fue. Ante la puerta se detuvo.

—Te doy las gracias, señora —dijo, y la emperatriz piadosa y terrible le sonrió dulcemente, como una chica joven.

Tres días después, Eulogio, enfermo de miedo, fue a visitar a su superior al Gran Palacio para informarle del resultado de la búsqueda de Simeón.

Lo hicieron pasar de inmediato al despacho del gran chambelán, y por primera vez no estuvo seguro de que ésta fuera una buena señal. El eunuco estaba sentado a su escritorio, leyendo un informe en voz baja. Ni siquiera levantó la mirada cuando su agente cerró la puerta; Eulogio esperó nervioso durante un rato, mientras su superior terminaba de leer.

Al fin Crisafio juntó las páginas del informe y lo miró fríamente.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Tienes noticias?

Eulogio se aclaró la garganta, incómodo.

—No hay rastro de ninguno de los dos, ilustrísima. He... ofrecido una recompensa...

—¡No hay rastro! —repitió Crisafio imitándolo con tono sarcástico—. ¡Y has ofrecido una recompensa! ¿Eso es todo?

Eulogio movió los pies.

—Ilustrísima, he hecho todo lo posible. Averigüé dónde estaba la barca; averigüé que los dos estuvieron allí y que el huno se llevó el tesoro de la embarcación y volvió a la ciudad, mientras que el pescador zarpaba. He enviado mensajeros a todas las poblaciones cercanas para preguntar si habían visto a cualquiera de los dos. He estado en persona en todas las puertas de la ciudad, preguntando por el huno. A él, al menos, lo recordarían; siempre llamaba la atención de la gente. Y el pescador no pudo haber ido muy lejos; apenas podía caminar.

—No tenía necesidad de caminar —respondió Crisafio—. Tenía una barca. ¡Tendrías que haberte apoderado de ella el día que lo capturaste! En cuanto al huno, ¿de qué sirve haber preguntado en las puertas? No es tonto; conoce más de una manera de entrar en una ciudad o salir de ella. Ahora estará a medio camino de Sárdica. Estos hunos viajan rápido cuando se lo proponen, y con la cantidad de dinero que tu godo dice que el pescador iba a darle pudo haber comprado todos los caballos que quisiera.

—¡No se me ocurrió que la barca fuera importante! —protestó Eulogio—. ¿Cómo iba a saber que tenía una barca? —Crisafio lo miró sin parpadear, sin expresión. La vehemencia de Eulogio aumentó—. Pero ilustrísima, ¿cómo podía saber yo que tenía un tesoro escondido en aquella barca? ¡El hombre me contó muchas mentiras la primera vez que hablé con él y después, cuando encontramos el papel, no dijo nada! ¡Ni siquiera tu experto en interrogatorios pudo sacarle una palabra! Toda la información que obtuve se la sonsaqué al niño, le perdoné la vida sólo para no desagradar al huno. Y en cuanto a éste, era tu hombre, tú me lo prestaste.

—¡Pero no para que lo perdieras! —respondió Crisafio—. ¡Eres un idiota incompetente, un infeliz, un animal ignorante! ¡Yo sé lo que tus subordinados piensan de ti! Les escamoteas un poco de dinero y pierdes los estribos y los amenazas, así que a nadie le extraña que terminen siendo desleales. El huno era un hombre valioso, merecerías un castigo aunque tu único error hubiera sido perderlo, ¡pero no es ni siquiera el menor! Tenía pruebas para atrapar a la augusta, casi las tocaba con la mano —dijo agitando ante la cara del agente su mano graciosa y de huesos delicados—, y ¡las dejaste escapar!

Eulogio permaneció inmóvil, con los hombros caídos por el miedo, y sin mirar al gran chambelán. «Tú dejaste al hombre en mi casa —pensó—; podrías haberlo traído a palacio, donde tienes miles de guardias en lugar de los seis que tengo yo, pero lo dejaste en mi casa porque no confías en tus sirvientes, pensaste que podrían ser leales a la augusta o contarle algo al emperador. Y, digas lo que digas, fue tu hombre y no uno de mis guardias el que lo dejó escapar. Además, aunque el pescador hubiera admitido que el manto tejido por su esposa era púrpura, y nosotros hubiéramos estado absolutamente seguros de que la emperatriz había ocultado el hecho, ¿de qué nos habría servido? No prueba nada. Él no sabía nada de Pulqueria. De haber sabido algo de ella ni se habría acercado a mi casa. Nadie puede presentar el testimonio obtenido bajo tortura de un esclavo como prueba suficiente para acusar a una augusta, y Pulqueria no nos habría devuelto a la mujer.»

Pero no le ayudaría expresar nada de aquello, de modo que no dijo nada.

—Registraste exhaustivamente la casa de Marciano —dijo Crisafio, tras un momento.

—Sí, ilustrísima —respondió Eulogio ansioso, animándose—. La desarmamos en pequeños pedazos, como se suele decir, y azotamos a los esclavos para darles un buen susto. Lamentablemente no sirvió de nada. Y él... ¿no te dio ninguna satisfacción? —

Eulogio había registrado la casa el día anterior y había enviado al mismísimo Marciano a palacio, bajo custodia de la guardia, para ser interrogado por Crisafio.

El gran chambelán hizo una mueca despectiva. Era ilegal torturar a un hombre de rango senatorial, pero él había mandado a Marciano a prisión y lo había dejado allí hasta media tarde, sin comida ni bebida, luego apareció y mostrándole el pergamino que Eulogio le había quitado a Simeón le amenazó con la muerte si no decía la verdad sobre el asunto. Marciano, no obstante, no se había inmutado lo más mínimo.

—Me dijo que le había dado el pergamino al inquilino de una de las propiedades sirias de su superior —le contestó el gran chambelán a Eulogio—. Dijo que no tenía idea de cómo había llegado aquí. Le dije que había sido encontrado en manos de un criminal y un espía. Me preguntó que cómo sabía que el hombre al que se lo había quitado era un criminal y un espía. ¿Había sido condenado?, me preguntó. ¿Había sido al menos acusado ante los magistrados? ¿Quién era? ¿Y por qué no le preguntábamos a él por qué tenía ese papel? Sabía perfectamente bien que yo no podía probar nada, y no reveló nada. Y las cosas empeoraron. ¿Se le estaba acusando a él de algo? ¿Por qué había sido arrestado? Él no podía ser responsable de todos los ladrones con pedazos de papel con su nombre escrito. Es un senador, nuestro amigo Marciano, un caballero, como me lo recordaba cada dos palabras. Mi conducta al interrogarlo, me dijo, era impropia, ilegal e indigna del prestigio y del cargo que yo ocupaba, y daría un informe al respecto en el Senado. —Golpeó el documento que tenía en el escritorio—. ¡Y lo ha hecho! Esta misma mañana. —Enfadado, abrió el discurso por la mitad y leyó—: «Pero eso puede pasar. Finalmente fui liberado por la noche, y me enviaron a mi casa a pie, solo, como a un mendigo. Cuando llegué allí, la habían saqueado... y utilizo esta palabra pues he visto la guerra, Padres Conscriptos, la utilizo a sabiendas. Excavaron los setos del jardín y arrancaron los paneles de las paredes, podéis estar seguros de que se llevaron todo lo pequeño y de valor que encontraron. Todos mis esclavos, desde la criada de la cocina hasta mi mayordomo personal, habían sido golpeados; el jardinero tiene un brazo roto. Amenazaron a mi joven hija y la sometieron a un maltrato del que una niña de rango no debería ni siquiera enterarse de oídas. ¿Y por qué? ¿Porque un individuo desconocido a quien creen espía, ignoro con qué pruebas, tenía un pedazo de pergamino firmado por mí! ¿Se ha convertido eso ahora en un crimen por el cual los esclavos de un caballero, de un senador de Constantinopla, la Nueva Roma, pueden ser torturados? ¿Qué será de todos nosotros si podemos ser sometidos a tales horrores con excusas tan impertinentes y triviales? ¿Ignora la ley el gran chambelán? ¿O se ha vuelto loco? ¿O ha estado siempre loco, loco por la codicia insaciable e incontenible de un poder absoluto? Ah, sí, yo sé que compartís mi opinión al respecto, compañeros senadores. El gran chambelán debería recordar que el poder pertenece, en primer lugar, a Dios y en segundo lugar al emperador a quien Dios ha elegido, y que él es un esclavo de ese emperador y un sirviente del Senado; él se ha olvidado de esto. Cree que somos sus sirvientes, y el resto del imperio sus esclavos...» —Crisafio dejó en el escritorio el

informe del discurso y miró a Eulogio—. Este parlamento ha causado una gran sensación —dijo con amargura—. El Senado está conmocionado. —Golpeó el escritorio de súbito—. ¡Te dije que no teníamos suficientes pruebas para acusar a Marciano de traición! —gritó—. ¡Sabes perfectamente bien que no podemos obtener ninguna prueba de los esclavos de un hombre por medio de la tortura y utilizarla en su contra a menos que haya sido acusado! Puedes hacerlo con la plebe, pero no con un senador. Perro, ¿qué has hecho?

—No los torturamos —protestó Eulogio—. Sólo los golpeamos un poco. El jardinero se rompió el brazo en un accidente. Y dijiste que podía llevar la ley hasta el límite, ilustrísima: querías resultados. Pero por otra parte, ¿qué importa lo que Marciano haya dicho en el Senado? Hace años que el Senado odia a tu ilustrísima y nunca ha tenido importancia.

Son un montón de viejos tontos, no tienen la menor autoridad en el gobierno.

El eunuco le clavó la mirada; sus ojos oscuros resplandecían de odio.

—¡Ese «montón de viejos tontos» sin ninguna autoridad siguen siendo los hombres más poderosos y más ricos del imperio! Puede ser peligroso ofenderlos, en particular ahora, con la emperatriz tramando algo. —Aspiró hondo; los dedos de una mano se tensaron y se aflojaron sobre la tapa lustrada del escritorio y luego, por un instante, se apretaron tan fuerte contra la madera que los tendones empalidecieron. Miró el informe y luego levantó rápidamente la cabeza, con expresión más tranquila. Cuando volvió a hablar había recuperado sus modales pulidos e insinuantes—. Y Nomos hizo un discurso muy similar hace unos meses. El Senado votó enviar una delegación al emperador para quejarse por el trato a sus miembros y exigir una indemnización. Es muy difícil, incluso para mí, impedir el acceso de una delegación de senadores, y será más difícil explicarle la situación a su sagrada majestad si tal delegación llega a hablar con él.

—Yo... lo siento —dijo Eulogio, espantosamente consciente de que las palabras carecían de significado. «Estoy acabado— pensó. —Seré degradado; seré expulsado del cuerpo de agentes.»

Crisafio asintió.

—Sólo podré solucionar este problema cediendo a la solicitud de indemnización de inmediato, pidiendo disculpas... diciéndoles que el responsable de los atropellos ha sido despedido y castigado...

—Y ése soy yo —dijo Eulogio desolado.

Ante esto Crisafio sonrió. La sonrisa asustó al agente más que la ira, más que el resplandor de odio en los ojos: había algo sobrenatural en ella que le hizo sentirse enfermo.

—Eso parece —dijo el gran chambelán suavemente—, y no sólo eso —dijo mientras recogía otro informe que había estado oculto debajo del primero—: parecerá también que has sido culpable de aceptar sobornos.

Eulogio lo miró atónito. Él estaba lejos de ser lo peor entre los agentes cuando se

trataba de aceptar sobornos.

—No de tus enemigos, ilustrísima —dijo al fin, enfadado y aterrado al mismo tiempo—. Si alguien te ha dicho eso, mintió, señor, te mintió desvergonzadamente. Siempre te he considerado mi jefe y he trabajado para agradarte solamente a ti; jamás te traicionaría con la esperanza de obtener ganancias de ninguna otra persona.

La sonrisa del gran chambelán se convirtió en un gesto felino cuando mostró los dientes. Abrió el informe.

—Sin embargo has traicionado tus responsabilidades —dijo, en un tono de sorpresa herida, con la voz especialmente suave y meliflua—. Has traicionado los deberes que te había encomendado el Estado. Aquí tengo una declaración —dijo mirando hacia abajo— de un inspector de postas de Capadocia, que dice que el jefe de la casa de postas de un lugar llamado Naze, a veinte millas de Cesarea, ha estado comprando forraje de primera calidad en nombre del Estado, revendiéndolo luego para obtener pingües beneficios y alimentando a los caballos del Estado con una dieta inferior; añade que aceptaste un soborno de ocho sólidos para hacer la vista gorda.

—¿Qué? —Eulogio lo miró azorado tratando de recordar la casa en cuestión. Lo logró y quedó aún más azorado. El incidente había ocurrido exactamente como lo había narrado el gran chambelán, no había habido ningún desagradable doble sentido. ¡Ocho sólidos! La suma, y todo el asunto, eran triviales e irrelevantes si Crisafio iba a despedirle y a multarlo de todas maneras; no se daba cuenta de por qué había traído esto a colación.

—¿Lo niegas? —preguntó Crisafio sin dejar de sonreír.

—Bien... ilustrísima... seguramente...

—No puedo tolerar atropellos contra las casas y los esclavos de senadores, Eulogio, y no puedo permitir el soborno. Voy a tener que asegurarme de que pierdas tu posición y tu rango... y que sufras el castigo que fije la ley para funcionarios que aceptan sobornos.

Eulogio se puso pálido.

—Pero... pero ilustrísima, ¡eso significa la amputación de una mano! Nunca se ha hecho... nunca he visto que se cumpliera en el caso de un agente, mucho menos de un princeps, no puedes...

—Es el castigo que fija el código de leyes, Eulogio —respondió el eunuco, y ahora la sonrisa era de una maldad abierta y encarnizada. Se levantó rápidamente y salió de detrás del escritorio para ir a abrir la puerta del despacho.

—¡Pero ilustrísima! —Eulogio corrió hacia él—. Por favor, señor, por favor, no puedes...

Crisafio se volvió y le dio una bofetada en pleno rostro. Chasqueó los dedos y aparecieron los secretarios, rápidos y atentos como siempre.

—¡No! —gritó Eulogio. Se puso de rodillas—. Por favor, ilustrísima, la mano no, por favor; despídeme y múltame, me lo merezco, pero ¡Dios mío, eso no!

El chambelán alargó la mano y arrancó del cuello del agente la cadena de oro de

la cual colgaba el sello oficial de ónix que distinguía a los de su rango. La hizo girar en círculos y la arrojó con fuerza contra las baldosas de mosaico del suelo partiendo el sello en dos; luego, le dio una patada despectiva, apartándolo a un lado.

—A mí no me perdonarán si fracaso —le dijo a Eulogio en un susurro silbante—, y yo no te perdonaré. Al menos tendré la satisfacción de verte llorar por lo que has hecho, y llorar amargamente. —Se volvió a sus secretarios y exclamó—: ¡Sacadlo de aquí!

Eulogio lloraba cuando se lo llevaron, sin oponer resistencia salvo con sus manos, que se aferraban la una a la otra frenéticamente, como para protegerse del cuchillo que las amenazaba.

Crisafio volvió a sentarse ante su escritorio. «Por lo menos me he librado de ese chapucero —pensó—. Nunca tendría que haberle confiado nada de importancia.»

Pero no encontró consuelo en el pensamiento. Tenía miedo.

«Aún tengo mi plan para matar a Atila —reflexionó—. Nadie podrá tocarme cuando haya tenido éxito. Y tal vez no hubo manto ni ninguna otra cosa que obligara a Nomos a darles pruebas. O tal vez Nomos no tenía nada que darles. Y si las tenía, ¿por qué la emperatriz ha esperado tanto para usarlas? Seguramente estoy a salvo... Cuento con el favor del emperador... Sí, seguramente estoy a salvo.»

Se dispuso a seguir trabajando, pero cuando su mirada se posó sobre el sello roto junto a la puerta, se sintió mal. La imagen de Eulogio con la mano atada al cepo se transformó de pronto en su imagen arrodillada, con la cabeza hacia delante, y rápidamente en su cabeza balanceándose, chorreando sangre en la pica de un soldado. Cerró los ojos, pero sólo consiguió que la imagen fuera más nítida.

«¡No sucederá! —se dijo a sí mismo desesperado—. El emperador no lo permitirá. No debo dejarme dominar por el pánico. Sé protegerme. Nadie puede llegar al emperador si no es a través de mí, y no permitiré que se le acerque nadie que pueda hacerme daño. Estoy a salvo.»

Dio una palmada para llamar a alguien que limpiara el suelo y volvió a dedicarse a su trabajo.

XII

Una semana después, Aspar y Marciano estaban en el Hebdomón con la augusta Pulqueria.

La comida fue sencilla pero prolongada. Habían hablado de las teorías de Marciano sobre la mejor manera de llevar a cabo una guerra contra los hunos; de las reformas fiscales y teológicas, ahora caducas, del prefecto pretorio Antíoco. Era ya media tarde y Aspar estaba disfrutando de su copa de vino tras un discurso sobre la estupidez de negar la consustancialidad del Padre y el Hijo, mientras Pulqueria y Marciano denunciaban acaloradamente las resoluciones del segundo concilio de Éfeso, convocado por Crisafio, y estaban de acuerdo en la absoluta necesidad de convocar otro Concilio en cuanto Crisafio y sus asesores religiosos hubieran sido depuestos. La emperatriz había averiguado que las opiniones de Marciano con relación a la humanidad y divinidad de Jesucristo eran, en sus palabras, piadosas y devotas: es decir, coincidían exactamente con las suyas.

—¿Has reorganizado tu casa? —le preguntó Aspar a su representante cuando por fin hubo una pausa en la conversación que pudo utilizar para cambiar de tema.

Marciano lo miró y la animación de los instantes anteriores lo abandonó y lo dejó sombrío.

—No —dijo brevemente. Su casa seguía siendo una ruina; en el jardín, los arbustos de romero y espliego arrancados yacían moribundos, y las raíces cortadas a hachazos se estaban poniendo blancas por el sol. Se había trasladado con su familia al otro lado de la calle, invitados por Aspar.

—Lamento lo de tu casa —dijo Pulqueria tras de un fugaz silencio—. Crisafio ha de estar más desesperado de lo que pensábamos para estar dispuesto a ofender de esa manera al Senado. Pero creo que te ha dado una indemnización, ¿no es así?

Marciano asintió.

—Pero todavía no la he utilizado. Era la casa de mi esposa. Para mí sería mejor comprar una casa nueva que decorar ésta otra vez.

—Entiendo. Dime, ¿ha valido la pena el precio que has tenido que pagar para cumplir con tu promesa?

Él sonrió.

—Claro que sí, emperatriz. La información que le compré al pescador ya ha dado muestras de su valor, para mí y para mi jefe, al menos; Dios mismo ha puesto el asunto en tus manos. Y si el coste ha sido mayor del que yo esperaba, no puedo quejarme aduciendo que está más allá de mis posibilidades. —Ella asintió con aprobación—. Queda pendiente aún el asunto de la mujer... —continuó Marciano mirando a Pulqueria con una mirada interrogativa.

Pulqueria se rió.

—A ella se le ha dicho que puede irse con su esposo en cuanto hayamos depuesto a Crisafio. Espera con impaciencia, pero al menos espera, que es más de lo que puede

decirse del niño. ¿Estás satisfecho ahora?

Marciano inclinó la cabeza.

—Gracias, emperatriz. Sé que valoras a la mujer y te doy las gracias por tu generosidad.

Pulqueria resopló. Miró la mesa y se puso a jugar con el pie de la copa de vino.

—De manera que ahora todos debemos esperar a los enviados de Atila —dijo—, y entonces nuestro camino estará despejado.

—A menos que el gran chambelán esté tan asustado que destruya las pruebas —le advirtió Marciano.

—Todavía no las ha destruido —respondió Pulqueria. Le dirigió una sonrisa ácida a Marciano—. Tengo fuentes de información en palacio. —Marciano inclinó la cabeza con admiración—. Sin embargo, caballeros —prosiguió la emperatriz—, queda un asunto que aún no hemos resuelto: un colegario para mi hermano.

Aspar se encogió de hombros.

—¿Necesita un colegario, emperatriz? Si conseguimos que mantenga contentos al Senado y al ejército, yo me conformo con recibir órdenes de tu serenidad.

—Soy vieja —exclamó ella—. Mi salud no es buena y, ya que hablamos del tema, mi hermano siempre ha sido delicado y enfermizo. Además de estas consideraciones, no deseo arriesgarme al nombramiento de otro Crisafio. A mi hermano le encantaría elegir a un hombre de letras, un hombre culto, algún filósofo nada práctico incapaz de diferenciar la empuñadura de la punta de una espada y cuya idea de las finanzas sea asegurar una provisión segura de pergaminos para las bibliotecas de palacio. Necesitamos escoger a nuestro candidato para la púrpura, y cuanto antes mejor.

Aspar sonrió.

—¿Nosotros, emperatriz? Creo que recientemente se me ordenó que dejara tales asuntos a tu augusta decisión. Puedes decirme a quién has elegido, que yo me quejaré si no me gusta.

—¿Tu hermano aceptaría a un colegario elegido por ti? —preguntó Marciano.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Hace tiempo podría habértelo asegurado; hubo una época en que te hubiera dicho que sí, que mi hermano se habría dejado guiar por mí. Y en cambio, en otra te hubiera dicho que no, mi hermano no escuchaba a nadie que no fuera su esposa o su gran chambelán. No puedo decir cómo me recibirá después de que haya destruido su opinión sobre su amado gran chambelán y con el recuerdo aún vivo de mis peleas con su esposa. No obstante, debemos elegir a nuestro candidato y, si no podemos convencer a mi hermano de que lo acepte, entonces tendré que conferirle yo misma la púrpura. Como observaste, general, hay una manera para que yo pueda hacerlo, aunque prefiero convencer a mi hermano.

Aspar sonrió.

—Y bien, ¿a qué adinerado senador se propone tu sagrada majestad ofrecer tu

mano en matrimonio?

Pulqueria lo miró severamente.

—¡Ése es el último recurso, general! No deseo cambiar mi modo de vida, y exigiría que cualquier esposo que elija respete mi juramento. Pero como colegario para mi hermano, he elegido a un hombre: Marciano.

Marciano dio un respingo, se enderezó en el asiento y se quedó mirándola. Aspar le dirigió una mirada sorprendida que se tornó reflexiva, calculadora.

—Tu serenidad elige bien —comentó el general tras un momento de silencio—. Nada puedo objetar a mi representante. —Volviéndose hacia Marciano, dijo—: Estás en una buena posición con el Senado después de ese discurso, Marciano, y el ejército te conoce. Al pueblo se le puede convencer, podrías fundar un hospital o algo parecido. La augusta tiene razón, es astuta: sería fácil y beneficioso para todos.

Marciano se ruborizó.

—¿Va en serio esta sugerencia, augusta? —preguntó.

—Por supuesto —respondió ella impaciente—. ¿Te horroriza la idea?

—Emperatriz, cuando llegué a esta ciudad tuve que pedirle dinero prestado a un oficial amigo para comprar una casa. Mi familia no carece de distinción, pero nuestras tierras habían sido saqueadas y ahora están destruidas. He comprado más tierras desde entonces, con lo obtenido por mis servicios con tu general, pero no soy rico, y sólo soy el representante de otro hombre.

—Tonterías —respondió Pulqueria—. Sabes que el Senado y el ejército te aceptarían y, con mi ayuda, el pueblo puede ser convencido fácilmente. Sólo falta tu consentimiento para que pueda encargarse el manto y la corona. ¡Recházalo, si lo deseas! —dijo tendiéndole el ofrecimiento con un elaborado movimiento de la mano—. Puedo elegir a otro hombre, si ofende tu conciencia o si tienes miedo. Pero ahórrame falsas protestas de modestia y simulacros de rechazo; eso guárdalo para la plebe. Has demostrado ser un hombre de principios, y al mismo tiempo práctico y dispuesto a la flexibilidad; has demostrado agudeza, inteligencia y ciertos... recursos inesperados. —Le dirigió una sonrisa impenetrable; los ojos le resplandecían y él se dio cuenta de que a la emperatriz le había divertido que él hubiera forzado la cerradura de la puerta de la casa de su hermana—. Creo que podrías gobernar bien, y creo que yo podría trabajar contigo. Puedo darte la corona y la púrpura sagrada, la herencia de mi casa, que está en mi poder otorgar. ¿Quieres recibirlas?

Él la miró sombrío.

—¿El poder para dirigir el Estado y la guerra como yo desee?

—Una vez que tengas la púrpura es muy difícil que nadie te la quite. Una vez que te la hayas puesto, ni siquiera yo podré impedir el rumbo que tomes.

Él guardó silencio por un momento. Luego, con gesto decidido, se hizo la señal de la cruz.

—Acepto.

Un atardecer, dos semanas más tarde, Simeón jugaba a los dados con Chelchal.

Habían jugado mucho desde su fuga: tenían muy poco más que hacer, excepto mirar por la ventana. Los dos estaban encerrados en tres habitaciones de la mansión de Pulqueria que daban al Cuerno de Oro, atendidos por una vieja criada adusta, y recibían de vez en cuando la visita del mayordomo de la casa, que era un viejo eunuco regordete e insoportablemente jovial. Pero el mayordomo sabía de dónde habían escapado y, dado que era un chismoso entusiasta, al menos les traía todas las noticias.

Al principio había tenido muchas noticias que narrar: el inútil registro de Eulogio, el arresto y la liberación de Marciano y su discurso ante el Senado, el despido y castigo de Eulogio. El Senado, apoyando a uno de los suyos, votó para Marciano el rango de cónsul aunque, como no había vacantes para aquel año, tendría que esperar un tiempo para asumir el cargo. Y también, les dijo el mayordomo a Chelchal y a Simeón dándose aires de importancia, Marciano parecía contar con el favor de su señora, pues casi todos los días era convocado al Hebdomón para hablar con ella.

—Ha visto y comprobado su coraje y resolución —dijo el mayordomo con aire aprobador—, y lo recompensa... mi señora sabe cómo recompensar el mérito. Lo que es más, se ha enterado de que Marciano tiene las opiniones correctas en lo relativo a la naturaleza de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y ella es devota de la ortodoxia y de la piedad.

—Bien, nadie la había creído arriana —dijo Simeón irritado—. Aspar sí lo es.

El eunuco le dirigió una mirada perdonavidas.

—Claro que no es arriano, pero tampoco es alejandrino, ni siquiera nestoriano: apoya la fe correcta en lo que hace referencia a la relación de la naturaleza humana y divina en la persona de Nuestro Señor, y abomina de ese Concilio de ladrones de Éfeso que impuso la herejía de una sola naturaleza en nuestras sagradas iglesias.

—Ah —dijo Simeón vencido. Había seguido la batalla teológica con menos interés aún que su esposa. El mayordomo, como su señora, era extremadamente devoto y, al ver que Simeón no tenía muy claros los temas teológicos en disputa, le propinó un largo discurso sobre éstos. Simeón entendió poco o nada. Chelchal escuchaba con una amplia sonrisa, sin entender nada en absoluto, aunque asentía cortés cada vez que el eunuco hacía una pausa. Su gente adoraba los espíritus de los muertos o de la tierra y ocasionalmente al dios de la guerra, dador de la victoria; a él le resultaba considerablemente difícil entender la diferencia entre espíritus, dioses y demonios, ni qué decir de las complicadas distinciones entre la encarnación y la Trinidad. La teología griega le resultaba admirablemente ininteligible y a menudo había pensado en convertirse, si es que alguna vez podía llegar a entender algo. Pero esta conversación lo convenció de que dicho día aún tardaría en llegar. Sin embargo, estaba claro que Marciano debía comprenderlo, y que ese hecho lo había elevado considerablemente en la estima de Pulqueria y eso, pensaba Chelchal, era extraordinario.

Pero todo aquello había sucedido durante la primera semana después de la fuga,

cuando Simeón todavía estaba recuperándose de la tortura. Por aquel entonces el mayordomo de la casa solía aparecer dos o tres veces al día, riendo encantado con el último chisme y ofreciéndole al inválido una serie de pociones de sabor asqueroso que en teoría aliviaban sus articulaciones doloridas. Ahora no había noticias, Simeón estaba otra vez bien, e incluso un discurso teológico comenzaba a parecer una diversión interesante. Pero el mayordomo aparecía cada vez con menos frecuencia y no había nada que hacer más que pasearse de un lado a otro de la habitación, mirar el puerto por la ventana y jugar a los dados con Chelchal.

—Tres —dijo Simeón declarando sus tantos con aire adusto.

Chelchal cogió los dados, los movió en la mano y luego los arrojó. Sonrió.

—Seis —replicó contento.

Ésa era la otra cosa irritante de jugar a los dados con Chelchal: casi siempre ganaba. Simeón se levantó, impaciente, y se acercó a la ventana; si ponía la cabeza de determinada manera alcanzaba a ver el puerto del mercado del Pescado. Era un atardecer luminoso con brisa y quedaban sólo dos o tres barcas en la playa, pero las aguas del Cuerno estaban salpicadas de velas que volvían. Un barco avanzaba hacia uno de los puertos de mercaderes cargado de carbón; los remos golpeaban despacio contra el viento y avanzaba sobre las aguas resplandecientes como un gran escarabajo negro. Simeón suspiró.

—¿El viento es bueno? — preguntó Chelchal, contento a pesar del juego abandonado, dando pie al comentario que sabía que Simeón haría. «Este maldito huno está siempre contento —pensó Simeón amargado—. No creo que se haya puesto de malhumor ni una sola vez en toda su vida.»

—Firme del este —respondió—. Les va a dar mucho trabajo sacar mañana del puerto los barcos grandes si el viento se mantiene así. —Se apartó de la ventana: qué importaba el viento. Él ya ni siquiera tenía barca—. ¿Cómo estará Meli? —dijo como si la pregunta importara...

Chelchal se encogió de hombros.

—Está con su madre en el Hebdomón. Ya te lo decí... te lo di—je—. Chelchal le había pedido a Simeón que corrigiera su griego, y luchaba con el pretérito.

—Pero ¿se quedará allí? ¿Vendrá conmigo? Un palacio lleno de mujeres no es un buen lugar para un muchacho.

—Por supuesto que vendrá. Tu esposa también vendrá. Marciano lo di—jo.

—Marciano también dijo que la emperatriz la tiene en gran consideración —le dijo Simeón sintiéndose desdichado—. ¿Querrá ella dejar el Hebdomón?

Chelchal no le encontraba sentido a esas continuas e infructuosas incursiones en el futuro.

—¿Por qué no va a querer venir? —preguntó—. Es tu esposa.

Simeón se recostó, triste, contra la ventana.

—En Tiro nunca fue feliz conmigo. En el Hebdomón tiene todo el trabajo que quiere y, además, el favor de la emperatriz, con todo lo que eso implica en honor y

poder. ¿Para qué querría venir conmigo?

—Me sorprendió primera vez que di-jis-te eso, que ella no fue feliz en Tiro —dijo Chelchal impaciente—. Durante todo el camino desde Tiro a Constantinopla ella no dejó de decir «Quiero ir a mi casa, con mi esposo, en Tiro». Berico trató de usarla como una puta; ella pateó a él y salió corriendo. Yo le ofrecí casamiento. «No», me dijo, sin esperar para pensar. «Tengo esposo.» Y cuando yo le decí que estabas prisionero, ella en seguida pensó un plan para liberarte y lo ejecutó. Bien. ¿Cómo puedes decir que no quiere volver contigo?

—Ya no la conozco —respondió Simeón angustiado—. Creo que nunca he entendido nada de lo que le pasaba.

—Nadie entiende a las mujeres —le dijo Chelchal con firmeza—. Nadie entiendo nunca a las mujeres. No llores.

—Ha entendido —corrigió a Chelchal—. Puede ser. ¿Pero no te das cuenta de que, para colmo de males, he actuado como un tonto? Salí a rescatarla, y es ella la que acaba rescatándome a mí. ¿Cómo puede siquiera respetarme después de aquello, y mucho menos amarme? —Profundamente avergonzado, recordó cuando el carro lo recogió antes del alba aquel día gris, en el puerto de Psamatia. Había estado agotado, llorando por la *Procne* y por el dolor, incapaz hasta de caminar, después del dolorosísimo viaje a través de la ciudad; los hombres de Marciano lo habían cargado desde la barca y lo llevaron hasta el carro, como a una criatura. Demetria los había ayudado y luego se había sentado junto a él. Estaba pálida pero decidida y, sobre todo, según le pareció a él, muy enfadada. A excepción de unas palabras susurradas con Marciano sobre el plan, no había dicho nada en toda la noche. Le había besado otra vez antes de irse hacia el Hebdomón, pero ¿qué podía significar eso? También había habido un momento, cuando se encontraron, en que a él le pareció que le había mirado como nunca lo había hecho antes, como él siempre había soñado que lo mirara, pero había sido sólo un momento, y él estaba tan aturdido por el dolor y el inmenso alivio, que fácilmente pudo haberse imaginado cualquier cosa—. Ya no sé qué hacer —le dijo a Chelchal desolado—. He perdido mi barca y todo mi dinero, estoy endeudado con uno de tus amigos, no tengo manera de llevarla a casa y ni siquiera de mantenerla aquí, y no quiero ni imaginarme lo que pueda estar pensando de mí.

Frunciendo el entrecejo, Chelchal arrojó los dados al aire y los atrapó.

—¿Tú quieres que vuelva o no?

—¡Claro que quiero que vuelva! De lo contrario ¿por qué iba a estar torturándome todo el tiempo pensando en eso?

—¿Entonces? Está bien que quieras que vuelva. Ella parecía querer lo mismo. Marciano dijo que vendría. Y Marciano te hizo una promesa: te va a comprar un nuevo barca, pagará todas deudas tuyas y se ocupará de que quedes bien instalado. ¿Y? ¿Jugamos a los dados?

Simeón se sentó pesadamente y recogió los dados. Llamaron a la puerta y los

soltó. El mayordomo irrumpió en la habitación.

—¿Cómo estáis? —preguntó con su voz aguda y dulzona, y dirigiéndoles una gran sonrisa—. ¡Mis queridos amigos, no os imagináis las noticias que traigo! ¡Crisafio ha sido suspendido de su cargo!

La sonrisa de Chelchal se ensanchó tanto que dejó al descubierto los dientes que le faltaban.

—¡Es bueno! Cuéntanos todo.

El mayordomo se sentó en el suelo junto al huno, estremeciéndose de alegría.

—¡Lo sabe toda la ciudad! —exclamó gozoso—. Anoche llegaron a Constantinopla unos enviados del rey Atila y esta mañana el emperador los ha recibido en audiencia. Su sagrada majestad los recibió en el Gran salón del Trono del palacio Magnaura, sentado en un nuevo trono mecánico que le regaló Crisafio... ¿sabéis cuál?, ése que sube en el aire.

—No lo he visto —dijo Chelchal apenado—. Pero oí de él. Es muy bonito, ¿no?

—¡Ah, ni el rey Salomón hubiera podido tener algo tan espléndido! Tiene leones de oro en la base, que rugen y mueven las colas cuando el trono asciende por el aire, y los pájaros de oro de los postes para las lámparas cantan. Crisafio podría haber provisto una docena de iglesias con lo que costó ese trono. Pero a los bárbaros les impresiona mucho, con todo respeto, por supuesto. Pero la cuestión es que a los enviados de Atila no los impresionó. ¿Para qué creéis que habían venido?

Chelchal y Simeón negaron con la cabeza. Como el mayordomo, no tenían ni idea de las complejidades del plan de Pulqueria.

—¡Parece —dijo el mayordomo sin aliento por el entusiasmo— que Crisafio intentó sobornar a uno de los enviados que vinieron el año pasado para que matara al rey de los hunos!

Se hizo un silencio. Chelchal se llevó la mano a la daga, lleno de envidia.

—Pero no funcionó —dijo y soltó la daga desilusionado.

—No. Eligió mal al asesino; el enviado le contó todo a Atila y le dio el dinero con el que Crisafio lo había sobornado. ¡Cuando esta mañana los nuevos enviados fueron introducidos en la sala de audiencias, uno sacó la bolsa que había contenido el soborno, la arrojó a los pies del gran chambelán y le preguntó si la reconocía!

—¡Dios inmortal! —susurró Simeón.

La sonrisa del mayordomo se hizo más amplia.

—No podía inventarse ninguna excusa. El enviado entonces se volvió a su sagrada majestad y le reveló todo el plan. ¡Y entonces —la sonrisa desapareció—, le espetó un discurso vil, vulgar y sacrílego al mismo agosto, injuriándolo y diciendo que era un esclavo perverso, por conspirar en secreto contra su amo! ¡Su amo! ¡Atila! ¡Como si el religiosísimo agosto no fuera señor del mundo y el elegido de Dios! Nuestro sagrado emperador se retiró muy compungido y les dijo a los enviados que hablaría con ellos después de comprobar la veracidad de las acusaciones. ¡Pero ha suspendido a Crisafio de su cargo hasta que se aclare su conducta! —La sonrisa

volvió a aparecer y a desaparecer con la misma rapidez—. Aunque en la ciudad dicen que Crisafio no tendrá dificultades en convencer incluso al augusto de que el plan de matar a Atila era bueno y virtuoso, y que lo único a lamentar es que haya fracasado.

Chelchal mostraba otra vez la dentadura incompleta.

—Pero tu señora... ella va... fue... a ver al rey Teodosio, ¿no? Le contará todas las maldades de Crisafio, ¿no?

—Mi señora, en efecto, ha estado consultando con el sagrado augusto durante toda la tarde —respondió el mayordomo sorprendido—. Pero no creo que haya pruebas... es decir... —Se detuvo—. ¿Tú sabes algo de esto?

Chelchal se encogió de hombros sin dejar de sonreír.

—Marciano lo sabe, creo. Sabe por Nomos, pues ayudó a registrar su casa. Es bueno. —Dirigió la sonrisa a Simeón—. Es muy bueno. Creo que veremos a Marciano mañana, tal vez, y se nos permitirá volver a la ciudad. —Sonrió y las cicatrices se unieron en nudos, o al menos eso le pareció al irritable Simeón; estaba tan satisfecho con su impecable uso del verbo permitir como con la perspectiva de recuperar la libertad.

La predicción de Chelchal fue correcta: al día siguiente por la tarde, llegó Marciano.

No se parecía mucho al soldado sencillo y práctico que Simeón había conocido en Tiro. Vestía una túnica larga, blanca y dorada, y un manto blanco con la estrecha franja vertical púrpura del rango senatorial; parecía un noble romano de épocas anteriores, más austeras. Lo primero que hizo al entrar en la habitación fue sentarse en el diván junto a la ventana y levantar los pies con un aire de agotamiento que no era característico en él.

—¿Has hablado hoy con el rey Teodosio, señor? —preguntó Chelchal con una sonrisa confianzuda.

Marciano lo miró secamente.

—He estado presente en una audiencia, sí —dijo con un extraño deje de recelo en la voz. Miró a Chelchal y entonces pareció tranquilizarse—. Crisafio ha sido depuesto de su cargo —añadió como de pasada—. El augusto le ha permitido retirarse a su casa en la ciudad y le ha dado el título de gran chambelán a Ireneo, antiguo tesorero de los bienes reales. La augusta Pulqueria lo eligió como el único eunuco del personal de su hermano capaz de... cumplir con sus obligaciones correctamente.

—¿Eso quiere decir el menos proclive a permitirle a Crisafio tener acceso al emperador? —preguntó Simeón.

Marciano negó con la cabeza.

—No, en realidad, el menos arrogante. Ninguno de los otros chambelanes quería a Crisafio. En cuanto vieron que había perdido su poder se abalanzaron para revelar algún que otro delito menor en los que él los había involucrado. Me dio pena ese desgraciado. Si me hubieran encomendado su castigo, lo habría hecho decapitar de

inmediato, no se puede confiar en ese hombre a menos que esté muerto, pero me dio pena. Lloró como una niña y le rogó al augusto que no lo despidiera.

—¿Pero el augusto lo echó? —preguntó Chelchal con ansiedad.

—Lo echó —dijo Marciano asintiendo—. No podía hacer otra cosa. Ayer le dimos las pruebas y hoy todo ha sido corroborado por los archivos del propio Crisafio. Desfalco, aceptación de sobornos, exacción de impuestos por medio de amenazas, venta de oficios (eso casi no cuenta, por supuesto, aunque casi todo era ilegal), conspiración para pervertir la justicia en múltiples ocasiones, tanto para dejar libre a un culpable como para castigar a un inocente que lo había ofendido, simonía, uso indebido de las oficinas sagradas, en especial de agentes in rebus, y ocultación de información dirigida a su amo. Esto último, creo, fue lo peor de todo. Tenía un archivo de cartas dirigidas al emperador por la ex emperatriz Eudoxia. El augusto nunca las había visto. Ahora no le van a servir de nada a la pobre mujer, pero su esposo se retiró a llorar al leerlas. No, ni siquiera Teodosio quiere quedarse con Crisafio ahora. Ha perdido su cargo para siempre y sus finanzas serán investigadas durante mucho tiempo. Ahora todo está más o menos terminado.

—¿Iremos a luchar contra Atila, señor? —preguntó Chelchal contento.

Marciano sonrió pero negó con la cabeza.

—No será tan pronto como yo esperaba. Había exagerado la rapidez con que puede alistarse el ejército; las tropas están en un estado lamentable. Necesitaremos unos meses para reclutar y adiestrar más hombres antes de arriesgarnos a una guerra. Pero, amigo mío, utilizaré tu ayuda para la instrucción. Quiero que les cuentes a los reclutas cómo pelea tu gente. Los enviados de Atila aún esperan la respuesta del emperador a su queja. Piden la cabeza de Crisafio, mil libras de oro además del canon anual y la devolución de todos los desertores hunos. Vamos a enviar a algunos enviados para hablar con Atila. Le ofreceremos pagar el tributo habitual y no cerrar los mercados si retira a toda su gente del norte del Danubio y se olvida de los desertores y de Crisafio. ¡Veremos qué responde a eso! La diplomacia nos hará ganar un poco de tiempo. A propósito, vamos a enviar a Nomos como principal negociador; la augusta cree que es muy hábil para las intrigas. —Volvió a sonreír.

—¡Es bueno! —exclamó Chelchal—. Es muy bueno. La guerra empezará este año, ¿no?

—Este año o el próximo —dijo Marciano—. Espero que el próximo, pues para entonces tendremos más probabilidades de ganar. Pero no he venido aquí a hablar de la guerra contra los hunos. He venido para decirles que Crisafio ya no detenta ningún poder, ni tampoco sus agentes y seguidores, y que ya no hay razones para que vosotros dos permanezcáis ocultos. Probablemente hayáis oído que se había ofrecido una recompensa a quien aportara noticias sobre vosotros, pero se ha retirado. Chelchal, si sigues queriendo servirme, estoy dispuesto a darte el rango de jefe de mi guardia; el sueldo es de treinta y cinco sólidos al año, más gratificaciones. ¿Es aceptable para ti?

—Es bueno, señor —dijo Chelchal con su acostumbrada sonrisa—. Mejor que el de Eulogio.

—Yo elijo a mis hombres con más cuidado que él —respondió Marciano—, y cuando encuentro alguno de mérito, creo que lo valoro y lo recompenso mejor que él. Me gustará tenerte, Chelchal. Bien, entonces, enviaré a mi segundo, Dalmacio, a que venga a buscarte mañana por la mañana. —Aspiró hondo y miró a Simeón. Simeón le devolvió la mirada, débil y silenciosamente—. Tu posición es más complicada —le dijo Marciano tras una pausa—. Técnicamente eres un esclavo del Estado y deberías ser devuelto al taller en Tiro como fugitivo. Yo soy de la opinión de que mi promesa hacia ti exige que me asegure de que, por lo menos, no te quedes en peor situación de la que estabas cuando te conocí. Con tiempo, podría arreglar que tu procurador considerara tu ausencia con indulgencia, y puedo reemplazar la barca y el dinero que perdiste viniendo a Constantinopla. La augusta ha prometido liberar a tu mujer y a tu hijo; podrías irte a tu casa en cuanto hayas hecho los arreglos necesarios para el viaje. Sin embargo, hay otra posibilidad que espero que consideres. Tengo la impresión de que tus habilidades se están desperdiciando en la pesca de púrpura.

—¿Por qué? —preguntó Simeón cortante—. Hay muchos hombres que me envidiarían; es un buen trabajo. Y a mí me gusta.

—No eres muy buen esclavo —le replicó Marciano igual de cortante—. Pero has demostrado un grado de coraje, ingenio, fuerza de voluntad e independencia que serían de considerable valor en un soldado o, aunque sé poco de la armada, en un marino. Yo preferiría emplear esas cualidades en defender al Estado y no desperdiciarlas pescando moluscos. Podría obtener tu emancipación y conseguirme la capitanía de un pequeño navío de guerra. Ahora, en el nuevo gobierno tengo influencia, y... y se me ha dado a entender que mi influencia pronto se desarrollará desde un cargo elevado. La augusta considera que podría trabajar conmigo. Necesitaré hombres en quienes pueda confiar en todos los servicios y, por supuesto, los ascenderé y recompensaré a medida que me demuestren sus méritos.

Simeón guardó silencio unos instantes.

—Quiero irme a casa —dijo por fin cansado—. ¿Qué sé yo de la armada, o de personas que ocupan altos cargos? Tú me pareciste muy elevado y poderoso, como representante de Aspar, ¿para qué necesitaría yo los favores de un jefe del ejército, o cualquiera que sea el nuevo título que te han prometido? ¡Estoy cansado de intrigas, conspiraciones y guerras, no quiero tener nada más que ver con los dueños del mundo! Quiero irme a mi casa; quiero que todo sea como era antes, y eso ya es imposible. Has dicho que podrías reemplazar mi barca, pero eso tampoco es posible. Ninguna barca podría reemplazar a la *Procne*; he pasado la mitad de mi vida en ella y ahora está en el fondo del puerto de Psamatia. Mi esposa y mi hijo serán liberados, pero casi no sé qué decirle a Demetria y, en cuanto a mi hijo, me ataron y golpearon en su presencia y no sé qué piensa ahora de mí, pero no será lo mismo que pensaba hace un mes. Si ahora vuelvo a Tiro... Dios mío, ¿qué puedo decirle a la gente? ¡Allí

estaría, con mi nueva barca, mi esposa propiedad de una emperatriz, una bolsa llena de tu dinero y un documento suscrito por los augustos mismos ordenándole al procurador que no me golpee! Ya no tengo un lugar allí. ¡Seré un extranjero entre los míos; todos mis antiguos amigos me dejarán de lado y no me hablarán hasta que yo les dirija la palabra!

Marciano suspiró.

—Estás enfadado —observó—. Confiaste en mí y te fallé. Lo siento; estoy tratando de compensarte lo mejor que puedo.

—Oh, te creo... y lamento lo de tu casa y los problemas que les causé a tus esclavos. Pero tu hombre, Paulo, ni siquiera intentó ayudarme. Tenía hombres y dinero, pero no hizo nada en absoluto. ¡Creyó que estaba por encima de un par de esclavos del Estado, que no valía la pena arriesgar un dracma, y mucho menos la posibilidad de problemas entre su persona y las autoridades!

—No tenía mucho tiempo —objetó Marciano tranquilo—. Me informó de lo que le había sucedido a tu esposa, aunque su carta viajó más lenta que ella, e intentó seguir a Eulogio y asegurarse de que no le hacían daño. Estoy de acuerdo en que podría haberte recibido con más atención, haberte explicado la situación con más cuidado y haber hecho más para ayudarte; le he reprendido por aquello, pero era muy poco más lo que podría haber hecho por tu esposa con el poco tiempo del que disponía. ¿Considerarás mi ofrecimiento?

Simeón frunció el entrecejo. Buques de la armada imperial, trirremes esbeltos y delgados con sus hileras de remos resplandecientes al sol, las velas adornadas con dragones y águilas y proas recubiertas de bronce reluciente como el oro, habían visitado alguna que otra vez Tiro y, de niño, los había admirado enormemente. A medida que creció, había aprendido a despreciar cualquier barco que no pudiera navegar contra el viento y desdeñaba las cubiertas poco profundas de los trirremes, tan propensas a llenarse de agua en una tormenta. Pero en lo más profundo de su corazón todavía los amaba. Tenían velocidad y belleza; venían de otro mundo, más sofisticado que el suyo. Como pescador de púrpura, a lo máximo a que podía aspirar era a un lugar en el consejo de la ciudad, a menos que lo rechazaran por esclavo, y a un modesto grado de comodidad en su casa y de respeto de sus conciudadanos. Un capitán de navío exitoso podía aspirar a mucho más. Sí, pero ¿qué tipo de vida se llevaba en la marina? Meses, incluso años alejado de casa, la soledad y los viajes largos, el peligro no sólo de las tormentas y de los vientos contrarios, sino de los enemigos: las embestidas, los incendios, la muerte. Él no quería más peligro; quería paz. Y, sin embargo, pensar en una capitania...

—¿Qué tipo de buque? —preguntó.

—Sé muy poco de barcos. Hay unos, como los que usábamos en el Danubio, con una tripulación de alrededor de una docena de hombres, que navegan a vela y a remo y que son muy maniobrables. Los hombres los llamaban cazadores de ranas. Eran muy valiosos para que un general explorara una porción de territorio o para llevar

mensajes, porque podían viajar hasta casi cualquier parte independientemente del tiempo que hiciera. Hay otro tipo de barcos que utilizan en el mar Mediterráneo, un poco más grandes pero parecidos a aquéllos; creo que se llaman «corredores». Pensaba en uno de éstos.

Simeón se pasó una mano por el pelo. Había visto los «corredores» en el viaje desde Tiro, y los había admirado. Eran una especie de cruce entre un trirreme y un barco pesquero de vela cuadrada. «Se le puede colocar fácilmente una vela latina en el palo de trinquete —pensó—, y navegar contra el viento; la quilla es lo bastante profunda como para sostener la tensión. Es un barco muy bonito, además, con esas proas altas.» Contra su voluntad comenzó a imaginarse dueño de uno, viendo cómo navegaba, aprendiendo a utilizar los remos; se obligó a detenerse.

—No quiero rechazar tu oferta —dijo por fin—, pero no puedo aceptarla. Necesito tiempo para pensar.

Marciano extendió las manos con un gesto de resignación.

—Puedes tomarte tu tiempo, por supuesto. No hay prisa. Quédate aquí quince días más, creo que la emperatriz dijo que podías quedarte con tu esposa todo el tiempo que quisieras. La augusta enviará a Demetria aquí mañana por la mañana, con el niño. Háblalo con ella y comunícame tu decisión cuando la tengas.

En realidad, fue un cortejo largo y magnífico el que llegó a la casa a la mañana siguiente: la emperatriz Pulqueria había decidido visitar la iglesia que había fundado en Blanquerna para la Santísima Virgen María, y se detuvo en su mansión de la ciudad para descansar a medio camino. Simeón, liberado de las tres habitaciones que daban al Cuerno, vio desde una ventana alta cómo el carruaje entraba en el patio, seguido y precedido por los relucientes soldados de la guardia imperial. Chelchal ya se había ido. El principal guardia de Marciano lo había recogido esa mañana temprano. Simeón se sorprendió despidiéndose del bárbaro con tanta calidez y tanta pena, como si se tratara de un viejo amigo íntimo.

—Vas a aceptar barco de Marciano, ¿no? —había dicho el huno estrechándole afectuosamente la mano a Simeón y mostrando el agujero dejado por un diente—. ¿Vas a entrar en la marina? Eres hombre valiente, para haber hecho por mar un recorrido tan largo en ese barco tan pequeño; no es bueno que te quedes como esclavo cazando peces. Te veré en la ciudad; vendré a comer a tu casa a enseñarle a tu hijo a usar las boleadoras. Será un gran guerrero cuando sea mayor. ¿Está bien?

—Puede ser —había respondido Simeón devolviéndole la sonrisa—. Ya veremos. ¡Buena suerte!

«Puede ser —pensaba ahora, mientras los guardias imperiales desmontaban y formaban firmes y el mayordomo corría hacia la puerta del carruaje dorado y la abría—. Pero no quiero ese barco en la armada. Quiero vivir en paz con mi familia. Ojalá pudiera creer que es posible volver a casa, pero no es así.»

El mayordomo se postró sobre las baldosas mientras la emperatriz, una figura fuerte y enjuta espléndidamente ornamentada en púrpura y oro, descendía con

dignidad del carruaje. Simeón permaneció junto a la ventana, observando. Al momento, otra anciana descendió del carruaje, ésta vestida de negro: la chambelán de la emperatriz. El mayordomo se levantó y comenzó a guiar el camino de su señora hacia la casa. Sólo cuando las personas importantes habían desaparecido hubo otro movimiento ante la puerta del carruaje: bajó otra mujer, una mujer joven con un manto de lana rosa. Se detuvo y ayudó a bajar a un niño pequeño. Miraron inseguros a su alrededor y la mujer cogió al niño de la mano y siguió a la emperatriz dentro de la casa.

Simeón sintió un doloroso nudo que le apretaba la garganta. Era difícil moverse; las rodillas le temblaban. Se apartó de la ventana y bajó a ciegas la escalera hacia la magnífica sala de recepción en la planta baja. «¿Qué le diré? —se preguntó—. ¿Habrá entrado en la sala de recepciones, con la emperatriz, o estará buscándome? ¿Quiere esto, me quiere a mí, o me desprecia y ha venido sólo por su sentido del deber?»

Ella no había entrado en la sala de recepciones; esperaba fuera, hablando muy seria con una de las esclavas de la casa. Él se detuvo al pie de la escalera, para mirarla: el cabello, castaño y oscuro a la luz del interior de la casa; el rostro, más delgado de lo que él lo recordaba; el cuerpo, sensual, grácil y suave, bajo el manto rosa con flores tejidas en el borde, echado sobre un hombro. Melecio miraba a la esclava, solemne, ansioso y mucho más reconocible. Miró a su alrededor y vio a su padre. Durante un momento no supo de quién se trataba, pues sólo vio a un hombre al final de la escalera, pero de pronto lo reconoció y su rostro se iluminó como una antorcha.

—¡Papá! —gritó, se soltó de su madre, salió corriendo sobre el suelo de mosaico del vestíbulo y abrazó a su padre como la ola de una tormenta, mitad abrazo y mitad golpe.

—¡Meli! —exclamó Simeón, arrodillándose para recibirle e incorporándose con el niño entre sus brazos.

—¡No te han matado! —dijo Melecio agarrado a su padre—. Mamá me dijo que no te habían matado. ¡Le han cortado una mano al malo de Eulogio! ¡Se ha ido para siempre, y mamá me dijo que los tres íbamos a estar juntos otra vez! ¡Y es cierto! Estamos juntos, ¿no?

—Sí, estamos juntos —respondió Simeón. Demetria se había aproximado y él la miraba por encima de la cabeza de su hijo. Ella también lo observaba, sin sonreír.

«He esperado tanto este momento —pensó ella—. He imaginado tantas veces cómo sería, y ahora no sé qué decir. No me había dado cuenta de cuánto ha cambiado todo. ¿Sigo siendo la misma mujer a la que él amaba en Tiro? ¿Estará enfadado conmigo? Le he costado tanto: meses de viaje, todo nuestro dinero, la tortura por mantener silencio, la *Procne* y creo que también su orgullo. Y el futuro sigue siendo un misterio. Pero estamos juntos, el hombre que me amaba y yo. ¿Qué puedo decirle?»

—Tienes mejor aspecto —le dijo—. Pero ¿cómo estás? ¿Se te han curado las heridas?

—Sí, casi completamente —respondió él, aferrándose ansioso a cualquier palabra que acortara la distancia que los separaba—. Aunque alguna que otra vez siento pinchazos.

Se miraron. Melecio le dio un beso a su padre.

—Pero estás mucho mejor, ¿no? —preguntó contento.

—Sí, Meli, estoy mejor —respondió Simeón paciente, y le acarició el cabello al niño sin apartar la mirada de Demetria.

—Me han emancipado —le dijo ella bruscamente—. Ahora soy una mujer libre... la augusta mandó redactar la escritura. Y ahora es mi protectora, no mi ama.

—Oh. —«La mujer emancipada por la emperatriz», pensó con un vuelco del corazón. «Casi un título: "La emancipada por la emperatriz". ¿Qué puede hacer una mujer así en un taller de Tiro?»—. ¿Qué significa eso? —preguntó vacilante—. Si yo sigo siendo esclavo, ¿tu condición volvería a la mía?

—No lo sé, no lo pregunté. —Ella vaciló—. La emperatriz me dijo que si nos quedamos en Constantinopla me inscribirá como miembro del gremio de tejedores y podré trabajar por dinero. Me dijo que podía conseguirme encargos en seguida.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él.

Ella bajó la mirada. Había tratado de imaginárselo. Una tejedora de seda con los favores de la emperatriz podía poseer un gran piso o una pequeña casa en la ciudad, más tres o cuatro esclavas para cuidarla; obtendría encargos sólo de los más adinerados de la resplandeciente nobleza de Constantinopla; viajaría en una litera para ir a comprar seda directamente de los importadores, y negociaría con ellos y con otros miembros del gremio los precios y provisiones con un tono aburrido y superior. Le parecía una manera de vivir tan extraña, tan diferente de todo lo que había sido y conocido, que en todas sus fantasías no había podido imaginarse a esa tejedora con su rostro. Sin embargo, la idea de la libertad, de no ser esclava de nada ni nadie, sin un capataz al que agradar, ni un procurador de qué hablar, pudiendo aceptar o rechazar un encargo y proyectarlo ella sola... era de un atractivo casi irresistible.

—No lo sé —repitió—. Es... difícil imaginarse de vuelta en Tiro, después de tantas cosas. No sé si podría encontrar un lugar en el taller, aunque lo echo de menos.

—Marciano me ofreció la libertad —dijo él— y la capitania de un pequeño barco en la armada. Puedo elegir entre eso o volver a Tiro.

—Ah —dijo ella, como había susurrado él antes, observando su rostro como él observaba el suyo, nerviosa y dubitativamente—. ¿Qué harás?

—Aún no lo he decidido. Quería verte primero. ¿Quieres quedarte aquí? Quiero decir, ¿quieres volver conmigo?

—¡Sí, desde luego! —Ella abrió los ojos, vividamente verdes en su rostro pálido. «¿Sorprendida?», pensó él sin aceptarlo del todo. «¿Puede ser que se sorprenda de que se lo pregunte?»

—¿Desde luego? —preguntó él probándola con temor.

—He estado rogándole a la augusta que me enviara contigo desde que me entregaron a ella. No he querido otra cosa. ¿Qué piensas que quería?

—No lo sé... quedarte con ella, tomar el hábito tal vez. Demetria, yo sé que en realidad nunca quisiste casarte; sólo me aceptaste para librarte de los otros. Si alguna vez tuve algún derecho sobre ti, ya debo de haberlo perdido. He hecho todo mal desde que te ordenaron hacer aquel maldito manto. No tienes por qué mentirme. Soy un hombre, si no quieres quedarte conmigo, podré soportarlo.

Ella negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas. Simeón estaba serio, la miraba de aquella manera intensa que había recordado tan a menudo. «¿Y por qué va a creer que lo amo? —se preguntó—. No lo amaba antes. ¿Por qué va a confiar en mí, quererme, amarme, si todo lo que le he dado en el pasado ha sido frustración y dolor? Pero me quiere, aunque sólo signifique más dolor para él, me quiere. Ha hecho una oferta generosa de lo último que yo querría sobre la tierra, pero está aterrado de que yo acepte. Es tonto, como dice Pulqueria, ¡gracias a Dios que lo es!»

—Sé que no he sido muy buena en el amor —le dijo, esforzándose por mantener la voz serena—. Lo sé... pero he aprendido. Puedo seguir aprendiendo... a amarte.

Los ojos que se encontraron con los de Simeón no tenían la mirada que él siempre había recordado, la quietud calma y silenciosa. La intensidad de la mirada era la misma, pero él nunca había visto esta expresión en su rostro, y era, inequívocamente, amor. Simeón bajó a Melecio, la abrazó y la besó. No hubo frialdad, no hubo una obediente resignación; ella le rodeó con sus brazos y le besó. Él se apartó y la miró, parpadeando asombrado. «¿Por qué? —pensó—. ¿Por qué ahora, que lo he hecho todo mal? ¿Por qué me da por nada lo que durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo traté de ganarme? Chelchal tenía razón: es inútil intentar siquiera entender a las mujeres. ¡Loado sea Dios!»

Melecio cogió a sus padres del brazo y tiró de ellos.

—¡Yo también quiero un beso! —dijo.

Los dos rieron, aliviados de alejar las lágrimas y la pasión demasiado fuerte del reencuentro; y los dos se agacharon para levantarlo y besarlo, de modo que él les sonrió, orgulloso y feliz: el mundo estaba otra vez en orden, con sus padres y él en el centro. Entonces se oyó una palmada y, al volverse, se encontraron con la dama de compañía de Pulqueria que esperaba, con gesto de desaprobación, en la puerta de la sala de recepciones.

—La sagrada augusta desea hablar con vosotros —dijo—. Con los dos.

Pulqueria estaba reclinada en el diván dorado de la sala, flanqueada por su secretaria y otra de sus damas de compañía; el mayordomo estaba detrás de ella, atento y orgulloso, y a su lado tenía una mesa cubierta de exquisiteces y buen vino, todavía sin probar. Hizo disimuladamente un gesto burlón con los labios al verlos entrar juntos, con el niño dando saltos de alegría entre sus padres y haciendo la postración ritual como si fuera parte de un juego.

—Bien —dijo Pulqueria cuando estuvieron otra vez en pie. Miró con ojos críticos a Simeón—. Tú eres el hombre que ha causado tantos problemas.

Simeón se inclinó.

—Augusta, hice lo que creí que era correcto —respondió él, sintiendo la inmensa felicidad recién encontrada—. Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora me lo habría guardado para mí solo, pero lo desconocía, y finalmente el asunto no ha causado gran perjuicio ni a Marciano, ni a Aspar ni al Estado.

—Es decir, a mí —terminó ella secamente—. Supongo que tienes razón. Bien, tienes una esposa leal e inteligente; si no la tratas bien te harás merecedor de cosas peores de las que ya has sufrido. Creo que Marciano te ha hecho una oferta sumamente generosa para tu futuro; supongo que la habrás aceptado.

—No lo ha decidido aún, señora —se apresuró a decir Demetria—. Por mi parte, sólo puedo aceptar tu bondadoso ofrecimiento si él acepta el de Marciano.

Pulqueria frunció el entrecejo.

—¿Y por qué no lo ha decidido? Se te ofrece la opción entre la esclavitud y la libertad, hombre: ¿en serio quieres elegir la esclavitud y arrastrar a tu esposa contigo? Si se queda en la ciudad tengo trabajo para ella, un empleo adecuado a su arte. ¿Te obstinas en volver a Tiro y llevártela contigo?

Simeón tragó saliva y miró a Demetria.

—Tenemos una casa en Tiro, amigos, familia... —Miró a la augusta. «Aquí estoy, discutiendo con una emperatriz— pensó incrédulo. —Conoce a mi esposa, sabe mi nombre y tiene expectativas con respecto a mi vida.»

Tuvo una visión más reveladora que cualquiera de las palabras que ella le había dicho: no había vuelta posible. No habría posibilidad de recuperar el lugar dejado en Tiro. Sería incapaz de soportar la tensión provocada por las miradas de reojo de los otros pescadores, la desconfianza de los capataces y el cauteloso favoritismo de los procuradores. Demasiadas cosas habían cambiado a su alrededor para continuar con la vida que habían llevado antes. Tendrían que empezar una nueva vida juntos.

—Supongo que podríamos escribirles —dijo débilmente para terminar.

La emperatriz se reclinó en su asiento satisfecha.

—Excelente. Has tomado la decisión correcta. Demetria, deseo encargarte un manto en seguida. Comienza a trabajar en él en cuanto puedas: es urgente. Tendrás unos meses para terminarlo, tal vez menos. Es para el hombre a quien he elegido como colega de mi hermano.

—Sí, señora —dijo Demetria inclinando humildemente la cabeza—. ¿Puedo preguntar si éste se hará con la aprobación de tu hermano?

Ella esbozó una sonrisa seca.

—No temas, éste será completamente legal, y hecho con mi autoridad, que es suficiente para darte garantías, incluso contra mi hermano. Pero no, mi hermano no sabe todavía que le he elegido un colega, y es posible que tenga que darle tal título sin su consentimiento. Pero si es necesario, puedo hacerlo y lo haré. Sí. El manto será

púrpura, un paludamentum, con dos piezas de tapiz, uno que represente al rey David derrotando a los filisteos y el otro al rey Salomón en su trono, en toda su majestad. Manténlo en secreto hasta que esté terminado, muchacha.

Demetria alzó la mirada y se encontró con los ojos cínicos y astutos de Pulqueria. La emperatriz se divertía, completamente consciente de la ironía de lo que estaba haciendo: encargar un manto, otro manto, que sería tejido en secreto. Junto a ella, Simeón mostraba una expresión obstinada y estaba agitado, como enfadado. Demetria se sorprendió sonriendo.

—¿Y las medidas, señora? —preguntó—. ¿De qué largo debe ser?

—Tendrás que consultar a Marciano —respondió Pulqueria con satisfacción.

—¡Marciano! —exclamó Simeón.

—Es el adecuado —respondió la augusta—. Ortodoxo y capaz, y en la actualidad muy respetado por el Senado y el ejército. He hablado con él y ha aceptado mi propuesta. —Recogió sus ropas púrpura, se levantó y buscó con la mirada a su secretaria—. Eunomia, encuéntrales a Demetria y su familia un piso en la ciudad, un lugar amplio y apto para una trabajadora cualificada y que pueda albergar un telar. Consigue uno en palacio, y también la seda que vaya a necesitar. Quiero que empiece con esto lo antes posible. Demetria, Simeón, podéis quedaros aquí, en mi casa, hasta que Eunomia os haya encontrado un lugar apropiado. Ahora me iré a mi iglesia en Blanquerna a dar las gracias a la Virgen por haber escuchado mis plegarias y haber vencido al enemigo del buen gobierno y la verdadera religión; pero vosotros podéis quedaros aquí, pues no me cabe duda de que tenéis mucho que contaros.

La emperatriz salió de la habitación, seguida por su séquito de acompañantes y guardias, y los dejó a los tres solos. Demetria se volvió a Simeón.

—¡Marciano será emperador! —repitió Simeón incrédulo—. Mi superior... —Se interrumpió—. Superior —repitió despacio—. Ahora hablo como corresponde: superior y subordinado. La transferencia de poder. ¡Yo no quería nada de esto!

—Yo no quería tocar otro manto púrpura en la vida. Pero parece que lo haré.

—Pero esta vez no será un manto malo, ¿verdad? —preguntó Melecio preocupado.

—No, Meli, será un manto bueno —le dijo Demetria. Pero estaba triste. No se repetiría el ciclo de intriga y violencia, pero no era garantía de seguridad. Otras cosas podían suceder: otras conspiraciones, otras guerras.

«Pero supongo que en Tiro también pueden pasar cosas —pensó—. Después de todo, allí empezó. Y aunque no hubiera más intrigas, tendría los riesgos de siempre: procuradores lujuriosos, tormentas en el mar que destrozan barcas y hombres, enfermedades, muertes por parto. No hay garantía de seguridad en ningún lado; simplemente somos más o menos conscientes de los riesgos que nos acechan en cada momento de nuestras vidas.»

Cogió la mano de Simeón y él se la apretó mientras se volvía hacia ella para observarla.

—Podemos acostumbrarnos —le dijo ella—, con el tiempo.

—Supongo —respondió él. Y mirándose, igualmente titubeantes, sonrieron.

LO QUE SUCEDIÓ EN REALIDAD (y por qué no está en los libros de historia)

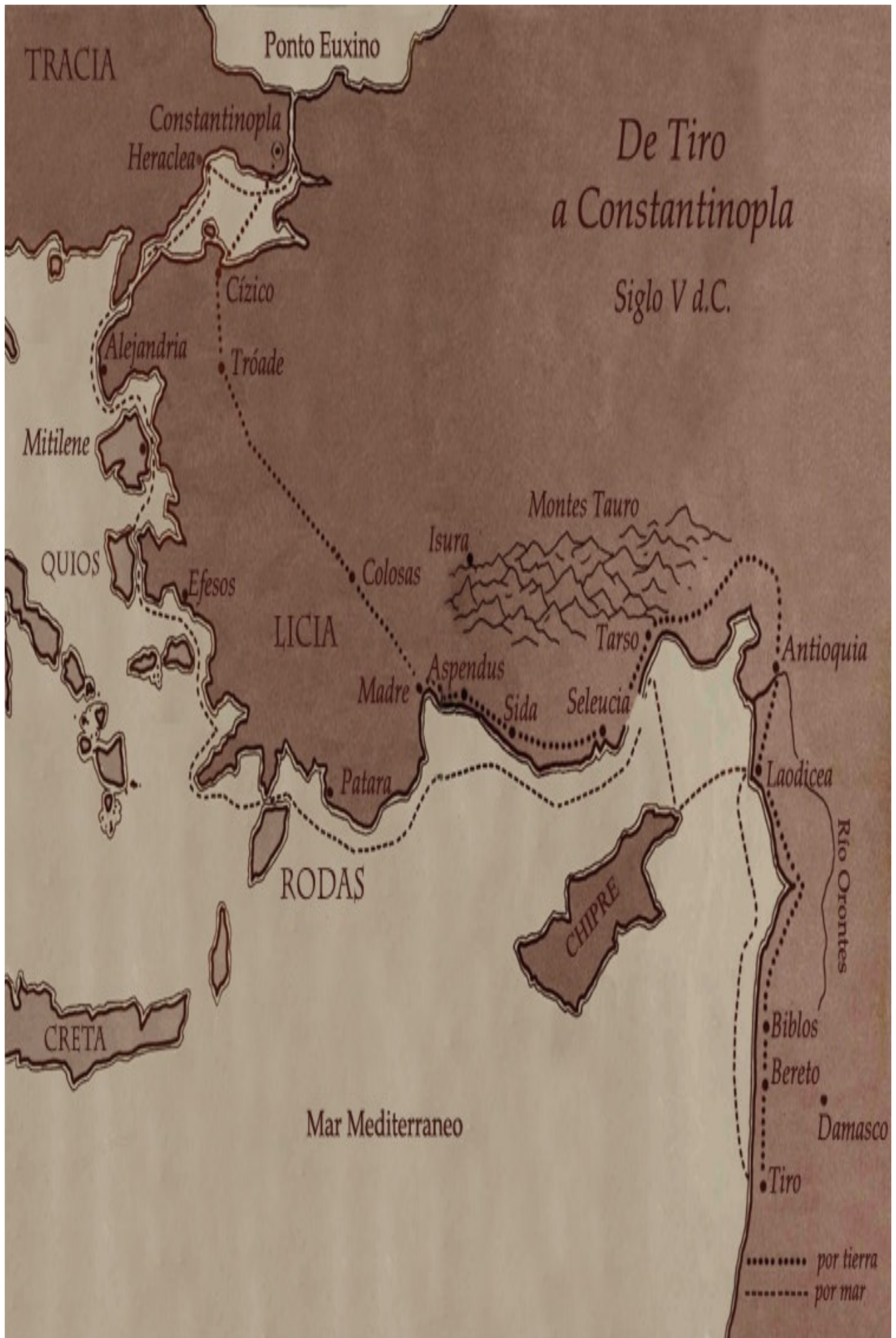
Hay abundancia de fuentes históricas para el siglo IV de nuestra era y una cantidad razonable para el VI. El siglo V es mucho más oscuro: ninguna de las historias políticas y militares escritas en aquella época ha sobrevivido intacta; los estudiosos se mueven entre una maraña de poesía, leyenda e historia eclesiástica, asistidos a veces por un puñado de fragmentos históricos tan fascinantes como decepcionantes. Para complicar aún más las cosas, mucho de lo que dicen las fuentes existentes es probablemente falso, producto de los chismes, la maldad política o una total falta de comprensión. Un ejemplo que ilustra el alcance de nuestra ignorancia es que el origen de los hunos —una de las potencias más importantes del siglo— se atribuye indistintamente a Mongolia, Corea, Afganistán y Asia Central, y que tanto los turcos como los húngaros los consideran sus antepasados. Nadie sabe con seguridad lo grande que era su imperio ni a quiénes incluía, cómo vivían ni qué fue de ellos después de su desintegración. De su lengua sobrevive sólo una palabra y probablemente sea inexacta. Las fuentes son más fidedignas en las dos mitades del Imperio romano —el Oriente griego y el Occidente latino—, pero incluso en los casos en que tenemos una versión de los hechos, queda claro que lo que sabemos no explica lo que sucedió; en otras palabras, que había entre bambalinas algo extraño de lo que con frecuencia no se nos cuenta nada. Un buen ejemplo es que se nombrase a Pulqueria regente de su hermano Teodosio II. Yo he dado lo que me parece una explicación probable de un hecho sorprendente, pero es pura conjetura.

Una neblina similar de dudas y de misterio cubre los últimos años de Teodosio II. Crisafio y Nomos fueron figuras históricas, y de los dos se ha dicho que fueron muy influyentes durante el destierro de la emperatriz Eudoxia. Crisafio parece haber caído en desgracia en la primavera de 450, pero el nombre de Nomos sigue apareciendo en las crónicas de los años siguientes. Teodosio II se rompió la columna vertebral en un accidente de equitación en julio de 450; a su muerte, pocos días después, su hermana Pulqueria entregó la corona imperial a Flavio Marciano, confirmando más tarde tal donación mediante un contrato de matrimonio que dio al nuevo emperador el inmenso prestigio heredado de la casa de Teodosio. Uno de los primeros actos de Marciano fue ordenar la ejecución de Crisafio.

La historia de Nomos —su enemistad con Crisafio y el intento de golpe de Estado— es, como casi todas las intrigas de este libro, enteramente de mi invención. La conspiración para matar a Atila es una excepción; ésta tuvo lugar y consta en un fragmento de Prisco. Lo más que puedo decir en defensa de esta licencia es que nadie sabe lo que sucedió en realidad, y que lo que conocemos nos sugiere intrigas que han quedado en el olvido para siempre. He procurado no alterar ningún hecho histórico y mantenerme dentro de los límites de lo probable, pero todos los datos históricos son

principalmente conjeturas y mi primera preocupación como novelista es contar una historia.

Marciano fue un gobernante muy popular. Medio siglo después de su muerte, a los nuevos emperadores aún se les aclamaba con la expresión: «¡Reina como Marciano!». Eliminó el tributo de los hunos, lo que suponía una clara invitación a combatirles, pero no hubo guerra. El rey Atila meditaba entonces las nuevas oportunidades del imperio de Occidente y éstas lo tuvieron ocupado hasta su muerte, en 453; así fue como el imperio de Oriente se salvó de una nueva invasión. Parte de Tracia se recuperó y continuó como diócesis de Roma durante cien años más, pero siguió siendo una región muy estancada y empobrecida hasta que fue colonizada por los búlgaros. Sin embargo, la reputación de Marciano, buena como era, fue superada por la de su esposa. Pulqueria murió el mismo año que Atila, cuatro antes que su marido: fue canonizada casi inmediatamente, y tanto la iglesia de Oriente como la de Occidente la consideran santa.





GILLIAN BRADSHAW (Falls Church, Virginia, 14 de mayo de 1956). Es una de las escritoras de narrativa histórica más importantes de habla inglesa. Cursó estudios en la Universidad de Michigan, en donde obtuvo por dos veces premios por sus trabajos sobre la Grecia Clásica. Es licenciada en Literatura e Historia Clásica en la Universidad de Cambridge. Actualmente reside en Inglaterra. Sus novelas destacan por el riguroso trabajo de documentación e investigación que realiza antes de escribirlas. Se encuadran dentro de los géneros de la ficción histórica, la fantasía histórica, la ciencia ficción, la literatura juvenil e infantil y ficciones contemporáneas con gran componente científico. Sus novelas históricas no fantásticas están situadas tanto en la Antigüedad Clásica (Egipto y Grecia) como en períodos posteriores como el Imperio Bizantino o la Gran Bretaña romana. Entre ellas destacan: *El heredero de Cleopatra*, *El contador de arena* y la trilogía sobre Bizancio compuesta por *Teodora, emperatriz de Bizancio*, *El faro de Alejandría* y *Púrpura imperial*.